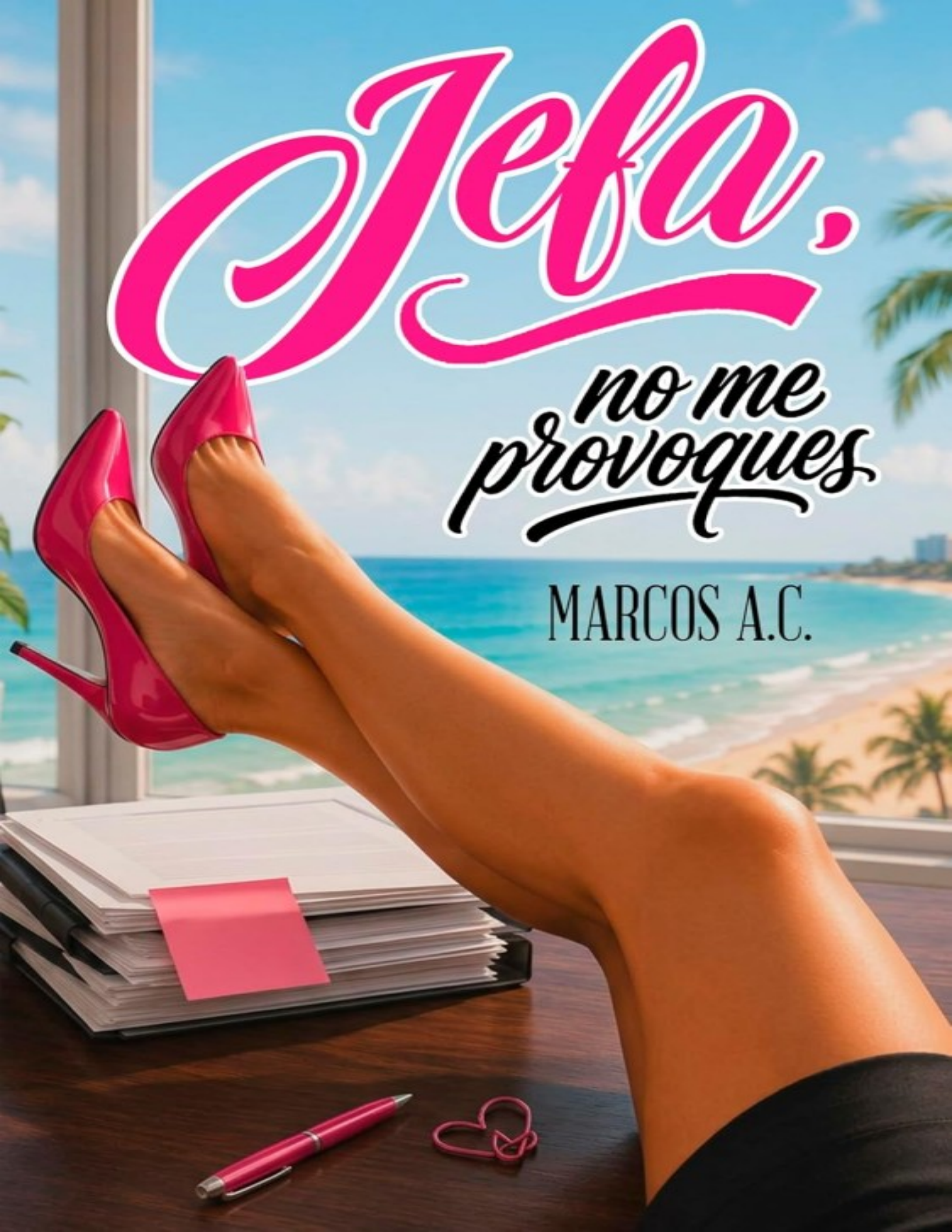

Jefa,
no me provoques
MARCOS A.C.

Jefa, no me provoques

MARCOS A.C.

Primera edición.
Jefa, no me provoques
©Marcos A.C.
©mayo, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

Capítulo 1



Alma

El problema de pertenecer a una familia adinerada era que la gente asumía que tu vida era perfecta. Pero no lo era.

Por ejemplo: aquella mañana de sábado llevaba veinte minutos discutiendo con una tostada.

—*No pienso comerme eso* —murmuré mirando el aguacate sospechoso que Candela insistía en llamar "maduración óptima".

El móvil vibró sobre la mesa de madera de la terraza acristalada y cuando acepté la videollamada, la cara de mi mejor amiga apareció en pantalla con expresión dramática.

—Estás hablando sola otra vez —dijo mientras sorbía café—. Ese es el primer paso hacia la locura.

—Estoy negociando con mi desayuno.

—Pierdes facultades.

—Y tú pierdes humanidad bebiendo café soluble.

Candela puso los ojos en blanco. La luz de la mañana inundaba la terraza; el mar brillaba al fondo como si alguien hubiese derramado purpurina azul sobre Málaga. Las buganvillas del jardín se movían con el viento suave y yo estaba descalza, con una camisa blanca enorme y el pelo hecho un desastre sobre un hombro. Mi lugar favorito del mundo. Hasta que Candela abrió la boca.

—Bueno —dijo con esa voz de "voy a destruirte emocionalmente"—. La empresa está revolucionada.

Yo seguí untando tomate sobre la tostada.

—¿Qué han hecho ahora? ¿Bruno ha vuelto a intentar piratear la cafetera inteligente?

—Peor.

Levanté una ceja.

—Imposible.

Candela acercó la cara a la cámara.

—Tu padre ha contratado a un nuevo director internacional.

El cuchillo quedó suspendido en el aire.

—¿Cómo que hay un nuevo director internacional?

—Pues eso. Alto, extranjero y al parecer tan serio que da miedo pedirle la contraseña del WiFi.

Parpadeé. Después me reí, una risa corta y peligrosa.

—Mi padre no puede contratar a alguien así sin decírmelo.

—Cariño —dijo Candela—, tu padre puede comprar medio Mediterráneo sin pedir permiso.

Eso era irritantemente cierto. Me recosté en el sofá crema intentando aparentar indiferencia.

—Vale. ¿Y qué más sabes del señor "vengo a traumatizar empleados"?

Candela sonrió lentamente. Mala señal.

—Dicen que viene para reorganizar departamentos.

Me incorporé.

—¿Perdón?

—Y también dicen que tiene fama de despedir gente.

Abrí mucho los ojos.

—Ah, fantástico. Un psicópata nuevo en la multinacional.

Candela soltó una carcajada.

—Bruno asegura que el tipo trabajó en Hamburgo y Singapur y que consiguió duplicar beneficios en menos de un año.

—Bruno también cree que Beyoncé controla Wall Street.

—Eso no invalida su información.

Me levanté con el café en la mano y empecé a caminar por la terraza. Lo hacía siempre cuando me ponía nerviosa. Y hablaba, muchísimo.

—No entiendo por qué mi padre no me ha dicho nada. Yo llevo estrategia internacional. Literalmente, es MI departamento. Bueno, parcialmente mío. Vale, no mío porque técnicamente la empresa es suya, pero algún día será mía y...

—Alma.

—¿Qué?

—Respira entre frases. Sufro al verte sin respiración.

Le dediqué una mirada ofensiva. Ella bebió café con total tranquilidad.

—Además —continuó—, todo el mundo cree que vais a mataros.

—Perfecto.

—Hay apuestas.

—Aún mejor.

—Yo aposté por ti.

Sonreí.

—Sabía que eras una amiga leal.

—No. Aposté a que lo harás llorar antes de Navidad.

Mi orgullo se sintió absurdamente satisfecho.

—Gracias.

—De nada.

Me apoyé en la barandilla de cristal observando el mar. La verdad era que aquello me molestaba más de lo que quería admitir. Mi padre nunca tomaba decisiones importantes sin consultarme. Nunca. Yo llevaba años preparándome para dirigir *Medina Global Tech*. Había sacrificado relaciones, vacaciones, sueño y probablemente parte de mi estabilidad mental por aquella empresa. Y ahora aparecía un hombre misterioso contratado sin que yo lo supiera. Genial. Simplemente genial.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

Candela sonrió como si estuviera disfrutando demasiado.

—Lukas Schneider.

—Muy alemán todo.

—Muy alto también, según Recursos Humanos.

—¿Desde cuándo Recursos Humanos mide ejecutivos?

—Desde que Noelia salió de una reunión diciendo "madre de Dios".

Solté una carcajada. Después bebí café. Después fruncí el ceño.

—No me gusta.

—Ni siquiera lo conoces.

—Precisamente. Los desconocidos son agotadores.

Candela me observó unos segundos.

—Estás celosa.

Me atraganté.

—¿Perdón?

—Tu padre ha traído a otro tiburón empresarial y tu ego está haciendo piruetas.

—Mi ego no hace piruetas.

—Tu ego baila flamenco armado.

Eso también era irritantemente cierto. Suspiré y me dejé caer otra vez en el sofá.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que ahora voy a tener que ir a la oficina un sábado para comprobar si este hombre es un asesino corporativo o solo un imbécil.

Candela sonrió.

—Ponte tacones intimidantes.

—Tengo unos rojos que parecen ilegales.

—Esos.

La llamada terminó diez minutos después, cuando Candela decidió que debía "prepararse emocionalmente para el drama empresarial". Yo me quedé sola. Con el café. Con el mar. Y con una sensación rara instalada en el pecho. Algo estaba cambiando, y odiaba no tener el control.

Llegué tarde. Otra vez. Pero técnicamente no era culpa mía; era culpa de un atasco infernal, un motorista suicida, mi incapacidad para decidir entre unos zapatos *nude* o unos negros, y mi padre, por contratar alemanes sorpresa.

Entré en el edificio principal de *Medina Global Tech* a toda velocidad mientras intentaba colocarme bien la chaqueta verde esmeralda. La recepción estaba extrañamente silenciosa. Eso daba miedo. Las pantallas gigantes mostraban datos logísticos internacionales, movimientos portuarios y gráficos de comercio marítimo en tiempo real. El edificio entero olía a café caro, ambición y estrés ejecutivo. Mi hogar.

—Buenos días, Alma —saludó Marta desde recepción con expresión nerviosa.

—Esa cara significa cotilleo. Habla.

Marta bajó la voz.

—Ya ha llegado.

—¿El alemán?

Asintió.

—Da muchísimo miedo.

—Perfecto. Me encantan los retos psicológicos antes del desayuno.

Seguí caminando mientras varios empleados fingían trabajar cuando claramente estaban observándome. Los rumores corrían rápido en *Medina Global Tech*. Más rápido que nuestros servidores.

Al llegar a la cafetería corporativa, encontré a mi grupo habitual ocupando media mesa como si fueran accionistas de un *reality show*. Bruno fue el primero en verme.

—¡La heredera ha llegado!

—Y tú sigues vivo, increíblemente.

Sergio levantó un café.

—He ganado cincuenta euros apostando a que vendrías furiosa.

—Dame mi porcentaje.

Iván estaba pegado al móvil.

—Hay teorías en el TikTok interno.

—¿Tenemos un TikTok interno?

—No, oficialmente.

Paula, elegantísima como siempre, me observó por encima de su taza.

—Dicen que el nuevo director ha despedido a treinta personas en Dubái.

—Eso es eficiencia, o villanía al estilo Disney.

—Ambas cosas pueden coexistir —dijo Paula.

Bruno sonrió como un *gremlin* problemático.

—Yo apuesto cien euros a que intentas echarlo antes de un mes.

—Yo apuesto a que él intenta echarme primero —respondí.

—Eso sería divertidísimo —dijo Iván.

—Eso sería ilegal —corrigió Paula.

—Eso nunca ha detenido a nadie interesante.

Me serví café. Muy necesario.

—¿Dónde está mi padre?

—En la sala de juntas —respondió Sergio—. Y el alemán también.

Bruno hizo una mueca dramática.

—Tiene ojos de villano, pero un villano elegante.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Que probablemente sabe desmontar empresas y camas con la misma facilidad.

Todos soltaron carcajadas. Yo no. Porque inexplicablemente aquella frase me puso nerviosa, y eso me molestó aún más.

Cinco minutos después entré en la sala de juntas convencida de que dominaba perfectamente la situación. Error. Gravísimo error. La sala estaba llena de ejecutivos, pantallas holográficas y tensión financiera. Mi padre hablaba con varios miembros del consejo junto a la cristalera. Entonces lo vi, y el universo decidió reírse de mí.

Alto. Muchísimo. Traje oscuro impecable. Espalda enorme. Postura tranquila. Control absoluto. Tenía el pelo rubio oscuro ligeramente despeinado, como si incluso el caos obedeciera normas alemanas a su alrededor. Y cuando giró la cabeza hacia mí, aquellos ojos gris azulado me atravesaron con una calma peligrosísima. Mierda. Vale. Entendía lo de "madre de Dios". El hombre imponía, no porque intentara llamar la atención, sino porque no necesitaba hacerlo.

Mi padre sonrió en cuanto me vio.

—Alma.

—Papá.

Intenté sonar normal. Elegante. Profesional. No como alguien que acababa de experimentar un microinfarto visual. Mi padre se acercó.

—Lukas dirigirá la reorganización internacional junto contigo —explicó mi padre.

Junto contigo. Claro. Fantástico. Maravilloso.

—Qué ilusión —mentí.

Lukas seguía observándome, demasiado atento, como si intentara descubrir qué había debajo de mis sonrisas falsas y mis tacones asesinos. Mala suerte para él; ni yo misma lo sabía.

Nos sentamos frente a frente. Error táctico. Porque ahora podía verlo perfectamente: las manos grandes, el reloj elegante, el tatuaje discreto asomando bajo la manga, la mandíbula tensa y aquella manera insoportable de parecer tranquilo mientras el resto del mundo sudaba estrés. Odiaba a la gente así.

La reunión comenzó. Pantallas, gráficos, proyecciones internacionales. Yo presenté el plan de expansión para los siguientes dos años con la seguridad habitual. Era buena en aquello, muy buena. Sabía negociar con inversores agresivos, cerrar contratos imposibles y detectar mentiras antes de que terminaran la frase. Aquel era mi terreno. Hasta que Lukas habló.

—Tus cifras de expansión son demasiado agresivas.

Silencio. Levanté lentamente la mirada hacia él. Sonreía apenas, con calma, como si no acabara de lanzarme una bomba.

—¿Perdón?

Lukas apoyó una mano sobre la mesa.

—El crecimiento simultáneo en Dubái y Singapur aumentaría demasiado el riesgo financiero operativo.

—No si optimizamos la automatización portuaria antes del tercer trimestre.

—Eso requiere una inversión excesiva en personal técnico.

—Genera el doble de beneficios a medio plazo.

—También duplica posibilidades de fallo.

Mi sonrisa se volvió peligrosamente dulce.

—Y las tuyas demasiado aburridas.

Algunos ejecutivos dejaron de respirar. Literalmente. Lukas sostuvo mi mirada, impasible.

—Las mías funcionan.

—Las mías hacen dinero.

Mi padre se estaba divirtiendo. Lo sabía porque tenía esa expresión de "esto acabará mal, pero será entretenido". Traidor. Lukas entrelazó las manos.

—Las decisiones impulsivas suelen salir caras.

Ah, no. Por ahí sí que no iba a pasar.

—Y las decisiones cobardes suelen hundir empresas.

Paula miraba el techo intentando no reírse. Bruno probablemente estaba imaginando apuestas nuevas. El ambiente se tensó todavía más, pero Lukas no apartó la mirada ni un segundo. Y aquello... aquello era rarísimo. La mayoría de los hombres terminaban incómodos cuando yo discutía con ellos de frente; él parecía disfrutarlo. Eso era peligrosísimo.

Me levanté de golpe agarrando el café.

—Si has venido aquí para explicarme cómo funciona MI departamento...

Y entonces ocurrió. El tacón se enganchó ligeramente en la silla. Mi equilibrio desapareció. El café voló directo sobre la camisa perfecta de Lukas.

Silencio absoluto. El tiempo se congeló. Una gota descendió lentamente por su corbata. Nadie respiró; yo tampoco. Después intenté no reírme, de verdad lo intenté, pero había algo absurdamente cómico en aquel hombre perfecto cubierto de café colombiano premium.

Lukas bajó la vista hacia su camisa. Luego volvió a mirarme lentamente. Muy lentamente.

—¿Eso ha sido un accidente?

Mi cerebro decidió suicidarse socialmente.

—¿Quieres la versión diplomática o la sincera?

Alguien al fondo soltó una tos que sonó sospechosamente a carcajada. Mi padre se tapó la boca. Cobarde. Lukas seguía mirándome y entonces pasó algo inesperado: sonrió, muy poco, pero sonrió. Y, madre de Dios...

Aquello debería venir con advertencias sanitarias, porque de repente entendí algo peligrosísimo: el alemán tenía una sonrisa capaz de arruinarme la vida.

Capítulo 2



Lukas

Málaga al amanecer tenía algo peligrosamente bonito. Demasiado cálido. Demasiado luminoso. Demasiado vivo para alguien como yo.

Conducía por la costa con una mano sobre el volante mientras el sol empezaba a teñir el mar de naranja y oro. La ciudad despertaba lentamente: cafeterías abriendo, corredores junto al paseo marítimo, camareros colocando terrazas. España siempre había sabido cómo hacer que la vida pareciera sencilla. Tal vez por eso nunca conseguí quedarme.

La pantalla del coche mostró las seis y doce. Llevaba despierto desde las cuatro. Otra vez.

Dormir bien era un lujo que mi cabeza había decidido dejar de permitirse hacía años. Suspiré mientras reducía velocidad en una curva. Aceptar el puesto en *Medina Global Tech* había sido un error. Lo supe en cuanto el avión aterrizó en Málaga. Lo confirmé en cuanto vi a Héctor Medina observándome como si pudiera leer mis pensamientos. Y terminé de entenderlo cuando su hija me tiró café encima sin apartar la mirada.

Sonreí apenas. Mal asunto. Muy mal asunto, porque no debería haberme hecho gracia. Mi padre habría odiado aquella reacción.

"Control, Lukas. Un hombre inteligente nunca pierde el control". La voz de Klaus Schneider seguía instalada en mi cabeza incluso después de años viviendo lejos de él. Disciplina. Precisión. Perfección. Errores mínimos. Emociones mínimas. Mi padre no levantaba la voz; nunca hacía falta. Bastaba una mirada suya para convertir una habitación entera en territorio diplomático hostil.

Yo había crecido entre embajadas, cenas oficiales y conversaciones donde una palabra equivocada podía destruir acuerdos internacionales. Aprendí muy pronto tres cosas: observar antes de hablar, controlar lo que sentía y no depender emocionalmente de nadie. Funcionaba. Hasta ahora. Porque Alma Medina era exactamente el tipo de persona que destrozaba sistemas cuidadosamente construidos. Impulsiva, ruidosa, provocadora, caótica y completamente imposible de ignorar.

Apreté ligeramente la mandíbula. No me gustaba pensar en ella, mucho menos después de pasar apenas cuarenta y ocho horas en la empresa.

Entré en la urbanización privada y el portón automático se abrió lentamente. Mi chalet aparecía al fondo, minimalista y silencioso, rodeado de líneas rectas, cristal y un jardín tan perfectamente ordenado que parecía renderizado por ordenador. Gael decía que mi casa tenía "energía de millonario emocionalmente inaccesible". No era incorrecto.

Aparqué frente a la entrada y el móvil vibró sobre el asiento. Era una videollamada entrante de Gael. Por supuesto. Acepté mientras salía del coche. La cara de mi mejor amigo apareció inmediatamente en pantalla usando gafas de sol dentro de casa, porque Gael Márquez llevaba el dramatismo incorporado de fábrica.

—Buenos días, empresario traumado. —Son las seis de la mañana. —Y ya estás guapo y deprimido. Admirable.

Entré en casa ignorándolo. Gael sonrió.

—Bueno… lo importante. ¿Ya has conocido a la heredera?

Cogí las llaves y las dejé sobre la encimera de la cocina.

—Sí.

—¿Y?

Pensé en unos ojos verdes enormes, en una sonrisa descarada, en tacones imposibles, en café cayendo sobre mi camisa, en su voz desafiante y en cómo toda la sala desaparecía cuando hablaba. Mierda.

—Es agotadora.

Gael soltó una carcajada tan fuerte que tuve que separar el móvil del oído.

—Eso significa que te gusta.

Abrí la nevera.

—Eso significa que necesito whisky.

—A las seis de la mañana. Excelente. Ya estás enamorado.

—No digas estupideces.

—Lukas, te conozco desde hace quince años. La última vez que describiste a una mujer como "agotadora", casi acabas mudándote con ella a Lisboa.

—Y aquella relación terminó fatal.

—Precisamente porque tenías sentimientos y entraste en pánico emocional como un ciervo atropellado.

Cerré la nevera con más fuerza de la necesaria.

—No tengo ningún interés en Alma Medina.

Gael me observó unos segundos con una sonrisa lenta.

—Claro.

—Gael.

—¿Te tiró café encima de forma accidental o sexual?

Lo miré fijamente.

—Voy a colgar. —Eso ha sido un "sexual".

La llamada terminó entre sus carcajadas. Respiré hondo. Silencio. Sonaba jazz suave desde el sistema domótico y la luz del amanecer entraba por las cristaleras. Normalmente, aquello bastaba para tranquilizarme; aquella mañana no funcionó porque seguía pensando en ella. Y eso era un problema.

La oficina ya estaba despierta cuando llegué. Demasiado despierta. Había movimiento constante entre departamentos, llamadas internacionales, pantallas encendidas y empleados intentando aparentar normalidad mientras claramente me observaban de reojo. La noticia de mi llegada había corrido rápido; la noticia de Alma lanzándome café, probablemente más.

Noelia apareció tan pronto como crucé la recepción. Perfectamente peinada, perfectamente organizada, perfectamente tensa.

—Buenos días, señor Schneider.

—Lukas, por favor.

Ella asintió rápidamente.

—He reorganizado sus reuniones y preparado informes financieros de Singapur y Dubái.

—Gracias.

Caminamos hacia mi despacho.

—También… eh… Recursos Humanos recomienda evitar enfrentamientos públicos con la señorita Medina durante la primera semana.

La miré y Noelia tragó saliva.

—Es una recomendación informal.

—Entiendo.

—Bruno ha abierto una apuesta colectiva.

Cerré los ojos un segundo.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre cuánto tardarán ustedes en discutir otra vez.

—Extraordinario ambiente laboral.

—Ahora mismo va ganando "menos de doce horas".

Entré en mi despacho antes de responder nada. Amplio, minimalista, con cristaleras enormes y vistas al puerto. Todo impecable, todo bajo control, o al menos de eso intentaba convencerme. Dejé la chaqueta sobre la silla y revisé varios informes mientras el edificio seguía llenándose de ruido. Entonces escuché una carcajada. Su carcajada.

Miré involuntariamente hacia el exterior del despacho. Alma atravesaba el pasillo acompañada por varios empleados mientras se reía de algo que Bruno decía, haciendo gestos absurdos con las manos.

Y ahí estaba otra vez esa sensación extraña, porque ella no caminaba como los demás ejecutivos. No parecía una directiva multimillonaria; parecía… viva. Exageradamente viva.

Llevaba un traje azul eléctrico imposible de ignorar y el pelo ondulado cayéndole por la espalda. Hablaba rápido, movía mucho las manos y sonreía sin contenerse. Todo en ella era lo contrario a mí. Tal vez por eso no podía apartar la mirada.

Entonces ocurrió algo surrealista. Se detuvo en mitad del pasillo, se quitó un zapato y siguió caminando descalza. Parpadeé. Bruno empezó a reírse tan fuerte que tuvo que apoyarse en la pared mientras Alma levantaba el tacón roto como si fuera un cadáver de guerra.

—¡Doscientos euros y han muerto en combate! ¡Exijo justicia!

Iván estaba grabándolo para TikTok, Paula parecía acostumbrada y Sergio le ofreció café como si aquello fuese completamente normal.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Bruno entre risas.

—Sí. Necesito un funeral para mis zapatos.

Seguí observándola sin entender por qué aquella escena me resultaba tan fascinante. Cualquier otra ejecutiva habría intentado mantener la compostura, pero Alma convertía el desastre en espectáculo, y la gente la adoraba por ello. Ella levantó la vista entonces y nuestros ojos se encontraron a través del cristal.

Silencio. Ni siquiera sé por qué el aire cambió de golpe, pero cambió. Su sonrisa desapareció apenas un segundo y luego levantó lentamente el zapato roto hacia mí como si fuese una amenaza. No pude evitarlo: sonreí, muy poco, pero lo hice. Error. Porque algo brilló en sus ojos verdes inmediatamente; algo peligrosamente divertido. Alma Medina disfrutaba provocándome, y lo peor era que empezaba a sospechar que yo también disfrutaba respondiendo.

A las once de la mañana ya habíamos discutido tres veces. A las doce, cuatro. A las doce y media, Alma estaba gritando a un proveedor francés mientras comía patatas fritas.

—Pues entonces cancelamos el envío y os quedáis sin contrato marítimo en Marsella, Philippe. Me da igual que pongas voz sexy de francés dramático. No voy a ceder. —Silencio. Crujido de patata—. No, escucha tú, croissant con ansiedad…

Me detuve frente a su despacho abierto. Ella seguía de espaldas a mí, sentada sobre la mesa en lugar de en la silla, completamente descalza y con papeles desordenados por todas partes. Aquello parecía un huracán ejecutivo.

—No me importa si amenazáis con abogados. Nosotros tenemos mejores abogados y, además, Paula da miedo. —Otra pausa—. Sí, eso también va por escrito.

Colgó bruscamente y después se metió otra patata en la boca.

—¿Problemas internacionales? —pregunté desde la puerta.

Alma se giró sobresaltada.

—Joder.

—Bonita bienvenida.

—No te oigo llegar nunca. Eso es sospechoso.

Entré en el despacho lentamente.

—El proveedor francés aceptará el contrato en menos de dos horas.

—Ah, ¿sí?

—Sí.
Ella arqueó una ceja.

—¿Y cómo lo sabes, señor arrogancia centroeuropea?

—Porque acabas de demostrar que puedes permitirte perderlos.

Sus ojos brillaron apenas. Interesante; le gustaba que le llevaran la contraria.

—No eres tan aburrido como aparentas.

Miré el caos de su despacho.

—Y tú eres exactamente tan caótica como imaginaba.

Ella sonrió. Peligro absoluto.

—¿Siempre eres tan arrogante?

—¿Siempre hablas tanto?

—Sí.
La comisura de mi boca se movió apenas.

—Sí, creo que sobreviviremos a todo esto.

Y entonces, silencio. Uno extraño y denso. Ella seguía sentada sobre la mesa observándome fijamente mientras balanceaba un pie descalzo en el aire. Y de repente fui demasiado consciente de pequeños detalles absurdos: su perfume, el lunar junto a la clavícula, la forma en que se mordía el labio cuando pensaba. Mala idea. Muy mala idea.

—Tu padre cree que podemos cerrar el acuerdo europeo antes de diciembre —dije obligándome a volver al trabajo.

—Podemos hacerlo.

—Si dejamos de intentar asesinarnos verbalmente.

—Eso elimina el entretenimiento de mis días.

Nos observamos unos segundos más y entonces alguien apareció corriendo por el pasillo. Era Noelia, nerviosa, muy nerviosa.

—Tenemos un problema.

Alma bajó inmediatamente de la mesa.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido una filtración interna.

El aire cambió. Desapareció el juego y desapareció la tensión divertida. Alma frunció el ceño al instante; la directora ejecutiva, el huracán convertido en acero.

—¿Qué tipo de filtración?

—Datos del acuerdo europeo.

Silencio. Vi algo cruzar el rostro de Alma. No era miedo, sino rabia, una peligrosa rabia contenida.

—¿Quién más lo sabe? —pregunté.

—Solo Héctor, y ahora vosotros.

Alma se pasó una mano por el pelo lentamente, pensando rápido, procesando, brillante. Y ahí estaba otra vez esa sensación incómoda en mi pecho, porque cuanto más la observaba, más difícil resultaba recordar que aquello era una pésima idea. Una idea terrible, catastrófica.

Yo había venido a Málaga para trabajar, no para obsesionarme con una mujer que parecía diseñada específicamente para destruir mi autocontrol.

Y mientras ella empezaba a caminar de un lado a otro organizando soluciones a toda velocidad, entendí algo peligrosamente claro: la peor idea de mi vida era desear a mi jefa.

Capítulo 3



Alma

El problema de trabajar en una multinacional era que los rumores viajaban más rápido que los correos internos. El problema de trabajar en *Medina Global Tech* era que además viajaban con efectos especiales.

Cuando entré en la cafetería aquella mañana, todo el mundo se calló durante aproximadamente dos segundos. Después fingieron normalidad fatalmente. Bruno levantó el móvil demasiado rápido, Sergio casi se atragantó con el café, Iván escondió una sonrisa y Candela ni siquiera intentó disimular.

—Buenos días, destructora de alemanes.

Dejé el bolso sobre la mesa.

—Buenos días, alcohólica funcional.

—Eso ha sonado feísimo.

—Porque es verdad.

Me senté junto a Paula mientras agarraba un café tamaño supervivencia emocional. Necesitaba cafeína, mucha, porque llevaba toda la noche pensando en Lukas Schneider, y eso me parecía una tragedia personal. Paula levantó una ceja perfectamente depilada.

—Tienes cara de haber dormido mal.

—He dormido perfectamente.

Candela resopló.

—Mentira. Tiene la mirada de "he recordado accidentalmente unos hombros masculinos".

—No he recordado hombros.

—Espalda, entonces.

—Candela.

—Culo.

Bruno levantó la mano.

—Yo voto culo.

—Nadie está votando nada —protesté.

Iván sonrió como un demonio con WiFi.

—Literalmente, hay una porra interna.

Casi escupí el café.

—¿Perdón?

Sergio sacó el móvil.

—Tenemos categorías.

—No quiero saber esto.

—Demasiado tarde —dijo Paula mientras bebía café con absoluta calma—. Bruno ha creado un Excel.

Miré a Bruno horrorizada.

—¿Has hecho una hoja de cálculo sobre mi vida sexual?

—Tiene gráficos.

—Voy a despedirte.

—Eso suma diez puntos para mí.

Candela empezó a leer desde el móvil.

—Categoría uno: ¿Cuánto tardaréis en acostaros?

—¡¿QUÉ?!

—Categoría dos: ¿Cuánto tardarás en gritarle delante de toda la empresa?

—Eso es más razonable.

—Categoría tres —continuó Sergio—: ¿Quién matará antes a quién?

—Yo aposté por envenenamiento —dijo Iván.

Paula suspiró.

—Yo aposté por tensión sexual reprimida seguida de homicidio involuntario.

Los odiaba a todos, especialmente porque una parte traidora de mi cerebro seguía recordando la sonrisa de Lukas después del desastre del café. Maldita sonrisa.

—No entiendo la obsesión colectiva —murmuré.

Candela me miró lentamente.

—Alma.

—¿Qué?

—Le tiraste café encima al ejecutivo más intimidante de Europa y él reaccionó mirándote como si quisiera desnudarte psicológicamente.

Abrí mucho los ojos.

—Eso no pasó.

—Sí que pasó —dijo Paula.

Bruno asintió con solemnidad.

—Fue el momento más romántico que ha vivido esta empresa desde el becario que lloró en Recursos Humanos.

—Eso no era romántico. Era una denuncia laboral esperando ocurrir.

Candela apoyó la barbilla en la mano.

—Además, tiene ojos de asesino elegante.

—Tiene ojos de contable deprimido —respondí inmediatamente.

—Le has mirado el culo.

—Le he analizado la postura corporal.

Sergio soltó una carcajada.

—Claro. Científicamente.

—Exacto.

—¿Y qué concluyó la ciencia? —preguntó Paula.

Bebí café intentando parecer digna.

—Que probablemente necesita terapia y una siesta.

—Igual que tú —dijo Candela.

Traidora. En ese momento, la cafetería entera cambió de energía. Literalmente. Porque Lukas acababa de entrar y, madre de Dios, el hombre parecía diseñado por una junta directiva de fantasías peligrosas.

Traje gris oscuro, camisa negra, expresión tranquila, movimiento elegante. Todo el mundo dejó de hablar un segundo, incluyéndome. Odié eso inmediatamente.

Lukas saludó con un leve gesto a varios empleados y avanzó hacia la barra del café, calmado, seguro, como si no supiera el efecto que provocaba. Mentira; claro que lo sabía. Los hombres así siempre lo sabían.

—Míralo —susurró Iván—, parece el villano sexy de una película donde explotan cosas caras.

—Parece alguien que recicla correctamente y aun así da miedo —añadió Bruno.

Candela me observó.

—Te has quedado mirando.

—Estoy evaluando amenazas corporativas.

—Estás evaluando abdominales bajo tela italiana.

—Candela, por favor, compórtate.

—No puedo. Esto es entretenimiento premium.

Como si sintiera nuestras miradas, Lukas giró ligeramente la cabeza y me encontró inmediatamente. Mal asunto, porque sus ojos grises se clavaron en mí con una intensidad ridícula y, peor aún, sonrió apenas. Mi corazón hizo una cosa rara. Muy rara. Asquerosamente rara.

—Oh, Dios mío —susurró Candela—, el robot alemán está coqueteando.

—No está coqueteando.

—Alma.

—No lo está.

—Te acaba de mirar como si quisiera arrancarte la ropa y discutir contigo al mismo tiempo.

—Vale —admitió Sergio—, eso sí ha pasado.

Cogí mi café y me levanté.

—Voy a trabajar.

Candela sonrió lentamente.

—Huye, pequeña gacela.

—Voy a matarte.

—Eso son veinte euros para Paula.

Intenté evitar a Lukas durante exactamente una hora y cuarenta minutos. Después el universo decidió humillarme otra vez.

—¿Dónde están los informes de Hamburgo? —preguntó mi padre entrando en mi despacho.

Levanté la vista del portátil.

—En el archivo antiguo.

—Necesito las copias físicas para la reunión de las doce.

Suspiré.

—Voy.

—Y deja de intentar asesinar visualmente a Lukas en las reuniones.

Me quedé congelada.

—¿Perdón?

Mi padre sonrió con total tranquilidad.

—Soy tu padre. Sé cuándo estás irritada… y cuándo estás nerviosa.

—No estoy nerviosa.

—Claro.

Lo odiaba muchísimo, porque me conocía demasiado bien.

Diez minutos después estaba entrando en el archivo central de la empresa entre cajas, carpetas y un aire acondicionado polar. Las luces se encendieron automáticamente. Empecé a buscar los informes, maldiciendo mentalmente a todo el departamento administrativo.

—Fila siete —dijo una voz masculina detrás de mí.

Me giré demasiado rápido. Lukas. Por supuesto, porque Dios me odiaba claramente. Llevaba las mangas remangadas hasta los antebrazos. Error biológico, muy grave.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté.

—Sí. He desarrollado una obsesión peligrosa por las mujeres que lanzan café.

Maldito sentido del humor seco. Me giré rápidamente hacia las estanterías, intentando ignorar el calor absurdo que me subía por el cuello.

—Busco los informes de Hamburgo.

—Fila siete —repitió acercándose—, están mal archivados.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Busco errores internos; llevo dos días corrigiéndolos.

Eso sonó sospechosamente arrogante.

—Qué emocionante debe de ser vivir contigo.

Escuché su breve risa detrás de mí. Muy breve, pero real.

—A veces me desconcentro y organizo hojas de cálculo por colores.

—Dios mío. Un rebelde.

Lo encontré demasiado cerca cuando me giré otra vez. Mucho, demasiado. El archivo era estrecho, él era enorme y, de repente, mi cerebro decidió dejar de funcionar correctamente. Otra vez. Lukas apoyó una mano en la estantería sobre mi cabeza mientras me observaba con esa calma insufrible.

—¿Siempre hablas tanto cuando estás nerviosa?

Abrí la boca, la cerré y la volví a abrir. Mierda.

—Yo no estoy nerviosa.

—Claro.

Odiaba cuando hacía eso. Ese tono tranquilo, esa mirada lenta y esa manera de parecer peligrosamente divertido mientras yo perdía facultades mentales. Necesitaba recuperar el control inmediatamente.

—¿Tú eres alemán o una estafa muy cara?

Algo brilló en sus ojos.

—Mi madre es española.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Nació en Granada.

Eso me descolocó muchísimo más de lo que debería.

—Entonces… ¿Todo esto? —señalé vagamente su persona entera—. ¿Es una trampa genética?

—Depende de a quién preguntes.

Lo miré unos segundos más y entonces entendí algo. El acento. Había algo raro en él desde el principio, muy ligero, casi invisible, pero ahora lo escuchaba claramente: andaluz, suave, escondido debajo del alemán perfecto. Madre mía.

—Pues devuélveme el trauma porque esperaba odiarte más fácilmente.

Esta vez sí sonrió de verdad, y aquello debería ser ilegal porque transformaba completamente su cara; lo volvía peligrosamente atractivo. No intimidante, no frío. Peor: cercano. Mi corazón hizo otra cosa estúpida y sentí la necesidad de evacuar mi cuerpo inmediatamente.

—Bueno, tampoco es para tanto —empecé a decir demasiado rápido—. Quiero decir, sigues siendo insoportable. Solo que ahora eres insoportable bilingüe, que es peor, sinceramente, porque el misterio extranjero ayudaba un poco a la fantasía corporativa de villano europeo, pero ahora resulta que probablemente sabes pedir espetos y eso elimina dramatismo psicológico…

Lukas me observaba claramente divertido. Mierda, ahí estaba otra vez: mi problema de hablar sin frenos cuando me ponía nerviosa.

—¿Has terminado? —preguntó suavemente.

—No lo sé. Mi cerebro improvisa.

—Ya lo he notado.

Debería haberme molestado; en lugar de eso, tuve ganas de reírme. Y eso… Eso era peligrosísimo.

Él dio un paso más hacia mí, muy lento, muy tranquilo, pero suficiente para que el aire cambiara. Yo podía oler su perfume, sentir el calor de su cuerpo y ver diminutas motas grises en sus ojos. Estaba demasiado cerca, y era demasiado hombre para mí, lo sabía.

Mi pulso empezó a acelerarse de forma completamente traidora y él lo notó, claro que lo notó, porque de repente esa mirada tranquila se volvió más oscura, más intensa, más masculina.

—Tienes una costumbre peligrosa, Alma.

Tragué saliva.

—¿Cuál?

Bajó ligeramente la voz.

—Provocarme.

El corazón me golpeó tan fuerte que casi me enfadé con él. Con mi corazón, no con Lukas. Bueno, con ambos. Intenté responder algo ingenioso, pero no salió; mi cerebro estaba ocupado sobreviviendo. Lukas inclinó apenas la cabeza hacia mí y entonces susurró:

—Ten cuidado conmigo, jefa.

Silencio. El aire desapareció y mi autocontrol también, porque mientras él se alejaba lentamente con los informes en la mano, yo solo pude pensar una cosa: demasiado tarde.

Capítulo 4



Lukas

Golpeé el saco de boxeo con demasiada fuerza. El impacto resonó en el gimnasio privado de mi chalet mientras una gota de sudor descendía por mi cuello.

Otra vez. Derecha, izquierda, gancho. Respira. Control, siempre control. El problema era que llevaba dos días en Málaga y mi autocontrol empezaba a comportarse como un becario incompetente. Y la culpa tenía nombre y apellidos: Alma Medina.

Golpeé otra vez el saco imaginando su sonrisa descarada. Error. Porque inmediatamente recordé también sus ojos verdes, sus labios rojos, la manera en que hablaba sin frenos cuando se ponía nerviosa y cómo me miraba justo antes de discutir conmigo. Mierda.

Me aparté del saco respirando hondo. El gimnasio estaba en silencio, salvo por el sonido del jazz suave que salía del sistema de audio y mi respiración ligeramente agitada. Aquello no estaba bien; yo no reaccionaba así ante nadie. Nunca.

Las mujeres no alteraban mis rutinas, no desordenaban mi cabeza, no conseguían que entrenara a las seis de la mañana intentando expulsarlas mentalmente a golpes. Pero Alma no era exactamente una mujer normal. Era un desastre perfectamente vestido, un huracán con tacones. Caótica, impulsiva, demasiado viva.

Era exactamente el tipo de persona que siempre evitaba porque la gente así no entraba en tu vida; arrasaban con ella.

Mi padre llevaba razón en algo: las emociones mal gestionadas convertían a la gente inteligente en idiota. Y yo empezaba a sentirme sospechosamente idiota.

El móvil vibró sobre el banco del gimnasio y, al mirar, vi que era Gael, por supuesto. Respondí mientras agarraba una toalla.

—Espero que te estés muriendo.

—Buenos días para ti también —contestó divertido—. ¿Ya has admitido que estás obsesionado con tu jefa?

—No estoy obsesionado.

—¿Estás entrenando?

Miré el saco.

—Sí.

—Ah. Eso significa que ya estás jodido emocionalmente.

—Gael.

—Lukas, tú solo entrenas tan temprano cuando quieres matar a alguien, cuando quieres acostarte con alguien o cuando quieres ambas cosas.

Silencio. Gael soltó una carcajada al otro lado.

—Madre de Dios. Son ambas.

Colgué. Nuestra amistad sobrevivía precisamente gracias a que a veces dejaba de escucharlo antes de cometer un homicidio.

Llegué a *Medina Global Tech* todavía irritado conmigo mismo. Error táctico, porque Alma apareció cinco minutos después y mi cerebro decidió empeorar aún más la situación. Entró en la sala de reuniones hablando con Paula mientras revisaba documentos en una Tablet.

Llevaba un pantalón blanco elegante, camisa verde esmeralda, tacones imposibles y unos labios rojos. Muy rojos. El aire abandonó mis pulmones un segundo. Solo uno, pero suficiente.

Ella lo notó inmediatamente. Claro que lo notó, porque Alma Medina detectaba cualquier mínima grieta emocional como un tiburón detectaba la sangre. Sus ojos verdes brillaron apenas mientras se acercaba a la mesa.

—Buenos días, alemán.

—Alma.

Su sonrisa se amplió ligeramente, provocadora, como si acabara de ganar algo. Héctor apareció detrás de ella revisando varios informes.

—Perfecto, estáis los dos. Esta noche tenemos comida con los empresarios franceses de la alianza portuaria europea —ya sabía eso, lo que no sabía era la siguiente frase de Héctor—: Y quiero que asistáis juntos.

Miré a Héctor. Él me devolvió una expresión completamente inocente. Mentiroso. Alma dejó escapar una risa corta.

—¿Juntos? ¿Sin supervisión adulta?

—Intentad no provocar un incidente diplomático —dijo su padre—. Francia ya tiene suficientes problemas.

Ella sonrió. Yo no, porque de repente imaginé demasiadas horas sentado junto a Alma, oliendo su perfume y escuchando su voz. Aquello era objetivamente una amenaza para mi estabilidad mental.

El restaurante estaba frente al mar. Elegante, excesivamente caro y lleno de empresarios con relojes absurdos y conversaciones sobre millones de euros. Normalmente, aquel ambiente me resultaba cómodo, pero aquella noche no, porque Alma acababa de aparecer.

Y honestamente, debería existir alguna ley contra mujeres capaces de provocar infartos colectivos con un sencillo conjunto blanco y verde. La camisa esmeralda dejaba parte de su clavícula al descubierto, y ahí estaba el lunar. El maldito lunar. Mi cerebro decidió fijarse demasiado.

—Deja de mirarme así.

Parpadeé. Ella sonreía mientras tomaba asiento a mi lado.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras calculando cuánto valgo en bolsa.

—No sería una inversión estable.

—Qué romántico eres.

Los empresarios franceses empezaron a llegar poco después y entonces descubrí algo peligrosísimo: Alma era brillante en eventos sociales. No era organizada, ni estaba tranquila, y tampoco era diplomática, pero sí magnética.

Interrumpía conversaciones, hacía bromas improcedentes, se reía demasiado alto y provocaba pequeñas explosiones de caos constantemente. Y, aun así, todo el mundo terminaba mirándola, escuchándola y disfrutándola. Era imposible no hacerlo.

—*Mademoiselle* Medina, Málaga debería prohibir mujeres como usted —dijo uno de los franceses, Philippe Laurent, demasiado sonriente.

Alma levantó una ceja.

—¿Porque somos peligrosas o porque os distraéis fácilmente?

Philippe, río encantado. Yo apreté ligeramente la mandíbula. Problema. Alma se dio cuenta inmediatamente y entonces empezó a jugar. Mantenía contacto visual con el francés demasiado tiempo, sonreía más y le tocaba el brazo al hablar. Todo completamente calculado; todo dirigido hacia mí. La muy diabla.

—¿Siempre sonríes así a los clientes? —pregunté en voz baja cerca de su oído mientras Philippe hablaba con Héctor.

Ella giró ligeramente la cabeza hacia mí. Olía deliciosamente bien.

—Solo a los que no parecen enterradores emocionales.

—Te estás divirtiendo.

Sus labios rojos se curvaron lentamente.

—Muchísimo.

Mala idea. Muy mala idea. Porque en ese momento Philippe cogió su mano y le besó los nudillos teatralmente, y algo incómodo se tensó dentro de mi pecho. Celos.

Fantástico, la emoción más inútil del planeta.

—Encantadora, Alma —dijo Philippe.

Ella sonrió demasiado. Yo bebí whisky intentando recordar que era un adulto funcional y no un cavernícola territorial.

—Oh, mierda.

Reconocerías aquella voz en cualquier parte. Gael apareció junto a nuestra mesa con expresión divertidísima. Perfecto, justo lo que necesitaba: un testigo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Cena con clientes. Pero eso no importa —me observó, después miró a Alma, después al francés que le besaba la mano otra vez y finalmente volvió a mirarme a mí—. Ah, mierda.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué?

Gael sonrió lentamente.

—Esa cara tuya.

—¿Qué cara?

—La de "voy a cometer un crimen".

Alma escuchó eso y la condenada tuvo el descaro de morderse el labio para no reírse.

Necesité salir al exterior antes de estrangular a un francés diplomáticamente. Ridículo, completamente ridículo. Me apoyé en la terraza del restaurante observando el mar oscuro, intentando recuperar algo parecido a la cordura. La brisa nocturna ayudaba un poco, hasta que escuché sus tacones acercándose. Claro, porque el universo ya había decidido humillarme del todo.

Alma apareció unos segundos después con una copa de vino en la mano. El viento movía ligeramente su pelo oscuro y otra vez tuve esa sensación absurda: demasiada belleza para una sola persona.

—¿Te escondes de Philippe? —preguntó divertida.

—Me escondo de acabar deportado por asesinato.

Ella soltó una carcajada. Dios, aquella risa.

—Estás celoso.

La miré lentamente.

—No digas tonterías.

—Claro. Y yo soy monja.

Se apoyó en la barandilla junto a mí, mirando el mar. Demasiado cerca, otra vez; siempre demasiado cerca.

—Coquetear con idiotas para molestarme es bastante infantil —dije.

Ella giró la cabeza inmediatamente.

—¿Y tú mirarme las piernas toda la cena cómo se llama?

Mierda. Era buena leyéndome, muy, muy buena.

—Tortura.

Sus labios se separaron apenas un segundo, pero lo vi.

—Problema tuyo, alemán.

Di un paso hacia ella, instintivo, peligroso, necesario. Y entonces el aire cambió otra vez. Alma dejó de respirar un segundo; lo noté porque sus ojos verdes se oscurecieron ligeramente mientras me miraba. Ya no estaba sonriendo tanto; ahora parecía… nerviosa. Eso era nuevo y peligrosamente adictivo.

—Deja de provocarme —dije con voz más grave de lo normal.

Ella tragó saliva; lo vi claramente.

—No sabía que fuera tan fácil.

No debería haber acercado más la mano a la barandilla hasta casi rozar la suya. No debería haber bajado la mirada hacia sus labios y, definitivamente, no debería haber imaginado cómo sonaría su respiración si la besaba allí mismo. Error. Error enorme.

Porque por primera vez en muchísimo tiempo sentí que perdía ligeramente el control. Y Alma lo notó, claro que lo notó, por eso sonrió despacio en una victoria peligrosa antes de apartarse de mí de la misma manera, con calma, como si supiera perfectamente el efecto que acababa de provocar.

—Buenas noches, enterrador emocional.

Entró otra vez al restaurante, dejándome solo en la terraza. Completamente quieto, completamente alterado. Y mientras el eco de su perfume seguía flotando alrededor de mí, entendí algo bastante preocupante: si seguía oliéndolo tan cerca, iba a acabar haciendo algo estúpido.

Capítulo 5



Alma

Yo no estaba obsesionada con Lukas Schneider. Solo pensaba en él constantemente, que era completamente distinto. Muy distinto. Absolutamente distinto y psicológicamente preocupante.

—Llevas cinco minutos mirando el mismo correo.

Levanté la vista lentamente del portátil. Candela estaba apoyada en la puerta de mi despacho con un café en una mano y expresión de documental criminal en la cara.

—Estoy trabajando.

—Claro.

—Estoy revisando información importante.

—Alma.

Suspiré.

—¿Qué?

Candela entró despacio y dejó el café sobre mi mesa antes de inclinarse hacia la pantalla. Leyó el correo en voz alta:

—"Adjunto modificaciones del informe logístico. Revisar antes de las doce." Qué erótico todo.

—Cállate.

Ella me observó con una sonrisa lenta, peligrosa.

—¿Estás leyendo el correo o fantaseando con estrangularlo?

—Ambas cosas.

—Eso sexualmente significa algo.

—Candela.

—¿Qué? Freud estaría haciendo volteretas.

Me dejé caer hacia atrás en la silla giratoria. El despacho olía a café, estrés y a mi perfume favorito porque claramente había decidido afrontar mi crisis emocional con elegancia estética.

—No estoy obsesionada con Lukas.

—Perfecto. Ya hemos entrado en fase de negación.

—No estoy en ninguna fase.

—Cariño, ayer dijiste "enterrador emocional" tres veces durante la cena.

Abrí mucho los ojos.

—Porque ES un enterrador emocional.

—Y aun así quieres lamerle la mandíbula.

Casi me atraganté. Candela sonrió satisfecha.

—Adoro tener razón.

La odiaba muchísimo porque, desgraciadamente, me conocía demasiado bien, y porque mi cerebro llevaba desde la noche anterior reproduciendo el momento exacto en que Lukas se había acercado en aquella terraza. Su voz grave. Su mirada oscura. *"Deja de provocarme"*. Dios mío, necesitaba medicación, o vacaciones, o sexo; preferiblemente las tres cosas.

—Voy a trabajar —murmuré.

Candela me señaló con el dedo.

—Estás entrando en fase peligrosa.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que todavía no estás enamorada, pero ya no piensas con oxígeno suficiente.

La puerta del despacho se abrió justo entonces. Bruno apareció sujetando una carpeta.

—¿Interrumpo una crisis erótica corporativa?

—Sí —dijimos Candela y yo a la vez.

Él sonrió.

—Perfecto. Solo quería informar de que la apuesta "Lukas y Alma se lían antes de un mes" acaba de subir muchísimo en bolsa.

Le lancé un bolígrafo. No acerté, desgraciadamente.

Intenté concentrarme durante aproximadamente cuarenta minutos. Después escuché a Lukas hablar alemán y mi cerebro decidió suicidarse. La voz llegaba desde el pasillo principal: grave, calmada, elegante. Madre de Dios.

Levanté la vista del ordenador lentamente mientras intentaba ignorar el efecto absurdo que aquel idioma estaba provocando en mí. No funcionó, porque Lukas apareció caminando frente a mi despacho hablando por teléfono con esa tranquilidad insoportable que parecía traer instalada de fábrica.

Traje oscuro, mangas remangadas, mandíbula tensa y aquella voz… No, fatal, absolutamente fatal. El alemán sonaba peligrosamente sexy en su boca. Demasiado serio, demasiado masculino, demasiado todo.

Lo observé sin querer hacerlo mientras caminaba por el pasillo. Entonces alguien de logística lo detuvo.

—Oye, Lukas, ¿necesitas los informes de Valencia hoy?

Y el maldito hombre respondió con un andaluz perfecto:

—Sí, *picha*, antes de las cuatro, si puede ser.

Me quedé congelada. Perdón, ¿qué? Lukas giró ligeramente la cabeza hacia mí y supo inmediatamente que acababa de descolocarme. Claro que sí, porque el universo entero disfrutaba humillándome.

Entró en mi despacho despacio mientras guardaba el móvil en el bolsillo.

—¿Problemas, jefa?

Parpadeé varias veces.

—Eso ha sido ilegal.

—¿El qué?

—El "picha".

Vi la sutil sonrisa aparecer lentamente en su boca. Mierda, mierda enorme.

—Mi madre era andaluza. Ya te lo dije.

—Sí, pero una cosa es que hables español y otra que parezcas un empresario alemán salido de Málaga centro.

—¿Eso es un insulto o un análisis sociológico?

—Todavía no lo sé.

Se acercó a mi mesa dejando unos documentos frente a mí. Demasiado cerca, otra vez; siempre demasiado cerca.

—¿Cuántos idiomas hablas exactamente? —pregunté.

—Cinco.

Lo miré indignada.

—Qué necesidad.

Él apoyó una mano sobre mi escritorio, inclinándose un poco hacia mí.

—¿Y tú cuántos dramas provocas al día?

—Depende del tráfico.

Su boca se movió apenas. No era una sonrisa completa, pero ya empezaba a reconocer esas pequeñas grietas en su autocontrol perfecto, y me gustaban demasiado. Eso era gravísimo.

—Necesitamos terminar la propuesta de Singapur hoy —dijo.

—Qué romántico.

—Intenta comportarte como una adulta funcional durante al menos una hora.

—No hagas peticiones imposibles antes del café.

Trabajar con Lukas era una experiencia psicológica extrañísima porque, por un lado, quería discutir con él constantemente y, por otro… bueno, por otro lado, quería cosas que definitivamente no podían hacerse sobre una mesa de juntas. Lo peor era que él empezaba a mirarme de una forma peligrosa, más lenta, más intensa, como si estuviera perdiendo el cuidado, y eso no ayudaba absolutamente nada.

Tres horas después seguíamos encerrados revisando informes internacionales y yo estaba empezando a perder facultades mentales básicas.

—Tus cifras para Dubái siguen siendo demasiado optimistas —dijo Lukas revisando una pantalla.

—Tus cifras siguen pareciendo escritas por un contable sin esperanza emocional.

—Eso no significa nada.

—En mi cabeza sí.

Estábamos sentados demasiado cerca. Error estratégico. Nuestras piernas se rozaban accidentalmente cada pocos minutos y cada vez mi sistema nervioso reaccionaba como si hubiese tocado un enchufe humano. Patético, absolutamente patético.

—Concéntrate, Alma.

—Estoy concentrada.

—Acabas de escribir "mierda" en una casilla de presupuestos.

Miré la pantalla. Efectivamente.

—Bueno… define perfectamente mis emociones actuales.

Escuché su risa baja. Muy baja, pero real. Y por alguna razón aquello me afectó muchísimo más de lo que debería porque Lukas casi nunca se reía, y cuando lo hacía parecía más humano, más cercano, más peligroso.

Intenté coger una carpeta al mismo tiempo que él; nuestras manos chocaron. Silencio. Mierda, otra vez. Su mano era enorme, cálida. Mis dedos quedaron atrapados contra los suyos apenas un segundo más de lo normal, pero fue suficiente.

Levanté la vista lentamente. Error. Porque Lukas ya me estaba mirando y esa expresión… Dios, era demasiado intensa, demasiado masculina, demasiado consciente.

El aire cambió inmediatamente y mi respiración también. Nadie habló, nadie se movió, y entonces Bruno irrumpió en el despacho como una bomba humana.

—¡He descubierto algo gravísimo!

Nos apartamos tan rápido que parecía que acabábamos de cometer un delito financiero. Bruno frunció el ceño.

—¿Interrumpo tensión sexual premium?

—Sí —dije demasiado rápido.

Lukas se pasó una mano por la mandíbula mirando documentos con una calma completamente falsa. Bruno sonrió lentamente.

—Interesante.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Hay alguien filtrando movimientos internos del acuerdo europeo.

Silencio. Toda la tensión cambió de golpe. Lukas se incorporó inmediatamente, frío otra vez, profesional, controlado.

—¿Qué has encontrado?

Bruno dejó varios documentos sobre la mesa.

—Movimientos raros en accesos internos. Alguien está entrando en archivos restringidos.

El ambiente se volvió serio al instante. Miré a Lukas y ahí estaba otra vez esa parte de él que me desconcertaba, porque debajo del sarcasmo seco y la tensión constante había alguien extremadamente brillante, extremadamente atento, peligrosamente inteligente. Y por primera vez pensé algo incómodo: tal vez Lukas no solo me atraía; tal vez empezaba a importarme lo que pensaba de mí. Aquello sí era un problema.

Llegué a casa agotada mentalmente, emocional y sexualmente frustrada. Un martes normal, básicamente. Me quité los tacones nada más entrar y crucé la casa hasta la terraza acristalada con una copa de vino en la mano. El mar estaba oscuro y tranquilo; yo no. El móvil sonó justo entonces. Era una videollamada de mis abuelos. Sonreí automáticamente.

—¡Mis personas favoritas!

La cara de mi abuelo Antonio apareció primero.

—Esa sonrisa es sospechosa.

—Hola a ti también.

Mi abuela Mercedes apareció detrás, acomodándose las gafas, elegantísima incluso por videollamada.

—Cariño, tienes ojeras.

—Gracias, abuela. Muy motivador.

Mi abuelo entrecerró los ojos observándome. Excapitán de barco, experto mundial en detectar dramas.

—Tienes cara de problema sentimental.

Me atraganté con el vino.

—Tengo cara de estrés empresarial.

—No —dijo él inmediatamente—. Esa es cara de hombre alto.

Mi abuela soltó una carcajada preciosa mientras yo protestaba indignada.

—¿Por qué todo el mundo asume cosas?

—Porque heredaste la incapacidad de disimular emociones de tu madre —dijo mi abuela suavemente.

Eso me hizo callar un segundo. Siempre ocurría; cada vez que mencionaban a mi madre, aparecía un pequeño vacío extraño dentro de mí. Mercedes lo notó enseguida, como siempre.

—¿Es bueno contigo? —preguntó con suavidad, y parpadeé.

—¿Quién?

Mi abuelo resopló.

—El armario alemán que claramente te tiene alterada.

—No me tiene alterada.

—Claro —dijo él—, y yo fui astronauta.

Acabé riéndome porque discutir con mis abuelos era imposible. Después de colgar, me quedé sola en silencio mirando el mar y entonces el móvil vibró otra vez. Era un mensaje de Lukas y mi corazón reaccionó inmediatamente como una traidora sin dignidad.

Lukas: *Necesito los informes antes de mañana.*

Lo miré indignada. Qué hombre tan romántico. Escribí rápidamente:

Alma: *Necesitas aprender modales.*

La respuesta llegó casi al instante.

Lukas: *Necesito paciencia contigo.*

Me quedé mirando la pantalla y entonces ocurrió algo peligrosísimo: sonreí sola, como una idiota. Eso me asustó más que cualquier otra cosa porque yo no sonreía así por hombres. Nunca.

El timbre sonó media hora después. Abrí la puerta y encontré a Candela sosteniendo dos botellas de vino y una expresión de intervención emocional.

—He venido a salvarte.

—¿De mí misma o del alemán?

—De tus hormonas, principalmente.

Entró directamente hacia la terraza mientras yo cerraba la puerta. Candela se dejó caer en el sofá observándome con atención criminalística.

—Voy a decirte algo importante.

—Me da miedo esta frase.

Abrió la botella con absoluta tranquilidad.

—Ese hombre te va a arruinar la vida sexual.

Me dejé caer frente a ella suspirando.

—Ya lo está haciendo y todavía no me ha tocado.

Candela levantó lentamente la copa de vino.

—Madre de Dios.

—Lo sé.

—Estás jodidísima.

Y lo peor era que probablemente tenía razón.

Capítulo 6



Lukas

El día empezó como empiezan todas las catástrofes empresariales: con demasiados correos y muy poca paciencia. A las siete y cuarto de la mañana ya había recibido dos llamadas desde Singapur, tres incidencias del sistema portuario, un mensaje de Héctor marcado como urgente y un audio de Gael diciendo: «Si no te has acostado todavía con tu jefa, me decepcionas». Lo ignoré por salud mental.

Cuando llegué a *Medina Global Tech*, el edificio entero parecía al borde de un colapso nervioso colectivo. Las pantallas parpadeaban, los teléfonos sonaban, los empleados corrían y Bruno atravesaba la recepción con dos cafés y expresión de científico loco.

—¡Tenemos un problema gravísimo!

—Eso no reduce absolutamente nada las posibilidades —respondí.

—El sistema de Rotterdam se ha caído.

Perfecto. Fantástico. Excelente forma de empezar la mañana.

Subí directamente a la planta ejecutiva mientras varias personas intentaban hablarme al mismo tiempo, y entonces escuché su voz.

—Pues reiniciad el servidor antes de que yo reinicie vuestra existencia laboral.

Alma salía de una sala de reuniones sujetando el móvil entre el hombro y la oreja mientras caminaba a velocidad suicida sobre unos tacones negros imposibles. Llevaba una falda ajustada, blusa crema, el pelo recogido a medias y cara de querer matar a alguien. Seguía siendo absurdamente atractiva incluso enfadada. Eso empezaba a ser ofensivo. Levantó la vista, me vio y frunció el ceño inmediatamente.

—No tengo tiempo para discutir contigo ahora mismo —dijo, tapando el micrófono del móvil.

—Buenos días para ti también.

—No lo son.

—Eso ya lo había deducido.

Colgó bruscamente y empezó a caminar junto a mí por el pasillo. Demasiado cerca, otra vez; siempre demasiado cerca.

—Los franceses están presionando con los plazos —dijo—. Rotterdam tiene problemas técnicos y Dubái sigue esperando confirmación logística.

—Ya lo sé.

—Entonces dime algo útil.

La miré de reojo.

—Respira.

Ella giró la cabeza lentamente.

—¿Perdón?

—Estás acelerada.

—Estoy trabajando.

—Estás a punto de provocarte un aneurisma.

Alma me dedicó una sonrisa peligrosísima.

—Y tú estás a punto de descubrir lo rápido que puedo asesinar con un tacón.

Dios. Aquella mujer convertía amenazas en coqueteo sin darse cuenta. O peor: tal vez sí se daba cuenta.

La mañana siguió exactamente igual. Caótica, tensa, eléctrica. Discutimos en tres reuniones, nos contradijimos delante de medio consejo ejecutivo y, en una ocasión, Alma me lanzó un bolígrafo. No fuerte, pero con intención emocional.

A las doce, toda la empresa ya había notado claramente lo que estaba pasando entre nosotros. Especialmente Bruno, porque escuché perfectamente cuando le susurró a Paula cerca de la cafetería:

—Es cuestión de tiempo que terminen besándose o asesinándose.

Paula bebió café tranquilamente.

—Yo sigo apostando por ambas cosas.

No estaban completamente equivocados.

A las seis de la tarde ya tenía dolor de cabeza y deseos cuestionables relacionados con mi jefa. Mala combinación. Salí de una reunión interminable revisando documentos en la Tablet mientras esperaba el ascensor privado de dirección. Necesitaba cinco minutos de silencio. Cinco.

Las puertas se abrieron y, por supuesto, Alma estaba dentro. Claro, porque el universo tenía un sentido del humor enfermizo.

Ella levantó la vista del móvil al verme entrar, y todo se quedó en silencio. Uno tenso, incómodo y peligroso. Entré despacio, intentando ignorar inmediatamente varios problemas: el perfume de Alma, su falda ajustada negra, sus piernas y mis ganas repentinas de perder la dignidad profesional.

Las puertas se cerraron y entonces ocurrió algo terrible. Ella se recolocó ligeramente el pelo detrás de la oreja. Mi mirada bajó involuntariamente hacia sus labios. Mierda. Fracaso absoluto de autocontrol. Alma lo notó, claro que lo notó, porque inmediatamente apareció esa leve sonrisa suya, la de «acabo de pillarte».

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Alma.

—Solo estaba pensando que hoy pareces más cerca del homicidio que de costumbre.

—Tú tampoco ayudas.

—Qué romántico.

El ascensor se sacudió violentamente. Las luces parpadearon y todo se detuvo de golpe. Hubo una oscuridad breve, un sonido metálico y, después, silencio.

Alma soltó un leve grito ahogado cuando perdió el equilibrio. Instintivamente, la sujeté antes de que cayera. Error crítico. Porque ahora estaba prácticamente entre mis brazos, con su espalda contra la pared del ascensor, mi mano en su cintura y su respiración chocando contra mi cuello. Demasiado cerca; muchísimo, demasiado cerca.

El aire cambió inmediatamente. Noté cómo se tensaba apenas un segundo antes de levantar la vista hacia mí. Sus ojos verdes parecían enormes desde aquella distancia.

—Perfecto —murmuró—. Voy a morir atrapada con un alemán psicópata.

No aparté la mano de su cintura. No debería haberlo hecho.

—Podría ser peor.

Ella tragó saliva.

—¿Cómo?

La miré fijamente.

—Podrías estar callada.

Soltó una risa nerviosa y ahí empezó el verdadero problema, porque aquella no era la Alma escandalosa y provocadora de siempre. Ahora parecía… vulnerable. Solo un poco, pero suficiente para alterarme más de la cuenta. El ascensor seguía detenido. Nadie hablaba desde fuera todavía; solo nosotros, demasiado juntos, demasiado conscientes.

—Odio los espacios cerrados —admitió de repente, más bajito.

Parpadeé. No esperaba esa honestidad por su parte.

—¿Claustrofobia?

—No exactamente. Pero mi imaginación trabaja demasiado.

Eso me hizo sonreír levemente.

—Ya lo he notado.

Ella puso los ojos en blanco, aunque seguía demasiado cerca de mí.

—No te acostumbres a verme tan humana.

—Llegas tarde para eso.

Y otra vez ese silencio rodeándonos. Su respiración seguía acelerada; la mía empezaba a no ser mucho mejor.

El ascensor seguía parado diez minutos después, y aquello empezaba a parecer una prueba psicológica diseñada específicamente para destruirme. Alma terminó apoyándose contra la pared mientras yo intentaba contactar con mantenimiento desde el panel de emergencia. Sin éxito. Perfecto.

—Bueno —dijo ella, cruzándose de brazos—, si morimos aquí, quiero que quede claro que la culpa es del departamento técnico.

—Anotado.

La observé de reojo. Seguía intentando parecer tranquila, pero se mordía ligeramente el labio, nerviosa. Y, por alguna razón, eso me hizo hablar más de la cuenta, algo que normalmente nunca ocurría.

—Cuando era niño odiaba los ascensores.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—¿Tú? ¿El robot emocional tenía miedos?

Ignoré lo de robot.

—Vivíamos cambiando de país. Embajadas, hoteles, residencias diplomáticas… demasiados sitios donde nunca terminaba de encajar.

Su expresión cambió ligeramente, más suave.

—¿Cuántas veces te mudaste?

Pensé unos segundos.

—Doce antes de los dieciocho.

Silencio.

—Joder.

—Mi padre creía que adaptarse rápido era una virtud.

—¿Y tu madre?

La pregunta me golpeó de forma inesperada porque casi nunca hablaba de ella.

—Ella intentaba que todo pareciera un hogar, aunque solo estuviéramos allí seis meses.

Alma me observaba muy quieta, atenta, sin bromas por primera vez, y eso me desarmó un poco más.

—¿Por eso hablas andaluz? —preguntó suavemente.

Sonreí levemente.

—Mi madre decía que un buen acento podía salvar discusiones familiares.

Eso la hizo reír bajito, y otra vez tuve esa sensación peligrosa: me gustaba demasiado escucharla reír.

—¿Y tú? —pregunté, mirándola directamente—. ¿Siempre has sido así?

Ella arqueó una ceja.

—¿Así cómo?

Busqué las palabras correctas, pero no fue fácil.

—Como si el mundo te perteneciera.

La sonrisa de Alma desapareció apenas un segundo, y aquello me sorprendió muchísimo más que cualquier provocación, porque debajo de toda su energía había cansancio, presión, miedo. Lo vi claramente.

—Eso es porque si dudas cinco minutos en esta empresa, te comen viva —dijo finalmente.

Y el silencio que siguió a sus palabras fue honesto, incómodo y real. Por primera vez no parecía la heredera brillante de *Medina Global Tech*; parecía una mujer agotada intentando demostrar constantemente que merecía estar allí. Y algo dentro de mí se tensó de forma extraña. Protectora. Peligrosa.

El ascensor volvió a sacudirse de repente. Alma soltó un leve sonido asustado y me agarró la camisa instintivamente. Mierda. Mi mano reaccionó sola; fue automático. Subió lentamente por su cintura para sujetarla mejor, y ahí cambió todo. La respiración, las miradas, el silencio. Todo. Porque ahora ella estaba completamente pegada a mí y yo podía sentir el calor de su cuerpo, sus dedos agarrando mi camisa y su respiración acelerada contra mi garganta. Demasiado. Simplemente demasiado.

Alma levantó despacio la cabeza hacia mí. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos. Error visual gravísimo. Le aparté un mechón de pelo de la cara sin pensar, muy lento, muy suave, y el mundo entero desapareció un segundo.

—Alma…

Su respiración tembló apenas.

—¿Qué?

Dios. La forma en que lo dijo casi acaba conmigo. La miré fijamente. Sin escapatoria, sin distancia, sin control.

—Eres un problema serio.

Sus ojos bajaron hacia mi boca; los míos hicieron exactamente lo mismo. Y entonces entendí algo aterrador: iba a besarla. De verdad, allí mismo, en un ascensor averiado, como un adolescente sin autocontrol. Mi mano seguía en su cintura; la suya seguía agarrando mi camisa. Ella no se apartaba, yo tampoco. Nos acercamos apenas unos centímetros más y, justo entonces, las puertas del ascensor se abrieron de golpe.

Luz, voces, mantenimiento y aproximadamente cuatro empleados observándonos demasiado juntos. Silencio absoluto. Bruno abrió muchísimo los ojos, Paula sonrió lentamente y Sergio parecía haber visto un milagro religioso.

Alma reaccionó primero. Claro, porque cuando se ponía nerviosa, hablaba muchísimo.

—Bueno, perfecto, genial, ya funciona. Fantástico trabajo técnico, adoro la electricidad moderna. Voy a… trabajar.

Salió del ascensor a velocidad absurda sin mirarme. Yo me quedé quieto unos segundos más, intentando respirar normalmente, intentando recuperar el control, intentando ignorar el hecho de que todavía podía sentir sus dedos sobre mi camisa. Mala suerte, porque por primera vez en años, el autocontrol empezaba a no ser suficiente.

Capítulo 7



Alma

Odiaba los aeropuertos, madrugar y, sobre todo, levantarme de madrugada para ir a un aeropuerto mientras mi vida se desintegraba logísticamente delante de mí.

—¿Dónde está mi móvil?

Mi voz resonó por toda la entrada de casa mientras revolvía el bolso como una delincuente desesperada. Candela, sentada tranquilamente en la isla de la cocina con una tostada en la mano, ni siquiera levantó la vista.

—Encima de la cafetera.

Miré. Ahí estaba. La señalé, indignada.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque verte entrar en pánico a las seis de la mañana alimenta mi espíritu.

—Eres una mala persona.

—Pero entretenida.

Cogí el móvil, el portátil y la maleta al mismo tiempo. Error. Mi tacón derecho se enganchó en la alfombra y escuché el sonido más terrorífico del universo femenino: *crack*.

En ese momento el silencio reinó en mi casa. Miré hacia abajo lentamente y comprobé con horror que sí, el tacón acababa de romperse. Cerré los ojos, respiré y después grité:

—¡¿Por qué el universo me odia?!

Candela mordió la tostada sin alterarse.

—Porque eres una dramática y Dios quiere contenido.

La miré asesinamente mientras me quitaba los zapatos.

—Tengo un vuelo en una hora.

—Pues ve descalza. Sería muy revolucionario empresarialmente.

Corrí hacia el vestidor buscando otros tacones mientras Candela seguía hablando desde la cocina.

—Por cierto, te he metido algo en el bolso.

—Como encuentre droga, voy a denunciarte.

—No seas exagerada.

Diez minutos después, ya dentro del coche y parada en un semáforo, abrí el bolso buscando el cargador y encontré una caja de preservativos. Me atraganté con mi propio café. Marqué y no tardé en ver la cara de Candela por videollamada.

—¡¿Por qué demonios hay condones en mi bolso?!

Candela respondió completamente tranquila.

—Porque vas a dormir con el alemán.

—¡No voy a dormir con el alemán!

—Todavía.

—Candela.

—A eso se le llama ser precavida, cariño.

Colgué antes de sufrir un colapso neuronal, aunque el problema real era otro: mi cerebro había reaccionado demasiado rápido a la frase «dormir con el alemán».

Llegué a la puerta de embarque exactamente igual que una persona perseguida por la Interpol: despeinada, con gafas de sol enormes, un café derramado sobre la camisa blanca y respirando como si hubiese cruzado España corriendo. La perfecta imagen de la heredera de un imperio empresarial.

Lukas ya estaba allí, claro, impecable como siempre. Traje gris oscuro, maleta perfectamente alineada a su lado, postura elegante y cara de hombre que jamás había corrido detrás de un taxi en su vida. Levantó la vista de la Tablet al verme llegar, y juro que vi cómo analizaba el desastre humano que acababa de aparecer frente a él.

—Llegas tarde.

Me quité las gafas lentamente.

—Buenos días para ti también, don exagerado.

Sus ojos grisáceos bajaron un segundo hacia la mancha de café de mi camisa.

—¿Siempre sobrevives al caos de forma tan poco elegante?

—La elegancia está sobrevalorada.

—Tu puntualidad también, al parecer.

—Mira, alemán, llevo una mañana tan mala que ahora mismo podría morderte.

Eso provocó algo peligrosísimo: una sonrisa leve. Muy pequeña, pero real. Y por alguna razón mi cuerpo decidió reaccionar como una idiota hormonal. Mal, todo mal. Lukas se levantó cogiendo su maleta.

—Ven. Están embarcando.

Lo seguí intentando ignorar dos cosas: lo guapo que estaba y el hecho de que olía absurdamente bien incluso a las siete de la mañana. Necesitaba terapia.

El vuelo a Madrid duró una hora y veinte minutos. Exactamente una hora y veinte minutos demasiado cerca de Lukas Schneider. Al principio intenté comportarme como una adulta profesional. Duré siete minutos.

—Odio volar.

Lukas ni levantó la vista del portátil.

—Ya me lo habías dicho.

—Y lo diré las veces que haga falta, porque cada vuelo puede ser el último.

—Estadísticamente es improbable.

—Qué tranquilizador. Pareces un documental de asesinatos.

—Tú pareces una persona vetada en varios aeropuertos.

Lo miré indignada.

—Eso fue una vez y técnicamente no fue mi culpa.

Ahora sí levantó la vista.

—¿Me lo estás diciendo en serio ¿Qué hiciste?

—Pregunté si el piloto parecía estar realmente capacitado para un vuelo de tantas horas.

—Alma…

—¿Qué? Era una duda legítima.

Negó lentamente con la cabeza, volviendo al portátil, pero vi claramente cómo intentaba no sonreír. Y eso era peligrosísimo porque empezaba a gustarme demasiado provocarlo.

La azafata pasó ofreciendo café. Acepté dos. Lukas me observó.

—Eso explica muchas cosas sobre tu personalidad.

—El café sostiene mi sistema nervioso y mi estabilidad empresarial.

—Tu estabilidad empresarial es discutible.

—Y aun así la empresa me pertenece y tu puesto pende de un hilo.

Eso hizo que me mirara directamente. Silencio. Mierda, otra vez esa tensión. La maldita tensión constante. Me removí en el asiento intentando ignorar el efecto que provocaba cuando me observaba demasiado tiempo. Fatal decisión, porque estaba cansada, muy cansada, y el sonido del avión unido al calor y al café terminó destruyendo mis defensas mentales.

Recuerdo intentar mantener los ojos abiertos, recuerdo a Lukas escribiendo algo en el portátil y, después… nada.

Desperté lentamente, sintiendo algo cálido bajo mi mejilla. Parpadeé confundida y tardé tres segundos en entender el horror: estaba dormida sobre el hombro de Lukas. Mierda, mierda histórica. Intenté incorporarme rápidamente.

—Yo… perdón… no quería…

—Ya me había dado cuenta de que no era un ataque planeado.

Su voz sonó tranquila, demasiado tranquila. Lo miré horrorizada.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

—Veinte minutos.

Quise desaparecer físicamente del planeta.

—¿Y no me despertaste?

Lukas cerró el portátil despacio.

—Parecías cansada.

Mi corazón hizo una cosa rara, incómoda, muy incómoda, porque aquello había sido… amable. Y Lukas Schneider no encajaba bien dentro de la categoría «amable».

—Ah.

Brillante respuesta, Alma. Premio Nobel de la Comunicación.

Noté entonces que todavía olía ligeramente su colonia y, peor aún, que él olía mi pelo porque seguía demasiado cerca. Me aparté intentando parecer normal. Y sí, fue un fracaso absoluto.

—Tienes una obsesión preocupante con meterte en mi espacio personal —murmuró. —Fue accidental.

—Claro.

—No te emociones, alemán.

Él giró apenas la cabeza hacia mí.

—Difícil cuando babeas sobre mi hombro.

Abrí muchísimo los ojos.

—¡No he babeado!

Su expresión seguía completamente seria, pero los ojos… los ojos estaban riéndose de mí, y eso fue aún peor.

Madrid nos recibió con lluvia. Fantástico. Mi pelo empezó a encresparse aproximadamente siete segundos después de salir del aeropuerto.

—Parezco un caniche con traje.

—Eso explicaría muchas reuniones.

Le lancé una mirada asesina mientras subíamos al coche enviado por el hotel. La reunión con los inversores era al día siguiente, así que aquella noche solo necesitábamos descansar. Ja. Ingenua de mí, porque el universo todavía no había terminado de humillarme.

La recepcionista del hotel parecía a punto de sufrir una crisis nerviosa cuando llegamos al mostrador.

—Ha habido… un pequeño problema con las reservas.

Nunca en la historia de la humanidad había ocurrido algo bueno después de esa frase. Nunca. Lukas dejó el pasaporte sobre el mostrador.

—¿Qué tipo de problema?

La mujer sonrió tensamente.

—Debido a un error del sistema… solo queda disponible una suite presidencial. Con una cama.

Giré la cabeza muy despacio hacia Lukas. Él ya me estaba mirando, igual de horrorizado.

—Ni de broma —dije inmediatamente.

—Puedo dormir en el sofá —respondió él al mismo tiempo.

—No pienso compartir habitación contigo.

—Créeme, jefa. Yo también valoro mi estabilidad mental.

La recepcionista parecía querer desaparecer debajo del mostrador.

—Podríamos ofrecerles otra habitación mañana…

—Mañana estaremos trabajando todo el día —murmuré.

Lukas cerró los ojos un segundo, claramente replanteándose todas sus decisiones vitales.

—Perfecto —dijo finalmente—. Nos quedamos con la suite.

—Esto viola varios derechos humanos.

—Probablemente.

Subimos en silencio. Tenso, muy tenso. Y cuando la puerta de la suite se abrió, entendí que el universo definitivamente quería matarme. Era enorme, lujosa, elegante y peligrosamente íntima. Con una sola cama gigantesca en el centro. Mierda.

La convivencia empezó mal. Muy mal.

—No pongas eso ahí.

Giré la cabeza, indignada.

—¿Perdón?

Lukas señaló mi maleta abierta sobre el sofá.

—Bloquea el paso.

—Oh, disculpe, señor catálogo de Ikea.

Él suspiró quitándose la chaqueta. Error visual gravísimo, porque ahora llevaba solo la camisa negra ajustada y yo necesitaba urgentemente dejar de mirarle los brazos.

—¿Siempre eres así de desordenada?

—¿Siempre eres así de insoportable?

—Sí.

—Entonces sobreviviremos.

Me miró apenas un segundo más de lo debido, y otra vez ocurrió eso. El aire, la electricidad, la tensión; el problema constante. Decidí refugiarme en el baño antes de cometer una estupidez.

Treinta minutos después salí duchada y ligeramente más tranquila. Llevaba una camiseta enorme gris y pantalones cortos. Nada especial, nada provocativo, nada que estuviera diseñado para matar alemanes emocionalmente. O eso pensaba, porque al salir encontré a Lukas sentado en el sofá revisando documentos, y dejó de moverse un segundo al verme. Solo uno, pero suficiente. Lo noté inmediatamente; claro que lo dejas notar. El aire cambió otra vez. Maldición.

—¿Qué? —pregunté, cruzándome de brazos.

Él tardó demasiado en responder.

—Nada.

Entrecerré los ojos.

—Me estabas mirando.

Lukas apoyó lentamente los documentos sobre la mesa.

—Eres difícil de ignorar.

Mi respiración tropezó ligeramente. Aquella frase no debería haberme afectado tanto, pero lo hizo; muchísimo. Él se levantó despacio, demasiado despacio, y empezó a acercarse. Mi corazón reaccionó inmediatamente como un animal en peligro o excitado; probablemente ambas cosas. Cada paso suyo parecía empeorar el oxígeno de la habitación.

—Lukas…

Mi voz salió más baja de lo normal. Error. Sus ojos se oscurecieron ligeramente y siguió acercándose. Yo no retrocedí; tampoco ayudaba. Ya estaba demasiado cerca cuando alguien llamó a la puerta.

Los dos nos quedamos congelados, rodeados de un silencio mortal.

—Servicio de habitaciones.

Casi grité del susto. Lukas cerró los ojos un segundo, claramente frustrado. Yo quería asesinar a alguien, preferiblemente al camarero o al universo entero. Él se apartó primero, pasándose una mano por la mandíbula.

—Voy a abrir.

Asentí demasiado rápido, intentando recordar cómo respirar normalmente. Aquella noche me metí en la cama incapaz de dormir, escuchando el sonido de Lukas moviéndose en el sofá del salón. Demasiado cerca, todo demasiado cerca. Y mientras miraba el techo de la habitación oscura, entendí algo peligrosísimo: dormir en la misma habitación con ese hombre debería ser ilegal.

Capítulo 8



Lukas

Dormir se había convertido en una actividad imposible desde que Alma Medina apareció en mi vida. Llevaba más de una hora tumbado en el sofá de aquella maldita suite mirando el techo mientras intentaba convencerme de que todavía conservaba el control de la situación. Mentira.

El control era no imaginar cómo estaría ahora mismo al otro lado de la habitación; el control era no escuchar cada leve sonido detrás de aquella puerta; el control era no recordar constantemente cómo me había mirado hacía apenas unas horas. Fracasaba en todo.

Abrí el portátil otra vez intentando centrarme en los informes europeos. Cifras, gráficos, proyecciones. Perfecto, frío, seguro. Exactamente el tipo de cosas que normalmente calmaban mi cabeza. Pero aquella noche las columnas de números se mezclaban peligrosamente con unos ojos verdes, unos labios rojos y una mujer que hablaba demasiado cuando se ponía nerviosa. Maldición.

Me pasé una mano por la cara, soltando aire lentamente. Desde la habitación llegó un ruido extraño, después un golpe seco y un insulto ahogado. Cerré el portátil inmediatamente.

—¿Alma?

Silencio. Luego su voz sonó desde la oscuridad:

—Solo me he caído como una señora de ochenta años. Todo controlado.

Me levanté antes de pensar demasiado y crucé el salón. La encontré agachada junto a la mesilla de noche, despeinada y claramente avergonzada. La botella de agua estaba rodando por el suelo y ella seguía medio atrapada entre las sábanas. Tuve que apretar la mandíbula para no reírme. Fracaso absoluto, porque terminé soltando una carcajada real. De verdad; no una sonrisa mínima, no humor seco, sino una risa auténtica.

Alma levantó lentamente la cabeza, mirándome sorprendida. Y entonces entendí algo inquietante: probablemente era la primera vez que me veía reír así.

—¿Te has matado? —pregunté, todavía riéndome un poco.

Ella se llevó una mano al pecho dramáticamente.

—Solo mi dignidad.

Eso empeoró todo. Volví a reírme y Alma se quedó completamente quieta observándome, demasiado quieta. La habitación cambió otra vez porque su expresión también cambió: más suave, más vulnerable, más peligrosa.

—¿Qué? —pregunté.

Ella tardó un segundo en responder.

—Tienes una sonrisa bonita.

Silencio. No esperaba eso, en absoluto. Mi respiración tropezó ligeramente.

—No suelo usarla.

Alma se incorporó lentamente, apartándose el pelo de la cara.

—Deberías. Das menos miedo.

La miré unos segundos más de la cuenta, y otra vez sentí aquella sensación extraña en el pecho. Calidez. Real, inoportuna.

Alma terminó sentándose a mi lado en el sofá con la botella de agua entre las manos; descalza, con aquella camiseta enorme gris y el pelo cayéndole desordenado por los hombros. Demasiado humana, demasiado distinta de la mujer afilada y explosiva que dirigía reuniones como si estuviera preparada para iniciar una guerra.

La televisión seguía apagada. Madrid brillaba detrás de los ventanales y, por primera vez desde que la conocía… no discutíamos. Ni provocaciones, ni sarcasmo defensivo. Solo un silencio extrañamente cómodo. Ella bebió un poco de agua antes de hablar.

—No me acuerdo casi de mi madre.

La miré inmediatamente. Su tono había cambiado, más bajo, más íntimo.

—Tenía cinco años cuando murió —continuó, mirando la botella—. Todo el mundo habla de ella como si hubiera sido increíble, y seguro que lo era. Pero mis recuerdos son raros… pequeños… confusos.

No dije nada porque algunas heridas se respetaban en silencio. Alma soltó una risilla sin humor.

—A veces me siento culpable por eso. —No deberías.

Ella levantó la vista hacia mí.

—¿Tú nunca te sientes culpable de nada?

Casi sonreí.

—Constantemente.

Eso pareció sorprenderla.

—No tienes pinta de persona emocionalmente funcional.

—Porque no lo soy.

Aquello la hizo reír un poco. Y, Dios, me gustaba demasiado escucharla reír sin estar intentando provocarme.

—Toda mi vida ha sido trabajo —murmuró ella después de unos segundos—. Mi padre construyó un imperio. Todo el mundo espera que yo lo mantenga perfecto. Y si dudas… aunque sea cinco minutos… la gente lo nota.

La observé en silencio. Ahí estaba otra vez la presión, la necesidad constante de demostrar fuerza, la soledad escondida debajo del carácter explosivo. La entendía más de lo que debería, y eso era un problema serio.

—Las expectativas son una cárcel elegante —dije finalmente.

Alma giró la cabeza hacia mí lentamente.

—Eso ha sonado demasiado profundo para alguien que parece un asesino corporativo.

Solté una risa baja.

—Mi madre decía cosas así.

Ella apoyó la espalda en el sofá, mirándome con más atención.

—Háblame de ella.

Aquello me desarmó ligeramente, porque hacía mucho tiempo que nadie preguntaba de verdad.

—Era traductora de embajadas —respondí despacio—. La única persona capaz de discutir con mi padre y sobrevivir.

Eso hizo sonreír a Alma.

—Ya me cae bien.

Yo también sonreí levemente y después continué hablando sin entender muy bien por qué lo hacía.

—Vivíamos cambiando de país. Berlín, Bruselas, Viena, Lisboa… Nunca daba tiempo a encajar en ningún sitio.

Ella me observaba sin interrumpirme, atenta, demasiado atenta.

—Mi padre creía que las emociones eran distracciones —seguí—. Disciplina, perfección, control. Esa era su religión.

—¿Y funcionó?

La miré directamente.

—Mírame y dime tú.

Alma bajó la vista apenas un segundo y entendí inmediatamente que algo estaba cambiando entre nosotros. Porque ya no era solo deseo; eso habría sido mucho más fácil.

La tensión empezó a transformarse lentamente, volviéndose más íntima, más peligrosa. Alma se giró ligeramente hacia mí en el sofá, tan cerca que podía notar el calor de su pierna rozando la mía.

—¿Sabes qué es lo peor de ti? —preguntó bajito.

—Ilumíname.

Sus ojos verdes recorrieron mi cara despacio, demasiado despacio.

—Que cuando dejas de actuar como un robot… eres peligroso.

Mi respiración se volvió más lenta, más pesada, porque la forma en que me estaba mirando ya no tenía nada de inocente. Y ella tampoco parecía darse cuenta de cuánto me afectaba. O quizá sí, peor todavía.

La observé en silencio. El aire de la habitación parecía haberse vuelto más denso; Madrid desapareció, el hotel desapareció, todo desapareció excepto ella. Mi mano se movió antes de pensarlo demasiado y le acaricié la mejilla lentamente. Sentí un calor inmediato. Alma dejó de respirar; literalmente, lo noté. Sus labios se separaron apenas y yo perdí otra parte importante de mi autocontrol.

—Lukas…

Mi nombre en su boca era una condena. Acaricié su piel despacio con el pulgar. Su mirada bajó hacia mis labios; la mía hizo exactamente lo mismo. Ya no había vuelta atrás, lo sabía, y ella también. Me incliné un poco más hacia ella, muy despacio, dándole tiempo, una salida, la oportunidad de detenerme.

—Dime que pare —murmuré.

Alma no dijo nada, ni una palabra, pero tampoco se apartó. Al contrario, se acercó apenas un centímetro más y eso fue suficiente para destruirme completamente. Nuestros labios llegaron a rozarse, suaves, apenas un contacto, pero sentí el impacto hasta en la respiración. Maldición.

Y entonces sonó mi teléfono. El sonido atravesó la habitación como un disparo. Los dos nos quedamos congelados. Quise matar a alguien, preferiblemente al móvil. Alma cerró los ojos lentamente, apoyando la frente contra mi mandíbula unos segundos. Aquello casi terminó de rematarme.

—Voy a lanzar ese teléfono por la ventana —susurró.

Yo también lo estaba considerando. Pero la pantalla seguía iluminándose, y el nombre que apareció hizo que toda mi cabeza cambiara automáticamente de sitio: Noelia. Empresa. Urgente. Mierda.

Me aparté despacio, intentando respirar normalmente.

—Tengo que contestar.

Alma asintió en silencio, pero vi claramente la decepción en sus ojos y, probablemente, ella vio la misma frustración en los míos. Cogí la llamada inmediatamente.

—¿Qué ocurre?

La voz de Noelia sonó nerviosa, demasiado nerviosa.

—Han accedido a archivos confidenciales de *Medina Global Tech*.

Todo mi cuerpo se tensó al instante y pasó al modo trabajo. Al modo peligro, más bien.

—¿Qué archivos?

—Información del acuerdo europeo. Y… Lukas… también hay movimientos extraños en documentos antiguos de la familia Medina.

Miré automáticamente a Alma. Ella seguía sentada en el sofá observándome, y supo inmediatamente que algo iba mal. Mi voz bajó varios grados.

—¿Quién ha entrado en el sistema?

—Todavía no lo sabemos. Bruno está revisándolo, pero alguien ha utilizado accesos internos.

Y el silencio que siguió fue frío y peligroso, porque aquello ya no parecía un simple error. Aquello olía a sabotaje. Colgué y Alma se incorporó enseguida.

—¿Qué ha pasado?

La miré unos segundos y, por primera vez desde que había llegado a Málaga, sentí algo peor que deseo: miedo. Porque acababa de entender una cosa: ella estaba metida en algo mucho más peligroso de lo que imaginaba, y yo empezaba a implicarme demasiado.

—Tenemos un problema serio —dije finalmente.

La habitación quedó en silencio. La tensión seguía ahí, el casi beso seguía entre nosotros, pero ahora había algo más. Algo oscuro, algo que acababa de empezar. Y mientras Alma me observaba esperando respuestas, entendí la verdad más peligrosa de todas: por primera vez, el peligro no era besarla; era empezar a necesitarla.

Capítulo 9



Alma

Volver a Málaga no alivió nada. De hecho, lo empeoró. El avión había aterrizado hacía apenas unas horas y ya tenía la incómoda sensación de que algo dentro de mí había cambiado de forma irreversible. Y el problema, para mi desgracia, tenía nombre y apellidos: Lukas Schneider. El casi beso del hotel y el hecho absolutamente humillante de que no podía dejar de pensar en ello me estaban destrozando los nervios.

—Estás muy callada —dijo Candela mientras caminábamos por el parking del aeropuerto.

—Estoy cansada.

—Estás en modo «he estado a dos milímetros de perder el control con un alemán emocionalmente peligroso».

Me detuve en seco, fulminándola con la mirada.

—No digas eso en voz alta.

—¿El qué? ¿La verdad?

—No ha pasado nada —respondí con mi mejor tono de odio profesional.

Candela arqueó la ceja, totalmente inmune a mi fingida autoridad.

—Claro. Por eso llevas toda la mañana respirando como si hubieras corrido una maratón emocional.

—He dormido mal.

—Has besado el aire pensando en Lukas Schneider.

—¡No!

Candela sonrió con suficiencia, como si acabara de ganar un juicio internacional.

—Ajá.

Entré en el coche dando un portazo y sin molestarme en contestar. Porque contestar implicaba admitir cosas, y yo no estaba preparada para ese nivel de autodestrucción psicológica. Todavía no.

La empresa era un desastre organizado. En cuanto entré por la puerta de *Medina Global Tech*, supe que algo iba mal. No era simple intuición femenina; era experiencia pura. Los empleados no trabajaban; se amontonaban frente a las pantallas, hablando en susurros nerviosos. Bruno corría de un lado a otro sujetando una Tablet como si estuviera intentando hackear la mismísima NASA.

—¡Alma! —gritó al verme—. Tenemos un problema gordo.

—¿Cuál de todos?

—El sistema interno ha vuelto a ser vulnerado.

Me detuve en seco en mitad del pasillo. Eso ya no era una molesta casualidad.

—¿Otra vez?

—Sí. Y esta vez hay patrones muy claros.

Paula apareció detrás de él con una expresión inusualmente seria.

—Alguien está moviendo información confidencial desde dentro, Alma.

Sergio, que venía a su lado, asintió solemnemente.

—Y no es un empleado cualquiera. Quien sea tiene credenciales de acceso a niveles muy altos.

Tragué saliva, sintiendo un nudo en el estómago. Y, como si el universo quisiera complicarlo aún más, vi a Lukas al final del pasillo. Traje oscuro, camisa impecable, postura rígida. Me miraba fijamente, con unas ojeras sutiles que delataban que llevaba toda la noche sin dormir. Probablemente porque era estrictamente cierto.

Nos quedamos quietos un segundo demasiado largo. El recuerdo del avión, de la suite del hotel, de su mano rozando mi mejilla… Todo volvió de golpe. Demasiado nítido. Demasiado peligroso. Él fue el primero en apartar la mirada. Mal asunto.

Héctor convocó la reunión de emergencia en menos de una hora. La sala de juntas se convirtió en un búnker: pantallas encendidas, gráficos financieros parpadeando y una tensión tan densa que se habría podido cortar con un cuchillo.

—Quiero respuestas —dijo mi padre sin rodeos, presidiendo la mesa.

Silencio absoluto. Bruno carraspeó antes de proyectar una serie de datos en la pantalla principal.

—Hemos detectado accesos internos no autorizados a documentos del acuerdo europeo y, extrañamente, a varios archivos históricos de la empresa.

—¿Históricos? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿De qué tipo?

Paula asintió, cruzándose de brazos.

—Archivos antiguos de administración. Cosas que no deberían tener ninguna conexión lógica con el proyecto tecnológico actual.

Lukas se inclinó hacia delante, analizando las líneas de código y las IP con el ceño fruncido. Yo hice exactamente lo mismo, dejando que mi mente se concentrara en los números para olvidar por un momento la cercanía de su cuerpo. Y entonces, de repente, algo empezó a encajar en mi cabeza. Patrones. Fechas. Movimientos repetidos. Accesos cruzados.

—No es un ataque aleatorio —murmuré.

Todos se giraron hacia mí. Héctor entrecerró los ojos, evaluándome.

—Explícate, Alma.

Respiré hondo. Por primera vez desde que todo aquel caos había empezado, dejé de pensar como una hija intentando demostrar su valía. Empecé a pensar como la ejecutiva agresiva que realmente era.

—Los accesos no siguen el patrón de un hackeo externo —dije, levantándome para señalar los gráficos en la pantalla—. Siguen horarios laborales internos estrictos. Coinciden al minuto con las reuniones del comité de dirección. Y siempre hay un acceso secundario justo después de que tomemos decisiones clave en esta misma sala.

Bruno abrió muchísimo los ojos, asombrado.

—¿Estás diciendo que alguien del comité está filtrando información?

—Estoy diciendo que alguien de dentro no solo filtra información —añadí, mirando los datos una vez más mientras sentía un escalofrío incómodo recorrer mi espalda—. Está guiando el acceso de los atacantes de forma puramente estratégica.

Silencio total. Nadie se atrevía a respirar. Lukas me observaba fijamente. Demasiado fijamente.

—¿Cuándo pensabas decirme que eras así de buena? —preguntó finalmente, con su habitual tono grave.

Levanté la vista para sostenerle la mirada.

—¿Así cómo?

—Peligrosamente inteligente.

Sentí un vuelco extraño en el pecho. Incomodidad, orgullo y algo mucho peor: la certeza de que Lukas me estaba viendo de verdad, despojada de mis escudos, por primera vez.

—No es tan complicado —respondí, intentando recuperar el control de mis propias pulsaciones—. Solo hay que dejar de mirar la superficie.

Mi padre me observó durante unos segundos interminables. Después, asintió lentamente con la cabeza.

—Sigue, Alma.

Y seguí. Durante más de una hora desgrané flujos de datos, correlaciones, accesos simultáneos y patrones repetidos entre diferentes departamentos. Cuanto más hablaba, más silenciosa y sepulcral se volvía la sala. Incluso Lukas guardó un silencio absoluto. Lo vi mirarme varias veces, pero ya no era la mirada de antes; no había desafío ni provocación. Era algo mucho más incómodo de gestionar: respeto. Y aquello me descolocó más que cualquier insinuación nocturna.

La reunión terminó con una conclusión tan clara como aterradora: teníamos un infiltrado en la cúpula, pero seguíamos sin saber quién era, cómo lo hacía ni desde cuándo. Cuando salimos al pasillo, Lukas alargó el paso hasta emparejarse conmigo. Demasiado cerca, otra vez.

—Has hecho un buen trabajo —dijo, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Parpadeé, sorprendida.

—Eso suena extrañamente raro en tu boca, alemán.

—Me adapto a las circunstancias.

—No te acostumbres.

Aquello provocó una leve sonrisa en sus labios. Pequeña, sutil, pero real. Y otra vez sentí ese tirón absurdo y cálido en el estómago. Maldita sea mi estampa.

En ese preciso momento, las puertas del ascensor se abrieron y apareció un hombre que, literalmente, irrumpió como un huracán humano en mitad de la sobriedad de la empresa.

—¡Málaga me ama! —exclamó a los cuatro vientos.

Llevaba gafas de sol oscuras dentro del edificio, claro, porque aquí el sol era cegador. Un traje de lino claro, la camisa abierta tres botones de más y una sonrisa que gritaba «desastre inminente».

—¿Quién es este personaje? —le pregunté a Lukas de reojo.

—Un problema constante —respondió él con un suspiro de resignación.

El hombre se acercó a nosotros abriendo los brazos de par en par.

—Tú debes de ser la famosa Alma.

—Depende de quién lo pregunte —respondí, arqueando una ceja.

—Me caes bien. Definitivamente, me caes bien.

—Eso empieza a ser preocupante.

El hombre se quitó las gafas de sol y miró a su alrededor con una mueca de aburrimiento.

—Este sitio es demasiado serio para mi salud mental. Soy Gael, por cierto.

Y antes de que Lukas o yo pudiéramos mover un dedo para detenerlo, ya se había plantado en el mostrador para flirtear con la recepcionista. Luego saltó a Paula. Luego interceptó a Candela. En menos de cinco minutos, había conseguido que media plantilla le odiara a muerte y la otra media se estuviera riendo a carcajadas.

—Tu amigo es un peligro público —le dije a Lukas mientras contemplábamos el espectáculo desde la distancia.

—Lo sé.

—Creo que acaba de pedirle matrimonio a una administrativa de contabilidad.

—Eso entra dentro de lo normal en él.

—No lo normalices, Lukas.

—Hace exactamente lo mismo en todos los países que pisa.

Suspiré, frotándome las sienes.

—Ese hombre debería estar bajo orden de prisión.

Lukas soltó una risa baja. Y otra vez… el maldito y delicioso problema de su risa.

Gael no tardó ni diez minutos en encontrar nuestro punto débil más evidente: la absoluta y eléctrica tensión que existía entre Lukas y yo. Se nos acercó en la cafetería con una curiosidad descarada brillando en los ojos.

—Así que tú eres Alma —repitió, cruzándose de brazos—. La mujer que tiene a este iceberg al borde del deshielo.

—Y tú eres el amigo escandaloso que no sabe lo que es la discreción.

—Encantado, de verdad.

—No puedo decir lo mismo.

Él se rio de buena gana y después se giró hacia Lukas, dándole un codazo amistoso.

—No me habías dicho que tu jefa fuera tan jodidamente interesante, Schneider.

—Gael —respondió Lukas, con una voz cortante y seca que habría congelado el infierno.

Gael levantó las cejas, divertido.

—Ah, entiendo.

Y sentí que en ese momento nos rodeaba un silencio demasiado incómodo. Y entonces, como si disfrutara genuinamente desatando el caos absoluto, añadió, mirándome:

—Lukas habla muchísimo de ti.

Me giré hacia Lukas inmediatamente, con los ojos entrecerrados.

—Eso es una mentira piadosa, seguro.

Gael sonrió con malicia.

—Claro que sí. Porque esa cara de celos que acaba de poner es pura casualidad, ¿verdad?

Lukas se tensó al instante, su mandíbula marcándose con fuerza. Yo también me quedé rígida.

—No tengo celos —escupió él.

—Yo no he dicho que los tengas, amigo —remató Gael con una agudeza letal.

Mierda. Silencio absoluto. Noté cómo el ambiente de la cafetería se volvía de repente denso y pesado. Por primera vez desde que lo conocía, Lukas Schneider parecía genuinamente incómodo y acorralado. Lo cual, para ser sincera, era extremadamente raro de ver. Y ligeramente satisfactorio.

Esa noche no pude dormir. Otra vez. Pero esta vez no fue solo por culpa de Lukas; o no únicamente por él. El problema real eran los datos, los patrones numéricos y esa sensación incómoda en la boca del estómago que se negaba a desaparecer.

Encendí el portátil en mitad del salón de mi casa mientras la ciudad se quedaba en un silencio sepulcral. Candela me había estado mandando un sinfín de mensajes absurdos sobre lo guapo que era Gael, pero los ignoré todos. Necesitaba concentrarme.

Introduje mis credenciales de administradora y accedí a las carpetas encriptadas de los archivos antiguos de la empresa. Empecé a revisar los registros de personal de hacía décadas. Y entonces, de golpe, lo vi.

Un nombre. Repetido una y otra vez en las auditorías internas. Vinculado a registros administrativos antiguos, muy antiguos, de una época anterior incluso a mi propia adolescencia.

Me quedé completamente inmóvil en la silla. Leí el nombre en voz alta, rompiendo el silencio del salón, sin poder dar crédito a mis ojos. No podía ser. Era estadísticamente imposible.

Era el nombre de mi madre.

Pero mi madre nunca había trabajado en *Medina Global Tech*. Jamás. O, al menos, eso era lo que mi padre me había repetido durante toda mi vida. Tragué saliva con dificultad, sintiendo el pulso acelerado. Moví el cursor y abrí otro archivo adjunto. Después, otro más.

Y entonces, de repente, la pantalla se volvió completamente negra.

El sistema de seguridad de mi ordenador se bloqueó por completo. Un segundo después, las líneas de código desaparecieron para dar paso a un único mensaje tan frío como directo.

«DEJA DE BUSCAR.»

Sentí un escalofrío, de esos que te erizaban el vello de la nuca y carecían de cualquier explicación lógica. Me quedé mirando fijamente las letras parpadeantes en la pantalla oscura sin atreverme a mover un solo dedo. Porque aquello ya no parecía un error de red. Ni un sabotaje industrial. Ni un simple juego de espionaje empresarial.

Aquello era algo completamente distinto. Algo dirigido, quirúrgico y profundamente personal. Y por primera vez desde que regresé a Málaga, entendí una verdad aterradora: no estaba investigando un simple caso de corrupción corporativa. Estaba desenterrando un secreto que alguien se había encargado de sepultar mucho antes de que yo supiera lo que era el mundo.

Capítulo 10



Lukas

Eran las dos y diecisiete de la madrugada cuando entendí, con absoluta frialdad, que *Medina Global Tech* estaba empezando a devorarme la vida por completo.

La planta ejecutiva estaba sumida en un silencio sepulcral, apenas interrumpido por el zumbido constante y artificial de los servidores informáticos. Las luces frías de los fluorescentes de emergencia iluminaban los pasillos vacíos.

Y yo estaba allí, solo, una vez más, repasando las malditas filtraciones por cuarta vez en la noche. Archivos de acceso, permisos antiguos de usuarios dados de baja, movimientos internos entre servidores… Los patrones eran demasiado limpios para ser una simple casualidad técnica; eran demasiado inteligentes para tratarse de un error humano.

Me pasé una mano por la nuca, soltando un bufido de cansancio. Aquello no era un sabotaje ordinario. Quienquiera que estuviese detrás conocía la arquitectura profunda de la empresa como si la hubiera diseñado él mismo. Y eso era lo peor de todo. A los enemigos externos se los combate con cortafuegos; a los internos… a esos solo se los sobrevive.

De repente, el eco metálico del ascensor rompió el silencio de la planta. Después, el sonido de unos pasos. Unos pasos lentos, extraños. Descalzos.

Fruncí el ceño, dejando los informes sobre la mesa. Cuando levanté la vista, la vi aparecer por el umbral de mi despacho. Era Alma Medina. Llevaba el pelo completamente despeinado, una sudadera tres tallas más grande que ella y una taza de café tan descomunal que parecía rozar la ilegalidad sanitaria. Caminaba descalza sobre la moqueta, con una parsimonia que daba a entender que las leyes de la gravedad y de la realidad corporativa no se aplicaban a su persona.

Me quedé mirándola fijamente durante un segundo demasiado largo. Y mi cerebro, en un acto de puro instinto de supervivencia, procesó una sola palabra: peligro.

—¿Tú no duermes nunca? —pregunté, rompiendo el silencio con mi voz rota por el cansancio.

Ella se acercó despacio, sin prisas, y dejó la enorme taza sobre mi mesa de escritorio con una familiaridad pasmosa, como si el despacho entero le perteneciera.

—¿Y tú qué? —contragolpeó ella—. ¿Tienes un idilio romántico con los balances nocturnos?

—Estoy intentando salvar la empresa, Alma.

Ella esbozó una leve sonrisa, cansada pero cargada de esa ironía tan suya.

—Y yo estoy intentando salvarte a ti de tus propias decisiones empresariales.

Levanté la ceja, recostándome en mi silla.

—No necesito que nadie me salve.

—Eso es exactamente lo que dicen todos los hombres que necesitan desesperadamente ser salvados —sentenció ella.

Silencio. Un silencio extrañamente cómodo, casi impropio para la hora y el lugar en el que nos encontrábamos. Y, aun así, para mi propia sorpresa, descubrí que no me molestaba en absoluto su presencia.

Se sentó en la silla de confidente a mi lado sin molestarse en pedir permiso. Se inclinó sobre la mesa, analizando la pantalla de mi ordenador, luego los informes impresos y, finalmente, clavó sus ojos verdes en mí.

—¿Qué demonios has encontrado, Lukas?

—Demasiadas cosas que no me gustan.

—Eso no es una respuesta válida para una Medina.

Tenía razón. Suspiré profundamente y giré el monitor hacia ella, dándole acceso completo a los datos. No lo hice porque confiara ciegamente en ella; yo nunca confiaba en nadie, sino porque necesitaba la agudeza de su mente. Y admitir eso ya era algo peligrosamente nuevo para mí.

Empezamos a revisar los permisos de seguridad uno a uno. Alma tecleaba a una velocidad endiablada, demasiado rápido para alguien que supuestamente arrastraba el mismo cansancio que yo. Yo me encargaba de señalar los patrones sospechosos y ella los conectaba en el mapa de red con una intuición asombrosa.

Trabajábamos en una tregua tácita, sin hablar más de la cuenta. Lo cual ya de por sí era un hito histórico, porque Alma Medina no sabía lo que significaba estar en silencio más de dos minutos seguidos.

Pero aquella noche estaba distinta. Centrada, analítica, fría. Casi peligrosa.

En un movimiento para alcanzar el teclado numérico, nuestros brazos se rozaron. Una vez. Luego otra. Eran contactos mínimos, sutiles, de esos que no deberían tener la más mínima importancia en un entorno laboral, pero que en mitad de la noche importaban demasiado. La miré de reojo; ella no apartó la vista de las líneas de código, pero noté perfectamente cómo su respiración se volvía un poco más lenta y pesada. Bien. Al menos me consolaba saber que no era el único afectado por la estática del ambiente.

Seguimos cruzando datos durante otra hora, hasta que una línea de comandos específica encajó a la perfección. Detuve su mano sobre el ratón.

—Aquí —dije, señalando la pantalla—. Mira esto.

Alma se inclinó aún más hacia mí para ver el código. Demasiado cerca. Su pelo desordenado rozó mi brazo expuesto y su perfume inundó por completo el espacio que nos separaba. Intenté con todas mis fuerzas no reaccionar físicamente al olor de su piel. Fracaso absoluto.

—Estos accesos de administración… —murmuré, forzando a mi voz a mantener la profesionalidad— provienen de un paquete de permisos muy antiguo.

—¿Antiguos de cuánto tiempo exactamente?

—De la estructura fundacional del consejo directivo original. De la época de la fusión.

Alma dejó de teclear de golpe. El silencio regresó a la estancia, pero esta vez la atmósfera se volvió plomiza, casi irrespirable. Esas tres palabras lo cambiaban todo. Consejo. Directivo. Original. Viejas sombras del pasado familiar regresando para cobrarse sus deudas.

—Eso significa —dijo ella muy despacio, procesando la información — que el traidor lleva años sentado en las reuniones de mi padre.

—O que alguien actual tiene acceso directo a las credenciales de quien lleva años dentro —maticé.

Alma se echó hacia atrás en la silla, soltando un resoplido de pura frustración. Lo vi todo en su rostro: la tensión de su mandíbula, el brillo de rabia en sus ojos y cómo apretaba los puños contra el borde de la mesa de madera.

—No entiendo por qué todo esto me da tan mala espina —murmuró, mirando al vacío.

La miré fijamente, viendo por fin la grieta en su armadura de heredera perfecta.

—Porque sabes perfectamente que esto no son simples filtraciones de espionaje industrial, Alma.

—¿Qué crees que es entonces?

No respondí de inmediato. La respuesta que rondaba mi cabeza no era agradable, ni segura, ni corporativa.

—Creo que alguien está intentando destruir algo mucho más grande e importante que *Medina Global Tech* —dije finalmente.

Alma me miró a los ojos, buscando una mentira que no existía. Y por primera vez desde que la conocía en aquel restaurante de Málaga, no tuvo ninguna réplica ingeniosa que soltar.

Héctor convocó una reunión general a primera hora de la mañana. Demasiado temprano para las escasas dos horas que habíamos logrado dormir; demasiada tensión acumulada para la poca normalidad que le quedaba a la empresa.

El mensaje del patriarca fue directo y puramente de relaciones públicas: la gala benéfica anual se celebraba esa misma noche. Inversores internacionales, empresarios del sector, figuras de la política local… En resumen: control de daños e imagen pública. Teníamos que demostrarle al mercado que el barco seguía a flote y sin vías de agua.

Alma escuchó las directrices de su padre en un silencio sepulcral, con los brazos cruzados. Yo mantuve mi habitual máscara de piedra. Pero ninguno de los dos estaba prestando atención real a los discursos logísticos sobre el champán y los fotógrafos; ambos seguíamos atrapados en las líneas de código de la madrugada. En el mensaje. En el pasado. En el misterio que aún no lográbamos descifrar.

Cuando la reunión se disolvió y salimos al pasillo, Candela apareció de la nada como un torbellino emocional, armada con un fajo de revistas de moda de alta costura.

—Necesito a Alma ahora mismo —anunció, plantándose frente a mí con una mirada desafiante.

—¿Ahora eres su secuestradora oficial, Candela? —respondí, arqueando una ceja.

—Depende exclusivamente del corte del vestido, alemán.

Alma soltó un largo suspiro de cansancio.

—Chicas, por favor, estoy trabajando en los servidores.

—No estás trabajando —sentenció Candela, agarrándola del brazo —. Estás sobreviviendo por los pelos, que es muy distinto. Al vestidor. Ahora.

Me aparté unos pasos, dirigiéndome hacia mi despacho. No porque quisiera perderlas de vista, sino porque mi mente me decía que era lo más prudente. Sin embargo, cuando entré en mi oficina, la puerta no llegó a cerrarse del todo. Escuché la conversación que mantenían en el pasillo adyacente. Sé perfectamente que no debería haber escuchado, pero lo hice.

Escuché el siseo de las páginas de las revistas al pasar.

—Este vestido de seda dice claramente: «Soy una ejecutiva seria que puede comprar vuestras vidas» —comentó Candela.

—No quiero parecer seria esta noche, Candela —respondió la voz de Alma, teñida de un cansancio inusual.

—Bien. Este otro modelo dice: «Soy completamente intocable».

—Tampoco me convence.

—De acuerdo… —Hubo una pausa dramática por parte de Candela —. Este modelo de espalda descubierta dice: «Voy a arruinarle la estabilidad emocional a cierto hombre centroeuropeo para el resto de sus días».

Silencio. Un par de segundos de absoluta nada. Y entonces, escuché la voz de Alma, firme y decidida:

—Ese. Ponme ese.

Casi me atraganto con el sorbo de café que acababa de dar. Literalmente. Tuve que forzar una tos silenciosa detrás de la puerta para no delatarme, sintiendo cómo el calor subía por mi cuello. Escuché la risa satisfecha y maliciosa de Candela.

—Lo sabía, jefa. Lo sabía.

Y Alma, sin tener la más mínima idea de que yo estaba al otro lado del tabique escuchando cada una de sus palabras, había vuelto a convertirse en un problema de dimensiones catastróficas. Mi problema.

Por la noche, Gael apareció en mi oficina. Como siempre, sin pedir permiso, sin llamar a la puerta y sin el más mínimo respeto por la estabilidad mental de nadie.

—Te estás volviendo un auténtico aburrimiento, Schneider —dijo, agarrándome del hombro para arrastrarme casi a la fuerza fuera del despacho.

—Estoy trabajando en la auditoría, Gael. Déjame en paz.

—No, amigo mío. No estás trabajando. Estás obsesionado hasta las trancas.

Le clavé una mirada que habría fulminado a cualquiera.

—No es verdad.

Gael sonrió como un auténtico idiota feliz, completamente inmune a mi hostilidad.

—Te gusta muchísimo esa mujer, Lukas. Es evidente.

—No.

—Lukas, por favor, que nos conocemos desde la universidad…

—No empieces, Gael. Te lo advierto.

—Tienes una cara constante de querer empotrarla contra la primera pared sólida que encontréis en este edificio —soltó sin el menor pudor.

Me detuve en seco en mitad del pasillo, mi cuerpo entero tensándose como un resorte.

—Gael.

—¿Lo ves? —rio él, levantando las manos en señal de victoria—. Ni siquiera tienes la decencia de negarlo ya.

Y el silencio incómodo, denso y jodidamente real se instaló entre nosotros.

Seguimos caminando hacia el aparcamiento, pero su comentario se quedó flotando en mi mente como un eco molesto del que no podía deshacerme. Porque lo peor de las impertinencias de Gael no era lo que decía en sí; lo verdaderamente terrorífico era que no eran completamente falsas.

Volví a la oficina mucho más tarde de lo estrictamente necesario, cuando la gala benéfica ya estaba a punto de comenzar y los empleados de las plantas inferiores se habían marchado a cambiar de ropa. El edificio estaba prácticamente vacío, sumido en una penumbra de luces bajas y un silencio absoluto, roto únicamente por el siseo del aire acondicionado.

Y entonces, al pasar por la cristalera de su zona, la vi. Alma estaba en su despacho, completamente dormida sobre el escritorio. Tenía la cabeza apoyada sobre sus propios brazos cruzados, el pelo cayéndole de forma desordenada sobre la madera y una taza de café ya fría a un lado de los papeles.

Me quedé completamente inmóvil bajo el umbral de la puerta. Un segundo. Dos segundos. No sé cuánto tiempo exacto pasé allí quieto, simplemente mirándola. Y sentí cómo algo cambiaba de forma definitiva dentro de mi pecho. No era simple deseo físico; no era la urgencia de la que hablaba Gael. Era algo mucho más silencioso, más profundo y, por ende, infinitamente más peligroso.

Me acerqué a ella despacio, minimizando el sonido de mis zapatos sobre el suelo. Me planté al lado de su silla y la observé desde arriba. Su respiración era suave, acompasada, real. Se veía tan humana, tan ridículamente vulnerable para ser la mujer de armas tomar que aterrorizaba a los proveedores en las reuniones…

Extendí la mano y, sin pensar en las consecuencias, le aparté un mechón de pelo de la cara. Muy lento. Sin su permiso.

Alma se movió apenas al sentir el contacto de mis dedos en su piel. Abrió los ojos despacio. Y durante un instante eterno, el mundo entero dejó de existir por completo. No había *Medina Global Tech*, no había filtraciones informáticas, no estaba Gael esperándome abajo, no había pasado diplomático que me persiguiera. Solo estábamos ella y yo, mirándonos desde una distancia tan mínima que el oxígeno pareció desaparecer de la habitación.

Sus ojos verdes tardaron un segundo completo en enfocarme en mitad de la penumbra. Y en cuanto lo hicieron… me quedé completamente atrapado en ellos.

Silencio total. Inexplicable. Alma no dijo nada; no desató ninguna de sus réplicas habituales. Yo tampoco abrí la boca. Porque ambos sabíamos perfectamente que cualquier palabra, por pequeña que fuera, rompería el delicado y brutal cristal que acababa de forjarse entre nosotros.

Y por primera vez en muchos años de trabajar en mi control emocional, no supe si de verdad quería que ese segundo terminara.

Capítulo 11



Alma

Candela entró en mi piso como si estuviera liderando una operación de comando militar de las fuerzas especiales.

—Hora de la transformación —anunció, tirando su bolso sobre el sofá.

Yo estaba en ropa interior en mitad del dormitorio, mirando el vestido negro colgado de la percha como si se tratara de una decisión geopolítica crucial para mi salud mental.

—Candela, esto es demasiado —dije, señalando la prenda.

Ella se giró muy despacio, mirándome de arriba abajo con severidad.

—¿Demasiado para qué exactamente, Alma? ¿Para la gala benéfica de tu propia empresa o para sobrevivir emocionalmente a los dos metros de alemán que te esperan allí?

—No mezcles conceptos profesionales con delirios personales, por favor.

—Es exactamente el mismo concepto y lo sabes perfectamente.

Suspiré y me di por vencida. El vestido era una auténtica locura de la alta costura. Negro, elegante, confeccionado en un tejido que se ceñía a mis curvas como una segunda piel. La espalda quedaba completamente descubierta hasta la base de la columna y la abertura lateral de la falda bordeaba peligrosamente el límite de lo legal en un evento corporativo de alto copete.

Candela lo descolgó de la percha con una reverencia casi mística.

—Esta noche vas a destruir vidas enteras, jefa.

—Solo una concretamente —murmuré entre dientes.

—Perfecto entonces. Procedamos con el maquillaje de guerra.

La miré reflejada en el espejo con un cansancio infinito.

—¿Desde cuándo vestirse para una gala se ha convertido en una misión de infiltración?

—Desde el momento exacto en que empiezas a respirar de forma errática cada vez que Lukas Schneider entra en una habitación.

—Yo no respiro raro.

—Respiras exactamente como alguien que acaba de descubrir el deseo puro y se ha dado cuenta de que viene sin manual de instrucciones de fábrica.

No respondí. Principalmente porque su diagnóstico era peligrosamente preciso.

Cuando el coche me dejó en las puertas de la gala, Málaga parecía una ciudad completamente distinta. El palacete elegido para el evento estaba iluminado como si intentara convencer al mundo entero de que la perfección estética existía. Coches de gran cilindrada aparcados en fila, el destello constante de los flashes de los fotógrafos, bandejas de plata cargadas con copas de champán y cientos de sonrisas corporativas falsas tapando negocios millonarios disfrazados de caridad cristiana.

Entré en el gran salón principal. Y en ese mismo instante, el mundo entero se redujo a un solo punto focal. Porque lo vi.

Lukas Schneider estaba allí. Llevaba un esmoquin oscuro cortado a medida, una postura impecable de manual diplomático y la mandíbula rígidamente tensa mientras escuchaba a un grupo de inversores británicos. Sostenía una copa de champán en la mano, pero no bebía. Y entonces, giró la cabeza y me vio.

Fue una reacción inmediata. Literal. Como si alguien en la sala hubiera pulsado el botón de silenciar el ruido del entorno.

Lukas dejó de respirar; lo vi con una claridad meridiana desde la distancia. Su mano se detuvo a mitad de un gesto, congelada en el aire. Su mirada grisácea se clavó en mi cuerpo, recorriendo la seda negra, la abertura de la falda, mi cuello descubierto… Y todo su maldito y legendario control se rompió en mil pedazos durante un único segundo. Solo uno. Pero fue más que suficiente. Suficiente para hacerme sentir un vuelco en las entrañas que intenté negar con todas mis fuerzas.

Gael, que estaba a su lado devorando un canapé, se percató instantáneamente de la escena. Miró la dirección de sus ojos, me miró a mí, volvió a mirar a Lukas y esbozó una sonrisa de absoluto deleite, como si estuviera presenciando el mejor estreno cinematográfico del año.

—Oh, amigo mío —le escuché decir a Gael gracias a la acústica del salón—, estás absoluta y gloriosamente jodido.

—Cállate la boca —respondió Lukas sin apartar los ojos de mí ni un milímetro.

—No puedo. Esto es jodidamente digno de ver.

Me acerqué al grupo balanceando las caderas con una parsimonia ensayada, fingiendo una normalidad profesional que no sentía. Pero noté perfectamente cómo el peso de los ojos de Lukas me seguía a cada paso, quemándome la piel descubierta de la espalda. Demasiado. Aquello era demasiado.

La gala avanzó convirtiéndose en un caos de lo más elegante. Empresarios dándose palmaditas en la espalda, inversores calculando riesgos en mitad de conversaciones superficiales y yo, en mitad de todo aquel teatro, sonriendo cuando tocaba, analizando los movimientos de la competencia y jugando mis cartas corporativas. Pero sin lograr desprenderme de la quemadura de su mirada cada vez que cambiaba de sector en el salón.

En un momento de la noche, un inversor de los fondos de inversión madrileños se acercó a mí con una copa de más y una seguridad en sí mismo que rozaba la impertinencia.

—Señorita Medina —dijo, recorriendo mi escote con ojos lascivos—, es un auténtico placer conocerla en persona, por fin.

—El placer es exclusivamente suyo, caballero —respondí con mi habitual sonrisa afilada.

Hubo risas forzadas entre los presentes y el tintineo de las copas al brindar. El hombre, sin embargo, no se dio por aludido y dio un paso más hacia mi espacio personal. Y entonces, de forma sutil, su mano se posó en mitad de mi espalda descubierta.

Fue un gesto mínimo, aparentemente profesional para guiarme hacia la barra, pero demasiado lento. Demasiado intencionado. La piel se me erizó de pura incomodidad.

Antes de que pudiera activar mi arsenal de respuestas cortantes para retirarle la mano de un bofetón verbal, Lukas apareció de la nada a mi lado. Silencioso, frío, imponente. Una presencia que congeló la sonrisa del madrileño al instante.

—Creo que la señorita Medina ya ha sido suficientemente entretenida por esta noche, caballero —dijo Lukas, con una voz tan gélida y cargada de una amenaza latente que ponía los pelos de punta.

El inversor parpadeó, intimidado por la estatura y la mirada de asesino en serie de Lukas.

—Solo estábamos conversando, Schneider…

—Lo sé —sentenció Lukas, dando un paso imperceptible que me colocó físicamente detrás de su hombro—. Por eso he dicho que la conversación ha terminado.

Silencio tenso. El hombre retiró la mano de mi espalda como si se hubiera quemado con un cable de alta tensión, murmuró una disculpa incomprensible y se marchó perdiéndose entre la multitud sin rechistar.

Me crucé de brazos, mirándolo de reojo mientras el calor de mi cuerpo regresaba a su sitio.

—Sé defenderme perfectamente sola, alemán. No necesito caballeros andantes.

Él se giró hacia mí despacio. Su mirada bajó un segundo hacia mis labios y su voz descendió varios octavos, volviéndose peligrosamente íntima.

—Lo sé perfectamente, jefa. Y ese es, precisamente, el centro de mi problema.

Silencio. Un silencio cargado, espeso, casi obsceno por todo lo que callábamos en mitad de un salón lleno de gente. Demasiada electricidad acumulada para dos personas que fingían ser meros socios comerciales.

La subasta benéfica dio comienzo poco después en el escenario principal. Luces cálidas atenuadas, música de cámara sonando de fondo y el dinero cambiando de manos entre la élite como si fuera papel mojado. Yo pujaba mecánicamente cuando tocaba por orden de mi padre, pero mi mente no estaba allí en absoluto.

Porque Lukas se había colocado en la otra punta de la gran sala, apoyado contra una columna de mármol, observándome sin el menor disimulo. Como si le fuera físicamente imposible mirar hacia otro lado. Y yo, para mi propia desesperación, hacía exactamente lo mismo. Cada vez que un empresario me dirigía la palabra, mi atención se desviaba involuntariamente hacia su silueta oscura. Cada vez. Sin una sola excepción. Era una conducta ridícula, obsesiva y flagrante ante los ojos de cualquiera que prestara un mínimo de atención.

Gael se me acercó de nuevo, sosteniendo una copa de champán limpia.

—Esto empieza a ser la cosa más divertida que he presenciado en todo el año —comentó, mirando al escenario.

—No tiene maldita la gracia, Gael.

—Oh, vamos, claro que sí. Mira a Lukas. Está a un segundo de iniciar una guerra diplomática solo por el vestido que llevas.

Miré hacia la columna. Error crítico. Porque Lukas me estaba clavando los ojos con una expresión que distaba mucho de ser neutral. Era una máscara de control absoluto, pero de un control defectuoso, agrietado. El tipo de control que se quiebra con estrépito justo un segundo antes de cometer un acto completamente irreversible.

Necesitaba oxígeno con urgencia. Dejé la copa sobre una mesa alta y salí desapercibida por las puertas acristaladas hacia la gran terraza exterior.

La noche de Málaga era un espectáculo aparte. Las luces de la ciudad se reflejaban sobre las aguas oscuras del puerto, el aire de junio traía un calor suave de playa y la música de la gala se escuchaba lejana, casi amortiguada. Respiré hondo, llenando mis pulmones, intentando calmar el ritmo desbocado de mi corazón.

Y entonces, antes incluso de escuchar sus pasos o de ver su silueta, sentí su presencia a mi espalda. La estática del aire me lo advirtió.

—Sabía perfectamente que estarías aquí fuera —dijo la voz de Lukas desde la penumbra.

No me giré de inmediato. Me apoyé en la barandilla de piedra, mirando al mar.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo estabas tan seguro, Schneider?

—Porque tienes la costumbre de huir cada vez que sientes que estás a punto de perder el control de la situación.

Me giré despacio para hacerle frente. Allí estaba. A menos de un metro de distancia. La luz mortecina de los faroles de la terraza recortaba sus hombros anchos y las líneas perfectas de su esmoquin. Impecable, frío, letal.

—¿Por qué me miras con esa cara desde hace horas? —pregunté, cruzándome de brazos en un vago intento de protección.

—¿Con qué cara exactamente, Alma?

—Como si quisieras iniciar una discusión conmigo… o como si quisieras desnudarme directamente sobre esta barandilla.

Silencio sepulcral. La mandíbula de Lukas se tensó de forma visible, marcando el músculo. Dio un paso hacia mí, saliendo de las sombras.

—Ambas opciones son peligrosamente tentadoras ahora mismo —respondió con una voz que era puro fuego líquido.

Mi respiración falló por completo un segundo. Solo uno, pero fue el golpe de gracia. Di un paso hacia él, abandonando cualquier estrategia de defensa, cualquier atisbo de cordura empresarial. Me moví por puro impulso primario.

—Te estás volviendo peligrosamente posesivo, alemán —dije, alzando la barbilla.

—Y tú sigues provocándome de forma sistemática, jefa.

—Quizá es que me gusta ver cómo se rompe tu preciosa fachada de robot.

Aquello terminó de quebrar la última línea de contención que le quedaba. Lo vi en sus ojos grisáceos; no fue una ruptura total, pero sí lo suficiente para que la fiera saliera a la superficie.

—Eso no ayuda en absoluto —murmuró, con la voz rota.

—¿A qué no ayuda?

Lukas no se molestó en responder con palabras. En lugar de eso, dio un paso fulminante hacia mí y luego otro, reduciendo la distancia entre nuestros cuerpos a la nada más absoluta. El aire desapareció. Su mano derecha se posó con firmeza en la base de mi cintura descubierta, su piel cálida entrando en contacto directo con la seda de mi vestido.

Sentí un temblor violento recorrer mi espina dorsal, un escalofrío que me fue físicamente imposible controlar. Y él lo notó al instante. Lo supe porque su propia respiración cambió de golpe, volviéndose pesada, errática, sumamente humana.

Nos quedamos en esa postura durante unos segundos eternos. Sin hablar, sin movernos, simplemente devorándonos con la mirada en mitad de la noche malagueña. Y en mitad de aquel silencio espeso, entendí con una claridad meridiana que aquello ya no era un juego de oficina. Ya no era una simple provocación para ver quién cedía primero. Era algo infinitamente más grande, oscuro e irreversible.

Lukas inclinó la cabeza milimétricamente hacia mis labios. Y yo, lejos de apartarme o de recordar los estatutos de la empresa, cerré los ojos y me incliné hacia él.

Y entonces, la realidad nos pasó por encima con la sutileza de un tren de mercancías.

—¡Alma!

La voz de mi padre resonó desde el umbral de las puertas de la terraza. Su tono era urgente, cortante, desprovisto de cualquier etiqueta social.

La burbuja se rompió con un estrépito ensordecedor. Me aparté de Lukas con un movimiento torpe y demasiado rápido, el corazón golpeándome las costillas con violencia mientras intentaba regular mi respiración. Lukas tardó un segundo completo en recomponerse, un segundo dolorosamente humano en el que se pasó la mano por la corbata de lazo, recuperando su máscara de piedra a marchas forzadas.

—Tenemos una incidencia grave con los documentos de la auditoría francesa —dijo la voz de mi padre desde la entrada, impasible—. Ven a la sala reservada. Ahora mismo.

Cerré los ojos con fuerza un instante, maldiciendo al universo entero, a la logística portuaria y a mi propio apellido. Cuando los abrí, Lukas seguía clavándome la mirada en mitad de la terraza. Como si el mundo a nuestro alrededor no se hubiera quebrado; como si la electricidad de nuestro casi beso siguiera suspendida en el aire como una neblina densa.

Di un paso hacia atrás, sin apartar los ojos de los suyos. Luego otro. Me di la vuelta y regresé al interior del salón climatizado sin mirar atrás.

Horas después, la gala seguía su curso monótono. Mi cuerpo seguía funcionando en modo automático: sonriendo a los alcaldes, respondiendo a las dudas de los analistas de mercado y apareciendo exactamente en los corrillos donde la heredera de Medina debía hacer acto de presencia.

Pero por dentro… por dentro yo no estaba allí en absoluto. Cada vez que parpadeaba durante más de un segundo, volvía a sentir la presión exacta de su mano firme sobre mi cintura desnuda. Volvía a escuchar el tono de su voz, demasiado bajo, demasiado cerca, demasiado letal para mi cordura.

Al final de la noche, justo antes de abandonar el recinto, busqué su silueta desde el otro lado del gran salón. Lukas me observaba en silencio absoluto, inmóvil junto a la salida, sin apartar los ojos de mí ni una sola vez.

Y ahí, con una copa vacía en la mano y el ruido de fondo de las últimas despedidas de la élite, comprendí una verdad profundamente incómoda: ese hombre no iba a desaparecer de mi vida. Ni aunque yo se lo exigiera, ni aunque él mismo lo intentara, ni aunque los cimientos de la empresa saltaran por los aires.

Sostuve la copa con fuerza, sintiendo el corazón completamente desordenado, y una única certeza se instaló en mi cabeza con la fuerza de un axioma: Lukas Schneider iba a acabar conmigo. Y lo peor de todo era que no me importaba en absoluto.

Capítulo 12



Lukas

No dormí absolutamente nada después de la gala benéfica. Y esta vez no era una forma de hablar.

El cuerpo arrastraba un cansancio físico notable y el cerebro acusaba las horas de análisis de código, sí. Pero había algo mucho más potente bullendo bajo mi piel que me impedía conciliar el sueño en la cama de mi apartamento: Alma Medina. Su mirada desafiante bajo la luz de los faroles de la terraza, la suavidad de su espalda desnuda bajo la palma de mi mano y la forma deliciosamente desesperada en que no se apartó cuando rompí la distancia. Y lo peor de todo, lo que verdaderamente me destrozaba los nervios, era la certeza matemática de que si Héctor no hubiera aparecido en ese preciso segundo… yo habría cruzado una línea profesional de la que jamás se regresa.

Me pasé toda la mañana en mi despacho revisando informes de logística europea sin llegar a procesar una sola de las cifras. Intentaba con todas mis fuerzas recuperar el control férreo de siempre; intentaba convencerme de que seguía siendo el mismo hombre analítico e imperturbable que desembarcó en Málaga semanas atrás.

Fracaso absoluto. Porque el problema ya no era puramente físico o un asunto de mera tensión química; era algo mucho peor, algo que se filtraba en el plano emocional. Y eso, sencillamente, era un escenario que yo jamás preveía en mis planes de contingencia.

La reunión de seguimiento con los inversores europeos dio comienzo con quince minutos de retraso por cuestiones técnicas. Todo salía de la peor manera posible, como si el universo entero se estuviera mofando directamente de mi planificación germánica. Pantallas de videoconferencia parpadeando, traductores jurados ajustándose los auriculares, gráficos financieros proyectados en las paredes y una tensión ambiental asfixiante.

Porque ella, fiel a su estilo, llegó tarde. Otra vez.

La puerta de madera de la sala de juntas se abrió con un golpe seco pero elegante. Y por ella entró Alma Medina. Llevaba el pelo ligeramente desordenado, una taza de café humeante en la mano y una sonrisa que parecía gritarle al mundo que nadie en este planeta tenía el derecho legítimo de exigirle puntualidad horaria.

Y en ese preciso instante, mientras la veía sentarse frente a mí, procesé un pensamiento con absoluta e inapelable claridad: "Voy a perder la cabeza por culpa de esta mujer".

Se sentó en su silla ejecutiva, clavó sus ojos verdes en los míos a través de la mesa y la temperatura de la sala cambió de golpe. Siempre de la misma manera; siempre con la misma intensidad destructiva.

La reunión se convirtió desde el primer minuto en un desastre controlado. O al menos, eso intentamos aparentar ante los socios extranjeros. Alma intervenía con su habitual agresividad comercial; yo respondía aplicando la fría lógica de costes. Ella soltaba una provocación velada entre líneas; yo contraatacaba con un argumento técnico irrebatible. Ella esbozaba esa maldita sonrisa suya; y yo sentía cómo perdía la paciencia y el control por segundos.

Nadie en aquella mesa, por muy concentrado que estuviera en los flujos de caja, parecía capaz de ignorar lo que estaba sucediendo a la vista de todos. La tensión que llenaba el espacio no tenía absolutamente nada de profesional; era una energía completamente distinta, mucho más peligrosa y primitiva.

—Las proyecciones de riesgo que ha presentado el señor Schneider son excesivamente conservadoras para el mercado actual —disparó Alma, mirándome fijamente por encima de su Tablet.

—Y las tuyas son un absoluto suicidio financiero a medio plazo, Alma —respondí, sosteniéndole la mirada sin parpadear.

—Funcionan perfectamente en el modelo francés, Lukas.

—A corto plazo, tal vez. A largo plazo es una estrategia insostenible.

—Eso es sumamente discutible, alemán.

Ella sonrió. Esa sonrisa de suficiencia. Otra vez. La misma idéntica expresión que lograba desarmar toda mi estructura mental con una facilidad pasmosa.

Al otro lado de la mesa de juntas, Paula se inclinó disimuladamente hacia el oído de Candela, pensando que el ruido de los traductores taparía su voz.

—O estos dos se acuestan de una santa vez antes del viernes —susurró Paula— o vamos a presenciar una explosión nuclear en mitad de la oficina.

Candela ni siquiera apartó la vista de sus anotaciones, manteniendo una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo ya he comprado palomitas en el supermercado, Paula. Esto es mejor que el cine.

Me tensé notablemente en mi asiento, apretando el bolígrafo entre los dedos. No eran imaginaciones mías fruto del cansancio. Todo el comité de dirección lo veía; era un secreto a voces en toda la planta ejecutiva.

Horas más tarde, el eje de la jornada cambió por completo. Y no por cuestiones relativas a la facturación de la empresa, sino por ella.

Bruno entró en mi despacho sin llamar, con una alerta de seguridad parpadeando en rojo vivo en su Tablet. Uno de los archivos históricos encriptados de la administración fundacional había vuelto a ser modificado de forma remota. El mismo patrón de acceso. El mismo origen IP oculto. Y esta vez, debido a que estábamos compartiendo el monitor de red, Alma lo vio al mismo tiempo que yo.

Su expresión facial cambió por completo en el microsegundo exacto en que procesó los datos de la pantalla. No fue una reacción de rabia corporativa; no fue la habitual frustración de una ejecutiva ante un fallo de seguridad. Era algo infinitamente más alarmante: miedo. Miedo real, puro y descarnado, reflejado en sus pupilas por primera vez desde que la conocía.

Se quedó en un silencio absoluto, un silencio espeso que inundó el despacho. La vi cerrar la tapa del portátil con una lentitud casi agónica, tomar una bocanada de aire temblorosa e intentar, de forma infructuosa, recomponer su postura de jefa implacable. Fracaso absoluto.

—Odio con todas mis fuerzas no entender qué demonios está pasando a mi alrededor —admitió con la voz apagada, mirando hacia el ventanal.

Me levanté de mi silla y me acerqué a ella, acortando la distancia física hasta situarme al lado de su hombro.

—Lo descubriremos juntos, Alma. Te lo aseguro.

—¿Y si lo que descubro al final de todo esto es algo horrible, Lukas? ¿Algo que lo cambie todo?

Silencio. La miré directamente a los ojos, despojándome por un momento de todas mis defensas diplomáticas, de mis filtros de seguridad y de mis barreras de contención.

—Si eso ocurre —dije con total solemnidad—, ten por seguro que no tendrás que enfrentarte a ello tú sola.

Aquella frase pareció romper la última línea de su resistencia interior. Lo vi con total claridad en el sutil temblor de sus labios durante un breve segundo. Porque en ese instante exacto, Alma Medina dejó de fingir que era una mujer de hierro.

La oficina se quedó completamente vacía al caer la noche. Solo quedábamos nosotros dos en la planta ejecutiva, rodeados por el sonido rítmico de la lluvia de tormenta golpeando con fuerza contra los enormes ventanales de cristal, como si el agua quisiera abrirse paso hacia el interior del edificio. Las luces generales estaban apagadas; solo la iluminación tenue de las mesas de escritorio permanecía encendida, otorgándole a la estancia un aire íntimo, silencioso y sumamente peligroso.

Alma estaba de pie junto al gran ventanal, contemplando la tormenta sobre Málaga con los brazos cruzados sobre el pecho. Se veía inquieta, hermosa de una forma dolorosa y destructiva, insoportablemente presente en cada rincón de mi mente.

Me acerqué a ella por la espalda, minimizando el ruido de mis pasos. Ella no se giró ni se sobresaltó; la estática de la habitación ya le había advertido de mi cercanía. Sabía perfectamente que estaba allí, a escasos centímetros de su espalda.

—Tienes que dejar de mirarme de esa manera, Lukas —dijo, con la voz apenas superior a un susurro que competía con el trueno lejano.

—¿De qué manera exactamente?

—Como si estuvieras calculando los riesgos de cometer una auténtica locura conmigo.

Me detuve justo detrás de ella, tan cerca que podía sentir el calor emanando de su cuerpo. La lluvia intermitente iluminaba su reflejo perfecto en el cristal templado del ventanal. Y en ese mismo reflejo, vi algo que ya no podía seguir negándome a mí mismo: deseo puro, el control completamente roto y una necesidad que rozaba la locura.

Levanté la mano derecha con una lentitud casi litúrgica y posé la palma sobre su cintura. Su cuerpo entero reaccionó al instante con un sutil espasmo eléctrico ante el contacto, pero, lejos de apartarse o de imponer distancias, se recostó sutilmente contra mi pecho.

Ese fue, de forma matemática e inapelable, el punto de no retorno para los dos.

Llevé la otra mano hacia su rostro, deslizando los dedos por la línea perfecta de su mandíbula con una suavidad extrema. Muy despacio. Alma inspiró hondo, un aire tembloroso que delató la velocidad de sus pulsaciones.

—Esta es tu última oportunidad real para detenerme, Alma —murmuré, con mi boca a milímetros de su oreja.

Ella giró la cabeza despacio en el hueco de mis manos, haciendo que sus ojos verdes se clavaran directamente en los míos con una determinación feroz.

—Cállate la boca de una vez y bésame, Schneider —sentenció.

Y en esa décima de segundo se acabó todo. Absolutamente todo. La lógica, el control de daños, la distancia profesional, el decoro corporativo y el mundo entero exterior. Y la besé.

Fue un impacto inmediato, desesperado, cargado con toda la energía que habíamos estado conteniendo a la fuerza desde el primer maldito día que cruzamos las miradas. Como si toda la tensión acumulada en las salas de juntas, en los pasillos y en los hoteles explotara de golpe en mitad de la oficina.

El contacto de su boca contra la mía transformó algo irreversible en mi interior. Mi mano derecha se aferró a su cintura con mucha más fuerza, atrayéndola contra mi cuerpo sin dejar un solo milímetro de separación; la suya subió directa a mi cuello, agarrando la tela de mi camisa con desesperación, como si fuera el único punto de estabilidad en mitad de un terremoto.

Y perdí el control por completo. De verdad. Por primera vez en mi vida adulta, la estructura se derrumbó.

La empujé con suavidad, pero con una firmeza incontestable contra el borde del escritorio de madera que quedaba justo detrás de ella. Sin un ápice de violencia, pero desprovisto de cualquier atisbo de contención. Alma soltó un leve jadeo ahogado contra mis labios al sentir el impacto de la madera, y ese sonido funcionó como pura gasolina sobre el fuego de mis entrañas.

Mis manos recorrieron las curvas de su cuerpo con una urgencia que no reconocía en mí mismo; su respiración se rompía en pequeños suspiros entre beso y beso, y los suyos eran igual de intensos, igual de hambrientos, igual de desesperados que los míos.

La tormenta exterior parecía haber retrocedido a mil kilómetros de distancia; todo lo demás dejó de tener la más mínima existencia real. Solo existía ella. Solo existíamos nosotros dos en mitad de la penumbra. Solo ese preciso momento que la lógica dictaba que jamás debería haber ocurrido… pero que ya no tenía ninguna vía de vuelta atrás.

Alma tiró con fuerza de las solapas de mi chaqueta, atrayéndome aún más hacia abajo, como si todavía fuera físicamente posible acortar la distancia.

Y entonces, el universo decidió recordarnos de la forma más brutal que seguíamos dentro de *Medina Global Tech*.

Una alarma electrónica. Aguda, ensordecedora, cortante.

El sistema de seguridad de la planta ejecutiva se activó de golpe, inundando el despacho con un pitido estridente que atravesó el silencio como una cuchilla afilada. Nos separamos de inmediato, rompiendo el contacto como si nos hubiera alcanzado un rayo. Estábamos jadeando, con la respiración completamente desbocada, mirándonos fijamente a los ojos con las pupilas dilatadas, como si no lográramos procesar el lugar exacto en el que nos encontrábamos.

La realidad corporativa regresó con una violencia atroz. Las pantallas de los monitores de mi mesa se encendieron de forma automática, proyectando líneas de código de seguridad; las luces de emergencia parpadeaban en los pasillos y el sistema de audio integrado emitió la señal de conexión remota de Bruno desde su domicilio. Voces en los canales de seguridad. Alguien había vuelto a reventar el cortafuegos de la base de datos central. Otro hackeo masivo. Otra vez.

Alma seguía a escasos centímetros de mi cuerpo, apoyada contra el borde de la mesa, con la respiración desordenada y los labios notablemente hinchados por la intensidad de nuestros besos. Y yo… yo intentaba con todas mis fuerzas recordar cómo demonios se articulaban las palabras en castellano sin que se me notara el temblor de la adrenalina.

Me pasé una mano por la cara, resoplando con fuerza para intentar enfriar la cabeza. Miré el monitor parpadeante y luego la miré a ella.

—Esto contigo… empieza a ser un problema verdaderamente serio, jefa —murmuré con la voz rota.

Alma me clavó sus ojos verdes, todavía brillantes por la excitación del momento, y optó por no decir nada. Pero en la profundidad de su mirada lo vi con una claridad meridiana: ya era demasiado tarde para los dos.

Mientras el entramado informático de la empresa colapsaba en mitad de un caos de alarmas y llamadas de emergencia a nuestro alrededor, Alma no apartó los ojos de los míos ni un solo instante. Y yo tampoco fui capaz de romper el contacto visual con ella.

Y por primera vez desde que puse un pie en España, entendí con absoluta certeza que el verdadero peligro geopolítico de esta misión no era el hackeo industrial. Ni la quiebra de la empresa. Ni los secretos oscuros del pasado de la familia Medina.

El verdadero peligro residía en el hecho indiscutible de que cada vez que me acercaba a esa mujer… perdía una parte fundamental de mi estructura mental, una parte de mí que, para colmo de males, no tenía la más mínima intención de volver a recuperar.

Y, aun así, con las alarmas sonando de fondo, descubrí que lo único que deseaba en este mundo era volver a estrecharla contra mí.

Capítulo 13



Alma

Me desperté como si me hubiera pasado por encima un camión. No había dormido bien; en realidad, no había dormido nada. Había pasado la noche entera atrapada en un bucle mental bastante peligroso que incluía el beso, las manos de Lukas en mi cintura, su respiración contenida contra la mía y la forma en que había pronunciado mi nombre justo antes de rendirse. Y lo peor de todo no era eso. Lo peor era que me gustaba recordarlo.

Me incorporé en la cama y me quedé mirando fijamente al techo.

—*Perfecto* —murmuré para mis adentros—. *Genial. Maravilloso. Estoy oficialmente estropeada.*

Al poco tiempo, Candela entró en mi casa sin avisar, demostrando una vez más que poseía una especie de llave emocional universal. Traía café en las manos y lucía esa expresión suya tan característica de «sé exactamente lo que has hecho y voy a disfrutarlo».

—Tienes cara de haber besado al alemán —dijo directamente, sin anestesia.

—No sé de qué hablas —respondí, intentando mantener la compostura.

Se sentó en mi sofá con calma.

—Alma, llevas veinte minutos sonriendo a una tostada.

Miré el plato, luego la tostada y finalmente me giré hacia ella.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es.

—Es un efecto del gluten —argumenté en un vano intento de recomponerme.

Candela le dio un sorbo a su café, sin apartar sus ojos de los míos.

—Claro. El gluten ahora besa mal a ejecutivos alemanes.

La odié un poco. Con mucho cariño, pero en ese momento la odié.

Al llegar a la empresa, el ambiente se sentía extraño. No era incómodo, sino algo mucho peor: cuidadosamente incómodo, como si alguien hubiera cambiado el aire acondicionado por una densa capa de tensión emocional.

En cuanto entré en mi planta, noté inmediatamente las miradas de los demás. No eran directas, sino disimuladas, lo que las volvía aún más molestas. Bruno estaba apoyado en la máquina de café, con una postura que sugería que esperaba el momento exacto de mi destrucción social, mientras Paula fingía trabajar demasiado concentrada y Sergio evitaba incluso respirar fuerte.

Iván me saludó con una energía que me resultó excesiva para esas horas de la mañana.

—Buenos días, jefa.

—No me llames así hoy.

—Eso suena a resaca emocional —replicó él, arqueando una ceja.

—No es tu problema.

—Todo en esta empresa es mi problema.

Genial. Simplemente genial.

Lo vi antes de que él se percatara de mi presencia. Lukas caminaba por el pasillo vistiendo un traje oscuro y una camisa impecable cuyas mangas llevaba ligeramente remangadas, como si hubiera decidido que la perfección podía ser flexible, pero solo en los brazos. Su rostro lucía serio, demasiado serio, como si entre nosotros no hubiera pasado absolutamente nada la noche anterior. Pero era mentira. Me miró apenas un segundo, solo uno, pero fue suficiente para que yo dejara de respirar otra vez.

—*Mierda* —susurré.

Bruno, que estaba al lado mío, sonrió de oreja a oreja.

—Esto es oro puro.

—Cállate.

—No puedo —confesó—. Esto alimenta mi espíritu.

Me senté con Candela y el resto del circo habitual. Bruno seguía exhibiendo su insoportable nivel de energía, Paula lo analizaba todo como si preparase un caso judicial, Sergio bebía café como si le faltara el oxígeno e Iván grababa contenidos para TikTok que yo prefería no entender.

—Os juro que parecéis divorciados ricos —comentó Bruno entre risas.

—Bruno, cállate —le pedí sin mirarlo.

—No puedo. Esto es una maravilla.

Candela me observó de reojo.

—Está disfrutando demasiado.

—Porque es un imbécil.

—No —corrigió ella—. Es porque tú estás evitando mirar hacia la puerta.

No lo estaba haciendo. O bueno, tal vez sí, un poco. En ese instante la puerta se abrió y se produjo un silencio inmediato en la sala. Lukas entró y me pareció que la temperatura del lugar bajaba medio grado de golpe. Del susto, me atraganté con el café. Literalmente.

Candela me dio un golpe seco en la espalda para ayudarme.

—Respira, alma en pena.

—Estoy respirando —dije con dificultad.

—Estás sufriendo.

—No.

Pero sí, en el fondo sí lo estaba haciendo.

Lukas se acercó a mí de forma directa, sin rodeos, como si no existiera nadie más en el mundo.

—Necesito hablar contigo —me dijo con voz firme.

Bruno soltó un sonido extraño a mis espaldas.

—Qué amenaza más romántica —murmuré.

Lukas me ignoró por completo y yo me levanté de la silla. Candela me miró fijamente como si estuviera presenciando el capítulo final de una serie en directo.

—Esto va a acabar mal —susurró.

—No es tu problema —le respondí.

—Todo en tu vida es mi problema.

Genial otra vez.

Su despacho me recibió con un ambiente demasiado silencioso, demasiado ordenado, demasiado él. En cuanto la puerta se cerró, el mundo exterior pareció desaparecer, reduciéndose a dos personas que cargaban con un historial reciente demasiado pesado.

—Lo de anoche fue un error —declaró Lukas de golpe.

—Perfecto —respondí, cruzándome de brazos—. Me encantan los errores.

Su mandíbula se tensó al instante.

—Alma.

—¿Qué? ¿Ahora vamos a fingir que no pasó nada?

—Trabajamos juntos —argumentó, intentando apelar a la lógica.

—Y aun así me besaste contra un escritorio.

El silencio que siguió a mis palabras no fue un vacío, sino un terreno peligroso. Lukas se pasó una mano por la cara, visiblemente frustrado.

—No vuelvas a recordarme eso si quieres que conserve la cordura.

Sonreí. Fue un error por mi parte; una respuesta provocadora, automática e irreversible.

—¿Cordura? —repetí con ironía—. Llegas tarde a eso.

Se acercó a mí. Demasiado. Otra vez. Y el aire entre los dos cambió por completo.

—No me pongas a prueba —advirtió, bajando el tono de voz.

Mi pulso falló, pero me obligué a no dar un paso atrás. El momento estaba a punto de romperse una vez más. Sus ojos bajaron de golpe hacia mi boca y yo hice exactamente lo mismo. Un error doble. Lukas levantó una mano hacia mí y, justo cuando la distancia estaba a punto de desaparecer, la puerta se abrió de par en par.

—Perdón, señor Schneider, pero…

Era Noelia. La pausa fue inmediata y la separación instantánea, demasiado rápida y evidente como para disimularla. Noelia nos miró a los dos y un silencio incómodo, insoportablemente incómodo, se instaló en el despacho.

—He… he traído los informes —tartamudeó lentamente.

—Déjalos ahí —respondió Lukas, recuperando su tono serio y profesional.

Noelia obedeció de inmediato, pero su mirada antes de salir decía con total claridad que sabía que allí estaba pasando algo. En cuanto nos quedamos solos, la atmósfera se volvió aún peor. Lukas evitaba mirarme y yo a él. Bueno, eso último era mentira; yo no podía apartar los ojos de él.

El caos estalló poco después, pero no solo en ese despacho, sino en toda la empresa. Bruno corría por los pasillos esparciendo teorías conspiranoicas, Paula analizaba los registros del sistema, Sergio hablaba apresuradamente con seguridad informática e Iván continuaba grabando un contenido que bien podía arruinar su carrera o hacerlo millonario.

Candela me interceptó y me arrastró hacia un lado.

—Hay rumores —me soltó a bocajarro.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti y el alemán.

—No hay nada.

—Claro.

—No hay nada serio —maticé.

Se hizo un breve silencio y me miró con fijeza.

—Eso no lo has dicho muy convencida.

Más tarde, mientras revisaba una vieja documentación en el despacho de mi padre, noté que algo no encajaba. Todo estaba demasiado bien, demasiado limpio, demasiado antiguo. Al examinar los archivadores con detenimiento, me percaté de que alguien había entrado a buscar archivos; no recientes, sino viejos, de una época muy anterior.

Me quedé completamente quieta. El aire volvió a cambiar a mi alrededor, pero esta vez no tenía nada que ver con Lukas.

Era una sensación distinta, algo mucho más oscuro. Abrí una carpeta desgastada por los años y la vi: una fotografía antigua de mi madre, joven y sonriente. Sin embargo, lo que me heló el pecho fue notar que el hombre que estaba a su lado tenía la mitad de la cara arrancada de la imagen. Literalmente.

—No… —susurré, quedándome sin aire.

Y por primera vez desde que había comenzado todo esto, sentí un miedo real y profundo.

Sostuve la foto entre mis manos temblorosas, sin saber qué hacer. La situación ya no se limitaba a Lukas, ni a la empresa, ni al beso, ni al caos que estaba destruyendo mi lógica por completo. Esto era algo más antiguo, más profundo y totalmente intencionado.

Y mientras contemplaba el rostro borrado de aquel hombre junto a mi madre, solo una certeza cruzó mi mente: alguien no quería que supiera la verdad.

Capítulo 14



Lukas

No estaba funcionando nada. Ni el trabajo, ni las llamadas, ni los informes, ni siquiera el café fuerte de la mañana.

Desde la gala, mi cabeza había dejado de obedecer las órdenes más básicas, y el problema detrás de todo ese descontrol tenía un nombre propio: Alma.

Cada vez que intentaba concentrarme en la pantalla, su imagen aparecía de forma inevitable; recordaba su manera de mirarme en la terraza, su respiración agitada cuando me acerqué demasiado y el instante exacto en el que todo dejó de ser controlable. Y lo peor de todo no era el deseo en sí, sino la fijación. No resultaba lógico ni profesional y, aun así, se negaba a desaparecer.

Gael lo supo antes que yo, como de costumbre. Entró en mi despacho sin llamar, actuando como si el concepto de propiedad privada fuera opcional en su universo. Me observó en silencio durante tres largos segundos y luego esbozó una sonrisa ladeada.

—Vale —declaró—. Ya está.

No levanté la vista del portátil, intentando ignorarlo.

—¿Qué?

—Tienes cara de hombre que necesita urgentemente que le arranquen la ropa.

Cerré el ordenador lentamente, clavando mi mirada en él.

—Sal de aquí antes de que te tire por el balcón.

—No puedes vivir sin mí.

—Estoy a punto de intentarlo.

Gael dio un paso al frente y se apoyó en el borde de mi mesa, perdiendo parte de la burla.

—Es ella, ¿no?

No respondí. No hacía ninguna falta. Él soltó un hondo suspiro.

—Esto va a ser divertido… o un desastre nuclear.

—Vete.

—Voy, voy. Pero te aviso: estás perdido.

Cuando la puerta se cerró tras él, el silencio regresó al despacho, y con él, el peso del problema.

Para mi sorpresa, Alma apareció en mi chalet esa misma noche y sin avisar. En otra situación, una intrusión así me habría molestado profundamente, pero no fue el caso. En cuanto la vi cruzar el umbral de la puerta, todo lo demás dejó de importar. Llevaba el pelo ligeramente desordenado y los ojos brillantes; se notaba que estaba demasiado consciente de sí misma y, sobre todo, demasiado consciente de mí.

—Necesitamos revisar unos documentos —dijo a modo de justificación.

—¿A estas horas?

—Es urgente.

Era mentira, y ambos lo sabíamos perfectamente. La dejé pasar sin rechistar. La casa se encontraba en absoluta calma, envuelta en una luz cálida, con un jazz suave sonando de fondo en el salón y los grandes cristales abiertos hacia el mar. Resultaba un escenario demasiado íntimo para dos personas que fingían no estar perdiendo el control de sus vidas.

Alma miró a su alrededor con curiosidad.

—Bonita cárcel —murmuró.

—Funciona bien para trabajar.

—¿Trabajar o esconderte?

Decidí no responder, principalmente porque la respuesta correcta no me gustaba en absoluto.

Nos instalamos en la cocina, con la gran isla central interponiéndose entre nosotros como una barrera que resultaba demasiado grande o demasiado pequeña según el segundo que corriera. Desparramamos los papeles sobre la superficie y encendimos la pantalla, pero ninguno de los dos estaba prestando verdadera atención al trabajo. Yo la miraba a ella, y ella era plenamente consciente de mi escrutinio.

—Deja de mirarme así —pidió finalmente, rompiendo el silencio.

—Tú has venido aquí.

—Por trabajo.

—Claro.

Una sonrisa apareció lentamente en sus labios; una mueca provocadora, insoportable y hermosa. Se acercó a la isla dando un paso y luego otro, moviéndose con una lentitud deliberada, como si supiera el efecto exacto que causaba en mí. Y lo sabía; siempre lo sabía.

Me moví antes de que la razón pudiera frenarme. Rodeé la isla, la atraje hacia mi cuerpo y la besé. Esta vez no hubo interrupciones, ni puertas que se abrieran, ni alarmas que sonaran; solo estábamos nosotros dos.

El beso fue inmediato, intenso, cargado con todo el deseo que habíamos contenido durante demasiado tiempo. Su mano subió con rapidez a mi nuca mientras la mía bajaba a su cintura para pegarla más a mí. Siempre más. Alma soltó un suspiro ahogado contra mi boca que me desarmó por completo y, en ese preciso instante, perdí el control de verdad.

La subí a la encimera con cuidado, pero con firmeza, y sus piernas rodearon mi cintura casi de inmediato, como si su cuerpo hubiera decidido el encaje perfecto mucho antes de que nuestras cabezas lo procesaran. Mis labios bajaron por su cuello y la escuché respirar más fuerte, más rápido, con el aire roto.

—Eres insufrible —murmuré contra su piel caliente.

—Y aun así no puedes dejar de tocarme —respondió, y se le escapó una risa suave, peligrosa y provocadora.

Levanté la cabeza para mirarla. Sus ojos estaban demasiado cerca, abiertos y conscientes de la situación.

—Ese es exactamente el problema —dije con la voz ronca.

Alma me tiró ligeramente de la camisa, obligándome a acortar la distancia otra vez. Siempre otra vez, como si nunca existiera el espacio suficiente entre nosotros. Mis manos recorrieron su cintura y subieron por su espalda con una lentitud que contrastaba con la urgencia de lo que estaba sintiendo. Ella arqueó ligeramente el cuerpo hacia mí, y ese simple gesto se sintió como una condena definitiva.

La besé de nuevo, de un modo más profundo, urgente y desesperado. Su respiración se rompía entre palabras que no llegaba a pronunciar y sentí que la compostura se me escapaba, no de forma gradual, sino de golpe.

Finalmente, Alma apoyó la frente contra la mía, intentando recuperar el aire.

—Esto se está complicando demasiado —susurró.

Me quedé quieto un segundo, asimilando sus palabras, porque sabía que tenía razón, pero a la vez ya era tarde para lamentarlo.

—Ya estaba complicado desde el momento en que apareciste —respondí.

El silencio que se instaló a continuación no calmó los ánimos; al contrario, pareció amplificarlo todo. Me aparté un poco, no porque quisiera, sino porque debía hacerlo. Alma respiraba de forma agitada, con los labios ligeramente hinchados y la mirada brillante, demasiado humana y real. De repente, se giró hacia un lado, clavando su vista en el despacho contiguo y quedándose completamente inmóvil.

—¿Qué es eso? —preguntó con el ceño fruncido.

Señalaba un cuadro viejo y mal colocado que estaba apoyado contra la pared, como si hubiera sido olvidado allí hacía mucho tiempo. Me acerqué y ella hizo lo mismo. Alma lo giró ligeramente para observar el reverso y se quedó paralizada. Su expresión cambió por completo en un instante.

—No… —susurró, palideciendo.

Detrás del marco se alcanzaba a leer una inscripción grabada. Era un nombre y un apellido: el de su madre. El aire en la habitación volvió a cambiar de golpe, pero esta vez la tensión no tenía nada que ver con el deseo.

Alma me miró con una mezcla de impacto y sospecha en el rostro, desprovista de cualquier atisbo de provocación.

—¿Qué significa esto?

No respondí, principalmente porque yo tampoco tenía la menor idea de qué hacía eso allí. Y eso, sin duda, era lo peor de todo.

Cuando se marchó minutos después, sin llegar a despedirse realmente, la casa recuperó su silencio sepulcral. El jazz seguía sonando bajo y la luz cálida iluminaba el salón, mostrando un orden que ahora se sentía falso.

Me apoyé en la encimera, justo en el lugar donde ella había estado sentada, y descubrí que todavía podía sentir su presencia demasiado reciente.

Fue entonces cuando entendí algo con absoluta claridad: yo ya no estaba eligiendo esto, sino que esta situación me estaba eligiendo a mí. Y por primera vez en mi vida, no estaba seguro de querer resistirme; ya no sabía si mi papel era protegerla o perderme por completo en ella.

Capítulo 15



Alma

No podía dejar de pensar en el cuadro, en el apellido y en toda la información que me habían ocultado durante años. Lo peor de todo era la creciente y perturbadora sensación de que las piezas encajaban demasiado bien como para tratarse de una simple casualidad.

Pasé la noche entera en vela, revisando cada archivo que encontraba sobre los Schneider. El nombre aparecía de forma recurrente en documentos antiguos, registros empresariales e incluso en artículos de prensa internacional, pero siempre como una sombra: nunca completo, siempre fragmentado, como si alguien se hubiera encargado de borrar partes del puzle a propósito.

Aquello me estaba volviendo loca.

—Estás obsesionada —me soltó Candela al día siguiente, mientras dejaba caer un café humeante sobre mi mesa de trabajo.

—Estoy informándome.

—Estás investigando como una hacker emocional con insomnio.

No le respondí porque, en el fondo, sabía que tenía toda la razón. Candela se sentó frente a mí y me observó durante unos segundos que se me hicieron eternamente largos.

—Necesitas descansar —sentenció con seriedad.

—Necesito respuestas.

—Necesitas orgasmos y terapia.

Levanté la vista del ordenador, fulminándola con la mirada.

—Candela, por favor.

Ella se limitó a sonreír, restándole hierro al asunto.

—No digo que el alemán sea terapia… pero ayuda.

La miré seria, sin un ápice de humor.

—No es gracioso.

—Un poco sí.

Me pasé una mano por la cara con frustración. El verdadero problema radicaba en que ya no podía sacar a Lukas de la ecuación; no podía ignorarlo a él, ni lo que ocurría cuando estábamos juntos, ni las verdades que se me escapaban entre los dedos.

Buscando un respiro de todo ese torbellino, decidí ir a visitar a mis abuelos esa misma tarde. Necesitaba desesperadamente un baño de realidad, algo que no estuviera contaminado por sospechas, filtraciones de datos o silencios incómodos.

La casa de Antonio y Mercedes siempre había sido mi refugio seguro; un hogar real, cálido y desbordante de vida. En cuanto crucé el umbral, el familiar aroma a paella y a pan recién hecho me reconfortó, haciéndome olvidar mis problemas por un instante. Antonio me abrió la puerta con una sonrisa enorme de oreja a oreja.

—¡Mi niña!

Me abracé a él y me permití desconectar del mundo.

Al sentarnos a la mesa, la superficie se llenó de fotografías antiguas, recuerdos y esas viejas historias familiares que, aunque me sabía de memoria, siempre disfrutaba escuchar como si fueran nuevas. Mi abuela se acercó y me acarició la mejilla con ternura.

—Estás demasiado delgada —comentó con tono de reproche cariñoso.

—Estoy ocupada, abuela.

—Estás preocupada, que es diferente —corrigió ella, leyéndome el pensamiento.

Mi abuelo sirvió vino en las copas, demasiado temprano como de costumbre, y la comida transcurrió con aparente normalidad hasta que decidí soltar el nombre que me reconcomía por dentro.

—Schneider —dije en voz alta.

El efecto fue inmediato. No fue una transición gradual, sino como si alguien hubiera apagado por completo el sonido de la casa de un plumazo. Antonio dejó de sonreír al instante, la mano de Mercedes se quedó inmóvil en el aire y la cuchara que sostenía dejó de moverse.

—¿De dónde has sacado ese nombre? —preguntó mi abuelo, con un semblante más serio y rígido de lo que le había visto en toda mi vida.

Miré a ambos, alarmada por su reacción.

—¿Lo conocéis?

El silencio regresó, volviéndose aún más pesado e incómodo. Mercedes bajó la mirada hacia el plato, incapaz de sostenerme la vista, y Antonio soltó un hondo suspiro.

—Alma… hay cosas del pasado que es mejor no remover.

En ese preciso instante lo comprendí todo. No se trataba de ignorancia; era una evitación deliberada.

—No me digáis eso —les pedí, haciendo un esfuerzo monumental por mantener la calma—. No ahora que estoy empezando a ver conexiones por todas partes.

Mi abuela estiró el brazo y me tomó de la mano. Su tacto era suave, pero transmitía una tensión inusual.

—No todo lo que se conecta debe seguir unido —sentenció.

—Eso no es una respuesta.

—Es una advertencia —zanjó.

El ambiente en la estancia se volvió gélido de repente. La casa que siempre había considerado mi protectorado ahora parecía cerrarse sobre mí, asfixiándome.

—Necesito saber qué está pasando —insistí, buscando una grieta en su resolución.

Ninguno de los dos respondió, y ese silencio dolió mucho más que cualquier explicación que pudieran haberme dado.

Regresé a la empresa con la cabeza a punto de estallar. Ya no se trataba únicamente de Lukas, del beso o de la constante tensión que nos rodeaba; ahora todo salpicaba directamente el recuerdo de mi madre. En cuanto entré en las oficinas, percibí que la atmósfera era totalmente distinta: más densa, más caótica. Bruno corría de un lado a otro con el teléfono móvil pegado a la oreja, Paula hablaba con visible urgencia con un miembro del departamento legal, Sergio lucía un rostro completamente pálido e Iván permanecía callado, sin hacer una sola broma.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, deteniéndome en mitad del pasillo.

Nadie me contestó en un primer momento, hasta que Paula se giró hacia mí con gravedad.

—Se ha filtrado información.

—¿Qué tipo de información?

Bruno me miró fijamente.

—Toda.

Un vacío repentino se instaló en mi estómago. Avancé hacia los despachos y lo vi antes de que él notara mi presencia. Lukas se encontraba de pie en su oficina, completamente inmóvil, con la mirada clavada en la pantalla de su ordenador. Su rostro no mostraba el control absoluto al que me tenía acostumbrada; lo que vi en sus facciones fue una rabia contenida muy peligrosa. Al escuchar mis pasos, levantó la vista y, en cuanto me reconoció, su expresión cambió, cargándose de una tensión aún mayor.

—Esto se está saliendo de control —declaró en cuanto crucé la puerta.

—Ya estaba fuera de control —le corregí, cerrando detrás de mí.

Las palabras se sintieron rápidas y afiladas como cuchillos.

—¿Hay algo que quieras contarme? —inquirí, dando un paso al frente.

Su mandíbula se tensó.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A tu padre.

El aire pareció congelarse en el acto.

—No metas a mi familia en esto —advirtió con voz baja y peligrosa.

—Quizá tu familia ya está metida hasta el cuello.

Y entonces, toda la contención saltó por los aires.

—No tienes ni la más mínima idea de lo que estás diciendo —siseó, acortando la distancia.

—¡Entonces explícamelo! —respondí, elevando la voz más de lo que pretendía—. ¡Porque nada de esto encaja!

—No voy a permitir que conviertas una crisis empresarial en una teoría paranoica.

—¿Paranoica? ¡Hay nombres borrados en los archivos, documentos antiguos escondidos y conexiones directas con mi madre!

—¡Basta!

El grito de Lukas resonó en las paredes y el silencio que le siguió fue brutal. Nos quedamos estáticos, mirándonos fijamente, respirando de forma agitada. Estábamos demasiado cerca y, a la vez, demasiado lejos. Por primera vez desde que nos conocíamos, la electricidad que nos unía no tenía nada que ver con la atracción sexual; era tensión pura, real y dolorosa.

Antes de que alguno pudiera añadir algo, el sistema informático de la oficina volvió a caerse. Las alarmas comenzaron a sonar y las pantallas se tiñeron de alertas rojas en un bucle frenético. Paula entró corriendo sin llamar, con la respiración entrecortada.

—Se ha filtrado a la prensa —anunció con pánico.

Bruno soltó una maldición entre dientes y Sergio comenzó a marcar números de teléfono para calmar a los inversores, mientras Iván guardaba su equipo de grabación. Entendí de golpe que esto ya no era una disputa interna; esto era una guerra abierta.

Regresé a mi propio despacho buscando un segundo de aire y silencio para aclarar mis ideas. Sin embargo, en cuanto me acerqué a mi mesa de trabajo, noté que algo descansaba sobre la superficie: un sobre blanco, pulcro y sin remitente.

Me quedé completamente quieta, contemplándolo con desconfianza. Lo cogí y lo abrí con cuidado. En su interior encontré un documento oficial: el certificado de defunción de mi madre. Pero no fue el papeleo lo que me hizo temblar de arriba abajo, sino la frase manuscrita con tinta negra que alguien había estampado justo debajo, una línea simple y definitiva: *«No fue un accidente»*.

La sangre se me heló en las venas y el sonido del mundo exterior desapareció por completo. Por primera vez en mucho tiempo, descubrí que mi mayor temor no era Lukas ni lo que me hacía sentir; mi verdadero terror era la verdad que estaba a punto de salir a la luz.

Capítulo 16



Lukas

No me gustaban las llamadas de mi padre a las seis de la mañana; nunca presagiaban nada bueno. La pantalla del móvil comenzó a brillar sobre la encimera de la cocina mientras los primeros rayos del amanecer teñían el mar de un azul grisáceo tras las cristaleras del chalet.

En el identificador de llamadas se leía «Klaus Schneider». Ni siquiera ponía «Vater», papá; era un reflejo fiel de nuestro vínculo: frío, directo y puramente funcional.

Me quedé contemplando el nombre unos segundos antes de deslizar el dedo por la pantalla, pues una parte de mí ya intuía que aquella conversación iba a cambiar el rumbo de las cosas una vez más.

—Dime —respondí al descolgar.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la línea, roto finalmente por la voz grave y controlada de mi padre; demasiado controlada, diría yo.

—Te dije que no aceptaras ese trabajo.

Ni un saludo, ni una pregunta por mi bienestar. Fue directo al núcleo del problema. Apreté la mandíbula mientras me servía una taza de café.

—Buenos días para ti también.

—No bromees conmigo, Lukas.

Ahí estaba otra vez esa familiar hostilidad. La reconocía a la perfección porque llevaba toda mi vida escuchándola, agazapada detrás de cada orden de Klaus Schneider. Me apoyé contra la isla de la cocina, intentando mantener la voz calmada.

—Necesito saber qué está pasando realmente aquí.

Le siguió un silencio largo, pesado y peligroso; el tipo de silencio que no nace de la indecisión, sino de la firme resolución de ocultar un secreto.

—No remuevas el pasado —sentenció finalmente.

Giré la cabeza para mirar el mar, sosteniendo la taza caliente entre mis dedos, y por primera vez en muchos años experimenté una rabia visceral y real hacia él.

—Es demasiado tarde para eso.

Escuché su respiración al otro lado de la línea, notablemente más tensa tras mis palabras.

—¿Qué es lo que has encontrado?

No le contesté de inmediato, principalmente porque todavía no lograba comprender la magnitud de lo que tenía entre manos. Solo tenía dos certezas: que Alma Medina se encontraba en el epicentro de todo y que cada vez que pronunciaba su apellido, mi padre reaccionaba como si le pusieran una bomba sobre la mesa.

—¿Conoces a los Medina? —pregunté.

Fue un error. Lo supe en cuanto el silencio regresó, volviéndose más evidente.

—Lukas.

—Eso no responde a mi pregunta, padre.

—No tienes por qué involucrarte en asuntos que no te corresponden.

Mi paciencia, desgastada por las horas de insomnio, comenzó a agotarse.

—Trabajo para esa empresa.

—Precisamente por eso deberías mantener las distancias.

Solté una risa seca, sin rastro de humor.

—Eso ya no es posible.

Mi padre captó el trasfondo de mi afirmación al instante; lo noté en el sutil pero perceptible cambio de su tono de voz.

—¿La hija de Héctor Medina? —preguntó, con una rapidez y especificidad que lo delataron por completo.

En ese momento obtuve mi confirmación: todos los hilos estaban conectados, todos guardaban un secreto y yo acababa de irrumpir en mitad de una historia que había comenzado a escribirse mucho antes de que Alma y yo nos cruzáramos en Málaga.

—¿Qué es lo que sabes de ella? —insistí.

—No hagas preguntas cuyas respuestas no estás preparado para escuchar.

—Estoy cansado de tus malditas frases enigmáticas.

—Entonces deja el caso de inmediato.

—Esto no es un caso.

Apreté el agarre alrededor de la taza. Sí que lo era, y ambos lo sabíamos perfectamente.

—Escúchame bien, Lukas —dijo, con una lentitud deliberada—. Hay errores del pasado que destruyeron demasiadas vidas. Si insistes en seguir investigando, solo vas a empeorar las cosas.

—¿Empeorarlas para quién?

No hubo respuesta. Klaus Schneider colgó la llamada segundos después sin despedirse.

Me quedé estático en mitad de la cocina, rodeado por el suave jazz que salía del salón y el constante movimiento del mar tras los cristales. Todo parecía normal a simple vista, pero ya nada lo era, porque mi padre se había mostrado asustado, y yo sabía perfectamente que Klaus Schneider no le temía a casi nada en este mundo.

La sede de *Medina Global Tech* se había transformado en un auténtico infierno para cuando llegué. Decenas de periodistas se agolpaban en las inmediaciones entre cámaras y micrófonos, mientras los accionistas desfilaban con rostros dignos de un funeral corporativo y el equipo de seguridad intentaba, sin mucho éxito, contener el caos. La filtración de datos había estallado durante la noche y alguien, en alguna parte, estaba disfrutando con nuestro desastre. Atravesé el vestíbulo a paso firme, ignorando las preguntas que me lanzaban a gritos en alemán, inglés y español.

—¡Señor Schneider! ¿Es cierto que el acuerdo europeo peligra?

—¡Señor Schneider! ¿Hay problemas internos en la dirección?

—¿Puede confirmar la filtración de datos confidenciales?

Seguí caminando con la vista al frente, sin responder ni mirar atrás, aunque la sensación de amenaza ya se había instalado firmemente en mi cabeza. Subí en el ascensor hasta la planta ejecutiva, donde imperaba un silencio artificial, de esos que solo se producen cuando todo el mundo está demasiado asustado para articular palabra. Noelia apareció en el pasillo, prácticamente corriendo hacia mí con una tableta entre las manos.

—Buenos días —dijo.

—No lo son.

Ella tragó saliva con dificultad antes de continuar.

—El consejo exige una reunión de urgencia inmediata.

—Perfecto.

—Y… la señorita Medina ya está dentro de la sala.

Mi pulso reaccionó antes que mi cerebro con un latido violento, inoportuno y automático. Asentí una sola vez y caminé hacia allí.

Al entrar en la sala de juntas, lo primero que detectaron mis ojos fue a Alma, y tuve que realizar un esfuerzo consciente para seguir caminando con normalidad. Estaba visiblemente agotada; unas sutiles ojeras se marcaban bajo sus ojos, mantenía la mandíbula rígida, llevaba el pelo recogido deprisa y sus dedos se movían con inquietud sobre la mesa, delatando una ansiedad que intentaba ocultar a los demás. Pero yo la notaba; siempre la notaba.

Héctor se encontraba al fondo de la estancia, conversando con dos miembros del consejo; Paula revisaba frenéticamente unos documentos, Bruno parecía al borde de una crisis nerviosa tecnológica, Sergio acumulaba ya tres tazas de café e Iván, sorprendentemente, no estaba grabando nada con su teléfono. Esto último ya era un indicador de la gravedad de la situación.

Alma levantó la vista y nuestros ojos se cruzaron apenas un segundo, desatando de nuevo esa maldita descarga eléctrica entre los dos. Incluso en mitad de este desastre, era ridículo. Ella apartó la mirada de inmediato, como si todavía guardara el enfado por nuestra última discusión, lo cual era bastante probable.

La reunión comenzó peor de lo que había augurado. Se expusieron las pérdidas potenciales, la estrepitosa caída temporal de las acciones, la asfixiante presión de los inversores y el riesgo real de cancelación del contrato europeo; demasiadas voces hablando al mismo tiempo y sin aportar soluciones. De repente, uno de los directivos golpeó la mesa con irritación, interrumpiendo el murmullo general.

—Esto es exactamente lo que pasa cuando la empresa se convierte en un circo emocional.

Noté cómo Alma se tensaba al instante, pero, para mi sorpresa, optó por guardar silencio. Aquello era sumamente extraño en ella.

—Debemos replantearnos seriamente quién liderará la transición de la empresa cuando Héctor deje el cargo —prosiguió el hombre—. La imagen pública de *Medina Global Tech* está sufriendo daños irreparables.

El silencio de la sala se volvió más afilado y el directivo cometió el grave error de mirar fijamente a Alma.

—Tal vez lo que necesitamos es una dirección mucho más… estable.

Al ver que ella no respondía y se limitaba a sostenerle la mirada con una mezcla de cansancio y dolor, algo dentro de mí reaccionó antes de que pudiera sopesar las consecuencias profesionales.

—La señorita Medina es, con total probabilidad, la persona más competente de esta sala —declaré con voz firme.

Un silencio absoluto cayó sobre la junta y todas las miradas se giraron hacia mi posición, incluida la de Alma. Continué hablando con un tono frío, pausado, pero peligrosamente serio.

—Y si alguien quiere cuestionar eso, será mejor que presente mejores resultados que los de ella.

El directivo abrió la boca para replicar, pero la cerró al segundo al comprender que no tenía argumentos válidos. Los números de Alma eran, en efecto, impecables: expansiones internacionales exitosas, crecimiento sostenido, negociaciones complejas cerradas y amplios beneficios. Era brillante, y todos los presentes lo sabían.

El hombre desvió la mirada, acobardado. Perfecto.

La tensión flotó en el ambiente durante unos instantes hasta que Héctor intervino para reconducir el orden del día. Sin embargo, para mí el resto de la sesión pasó a un segundo plano, porque Alma no dejaba de mirarme, y la expresión que descubrí en sus ojos era completamente nueva: no reflejaba ironía ni provocación, sino una profunda sorpresa. Y descubrir eso me afectó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

La junta concluyó dos infernales horas después. En cuanto salí al pasillo, escuché el rápido repiqueteo de sus tacones a mis espaldas. Me giré justo en el momento en que Alma me tomaba del brazo y me empujaba hacia el interior de un despacho vacío, cerrando la puerta tras de sí. Nos quedamos a solas, con la respiración agitada y una proximidad que volvía a alterar el ambiente.

—No necesitaba que me salvaras —soltó con voz firme, aunque denotaba cansancio.

Me apoyé contra el borde de la mesa, cruzándome de brazos.

—No estaba salvándote.

—¿Entonces qué se supone que hacías ahí dentro?

La contemplé unos segundos en silencio, intentando expulsar de mi mente el recuerdo de ella sentada sobre la encimera de mi cocina la noche anterior. Un grave error de concentración.

—Intentaba no estrangular a ese idiota.

Vi el instante exacto en el que Alma intentó reprimir una sonrisa y fracasó en el intento. Dios, esa mujer iba a acabar conmigo.

—Control de impulsos excelente —murmuró con ironía.

—Estoy haciendo un esfuerzo enorme, créeme.

—¿Sí?

Dio un paso hacia mí, acortando la distancia lo suficiente como para volver a alterar el aire entre los dos. Siempre el mismo patrón.

—No lo parece —añadió en un susurro.

—Tú tampoco pones de tu parte para ayudar.

Su sonrisa se ensanchó levemente; una mueca provocadora, cansada y hermosa de una forma que empezaba a irritarme profundamente por el enorme poder que ejercía sobre mí.

—No sabía que fueras un hombre tan caballeroso.

—No lo soy.

—Pues hoy casi parecías mi guardaespaldas.

—No te acostumbres —le advertí.

—Qué pena.

El silencio volvió a caer entre nosotros, volviéndose denso y peligroso. Fue entonces cuando percibí un leve y casi imperceptible temblor en sus dedos; una muestra evidente del miedo, el estrés y el agotamiento acumulados. Algo en mi interior se tensó de forma violenta.

—¿Has dormido algo? —pregunté, suavizando el tono.

Alma parpadeó, sorprendida por el cambio de rumbo de la conversación.

—Lo suficiente.

—Alma, no me mientas.

—No empieces, Lukas.

—Estás agotada —insistí—. Estás al límite de tus fuerzas.

Sus ojos se clavaron en los míos con una honestidad desarmante y, por un instante, la fachada desafiante de Alma desapareció por completo. En su lugar, solo quedó una mujer sobrepasada por las circunstancias que intentaba sostener el peso del mundo con sus manos desnudas. Y esa vulnerabilidad resultó mucho más peligrosa que cualquier beso, porque despertó en mí el deseo de acercarme, tocarla y calmar su dolor. Ya no lograba distinguir dónde terminaba la mera atracción física y dónde comenzaba algo mucho más real y profundo.

Ella rompió el encanto del momento dando un paso atrás, empleando su habitual mecanismo de defensa cada vez que la situación se volvía demasiado intensa.

—Tengo trabajo que hacer.

—Claro.

Caminó hacia la salida, pero justo antes de abrir la puerta, se giró ligeramente sobre sus talones.

—Gracias… por lo de antes.

Y sin más, desapareció por el pasillo. Me quedé inmóvil durante varios minutos, con la mirada fija en la madera de la puerta y la incómoda certeza de que Alma se estaba metiendo bajo mi piel de forma lenta e irreversible.

Esa noche regresé al chalet mucho más tarde de lo habitual.

Me recibió una casa sumida en la oscuridad y en un silencio excesivo. Dejé la chaqueta del traje sobre el sofá y me serví un vaso de whisky puro, sin molestarme siquiera en aflojar el nudo de la corbata.

Mi mente continuaba atrapada en un bucle que alternaba la desastrosa reunión del consejo, la vulnerabilidad de Alma, las advertencias de mi padre y unas conexiones que empezaban a encajar con una precisión alarmante.

Entré en mi despacho y me dirigí en línea recta hacia el armario metálico de seguridad, un mueble cuyos archivos llevaba años evitando revisar. Allí se custodiaban los documentos antiguos de Klaus: papeles diplomáticos, informes privados y secretos financieros que mi padre protegía como si fuesen Secretos de Estado.

Y quizá lo eran. Comencé a desenterrar carpetas escritas en alemán que contenían fechas, nombres de empresas marítimas y registros de inversiones internacionales, hasta que un nombre escrito en una pestaña hizo que mi pulso se ralentizara por completo: «Medina».

Abrí el archivo con manos firmes. En su interior hallé informes antiguos fechados en Málaga que detallaban operaciones portuarias y cuantiosas inversiones extranjeras. Pero lo que me propinó un golpe seco en el pecho fue el siguiente documento: un informe policial de un accidente automovilístico ocurrido hacía más de veinte años. El nombre de la víctima figuraba en letras claras: Claudia Vega, la madre de Alma.

Comencé a leer las páginas a gran velocidad, pero la confusión no tardó en asaltarme al descubrir que al informe le habían arrancado hojas enteras; el papel mostraba los bordes rasgados, evidenciando que alguien se había tomado la molestia de eliminar información crucial de forma deliberada. Mi respiración se volvió más lenta y fría. Continué buscando en el fondo de la carpeta hasta que mis dedos tropezaron con una fotografía doblada. La desdoblé con cuidado y el mundo pareció detenerse.

Reconocí a Héctor Medina de inmediato; se le veía mucho más joven. A su lado se encontraba mi padre, Klaus, con un semblante notablemente más duro y severo. Junto a ellos posaba una mujer joven, hermosa y sonriente, poseedora de unos ojos idénticos a los de Alma: su madre.

Sin embargo, lo que infundía verdadero temor era la presencia de un cuarto hombre, un desconocido, y la expresión compartida que cruzaba los rostros de los cuatro integrantes de la foto. No lucían como un grupo de amigos disfrutando de una velada; sus facciones reflejaban el pánico de quienes acababan de sobrevivir a una catástrofe o estaban a punto de perderlo todo.

Me quedé contemplando la imagen durante unos minutos, uniendo los cabos sueltos en mi cabeza. Había demasiadas coincidencias, demasiados silencios impuestos y demasiadas mentiras heredadas.

Por primera vez desde que había puesto un pie en Málaga, comprendí con absoluta claridad que esto nunca había sido una simple filtración de secretos corporativos. Esto era algo mucho más antiguo, oscuro y peligroso; y Alma se encontraba justo en el centro del objetivo.

Capítulo 17



Alma

Negación. Ese había sido mi plan brillante de supervivencia durante los últimos tres días.

Decidí negar absolutamente todo: la tensión, los besos, la forma en que Lukas me miraba como si estuviera decidiendo entre besarme o cometer un crimen y, sobre todo, el pequeño detalle de que empezaba a afectarme muchísimo más de lo que quería admitir.

Era un plan excelente, sólido, inteligente y profesional. Sin embargo, duró exactamente siete minutos aquella mañana.

Todo se desmoronó en cuanto entré en la planta ejecutiva y vi a Noelia tocándole el brazo. Estaba riéndose, demasiado cerca, demasiado cómoda; se veía demasiado rubia alrededor de *mi* alemán emocionalmente problemático.

Me quedé completamente congelada en mitad del pasillo. Candela, que caminaba a mi lado con un café helado en la mano, siguió mi mirada y sonrió lentamente. La traidora.

—Oh, mírate —soltó, disfrutando del momento.

—¿Qué? —pregunté, intentando disimular.

—Estás celosa.

Aparté la vista inmediatamente, ofendida.

—No estoy celosa.

—Claro.

Candela bebió un sorbo de su café con total parsimonia, disfrutando demasiado del momento.

—Y yo soy monja —añadió con ironía.

—No sé de qué hablas.

—Alma, estás apretando tanto la carpeta que vas a desintegrarla.

Miré mis manos. Mierda. Solté el agarre de inmediato.

—Solo estoy observando una situación laboral —argumenté.

—Sí, claro. Como una francotiradora.

Volví a mirar hacia ellos. Fue un error. Noelia seguía sonriendo, Lukas dijo algo que no alcancé a escuchar y ella volvió a tocarle el brazo. En ese preciso instante sentí una necesidad irracional de incendiar el departamento de Recursos Humanos.

Candela soltó una carcajada.

—Madre mía. Estás fatal.

—No estoy fatal.

—Tu ojo izquierdo acaba de temblar.

—Eso es estrés —justifiqué.

—Eso es deseo homicida.

La odié. Muchísimo.

Intenté actuar de forma normal; de verdad que lo intenté durante aproximadamente doce minutos. Después de eso, mi dignidad decidió abandonarme por completo.

Primero interrumpí una conversación totalmente innecesaria, irrumpiendo en el despacho de Lukas con una carpeta que perfectamente podría haberle enviado por correo electrónico.

—Necesito tu firma —anuncié sin preámbulos.

Lukas levantó la vista despacio, demasiado lentamente, como si ya supiera exactamente lo que estaba haciendo. Noelia se encontraba sentada frente a él tomando notas en su tableta. Perfecto, maravilloso, fantástico.

—Podías haber enviado esto por email —señaló él.

—Prefería asegurarme personalmente.

—Qué eficiente.

Su tono de voz llevaba una sonrisa escondida, y eso me irritó aún más. Dejé la carpeta sobre la mesa, quizá con demasiada fuerza, provocando que Noelia diera un pequeño salto en su asiento. Bien. Lukas firmó el documento sin apartar los ojos de mí. Aquello fue un error gravísimo, porque ese hombre tenía una capacidad ofensiva para mirar que me desarmaba.

—¿Algo más? —preguntó con calma.

—No.

—¿Segura?

—Completamente.

Se instaló un silencio denso entre nosotros. Noelia nos miraba descaradamente a ambos como quien presencia un accidente en directo. Salí del despacho intentando salvar toda la dignidad que me quedaba, aunque siendo sincera, ya no era mucha.

Volví veinte minutos después. Sí, veinte minutos exactos. Candela me vio cruzar la planta otra vez y casi se atraganta de la risa.

—No puede ser —dijo entre dientes.

—Tengo trabajo —me defendí.

—Tienes un brote psicótico romántico.

—No dramatices.

—Has cambiado tres veces de pintalabios desde esta mañana.

Miré mi reflejo en el cristal de un ventanal. Mierda. Otra vez me había delatado.

—Necesitaba retoques.

—Necesitabas supervisar a la secretaria.

—No estoy supervisando a nadie.

Candela levantó ambas cejas, divertida.

—Alma.

—¿Qué?

—Estás dando vergüenza ajena.

La ignoré por completo y seguí caminando hacia el despacho de Lukas, porque claramente había perdido la cabeza. Otra vez.

Cuando entré, él estaba solo. Eso debería haber mermado mi agitación, pero no lo hizo, sobre todo porque el imbécil sonrió lentamente. Exhibía esa calma insufrible suya que me daba ganas de besarlo y estrangularlo al mismo tiempo.

—¿Necesitas algo más, Alma?

—No.

—Entonces puedes dejar de vigilar a mi secretaria.

Me quedé completamente inmóvil.

—No estoy vigilando a nadie.

—Perfecto —repuso, levantándose de la silla.

Se veía demasiado alto, demasiado elegante, demasiado guapo para mi estabilidad emocional.

—Porque empiezas a dar miedo.

Lo fulminé con la mirada, pero él se limitó a sonreír más, lo cual era mucho peor.

—Eres insoportable —le espeté.

—Y tú muy poco sutil.

—No sé de qué hablas.

—Has venido aquí cuatro veces hoy.

—Trabajo en esta planta —alegué.

—Claro.

Se acercó despacio, apoyándose ligeramente en el borde de la mesa y observándome como si estuviera disfrutando muchísimo de la situación. El desgraciado realmente se estaba divirtiendo a mi costa.

—¿Te molesta Noelia?

—No.

—Mientes fatal.

—Y tú eres un narcisista.

—Puede ser —admitió con arrogancia.

Maldito alemán. Intenté mantener una expresión de absoluta indiferencia, pero fue un fracaso total, porque él inclinó apenas la cabeza y asestó el golpe final.

—Estás celosa.

—No estoy celosa.

—Alma.

—¿Qué?

—Tu mandíbula lleva tensa desde las nueve de la mañana.

Odiaba que me conociera tan bien en tan poco tiempo, y lo peor de todo era que parecía encantado con ello.

—Tengo trabajo —solté abruptamente para dar por terminada la escena.

—Y yo una secretaria traumatizada.

Eso me hizo reír muy a mi pesar; fue un gesto apenas perceptible, pero suficiente para que él lo notara. Dios, la forma en que sus ojos cambiaban cuando conseguía hacerme reír era peligrosísima. Salí de allí a toda prisa antes de cometer alguna estupidez, como besarlo encima de la mesa. Otra vez.

El resto de la jornada se convirtió en un espectáculo lamentable protagonizado por mí misma. Mandé correos absurdos, pregunté cosas totalmente innecesarias y aparecí «casualmente» en reuniones donde Lukas estaba hablando con Noelia. Incluso Bruno empezó a sospechar, y teniendo en cuenta que él vivía en una paranoia permanente, aquello no ayudaba en absoluto.

—¿Estás marcando territorio? —me preguntó mientras robaba patatas de mi mesa sin permiso.

—Bruno, vete.

—Eso es un sí —concluyó con regocijo.

—Voy a despedirte.

—Pero con amor.

—Sin indemnización.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Uy. Eso ha sonado muy señora Schneider.

Le lancé una carpeta a la cabeza, pero no se molestó en esquivar el golpe porque seguía riéndose como un psicópata.

A las ocho de la tarde continuaba lloviendo.

Málaga parecía empeñada en convertir mi vida en una película romántica y peligrosa. El aparcamiento subterráneo estaba casi vacío cuando por fin salí de la empresa. Mis tacones resonaban con fuerza en el hormigón, sostenía las llaves en la mano y arrastraba una cabeza completamente agotada.

Fue entonces cuando lo vi apoyado en su coche. Lukas vestía una chaqueta oscura, llevaba las mangas de la camisa remangadas y el sonido de la lluvia repicaba con fuerza en el exterior del edificio. Perfecto, porque claramente el universo quería acabar conmigo.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté, deteniéndome.

—Tú eres la que aparece en todos lados últimamente —replicó él.

Odiaba que tuviera razón. Me crucé de brazos, buscando protección.

—Noelia está enamorada de ti.

Lukas parpadeó una sola vez y luego soltó una risa baja, grave, completamente peligrosa para mi sistema nervioso.

—Noelia me tiene miedo.

—Entonces, peor todavía.

Eso hizo que sonriera, y aquella sonrisa debería haber sido declarada ilegal.

—¿Y tú qué me tienes?

Se produjo un denso silencio. Mierda, no sabía qué responder; no exactamente. Lukas empezó a acortar la distancia de manera lenta, sin prisas, como si ya supiera que yo no iba a moverme de mi sitio. Y quizá lo sabía.

—Porque a veces creo que quieres besarme… —añadió.

Mi respiración volvió a volverse irregular.

—Y otras veces quiero empujarte por un puente.

Él se rio bajito, situándose ya demasiado cerca.

—Eso sigue sonando bastante emocional.

—No te pongas chulo —le advertí.

—Imposible. Me estás observando como una psicópata celosa desde esta mañana.

—No estaba celosa.

—Claro.

Ya lo tenía justo delante. El coche quedaba a mi espalda, su cuerpo se sentía demasiado cerca y el aire se volvió insoportablemente caliente, volviendo mi pulso completamente inútil.

—Eres insufrible —susurré.

—Y tú preciosa cuando pierdes la paciencia.

Muerte inmediata. Antes de que pudiera procesar sus palabras o articular una respuesta, me agarró suavemente de la cintura y me pegó contra la carrocería del coche. Mi respiración falló de forma literal.

—Lukas…

—Dime que pare.

Aquel fue un error gravísimo, porque yo no quería que parara; ni un poco. Sus ojos bajaron de golpe hacia mi boca y ahí se acabó cualquier atisbo de autocontrol. Lo besé primero, o tal vez fue él a mí, ya no lo sabía con certeza.

Solo sabía que de pronto nos estábamos besando como si lleváramos semanas conteniéndonos, porque probablemente era exactamente lo que nos ocurría. Su mano subió por mi espalda con lentitud mientras la otra se mantenía firme en mi cintura, y yo terminé aferrada a su chaqueta como una absoluta irresponsable emocional.

Su boca representaba un problema muy serio, porque cada beso empeoraba las cosas, complicándolo todo a niveles insospechados. Lukas soltó una respiración grave contra mis labios y luego descendió hacia mi cuello. En cuanto me mordió suavemente la piel, cerré los ojos de forma automática. Sus manos, la respiración acelerada, la lluvia resonando fuera y el calor de su cuerpo pegado al mío comenzaron a mezclarse de un modo muy peligroso.

—Eres un peligro para mi autocontrol —murmuró contra mi piel.

Intenté respirar con normalidad, pero fue un fracaso histórico.

—Eso suena peligrosamente romántico.

Él levantó apenas la cabeza, mostrando unos ojos azul grisáceo que ahora se veían completamente oscuros.

—No te emocione —advirtió.

—Demasiado tarde.

Su mano continuó ascendiendo por mi espalda y mi cerebro dejó de colaborar con las funciones biológicas más básicas.

—Lukas…

—¿Mmm?

—Creo que estás intentando matarme.

—No exactamente.

Me besó otra vez, de un modo más lento y profundo. Sinceramente, yo estaba a solo dos segundos de perder por completo la dignidad en ese aparcamiento. De repente, unas luces irrumpieron en el lugar; un coche acababa de entrar al parking.

Nos separamos de inmediato, de forma demasiado rápida y evidente. Respirábamos con fuerza, mi pintalabios estaba completamente arruinado y su corbata torcida. Perfecto, fantástico; una auténtica obra maestra del desastre. Lukas se pasó una mano por el pelo, intentando en vano recuperar una compostura imposible, pues seguía exhibiendo una cara evidente de querer arrancarme la ropa. Yo probablemente también.

—Esto empieza a ser un problema —dije, tratando de romper la tensión.

—Hace tiempo que lo es.

Regresó esa mirada suya, demasiado intensa y peligrosa, y tuve que apartarme físicamente antes de caer en la tentación de volver a besarlo, porque claramente no sabía cómo parar.

Cuando llegué a casa, seguía completamente alterada. Entré y me dirigí en línea recta hacia la terraza buscando aire; necesitaba respirar, agua fría y dejar de pensar en la boca de Lukas sobre mi cuello. Abrí la puerta acristalada y me encontré a Candela y a Gael sentados en el sofá exterior mientras compartían una botella de vino blanco. Ambos levantaron la vista al mismo tiempo y sonrieron exactamente igual. Oh, no. Mala combinación, muy mala.

Gael me señaló con su copa de forma acusadora.

—Uy.

Candela entrecerró los ojos, analizándome.

—Esa cara es carísima de analizar.

Intenté mantener la dignidad una vez más, cosechando otra derrota.

—¿Qué hacéis aquí?

—Intervención emocional —declaró Gael con ligereza.

—Y cotilleo —añadió Candela.

Me dejé caer en el sofá frente a ellos, exhausta, alterada y sintiendo todavía el fantasma de las manos de Lukas en mi cintura. Gael me observó detenidamente durante dos segundos y luego sonrió con calma, dando un sorbo a su vino.

—Bueno —dijo con absoluta tranquilidad—. ¿Quién besó a quién primero?

Capítulo 18



Lukas

Recibí el mensaje de Gael a las nueve de la noche, justo cuando estaba a punto de apagar el portátil y buscar en el whisky la distracción que mi cabeza se negaba a procesar.

Gael: *Ático. Diez y media. Trae buen vino y peores intenciones. Y, por favor, tráete a esa morena insufrible que no te deja pensar.*

Apreté el teléfono con más fuerza de la necesaria. Gael poseía un don especial para la provocación, pero esta vez había tocado una fibra que yo no estaba dispuesto a admitir. No respondí; dejé el móvil sobre la encimera de mármol y serví otro dedo de whisky en el vaso, contemplando cómo el hielo giraba lentamente en el líquido ámbar.

Llevaba tres días evitando a Alma. Tres largos días desde lo ocurrido en el aparcamiento subterráneo, desde su boca contra la mía y su cuerpo pegado al coche mientras la lluvia caía fuera y el mundo se reducía a su respiración agitada.

Habían sido tres días de reuniones en las que apenas intercambiamos miradas, de pasillos donde sentía su presencia mucho antes de verla y de noches en las que mi chalet me parecía demasiado grande y silencioso. Aquello no resultaba sostenible.

Miré el reloj, eran las diez menos cuarto. Maldije entre dientes, me terminé el whisky de un trago y cogí las llaves del coche.

El edificio de Gael se alzaba en el ensanche este de Málaga; una torre de cristal y acero que reflejaba las luces de la ciudad como si fuera un diamante negro. Subí en el ascensor privado sosteniendo una botella de Rioja reserva en la mano y con la mandíbula tensa por la anticipación de lo que pudiera encontrarme. La puerta se abrió antes incluso de que pudiera tocar el timbre.

Gael apareció con una sonrisa peligrosa, vistiendo una camisa negra abierta hasta el pecho y unos pantalones que parecían costar más que mi primer coche. Llevaba una copa de champán en la mano y esa expresión tan suya de quien está a punto de causar problemas.

—Pensé que no vendrías —dijo, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

—Pensaste mal.

—O quizá esperaba que no vinieras. Sería más divertido.

El ático era espectacular: techos de doble altura, ventanales que daban al mar oscuro y una piscina infinita interior iluminada con luces azules que proyectaban sombras danzantes en el techo. Sonaba un jazz electrónico, suave pero insidioso. Había unas veinte personas en el lugar, todas con el aire característico de quienes han nacido en la cúspide y jamás han tenido la necesidad de mirar hacia abajo. Sin embargo, yo solo buscaba a una persona.

—Están en la terraza —anunció Gael, leyendo mi mente con esa facilidad que siempre me había irritado.

—¿Quiénes?

—Tu obsesión y su pelirroja guardiana. Llegaron hace veinte minutos. Alma lleva un vestido que debería ser ilegal en al menos doce países.

Apreté los dientes y me dirigí directo hacia las puertas corredizas de cristal.

La terraza acristalada se encontraba iluminada por velas y luces tenues. El mar rugía abajo, presentándose como una oscuridad infinita que se perdía en el horizonte. Y allí, en el centro de todo, estaba ella. Alma.

Gael no había exagerado en absoluto. El vestido era blanco, corto, imposiblemente simple y letalmente efectivo; un trozo de tela que se adhería a sus curvas como si fuera una segunda piel, dejando al descubierto unas piernas interminables, un escote que jugaba con el límite de lo decente y esa piel morena que brillaba bajo la luz tenue. Llevaba el pelo suelto, dejando que unas ondas oscuras cayeran sobre sus hombros desnudos.

A su lado, Candela ejercía un contrapeso de fuego. Vestía un traje rojo burdeos, ajustado, de estilo vintage, con escote corazón y una falda que se abría ligeramente al caminar. Llevaba el cabello pelirrojo recogido en un moño deshecho, permitiendo que escaparan varios mechones que enmarcaban su rostro pecoso.

Estaban juntas, riéndose de algo que Gael debía de haber dicho antes de bajar a recibirme. Alma sostenía una copa de vino blanco en la mano y llevaba los labios pintados de un rojo oscuro que contrastaba de forma violenta con el blanco de su vestimenta. Cuando se rio, echando la cabeza hacia atrás, alcancé a ver el pulso de su cuello y la línea de su mandíbula, sintiendo un golpe bajo en el estómago que me obligó a detenerme un segundo para recuperar la compostura.

—Lukas —dijo Candela, siendo la primera en percatarse de mi presencia.

Alma giró la cabeza y nuestros ojos se encontraron a través del espacio. Durante un segundo eterno, descifré algo en su mirada: no era indiferencia, sino un desafío, una provocación pura. Era la misma guerra que estábamos librando desde que nos conocimos, pero esta vez con armas mucho más peligrosas. Se giró hacia Gael, le dijo algo al oído que provocó que él sonriera ampliamente y, acto seguido, los tres levantaron las copas en un brindis que excluía de forma deliberada al resto del mundo.

Yo estaba perdido mucho antes de haber pronunciado una sola palabra.

—¡El alemán emocional! —me recibió Gael con un abrazo que rechacé de inmediato con una mirada—. Justo a tiempo. Estábamos a punto de empezar los juegos de adultos.

—No juegues, Gael —advertí, sentándome en el sofá de exterior frente a ellas.

—Nunca juego, cariño. Solo propongo.

Alma cruzó las piernas, provocando que el vestido se deslizara unos centímetros más hacia arriba. Mantuve la vista fija en su rostro por pura fuerza de voluntad, aunque cada célula de mi cuerpo me suplicaba que mirara.

—¿Qué juego propones? —preguntó Candela, acomodándose en el otro extremo del sofá modular, dejando a Alma en el medio, justo entre ella y el espacio donde Gael se sentó, demasiado cerca de ambas.

—Confesiones —anunció Gael, sirviéndose más champán—. Pero las verdaderas. Las que nos avergüenzan; las que no contamos ni a nuestros terapeutas.

—No tengo terapeuta —murmuró Alma, bebiendo de su copa sin apartar sus ojos de los míos.

—Entonces empiezas tú —dictaminó Gael.

El aire cambió de golpe, volviéndose denso y cargado de posibilidades. Había algo perturbador en la forma en que Candela observaba la escena, como si fuera la espectadora privilegiada de un accidente a cámara lenta, y también en la manera en que Alma se inclinaba ligeramente hacia Gael, juguetona, peligrosa y plenamente consciente de cada efecto que causaba.

—Confieso —dijo Alma lentamente, dejando la copa sobre la mesa — que últimamente tengo pensamientos muy inapropiados sobre personas inapropiadas.

—Define inapropiado —le pedí, con la voz más ronca de lo que pretendía.

Ella sonrió con esa mueca descarada que me volvía loco.

—Personas que deberían estar lejos. Personas que me irritan. Personas que… —hizo una pausa deliberada, estirando el suspense—. Personas que no saben lo que quieren.

—Oh, esto se pone interesante —comentó Candela, acomodándose mejor. Su mano descansaba de forma casual en el respaldo del sofá, justo detrás de Alma, casi rozando sus hombros desnudos.

Mi mandíbula se tensó al límite. Alma notó mi reacción y su sonrisa se amplió.

—Tu turno, Schneider —me instó Gael.

—No juego.

—Cobarde.

—Prudente.

—Aburrido —intervino Alma, inclinándose hacia delante, lo que tensó el escote de su vestido—. El gran Lukas Schneider, que lo controla todo y que nunca pierde la compostura… ¿le teme a un juego de beber?

—Temo las consecuencias de tus decisiones impulsivas —respondí, mirándola directamente a los ojos—. No el juego.

—Entonces juega.

Gael se levantó, se dirigió a la barra y regresó con una botella de tequila y cuatro vasos pequeños.

—Reglas sencillas —explicó—. Confesión verdadera o trago. Y las confesiones deben ser de carácter físico.

—¿Físicas? —Candela arqueó una ceja.

—Cosas que has hecho, cosas que quieres hacer, cuerpos que has tocado o cuerpos que quieres tocar.

El silencio cayó sobre nosotros como una manta pesada. Alma me miró y yo la miré a ella; en ese intercambio de miradas se amontonaron mil recuerdos: la memoria del aparcamiento, la cocina de mi casa, su sabor y su calor.

—Empiezo yo —dijo Candela de repente, rompiendo el hechizo—. Confieso que una vez me besé con dos personas distintas en la misma noche… y me gustó.

—¿Quién no? —saltó Gael, bebiendo un trago de tequila sin esperar —. Yo confieso que el límite entre la amistad y el deseo es una línea muy, muy borrosa.

Miró a Alma, luego a Candela y finalmente a ambas a la vez.

—Tu turno, Lukas —desafió Alma.

Cogí el vaso de tequila, girándolo entre los dedos mientras el líquido claro reflejaba las luces de la terraza.

—Confieso —dije lentamente, fijando mis ojos en ella— que odio cuando otros te tocan. Que cada vez que alguien se acerca demasiado, tengo que contener las ganas de apartarlos a empujones. Que hay una sola persona en esta habitación en la que no dejo de pensar en tocar… y estoy a punto de perder el control.

El silencio que siguió fue absoluto. Alma dejó de respirar por un instante y Candela se quedó completamente inmóvil. Gael sonrió, pero esta vez fue una mueca diferente, mucho más suave.

—Eso no es una confesión —murmuró Alma con voz trémula—. Eso es una declaración de guerra.

—La guerra empezó hace semanas —respondí—. Y estoy perdiendo.

Gael rompió el momento, tal vez de forma intencionada o por puro instinto de supervivencia.

—Otra ronda. Pregunta seria: si pudierais hacer una locura una sola vez, sin consecuencias y sin arrepentimientos… ¿qué haríais?

Candela se recostó, pensativa. Su mano ahora tocaba el hombro de Alma de forma casual, como si fuera el gesto más natural del mundo.

—Desaparecer una semana —respondió—. Con un camarero italiano que no hable ni una palabra de español ni de inglés; solo comunicación física.

—Un clásico —apuntó Gael—. Alma, tu turno.

Alma terminó lo que quedaba de su vino y se levantó para caminar hacia la barra con esa gracia innata que la caracterizaba, haciendo que el vestido se moviera sobre sus caderas como un insulto directo a mi autocontrol. Se sirvió más cantidad, se giró y se apoyó en la barra para mirarnos a los tres.

—Depende —sentenció.

—¿De qué? —le pregunté.

—De con quién.

Capítulo 19



Lukas

Gael se rio por lo bajo, se levantó y se dirigió hacia ella para situarse demasiado cerca, provocando que la sangre empezara a hervirme en las venas.

—¿Y si te dijera… —murmuró Gael, lo suficientemente alto para que lo oyéramos— que aquí hay dos personas que podrían hacerte olvidar ese con quién… y simplemente disfrutar el ahora?

Alma no se apartó; miró a Gael, luego dirigió la vista hacia Candela, que observaba la escena con ojos brillantes y expectantes, y finalmente me miró a mí.

—Creo —dijo con lentitud— que estamos peligrosamente cerca de una propuesta indecente.

—Creo —respondió Candela, levantándose para unirse a ellos— que Gael vive haciendo propuestas indecentes.

—Y sorprendentemente funcionan —añadió él con suficiencia.

Las tres figuras comenzaron a moverse en una danza lenta: Gael se situó en medio de las dos mujeres, con Candela a un lado y Alma al otro. La luz de las velas proyectaba sombras largas y temblorosas en las paredes mientras el jazz continuaba sonando, volviéndose cada vez más lento y sensual.

Gael extendió una mano hacia Alma y ella la tomó de inmediato. Con la otra mano, Gael sujetó la de Candela y las hizo girar lentamente, una hacia cada lado, hasta que las tres figuras conformaron un triángulo imposible en mitad de la terraza. Alma se reía, pero no exhibía su risa clara y fuerte de siempre, sino una carcajada baja, rasposa y peligrosa. Candela mostraba las mejillas notablemente sonrojadas y el pelo se le empezaba a soltar del moño, mientras Gael las guiaba sosteniendo una mano en la cintura de cada una.

—Esto es absurdo —comentó Alma, aunque no hizo el menor amago de apartarse.

—Lo mejor suele serlo —respondió Gael.

Se detuvieron de golpe. Alma quedó frente a Gael, a escasos centímetros, con Candela a su lado y ligeramente detrás. La mano de Gael ascendió por la espalda de Alma hasta detenerse en la curva de su cintura, mientras que su otra mano acunó el rostro de Candela para girarla hacia él.

—¿Jugamos? —preguntó Gael.

—¿A qué? —susurró Alma.

—A ver quién se atreve primero.

Fue Candela quien rompió el hielo: se acercó a Gael, se puso de puntillas y lo besó. Aquello no fue un beso amistoso; fue lento, exploratorio, con lengua visible y unas manos que se movían con libertad por el pecho de él. Alma observaba la escena con la copa totalmente olvidada en la mano y los labios ligeramente entreabiertos. Cuando se separaron, Candela sonrió, despeinada y hermosa.

—Eso era para calentar —declaró.

Gael se giró de inmediato hacia Alma, lanzándole la pregunta con la mirada. Ella me miró a mí y, por primera vez en toda la noche, capté duda en sus ojos; no era miedo, sino la indecisión de quien sopesa si seguir el juego o detenerse.

—Bésala —le ordené a Gael, y mi voz sonó extraña, ronca y posesiva—. Si vas a hacerlo, hazlo de verdad. No juegues.

Alma entrecerró los ojos, ofendida.

—¿Me estás retando, Lukas?

—Te estoy dando permiso para que descubras si esto es realmente lo que quieres… o si solo se trata de una distracción.

Gael tomó la iniciativa sin dudarlo; acunó el rostro de Alma entre sus manos, se inclinó y la besó. Aquel beso resultó muy diferente al que le había dado a Candela: fue más lento y teatral. Alma respondió tras un segundo de evidente tensión, subiendo las manos hasta los hombros de Gael y curvando los dedos en la tela de su camisa. Vi perfectamente cómo su cuerpo se relajaba, cómo se entregaba por completo al momento y cómo la lengua de Gael encontraba la suya en un vaivén visible que me obligó a aferrarme con fuerza a los brazos del sofá.

Sin embargo, en mitad del beso, Alma abrió los ojos y me miró fijamente. No apartó la vista en ningún momento; mantuvo el contacto visual directo conmigo mientras Gael continuaba besándola, mientras sus manos recorrían su espalda y mientras Candela se acercaba por detrás para posar la barbilla en su hombro, contemplando el cuadro con una sonrisa de absoluta satisfacción. Aquello era una provocación, un desafío directo, su manera de decirme: «Mira lo que puedo hacer sin ti». Pero en sus ojos alcancé a leer la verdad: no estaba disfrutando del beso, sino que esperaba ansiosa mi reacción.

Me levanté del sofá.

—¿Interrumpo algo? —pregunté, y mi voz cortó el aire de la terraza como si fuera un cuchillo.

Gael se separó de forma lenta, sin ninguna prisa, exhibiendo una mueca de triunfo que me dio ganas de estrangularlo y de agradecerle al mismo tiempo.

—Muchísimo —respondió él—. Pero, por favor, continúa. El espectáculo siempre mejora con público.

Candela retrocedió un paso de forma inteligente, percibiendo que la temperatura del ambiente se había transformado por completo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le pregunté a Alma, cruzando la terraza en tres zancadas largas.

Ella levantó la barbilla, encarándome.

—¿Perdón? ¿Ahora resulta que eres mi dueño?

—No juegues conmigo, Alma.

—Entonces deja de actuar como si te molestara que alguien más me toque.

Un silencio de plomo cayó sobre nosotros. Gael y Candela se miraron, comunicándose en mudos códigos, y retrocedieron hacia la barra para dejarnos el centro de la escena por completo. Me acerqué más, situándome a una distancia mínima donde podía percibir su perfume mezclado con el champán de Gael, el vino y la noche.

—¿Crees que esto es un juego? —le pregunté en voz baja.

—Creo que tú no sabes lo que quieres —respondió ella, revelando un temblor en la voz que contradecía por completo su actitud desafiante—. Un día me besas como si fuera el aire que necesitas para respirar, y al siguiente actúas como si yo no existiera. Vienes a las reuniones, me defiendes delante de los directores, me miras como si me fueras a devorar… y luego te vas, desapareces y vuelves a ser de hielo.

—Estoy intentando protegerte.

—No necesito tu protección. Necesito… —se detuvo, tragando saliva con dificultad.

—¿Qué necesitas? —le exigí, rozando prácticamente su cuerpo con el mío—. Dime, porque estoy perdiendo la cabeza intentando adivinarlo.

—Necesito que seas real —susurró, mostrando por primera vez una vulnerabilidad desgarradora en sus ojos—. Necesito que dejes de ser ese ejecutivo perfecto y admitas que esto… que esto nos está matando a los dos.

Gael se acercó un paso, intentando apaciguar los ánimos.

—Chicos, quizás deberíamos…

—Fuera —le gruñí, sin apartar la vista de Alma un solo segundo.

—Lukas…

—¡He dicho que te largues!

El grito resonó con fuerza en toda la terraza y la música pareció bajar de volumen de golpe, atrayendo las miradas de los pocos invitados que quedaban. Alma no se inmutó ni retrocedió; permaneció allí firme, hermosa, rota y furiosa a la vez.

—¿Ves? —dijo con una sonrisa cargada de amargura—. Así es como me tratas: como una posesión, como un problema que se debe resolver, pero nunca como… —su voz se quebró por completo—. Nunca como lo que realmente somos.

—¿Y qué somos, Alma? Dime, porque yo estoy intentando mantener la distancia para no destruirte, para no arrastrarte a mi caos y para no convertirte en… —me detuve en seco, respirando con dificultad.

—¿En qué?

—En mi debilidad.

El silencio que siguió fue devastador. Alma parpadeó y alcancé a ver cómo sus ojos se humedecían; era demasiado orgullosa para llorar, pero el brillo de las lágrimas contenidas resultaba evidente.

—Demasiado tarde —sentenció ella—. Ya lo soy.

Nos miramos fijamente durante un segundo que se sintió como una eternidad, mientras todo el ruido de la fiesta se desvanecía por completo y solo quedábamos nosotros dos con la verdad expuesta en el espacio que separaba nuestros cuerpos. Sin embargo, era una verdad que no podíamos sostener; no todavía, no de esa manera.

—Tienes razón —dije, dando un paso hacia atrás y luego otro—. Esto es un error.

—Lukas…

—Necesito aire.

Me giré, cogí mi chaqueta del respaldo del sofá sin mirar atrás y caminé hacia la salida con pasos firmes, a pesar de que sentía que el suelo se hundía bajo mis pies.

—¡Lukas, no te atrevas a irte así! —me gritó a la espalda.

Me detuve justo en la puerta de cristal y me giré para mirarla una última vez: estaba en mitad de la terraza, vistiendo aquel vestido blanco hecho jirones emocionales, con Gael y Candela a los lados ejerciendo de testigos mudos de nuestra destrucción.

—¿Qué quieres que haga, Alma? —preguntó mi voz cansada y derrotada—. ¿Que te arrastre a mi cama ahora mismo? ¿Que te prometa que todo estará bien cuando ambos sabemos que es mentira? Hay demasiadas sombras a nuestro alrededor, demasiados secretos; tu madre, mi padre y esta empresa que se desmorona. No puedo darte lo que te mereces… y no soporto darte menos.

—Entonces vete —respondió ella con una frialdad que me caló más profundo que cualquier grito—. Pero no vuelvas a buscarme cuando estés solo, no vuelvas a tocarme en parkings oscuros y no vuelvas a mirarme como si fuera tuya… porque no lo soy.

—Alma…

—Vete.

Salí de allí y el ascensor me tragó de inmediato. Bajé los diez pisos en un silencio absoluto, contemplando mi propio reflejo en los espejos de la cabina; parecía un auténtico extraño con ojeras profundas, la corbata torcida y unas manos que temblaban ligeramente. Al salir a la calle, el aire de la noche malagueña me golpeó el rostro como si fuera una bofetada. Me apoyé contra la fachada del edificio, respirando hondo e intentando recomponer los pedazos rotos de mi compostura.

Arriba, en algún punto de esa torre de cristal, se quedaba ella; probablemente llorando, enfadada y buscando consuelo en los brazos de Gael o en la comprensión de Candela. Y yo me encontraba aquí abajo, completamente solo, habiendo renunciado a la única cosa que me había hecho sentir algo real en muchos años.

Saqué el teléfono del bolsillo y miré la pantalla durante varios segundos; quería llamarla, quería volver a subir, quería tomarla en brazos y llevármela lejos de todo: de los secretos, de la empresa y del pasado que nos perseguía. Pero no lo hice. Guardé el dispositivo, caminé hasta mi coche y me senté al volante para mirar hacia arriba, hacia la terraza iluminada donde ella continuaba y donde probablemente ya intentaba olvidarme con otra copa de vino y una risa forzada.

Hacía poco tiempo que me repetía que ya no sabía si quería protegerla o perderme completamente en ella. Finalmente había elegido protegerla, pero me había perdido de todos modos. Puse el coche en marcha y me alejé a toda prisa de allí, permitiendo que la noche se tragara tanto mi orgullo como las últimas cenizas de mi autocontrol.

Capítulo 20



Alma

Hacía diez minutos que todo el mundo se había ido.

La música se había apagado, llevándose consigo las risas estridentes y las conversaciones superficiales que llenaban el ático de Gael. Las luces se habían atenuado, dejando solo el resplandor azulado de la piscina infinita y algunas velas que parpadeaban en la barra, lanzando sombras danzantes sobre el suelo de mármol blanco.

Me quedé inmóvil en el centro de la terraza acristalada, con el vestido blanco todavía puesto, aunque ya arrugado por la noche, el vino blanco zumbando suavemente en mis venas. No era borracha, pero tampoco estaba completamente sobria. Estaba en ese limbo peligroso donde la razón se silencia y el cuerpo habla más alto.

A mi lado, Candela se recostó contra el sofá de exterior, con las piernas recogidas sobre el cojín, el vestido rojo subido ligeramente por el desgaste de la noche. Tenía el moño completamente deshecho, el pelo pelirrojo cayendo en ondas desordenadas sobre sus hombros.

—Estoy demasiado vieja para estas fiestas —murmuró, cerrando los ojos.

—Tienes treinta años —respondí, sentándome a su lado—. No eres una anciana.

—Me siento como si hubiera vivido tres vidas esta noche.

Gael apareció desde el interior de la casa, descalzo, con la camisa negra ahora completamente abierta, dejando ver un torso definido que brillaba ligeramente bajo la luz tenue. Traía tres copas de champán y una sonrisa cansada pero peligrosa.

—Quedan las últimas botellas —dijo, ofreciéndonos una copa a cada una—. Y nosotros tres. El universo conspirando.

Cogí la copa sin pensarlo. Candela hizo lo mismo. Gael se sentó en el suelo, frente a nosotras, con las piernas cruzadas, observándonos con esa mezcla de diversión y algo más oscuro que siempre llevaba en la mirada.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

El silencio se extendió, cómodo pero cargado. Afuera, el mar de Málaga rugía contra los acantilados, un sonido constante y primitivo que entraba por los cristales abiertos.

—Estoy enfadada —dije de repente, sorprendiéndome a mí misma.

—Con Lukas —dedujo Candela, sin abrir los ojos.

—Con todo. Con él. Conmigo. Con esta situación absurda en la que me he convertido en una mujer que llora por un alemán emocionalmente disfuncional.

Gael soltó una risa baja y grave.

—El amor nos convierte a todos en clichés andantes, cariño.

—Esto no es amor —mentí, bebiendo champán—. Esto es... Un error hormonal.

—Es amor —corrigió Candela, abriendo los ojos y mirándome fijamente—. Y eso te da más miedo que cualquier otra cosa.

La miré. Ella me devolvió la mirada sin pestañear. Esa era Candela. Directa hasta el hueso. La única persona en el mundo que podía decirme verdades sin que yo le lanzara algo a la cabeza.

Gael observaba el intercambio con interés genuino, su mirada saltando entre nosotras como si estuviera viendo una película íntima que no se había esperado.

—¿Sabéis qué es lo peor? —dije, dejando la copa sobre la mesa de cristal—. Que esta noche, cuando lo vi marcharse... sentí que me arrancaban algo. Como si hubiera elegido mal. Como si hubiera destruido algo que apenas había empezado a construir.

—Porque lo destruiste —dijo Candela suavemente—. Y él también. Los dos sois unos cobardes perfectos.

Gael se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Puedo deciros algo sin que me tiréis al mar?

—Dilo —respondimos Candela y yo al unísono.

—Estáis las dos absolutamente deslumbrantes esta noche. Y no es el champán hablando. Es... —Hizo una pausa, buscando las palabras—. Es que sois el tipo de mujeres que hacen que un hombre quiera ser mejor versión de sí mismo. O peor. Dependiendo de la noche.

Candela soltó una carcajada.

—Eso es lo más cursi que has dicho nunca, Márquez.

—Es la verdad.

—Y, además —continuó Candela, inclinándose hacia mí con una sonrisa pícara—. Tienes que admitir que Gael está buenísimo. O sea, objetivamente. Mira ese torso. Esas manos. Esa boca.

Sentí el calor subir a mis mejillas, pero no pude evitar reírme.

—Candela...

—¡No! Hablo en serio. Si no fuera porque es tu amigo y porque estoy demasiado rota emocionalmente como para involucrarme con nadie... —Se detuvo, mirando a Gael de arriba abajo—. Pero vamos, que estás para comerte.

Gael sonrió, esa sonrisa lenta y segura que caracterizaba a los hombres que saben exactamente el efecto que causan.

—Vosotras dos —dijo, con la voz bajando un tono, volviéndose más grave—. Sois el problema y la solución. El peligro y la curiosidad. Me gustáis. Las dos. Juntas y separadas. Y esta noche... esta noche siento que algo podría pasar. Si nos atrevemos.

El aire cambió. Se volvió denso, eléctrico. La brisa del mar entró más fuerte, apagando una de las velas, dejándonos en una penumbra azulada donde las sombras se confundían con la realidad.

—¿Estás proponiendo...? —empecé, pero la voz se me quebró.

—Estoy proponiendo que dejemos de pensar —dijo Gael—. Solo por esta noche. Que dejemos fuera a los alemanes emocionalmente disfuncionales, a los padres sobreprotectores, a los secretos corporativos. Que seamos solo nosotros tres. Con lo que sentimos. Con lo que queremos.

Candela y yo nos miramos. En sus ojos vi el mismo fuego que sentía en el pecho. Miedo. Excitación. Curiosidad. La necesidad de sentirse viva después de tanto dolor.

—Es una locura —susurré.

—Las mejores cosas lo son —respondió Gael.

—Nunca he... —Candela se detuvo, jugueteando con el borde de su copa—. Quiero decir, he tenido experiencias, obviamente. Pero nunca con... dos personas a la vez. Y mucho menos con...

—¿Con una amiga? —terminé por ella.

—Contigo —dijo Candela, mirándome directamente—. Alma, eres mi familia. No quiero estropear eso.

—No lo estropearías —dije, y mientras hablaba, me daba cuenta de que lo decía en serio—. Estamos en ese punto, ¿no? Donde todo está tan roto que nada puede romperse más. Donde solo queda la verdad.

Gael se levantó lentamente. Se acercó a nosotras. Se arrodilló frente al sofá, a nuestra altura, equidistante.

—Podemos parar en cualquier momento —dijo—. Una palabra. Una mirada. Y paramos. Pero si seguimos... si seguimos, quiero que sepáis que para mí esto no es solo sexo. Es conexión. Es veros. Realmente, veros.

Extendió la mano hacia Candela. Ella la tomó. Luego extendió la otra hacia mí. La tomé. Nuestros dedos se entrelazaron sobre el espacio vacío del sofá, formando un triángulo imperfecto.

—¿Nos atrevemos? —preguntó Gael.

Candela respiró hondo.

—Me atrevo —dijo.

—Yo también —susurré.

Capítulo 21



Alma

Fue Candela quien rompió el círculo. Se inclinó hacia delante, hacia Gael, y lo besó. No fue un beso tímido. Fue firme, seguro, con la lengua entrando en juego inmediatamente. Vi cómo Gael respondía, cómo su mano liberó la mía para subir por la espalda de Candela, cómo se perdían en ese primer intercambio.

Me quedé observando, con el corazón martilleando en el pecho, una mezcla de nerviosismo y excitación que me hacía sentir viva de una forma que no experimentaba desde... desde el primer beso con Lukas en el parking.

Cuando se separaron, Candela giró la cabeza hacia mí. Sus labios estaban hinchados, sus ojos brillaban.

—Ven —dijo, esperando mi reacción.

Me moví. Lentamente, como en un sueño. Me inclinó hacia ella y la besé. Era diferente. Suave al principio, exploratorio. El sabor a champán y a algo dulce que era solo ella. Sentí la mano de Gael en mi hombro, pesada, cálida, anclándome a la realidad.

Cuando nos separamos, los tres estábamos jadeando ligeramente. La tensión sexual era palpable, una presencia física en la terraza.

—La azotea —dijo Gael—. Hay una cama exterior. Privada. Vista al mar.

Nos levantamos. Caminamos hacia la escalera que subía al nivel superior del ático. Nadie hablaba. Solo el sonido de nuestra respiración y los tacones de Candela y míos contra el mármol.

La azotea era un espacio abierto, pero protegido por muros de cristal translúcido. En el centro, efectivamente, había una cama enorme con dosel, cubierta de cojines blancos y sábanas de seda. Las luces de la ciudad parpadeaban abajo, y el mar se extendía infinito, oscuro, testigo mudo de lo que estábamos a punto de hacer.

Gael se detuvo junto a la cama. Nos miró a las dos.

—Sois preciosas —dijo, y había reverencia en su voz—. Las dos. Juntas sois... sois demasiado.

—Ven aquí —dije, y mi voz sonó más ronca de lo normal, más segura.

Se acercó. Lo besé. Fue diferente a los besos anteriores. Más urgente. Más necesitado. Sentí sus manos bajar por mi espalda, encontrar la cremallera de mi vestido, bajarla lentamente. El aire nocturno rozó mi piel desnuda mientras el vestido caía al suelo.

Candela se acercó por detrás de mí. Sentí sus manos en mis hombros, su aliento en mi cuello. Besó mi hombro desnudo, luego mi clavícula, ese punto donde Lukas solía perder la cabeza. Pensé en él por un segundo, pero luego la boca de Candela encontró la mía por encima del hombro, un beso incómodo pero excitante por la posición, y Lukas se desvaneció.

Gael se apartó para observarnos. Candela y yo nos giramos hacia él, una unidad temporal. Juntas le quitamos la camisa. Juntas exploramos su torso con las manos, con las bocas. Él gemía, sus manos enterrándose en nuestros cabellos, guiándonos, pero también dejándose llevar.

Lo empujamos hacia la cama. Cayó sentado. Candela se arrodilló frente a él. Yo me arrodillé a su lado. Nos miramos por un segundo, cómplices en el caos, y luego ambas nos acercamos a él, besando su cuello, sus hombros, bajando por su pecho.

—Dios —gimió Gael, echando la cabeza hacia atrás—. Sois un sueño. Un maldito sueño húmedo.

—Cállate y siente —dije, y mordí suavemente su cadera.

Candela se rio, esa risa grave y sensual que solo ella tenía. Se incorporó, se quitó el vestido de un tirón, quedando en ropa interior de encaje negro. Yo hice lo mismo, deshaciéndome de la ropa interior, dejando que el aire nocturno acariciara mi piel completamente desnuda.

Gael nos observó, con los ojos oscuros de deseo.

—Venid aquí —ordenó, y por primera vez había autoridad en su voz, esa autoridad que solo aparece cuando el control se ha perdido por completo.

Subimos a la cama. Nos arrodillamos a ambos lados de él. Él nos tocó, una mano en cada una, explorando, acariciando, provocando gemidos de ambas. Luego nos atrajo hacia él, haciendo que nos inclináramos la una hacia la otra.

Nos besamos. Candela y yo. Frente a él. Para él. Para nosotras. Fue un beso que creció, que se convirtió en algo más profundo, más urgente. Nuestras manos se movían por los cuerpos de la otra, descubriendo, comparando, disfrutando.

Gael se movió detrás de mí. Sentí su cuerpo contra mi espalda, su respiración en mi oído. Sus manos subieron por mis costados, encontraron mis pechos, mientras Candela seguía besándome, mientras sus manos bajaban por mi vientre.

—¿Te gusta? —susurró Gael en mi oído.

—Sí —gemí contra la boca de Candela.

—¿Y esto?

Sus manos bajaron más. Encontraron el centro de mi placer. Arqueé la espalda, rompiendo el beso con Candela, jadeando hacia el cielo estrellado.

Candela aprovechó para acercarse a Gael. Lo besó por encima de mi hombro, un beso torcido y salvaje. Vi sus lenguas encontrarse, vi cómo ella gemía y sentí una oleada de excitación tan fuerte que casi me desmayé.

Lo que siguió fue un baile de cuerpos. Movimientos sincronizados y desordenados. Gael dentro de mí mientras besaba a Candela. Candela debajo de mí mientras yo exploraba su cuerpo con la boca. Intercambios constantes. Ninguno excluido. Todos conectados.

El sonido del mar se mezclaba con nuestras respiraciones, con nuestros gemidos. El aire olía a sal, a sexo, a champán derramado. La cama crujía bajo nosotros, un ritmo constante que acompasaba nuestra respiración.

Candela se corrió primero, con mi boca en ella, con los dedos de Gael dentro de ella, arqueándose hacia el cielo con un grito que debió de oírse en toda la costa. Luego fui yo, con Gael moviéndose dentro de mí y Candela besando mi pecho; la sensación doble, demasiado intensa, demasiado perfecta.

Gael llegó al límite cuando ambas lo tocamos juntas, cuando nuestros cuerpos se apretaron contra el suyo, cuando nuestras bocas encontraron la suya en un beso triple imposible y delicioso.

Colapsamos juntos sobre las sábanas de seda, un enredo de piernas y brazos, de piel sudorosa y respiraciones agitadas. El silencio volvió, pero ahora era diferente. Era un silencio de saciedad, de paz temporal.

Miraba las estrellas con la cabeza apoyada en el pecho de Gael y Candela acurrucada a mi otro lado cuando lo vi.

Una figura oscura junto a la puerta de la azotea. Una sombra que no debería estar allí.

Mi corazón se detuvo. Luego se aceleró hasta el punto de romperme.

—Lukas —susurré.

El nombre salió de mis labios sin permiso, como una oración, como una maldición. Gael se incorporó bruscamente. Candela giró la cabeza.

—¿Qué? —dijo Gael, siguiendo mi mirada.

Allí estaba él. Inmóvil. Vestido con el mismo traje oscuro de antes, aunque ahora despeinado, deshecho, con la corbata torcida y los ojos... Dios, sus ojos. Dos pozos oscuros de emoción contenida.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí, hermano? —preguntó Gael, y su voz sonó extrañamente calmada, casi resignada.

Lukas no se movió. Sus ojos no se apartaban de mí. Me sentí expuesta, desnuda no solo físicamente, sino en el alma. Vi su mandíbula tensa, sus manos cerradas en puños a los costados, la forma en que su pecho subía y bajaba demasiado rápido.

—Desde el primer beso —dijo, y su voz fue un gruñido bajo, salvaje, desgarrado.

Me sentí derrotada. Completamente derrotada. La furia en sus ojos era tangible, pero había algo más. Celos. Unos celos tan profundos, tan viscerales, que parecían ir más allá de la posesión. Era dolor. Era traición. Era la confirmación de que, aunque había venido buscándome, había encontrado exactamente lo que temía encontrar.

Me senté lentamente. Candela me cubrió parcialmente con una sábana, pero Lukas ya lo había visto todo. Todo.

—Lukas, yo... —Empecé, pero no tenía palabras. ¿Qué podía decir? ¿Que lo sentía? ¿Que no había pensado en él mientras tocaba a otros? Sería mentir.

Él no dijo nada. Solo me observaba fijamente, con esa intensidad que me volvía loca, que me desarmaba, que me hacía sentir pequeña y expuesta.

Me levanté. La sábana cayó. Caminé hacia él, con las piernas temblando, con el cuerpo todavía vibrando con el recuerdo del placer, pero con el corazón destrozado por la culpa y algo más... algo que no quería nombrar.

No se alejó, y tampoco se apartó. Se quedó inmóvil, como un animal herido que decide no huir del cazador.

Cuando estuve frente a él, vi sus ojos de cerca. No estaban fríos. Estaban ardiendo. Ardían de furia, de deseo, de algo tan intenso que me cortó la respiración.

—Lukas... —susurré.

Entonces lo hice. No pensé. Solo actué. Le cogí por la nuca con fuerza, con desesperación, con la necesidad de borrar lo que acababa de pasar, o quizás de confirmar que todavía existíamos, él y yo, más allá del caos. Lo besé.

Fue un beso violento. Desesperado. Un beso de dientes y lengua y rabia y perdón pedido sin palabras. Por un segundo, él se quedó rígido, inmóvil, resistiéndose. Y luego explotó.

Sus brazos me rodearon con fuerza brutal, levantándome del suelo. Sus labios respondieron con la misma furia, con la misma desesperación. Me apretó contra su cuerpo como si quisiera fusionarnos, como si intentara borrar con su piel el tacto de Gael y Candela.

—Eres mía —gruñó contra mi boca, y no sonaba a posesión barata, sonaba a verdad absoluta, a destino, a inevitabilidad.

—Sí —gemí mientras me aferraba a su chaqueta—. Lo siento. Soy tuya. Solo tuya.

No dijo más. No necesitaba decir más. Me cogió en brazos, como si pesara nada, como si fuera de papel, y caminó con pasos firmes hacia la puerta de la azotea.

—Nos vamos —dijo, y no era una pregunta.

—Lukas, espera... —Empecé mirando hacia atrás, hacia Candela y Gael, que observaban en silencio, con expresiones complejas.

—No —cortó él, y su voz era de acero—. Ahora no hay espera. Ahora no hay nadie más. Solo tú y yo.

Entramos en la casa. La puerta se cerró detrás de nosotros, dejando fuera la noche, el mar y todo lo que habíamos destruido y construido esa noche.

Lukas no me soltó. No dejó de besarme mientras caminaba por el pasillo, mientras bajaba las escaleras, mientras atravesaba el vestíbulo hacia la puerta principal.

—¿A dónde vamos? —logré preguntar entre besos.

—A mi casa —respondió, y su voz vibraba contra mi cuello—. Y esta vez, Alma Medina, no vas a escapar hasta que hablemos de verdad. Hasta que esto se resuelva. Aunque tenga que atarte a mi cama para conseguirlo.

Apreté las piernas alrededor de su cintura, sintiendo su fuerza, su desesperación, su amor disfrazado de posesión.

—Prometido —susurré.

Salimos a la noche de Málaga, envueltos en una tormenta de emociones que ni el mar más oscuro podía contener.

Capítulo 22



Lukas

Cerré la puerta del coche con una fuerza que hizo vibrar el chasis entero. Alma estaba apoyada contra la puerta de entrada de mi chalet, con los brazos cruzados sobre el pecho, cubriéndose... aunque en realidad no llevaba nada bajo mi chaqueta de traje. Solo eso. La tela oscura que le llegaba a medio muslo, dejando al descubierto piernas que aún brillaban con el sudor de lo que había presenciado en la azotea de Gael.

Mi chaqueta. Mi olor. Su piel desnuda.

La imagen me golpeó de nuevo mientras caminaba hacia ella. La había visto. Todo. Desde el primer beso entre ella y Candela, hasta el momento en que Gael se había movido dentro de ella, hasta el grito que había arrancado de su garganta cuando se corrió. Había estado allí, en las sombras, paralizado, sintiendo cómo la rabia y el deseo se mezclaban en una coctelera explosiva que amenazaba con destruir mi cordura.

Ella me miró. Sus ojos verdes brillaban con algo que no sabía definir. Vergüenza, quizás. Desafío, seguramente. Pero también necesidad. La misma necesidad que sentía yo, aunque no quisiera admitirlo.

Se apartó de la puerta. Saqué las llaves con dedos que temblaban ligeramente. No de nerviosismo. De pura adrenalina contenida. De la necesidad violenta de reclamar lo que había visto compartido con otros.

Cuando entramos, el silencio de mi chalet nos envolvió. Ese silencio ordenado, minimalista, que siempre me había parecido refugio y ahora se sentía como una jaula prestada para dos animales heridos.

Alma caminó hasta el salón. Se detuvo frente al sofá de cuero negro. Se giró. Y se sentó, cruzando las piernas con una elegancia que contradecía completamente la situación. La chaqueta se abrió ligeramente, dejando ver un destello de su muslo interno, ese punto donde la piel es más suave, donde había visto a Gael poner sus manos hacía apenas media hora.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome? —preguntó, y su voz tenía ese tono provocador que me volvía loco.

—Estoy decidiendo si te estrangulo o te follo —respondí, y el vulgarismo sonó extraño en mi boca, pero era la verdad pura.

Sus labios se entreabrieron. No se ofendió. Se excitó. Lo vi en el brillo de sus ojos, en la forma en que sus pezones se endurecieron bajo la tela de mi chaqueta.

Me acerqué a la barra. Cogí la botella de whisky de malta. Dos vasos. Serví generosas cantidades en ambos. El líquido ámbar brilló bajo la luz tenue. Me llevé uno a los labios y me lo EBIT de un trago. El fuego bajó por mi garganta, pero no calmó nada. Nada podía calmar esto.

Le ofreció el segundo vaso. Lo cogió. Lo observó. Lo bebió. Un trago largo, seguido de otro. Se le escapó una gota por la comisura de los labios. Su lengua salió para capturarla, y casi me deshizo allí mismo.

—Hablemos —dije, sentándome en el sillón individual frente a ella. Necesitaba distancia. Necesitaba no tocarla todavía.

—¿De qué? —preguntó, dejando el vaso vacío sobre la mesa de centro.

—De lo que vi. De lo que sentí. De por qué estás aquí, desnuda bajo mi ropa, cuando deberías estar en tu casa, lejos de mí.

Alma se inclinó hacia delante. La chaqueta se abrió más. Vi la curva de su pecho, el valle entre ellos, la sombra de su ombligo.

—¿Qué sentiste? —preguntó, desafiándome—. Cuando nos viste. Cuando viste a Gael dentro de mí. Cuando viste a Candela besarme.

Cerré los ojos. La imagen volvió con cruel claridad. Su cuerpo arqueado. Su boca abierta en un grito de placer. Las manos de Gael en sus caderas. La forma en que se había entregado, completamente, sin reservas.

—Celos —admití, abriendo los ojos—. Unos celos brutales, viscerales, que me hacían querer matar a mi mejor amigo con mis propias manos.

—¿Solo celos?

La miré fijamente.

—No —susurré—. También... excitación. Me excitó verte así. Deshecha. Entregada. Tomando lo que querías. Fue como ver una película prohibida que no podía dejar de mirar, aunque cada imagen me destrozara.

Alma se quedó inmóvil, y su respiración se aceleró.

—¿Te excitó verme con otros? —Su voz tembló.

—Me excitó verte. Punto. Ver tu placer. Tu abandono. Pero la rabia... —Me pasé una mano por el pelo, despeinándome más—. La rabia de que fuera él quien te diera eso. De que fuera ella quien te besara. De que no fuera yo.

—Podrías haberte unido —dijo, y su voz fue un hilo de seda—. En lugar de esconderte en las sombras como un ladrón.

—No —corté—. No soy capaz de compartirte, Alma. No soy tan evolucionado. Cuando te vi con ellos, supe que eso era lo último que vería antes de perderte. Y no podía soportarlo.

El silencio se extendió entre nosotros, cargado de electricidad. El reloj de la pared marcaba las tres de la mañana, pero el tiempo había dejado de existir.

—No debería desearte —dije, rompiendo el silencio—. Eres mi jefa. Trabajamos juntos. Hay demasiados secretos entre nosotros. Demasiados fantasmas. Y aun así...

—¿Y aun así? —susurró.

—Y aun así no puedo respirar sin pensar en ti. No puedo cerrar los ojos sin verte. No puedo tocar mi piel sin imaginar que son tus manos.

Alma se levantó. Caminó hacia mí con pasos lentos, deliberados. Se detuvo entre mis piernas separadas. Desde esa posición, mirándola desde abajo, parecía una diosa vengativa. Una deidad del caos.

—Yo no debería necesitarte —dijo, y su voz sonó firme, aunque vi el temblor en sus manos—. Debería odiarte. Me has hecho sentir miserable. Me has rechazado. Me has dejado plantada en esa azotea para venir aquí y... —Su voz se quebró—. Y, aun así, cuando te vi en esa puerta, cuando te oí decir que estabas desde el primer beso... algo se rompió dentro de mí. Algo que llevaba semanas conteniendo.

—¿El qué? —preguntó, con la voz ronca.

—La verdad —susurró—. La verdad es que te necesito. De que te deseo. De que te odio y te amo con la misma intensidad destructiva.

La palabra "amar" colgó en el aire como una bomba. Ninguno de los dos la retiró.

Sonreí. Fue una sonrisa lenta, depredadora, que no tenía nada que ver con la elegancia controlada que solía mostrar al mundo. Era la sonrisa de un hombre que ha decidido dejar de fingir.

La cogí por las muñecas. Tiré de ella hacia abajo. Cayó sobre mí, a horcajadas sobre mis piernas, con la chaqueta abierta completamente ahora, dejando su cuerpo desnudo expuesto a mis ojos.

—Repítelo —ordené.

—Te odio —suspiró, con los labios a centímetros de los míos.

—La otra parte.

—Te... —Tragó saliva—. Te necesito.

No esperé más, y la besé.

Fue un beso de hambre y fiereza, como ella había pedido. No hubo suavidad. No hubo preliminares. Fue un choque de bocas, de dientes que chocaban ligeramente, de lenguas que se encontraban en una batalla por el dominio. Mis manos subieron por su espalda desnuda, encontrando la chaqueta, empujándola hacia abajo.

Alma se incorporó lo justo para dejar que la prenda cayera al suelo. Se quedó completamente desnuda sobre mí, con la piel de gallina por el frío del aire acondicionado, o quizás por la excitación. Sus pechos estaban a la altura de mis ojos, perfectos, con los pezones endurecidos en picos que pedían ser tocados.

La miré. La devoré con la vista. Cada centímetro de piel que había visto compensada ahora era solo mío. Solo para mí.

—Jefa —susurré, con la voz tan ronca que apenas la reconocí—. No me provoques.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás, ofreciéndome su cuello, su clavícula, ese lunar junto a la clavícula que me volvía loco desde el primer día.

—Tarde, alemán —respondió, con una risa baja y sensual—. Llevo provocándote desde que nos conocimos. Desde que te vi impertérrito en esa sala de juntas, fingiendo que no me deseabas mientras yo fingía que no me importabas.

Capítulo 23



Lukas

Mis manos encontraron sus caderas. Apreté con fuerza, dejando marcas que durarían días.

—Te voy a follar —advertí, sin filtros, sin piedad—. Te voy a follar tan fuerte que olvidarás que existió otro hombre antes que yo. Que existió otro tacto. Otra boca. Voy a reclamar cada centímetro de ti, Alma. Y vas a gritar mi nombre hasta quedarte sin voz.

Ella jadeó. Arqueó la espalda, presionando su sexo contra mi entrepierna, sintiendo lo duro que estaba, lo mucho que la deseaba.

—Entonces hazlo —desafió—. Deja de hablar y hazlo.

La levanté en brazos. Ella gritó sorprendida, aferrándose a mi cuello. Caminé con pasos firmes hacia el dormitorio, pero no llegué. La apoyé contra la pared del pasillo, con la espalda contra el yeso frío, y me arrodillé frente a ella.

—Lukas, ¿qué... —Empezó.

La callé con mi boca en su vientre. Besé el camino hacia abajo, lento, deliberado, mientras mis manos sujetaban sus muslos, abriéndolos para mí. Olía a sexo, a ella, a la noche. El olor me enloqueció.

Cuando llegué a su centro, separé sus pliegues con los dedos y lancé mi lengua en un movimiento firme desde abajo hasta arriba. Alma gritó; sus manos encontraron mi pelo, tirando con fuerza.

—Joder... —gimió—. Dios, Lukas...

La devoré. Sin piedad. Sin técnica refinada. Solo necesidad pura, animal. Quería borrar el sabor de los demás. Quería que su cuerpo olvidara cualquier otro tacto. Metí dos dedos dentro de ella. Sentí lo húmeda que estaba y lo lista que estaba. Curveé los dedos buscando ese punto que la haría enloquece, y lo encontré.

—¡Lukas! —gritó, arqueándose contra la pared—. Por favor... por favor...

—Por favor, ¿qué? —gruñí contra su sexo, sin detenerme.

—Fóllame. Te lo suplico. Fóllame ahora.

Me levanté. La cogí por debajo de los muslos, la alcé, y ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura. Caminé los últimos metros hasta el dormitorio a trompicones, besándola salvajemente, chocando contra los muebles, sin importarme nada más que llegar a la cama.

La dejé caer sobre el colchón. Se rebotó ligeramente, con el pelo extendido como un halo oscuro, con las piernas abiertas, con los ojos brillantes de excitación. Empecé a desvestirme con movimientos frenéticos. La chaqueta voló. La camisa se desgarró ligeramente al quitármela con demasiada prisa. El cinturón chasqueó. Los pantalones cayeron.

Ella me observó, con la boca entreabierta, con las manos moviéndose por su propio cuerpo, tocándose los pechos, bajando hacia su vientre.

—Dios, eres perfecto —susurró.

No era cierto. Tenía cicatrices. Tenía el cuerpo marcado por años de gimnasio y disciplina. Pero en sus ojos vi que para ella era verdad, y eso me hizo sentir diez metros de alto.

Me subí a la cama. Me posicioné entre sus piernas. Agarré mi erección y la froté contra su entrada, húmeda y caliente, provocando, haciéndola gemir de frustración.

—¿Quieres esto? —pregunté, con la voz destrozada por la tensión.

—Sí —jadeó—. Por favor, sí. Ahora.

—Di mi nombre.

—Lukas...

—Di que eres mía.

—Soy tuya —gimió, con las lágrimas brillando en los ojos—. Solo tuya. Siempre tuya.

La penetré. Fue un movimiento rápido, profundo y hasta el fondo. Alma gritó, no de dolor, de plenitud absoluta. Se aferró a mis hombros, clavando las uñas en mi piel, y yo gruñí como un animal, sintiendo su calor envolviéndome, apretándome, reclamándome.

—Joder, Alma... —gimió, con la frente sudada contra la suya—. Eres tan... tan perfecta.

Empecé a moverme. Lento al principio, sacando casi hasta el final para volver a entrar con fuerza, haciendo que su cuerpo se moviera hacia arriba en el colchón con cada embestida. Luego más rápido. Más fuerte.

La cama crujía. Golpeábamos contra la pared. El sonido de nuestras carnes chocando llenaba la habitación, mezclado con nuestros gemidos, nuestras respiraciones agitadas, las palabras rotas que salían de nuestras bocas.

—Más fuerte —suplicó ella—. Lukas, más fuerte. No pares. No pares.

La obedecí. La penetré con una fuerza que debió de doler, pero ella lo pedía más, arqueándose hacia mí, encontrando mi ritmo y empujando contra él. Mis manos encontraron sus muñecas; las sujeté por encima de su cabeza contra la almohada, inmovilizándola, dominándola.

—¿Te gusta? —gruñí contra su cuello, mordisqueando la piel—. ¿Te gusta sentirme así? ¿Dentro de ti? ¿Marcándote?

—Sí —gimió—. Dios, sí. Soy tuya. Fóllame.

La cambié de posición. La puse a cuatro patas, agarrando sus caderas con fuerza, y entré de nuevo desde atrás. El ángulo era diferente, más profundo, y Alma gritó mi nombre con una voz que no reconocía, ronca, desesperada.

Vi su espalda, su cintura, el movimiento de su cuerpo cada vez que la embestía. Vi cómo se agarraba a las sábanas, cómo echaba la cabeza hacia atrás, con el pelo cayendo sobre sus hombros desnudos.

—Tócate —ordené—. Quiero sentirte correr sobre mí.

Ella obedeció. Una mano desapareció entre sus piernas, y sentí sus dedos moviéndose contra su clítoris mientras yo la penetraba una y otra vez, sin piedad, sin descanso, perdiendo completamente el control.

—Voy a... —Empezó ella, con la voz entrecortada—. Lukas, voy a...

—Córrete —grité—. Ahora. Conmigo.

La penetré una última vez, profundamente, y sentí cómo su cuerpo se tensaba, cómo sus paredes internas me apretaban con fuerza, cómo ella gritaba mi nombre una y otra vez mientras se convulsionaba, y yo exploté.

Fue un orgasmo que vino desde lo más profundo, que me cegó, que me hizo ver estrellas. Me quedé inmóvil, enterrado hasta el fondo en ella, mientras mi semen la llenaba, mientras mi cuerpo temblaba con espasmos incontrolables, mientras el mundo se reducía a este punto de unión, a este momento de posesión absoluta.

Colapsamos juntos sobre la cama. Mi peso cayó sobre ella, y ella lo aceptó, gimiendo suavemente cuando me deslicé fuera de ella, pero manteniéndome cerca, aferrándose a mí como si temiera que desapareciera.

Pasaron minutos. Quizás horas. El tiempo se había vuelto elástico. Estábamos envueltos en las sábanas, sudados, sin aliento, con las piernas todavía entrelazadas.

Alma acariciaba mi pecho con la punta de los dedos, dibujando círculos invisibles. Yo la tenía agarrada contra mí, con la nariz enterrada en su pelo, inhalando su olor, ahora mezclado con el mío.

—No quiero solo esta noche —dije de repente, rompiendo el silencio.

La orilla se tensó ligeramente, pero no se apartó.

—¿Qué quieres? —preguntó, con la voz somnolienta.

—Quiero mañana. Y pasado. Y el mes que viene. Y el año que viene. Quiero despertarme contigo en mi cama. Quiero discutir contigo en reuniones y luego follarte en mi despacho. Quiero todo, Alma. Todo lo que me quieras dar.

Ella se incorporó sobre un codo. Me miró a los ojos. En su mirada vi miedo, pero también esperanza.

—Todas las noches —dijo lentamente—. Te daré todas las noches que quieras. Sí...

—¿Sí qué?

—Si me prometes que el sexo será tan bueno como este. Siempre. Que no se convertirá en rutina. Que seguiremos siendo... esto. Este fuego.

Me reí. Fue una risa genuina, que venía desde el pecho, que me hizo sentir ligero por primera vez en años.

—El sexo será increíble, jefa —dije, tomando su rostro entre mis manos—. Te lo profeso. Será tan bueno que olvidarás cómo se llama cualquier otro hombre. Será tan intenso que rogarás por descansos que no te daré. Será...

La besé. Profundamente. Con ternura ahora, pero con la promesa de más pasión, más fuego, más todo.

—Será nuestro —terminé contra sus labios.

Alma sonrió. Se acomodó de nuevo en mi pecho, con sus piernas entrelazadas con las mías, con su aliento calentando mi piel. Cerré los ojos, pero no para dormir. Para pensar.

Esto era peligroso. Esto era imprudente. Había secretos que aún nos separaban. Fantasmas que vendrían a por nosotros. Su padre. Mi padre. La verdad sobre su madre. La empresa que se desmorona.

Pero mientras la sienta aquí, con su peso real contra mi cuerpo, con su olor impregnado en mi piel, con la certeza de que la he reclamado de verdad esta vez... no me importa el peligro.

Que vengan los demonios. Que vengan los secretos. Que se derrumbe el mundo. La tengo. Es mía. Y yo soy suyo. Y eso era suficiente. Por ahora, era suficiente.

Besé su frente, y ella ya dormía, con una sonrisa en los labios.

Por primera vez en mucho tiempo, yo también sonreí en la oscuridad, sabiendo que el amanecer traería problemas, pero que esta noche, al menos, habíamos ganado algo real.

Capítulo 24



Alma

Desperté con el corazón acelerado, pero no por una pesadilla. Por el contrario.

La luz de la mañana entraba por los ventanales de cristal, difusa y dorada, pintando rayas de sol sobre las sábanas de lino gris. Sentía un peso cálido sobre mi pecho, un ritmo de respiración ajeno que se sincronizaba con el mío de forma alarmante. Y cuando bajé la vista, la vi. Alma.

Dormida sobre mí, con la mejilla aplastada contra mi esternón, con la boca ligeramente abierta, con un hilo de baba que casi me hizo sonreír. Su pelo, esa melena oscura y salvaje, se extendía por mi torso como tentáculos de seda, despeinada, enredada en mis dedos que habían quedado allí durante la noche. Sus piernas, largas y morenas, estaban enredadas con las mías, su muslo izquierdo colocado íntimamente sobre mi cadera, su piel pegada a la mía sin barreras.

Y yo sentía... paz. Una calma extraña, profunda, que me aterrorizó más que cualquier tormenta. Joder.

Entré en pánico. No el pánico físico, no. El interno. Ese que te hacía mirar el techo y preguntarte cuándo se había desmoronado tu vida. Porque esto, esta mujer en mi cama, en mi casa, en mi piel, era exactamente lo que siempre había evitado. Lo que mi padre me había advertido. Lo que mi disciplina de años intentaba erradicar.

Y, sin embargo, era feliz. Puta madre. Estaba feliz. Con una felicidad simple, estúpida, doméstica. Quería quedarme así para siempre, sintiendo su peso sobre mí, oliendo su champú en mi almohada, viendo cómo la luz del sol creaba destellos dorados en su pelo despeinado.

Era un desastre. Un desastre perfecto.

Alma se movió. Un gemido bajo escapó de su garganta, y luego sus ojos verdes se abrieron lentamente, parpadeando, enfocándose en la realidad. En mí.

—¿Por qué me miras como si hubiera matado a alguien? —murmuró, con la voz ronca de sueño.

Estaba preciosa. Imperfecta. Con los ojos hinchados, sin maquillaje, con una marca de la almohada en la mejilla. Y era la cosa más hermosa que había visto nunca.

—Estoy intentando entender cómo has invadido mi casa tan rápido —respondí, y mi voz sonó más suave de lo que pretendía.

Sonrió. Esa sonrisa perezosa, descarada, que me volvía loco.

—Tengo talento natural para molestar —dijo, estirándose como un gato, arqueando la espalda, presionando sus pechos contra mí.

Fue entonces cuando noté que llevaba una de mis camisas. La blanca de vestir, abrochada solo por dos botones, dejando ver el valle entre sus pechos, sus muslos desnudos asomando por debajo del borde de la tela. Mis manos subieron instintivamente, encontrando sus costillas, la curva de su cintura.

—Esa es mi camisa favorita —mentí.

—Ya no es tuya —respondió ella, inclinándose para morderme el pecho suavemente—. Ahora es mi pijama.

Mi pulso se aceleró. La tenía encima, desnuda bajo mi ropa, en mi cama, y sentí que estaba peligrosamente cerca de perder el control otra vez. De quererla otra vez. De necesitarla con una urgencia que me avergonzaba.

—¿Café? —pregunté, intentando recuperar alguna cordura.

—¿Tienes algo de comer? —respondió ella, sentándose en la cama, dejando que la camisa se abriera ligeramente, dejando ver un pezón rosado—. Tengo hambre. De todo.

La miré fijamente. Ella lo notó. Y en lugar de cubrirse, sonrió más.

—Deja de mirarme así, alemán. O acabaremos follando otra vez sin desayunar.

—¿Y eso sería malo?

—Para mi estómago, sí. Para otras partes... —Se encogió de hombros—. Depende de tu rendimiento.

Me levanté de la cama, desnudo, sin importarme que me viera. De todos modos, ya me había visto todo. Ella observó mi cuerpo con apreciación abierta, con la lengua jugueteando con el labio inferior.

—Ven —dije, extendiendo la mano.

La cogió, la saqué de la cama y caminamos juntos hacia la cocina, desnudos, sin prisa, como si fuera lo más natural del mundo. Como si lleváramos años haciendo esto.

En la cocina, ella se sentó en la isla central, con las piernas cruzadas, observándome mientras yo preparaba café. La luz de la mañana la bañaba, haciendo que su piel brillara. Tenía marcas en el cuello. Chupetones que yo había dejado. Moratones suaves en sus muslos donde mis dedos se habían aferrado.

Me sentí posesivo. Salvajemente orgulloso.

—Tienes pinta de hombre que desayuna huevos —dijo ella.

—Tengo huevos —respondí—. Y bacon. Y pan.

—Y mantequilla.

—Y mantequilla.

—Entonces eres perfecto.

Me acerqué a ella. Me coloqué entre sus piernas abiertas, apoyando las manos a cada lado de sus muslos en la encimera. Estaba a la altura de sus ojos. Ella me miró, y vi que el humor se había evaporado, reemplazado por algo más intenso.

—Anoche fue... —Empecé.

—¿Sí?

—Diferente. No solo sexo. Fue... —Buscó las palabras, y vi vulnerabilidad en sus ojos—. Fue como si me reclamaras de verdad. No solo mi cuerpo. Todo.

No respondí con palabras. La besé.

Fue un beso lento, profundo, diferente a los de antes. No había urgencia. Había... reconocimiento. Como si estuviéramos aprendiendo el mapa del otro, descubriendo territorios nuevos. Mis manos subieron por sus muslos, encontrando su cintura, la tela de mi camisa que ella llevaba puesta.

—Esto no puede distraernos de la empresa —murmuró contra sus labios, aunque mi cuerpo contradecía cada palabra.

—Claro —respondió ella, con una risa suave—. Porque tú y yo somos superprofesionales.

—Alma...

Ella me interrumpió con otro beso, más profundo, con la lengua entrando en juego, provocando, tentando.

—Vale, sí —suspiró contra mi boca—. Quiero besarte otra vez. Muchísimo. Quiero que me folles aquí, encima de esta encimera, con el sol de la mañana entrando y el café olvidándose en la cafetera.

Me reí. Fue una risa genuina, que vino desde el pecho, que me sorprendió a mí mismo.

—Eres imposible.

—Y tú me deseas —dijo, con la voz bajando a un susurro provocador—. Me deseas tanto que estás temblando, Lukas. Y ni siquiera me has tocado todavía.

Tenía razón. Estaba temblando. No de frío. De necesidad. De miedo a lo que sentía. De amor que no quería nombrar. La besé de nuevo. Esta vez sin contención.

La levanté de la isla y la senté en la encimera, entre los fogones fríos. Ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, atrayéndome contra ella. Podía sentir su calor a través de la tela de la camisa y lo húmeda que estaba, lista para mí.

—Dime que me quieres —susurró, con la voz entrecortada mientras besaba mi cuello, mientras sus uñas se clavaban en mis hombros.

—Te deseo —corregí, aunque la mentira me sabía amarga.

—Mentiroso —dijo ella, mordiéndome la clavícula—. Dime la verdad.

La penetré con los dedos, sin aviso, encontrándola empapada. Ella gritó, arqueándose contra mí.

—La verdad —gruñí contra su oído, moviendo los dedos en círculos lentos, tortuosos—. La verdad es que no puedo respirar sin ti. Que me aterroriza lo que siento. Que me despierto pensando que te has ido y me entra el pánico.

—Lukas...

—La verdad es que te quiero —admití, y las palabras me quemaron la garganta—. Joder, Alma. Te quiero tanto que me duele.

Ella jadeó. No solo por mis dedos dentro de ella. Por las palabras. Se aferró a mí, con los ojos brillantes de lágrimas que no caían.

—Entonces demuéstralo —desafió—. Fóllame como si me quisieras. No como si me desearas. Como si me amaras.

Retiré mis dedos. La miré a los ojos. Y luego la penetré.

Fue diferente a la noche anterior. Más lento al principio, más profundo, sintiendo cada centímetro de su interior, observando su rostro mientras entraba en ella, viendo cómo sus ojos se cerraban, cómo su boca se abría en una o perfecta de placer.

—Mírame —ordené—. No cierres los ojos. Quiero verte.

Ella obedeció, aunque le costaba. Sus ojos verdes se encontraron con los míos, y en esa conexión visual pasó algo. Algo que trascendía el sexo. Algo que era pura emoción, pura entrega.

Empecé a moverme. Lentamente al principio, casi saliendo hasta el final y volviendo a entrar con una fuerza que hacía que sus pechos se movieran y su cuerpo se tensara. Luego más rápido, pero manteniendo el ritmo profundo, visceral, conectando no solo nuestros cuerpos, sino algo más.

—Más fuerte —suplicó ella, con las manos en mi pelo, tirando—. Lukas, por favor...

La obedeció. La penetré con fuerza, con pasión, con todo el amor que no sabía expresar de otra forma. La encimera crujía bajo nosotros. El café se olvidó. El mundo se redujo a ella, a mí, a este movimiento constante, este fuego que nos consumía.

—Te quiero —repetí, una y otra vez, como un mantra, como una confesión—. Te quiero, te quiero, eres mía...

—Sí —gimió ella—. Tuya. Solo tuya. Siempre.

La cambié de posición. La giré, apoyándola contra la nevera, con las manos extendidas sobre el acero inoxidable, con su espalda arqueada hacia mí. Entré desde atrás, profundamente, y ella gritó mi nombre con una voz que seguramente oyeron en el vecindario.

—Joder, Alma... —gimió, agarrando sus caderas con fuerza, marcándola, reclamándola—. Eres perfecta.

—No pares —suplicó—. Nunca pares. Te necesito. Te necesito tanto...

El ritmo se volvió frenético. Nuestros cuerpos chocaban con fuerza, el sonido de la carne golpeando carne llenando la cocina, mezclado con nuestros gemidos, nuestras respiraciones agitadas, las palabras rotas de amor que intercambiábamos como si fueran munición.

Cuando ella se corrió, fue con un grito largo, desgarrado, con su cuerpo temblando, con sus paredes apretándome con fuerza. Yo la seguí segundos después, enterrándome hasta el fondo, dejándome ir completamente, llenándola con todo lo que era, todo lo que sentía.

Colapsamos juntos en el suelo de la cocina, entre los armarios, con las piernas todavía entrelazadas, con el corazón martilleando en sincronía.

—Eso ha sido... —Empecé ella, sin aliento.

—¿Sí?

—Increíble. Diferente. Más...

—Más nosotros —terminé por ella.

Asintió contra mi pecho, y sentí que sonreía.

Llegamos juntos a la empresa. Fue un error. Lo supe en cuanto entramos por la puerta principal, con solo diez minutos de diferencia, pero juntos, con el pelo todavía húmedo de la ducha compartida, con la misma sonrisa estúpida, con la misma marca de chupetón visible en mi cuello.

Todo el mundo lo notó.

Bruno nos vio primero. Estaba junto a la máquina de café, con su habitual expresión de quien sabe demasiado. Sus ojos se movieron de mí a Alma, luego de vuelta a mí, luego a su cuello.

—Oh, Dios mío —dijo, con una voz que llevaba demasiada diversión.

—¿Qué? —preguntó Alma, intentando parecer inocente y fracasando estrepitosamente.

—Tenéis cara de haber tomado malas decisiones horizontales —respondió Bruno, y luego, para mi horror, empezó a aplaudir. Lentamente. Con una reverencia incluida—. Bravo. Enhorabuena. Por fin.

—Bruno, te voy a despedir —dije, sin convicción.

—Pero con amor —añadió Alma, tomando mi mano descaradamente.

Fue entonces cuando Candela apareció. Nos miró. Nos miró a los dos. Y sus ojos se abrieron como platos.

—Oh, Dios mío —repitió, como un eco de Bruno—. Ha pasado. Ha realmente pasado. Estáis... —Hizo un gesto circular con el dedo—. ¿Oficial? ¿Casual? ¿Provocación?

—Provocación —respondió Alma al unísono conmigo, y luego nos miramos, sorprendidos.

Candela sonrió. Era una sonrisa genuina, feliz por su amiga, aunque con un deje de preocupación que no pasó desapercibida.

—Estoy feliz por vosotros —dijo, abrazando a Alma—. Pero cuidado. Esta empresa es un hervidero de tiburones.

—Siempre lo es —respondí.

Fue entonces cuando Paula apareció corriendo por el pasillo. Su cara habitualmente serena estaba pálida, tensa, con los ojos brillantes de pánico contenido.

—Necesito veros a los dos —dijo, sin aliento—. Y a Héctor. Ahora. Es grave.

La sala de juntas parecía una sala de guerra.

Héctor estaba de pie junto a la ventana, con la espalda rígida, con el teléfono pegado a la oreja, hablando en voz baja pero furiosa. Paula tenía papeles extendidos sobre la mesa, con gráficos, con números en rojo que parecían sangrar.

—Alguien del consejo está desviando dinero —dijo Paula directamente, sin preámbulos—. Millones. No miles. Millones. Y lo está haciendo desde hace meses, quizás años.

Sentí que el estómago se me caía al suelo. Alma se quedó inmóvil a mi lado.

—¿Quién? —preguntó ella, con la voz firme, aunque vi que temblaba.

—No lo sabemos todavía —respondió Paula—. Pero es alguien con acceso a las cuentas principales. Alguien de confianza. Alguien...

—¿En la empresa? —interrumpí.

—En la cúspide —confirmó Paula.

Héctor colgó el teléfono. Se giró. Su rostro era una máscara de furia contenida, pero también de miedo. Miedo que yo nunca había visto en él.

—El consejo se reúne en una hora —dijo, con la voz grave—. Y quiero que ambos estéis allí. Esto... esto es un golpe directo a la empresa. A mi familia.

Alma se acercó a su padre. Le tomó la mano. Vi el gesto, la forma en que Héctor la miraba con protección y preocupación mezcladas.

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Lo saqué y vi un mensaje de un número desconocido con prefijo alemán.

Número desconocido: *Si quieres protegerla, deja de investigar.*

El mundo se detuvo. Leí el mensaje tres veces. Las letras bailaban, pero el significado era claro. Demasiado claro. Esto no era espionaje corporativo. No era competencia desleal. Era una amenaza directa. Personal.

Miré a Alma. Estaba hablando con Candela al otro lado de la oficina, con una sonrisa forzada en los labios, intentando mantener la compostura para el equipo que observaba. Vi su pelo, todavía húmedo de nuestra ducha compartida. Vi sus ojos, esos ojos verdes que habían mirado con amor hacía solo horas.

Y algo dentro de mí se rompió. No de miedo, sino de determinación.

Si alguien intentaba hacerle daño... Iba a destruirlo. Fuera quien fuera. Costara lo que costara.

La miré una última vez, guardando el teléfono en el bolsillo, ocultando la amenaza bajo una sonrisa que no sentía.

Y por primera vez en mi vida, supe que estaba dispuesto a matar por alguien.

Capítulo 25



Alma

El problema de enamorarte de alguien no era el amor. Era el miedo. Nadie hablaba nunca de eso. De la parte horrible. De la vulnerabilidad absurda que aparecía de repente cuando alguien se convertía en importante. Porque entonces ya no solo existías tú. Existía la posibilidad de perderlo.

Y yo estaba empezando a perder completamente la cabeza con Lukas Schneider. Lo supe aquella mañana cuando me desperté sola en su cama y mi primer impulso no fue huir emocionalmente. Fue a buscarlo.

Su lado del colchón seguía caliente. Escuché ruido en la cocina. El sonido de una taza. El murmullo lejano de jazz suave. Y algo dentro de mí se calmó automáticamente. Eso me asustó muchísimo.

Me incorporé lentamente entre las sábanas negras, todavía desnuda, con marcas de sus manos repartidas por mi piel como recuerdos demasiado recientes. Mi cuerpo entero seguía sensible. Mi cuello todavía ardía donde me había besado. Y mi cabeza era un desastre aún peor. Porque Lukas me había dicho que me quería. Y yo no había salido corriendo. Peor: yo también quería quedarme.

Me tapé la cara con ambas manos.

—*Perfecto, Alma* —murmuré—. *Absolutamente perfecto. Ya estás enamorada del alemán traumático.*

—Te he oído.

La voz grave llegó desde la puerta. Levanté la vista. Y ahí estaba. Descalzo. Camisa negra remangada. Café en la mano. Cara de hombre peligrosamente atractivo a las ocho de la mañana.

Odiaba mi vida.

—Necesitas aprender el concepto de privacidad —dije.

—Necesitas asumir que hablas sola constantemente.

Entró en la habitación con esa calma suya que me alteraba los órganos internos. Se sentó en el borde de la cama. Me apartó el pelo de la cara. Y el gesto fue tan suave... tan íntimo... que tuve ganas de echarme a llorar por razones completamente ridículas.

Lukas lo notó inmediatamente. Claro que lo notó. Ese hombre veía demasiado.

—¿Qué pasa?

Negué con la cabeza.

—Nada.

—Mentira.

Suspiré, mirándolo. Y ahí estaba otra vez el problema. La sensación horrible de necesitarlo cerca. Como si mi cuerpo ya lo hubiera elegido antes que mi cabeza.

—Esto da miedo —admití en voz baja.

Sus ojos cambiaron ligeramente. Más suaves. Más atentos.

—¿Yo?

Solté una risilla.

—No. Lo que siento cuando estoy contigo.

Silencio. El tipo de silencio lleno de cosas importantes. Lukas dejó la taza sobre la mesita y me agarró la mano lentamente, como si quisiera asegurarse de no romperme.

—A mí también me da miedo.

Eso fue peor. Mucho peor. Porque Lukas Schneider no decía cosas así. Y de pronto todo aquello se volvió demasiado real.

La empresa parecía una bomba a punto de explotar. Otra vez. Los periodistas seguían fuera. Las acciones seguían cayendo. Las filtraciones seguían apareciendo. Y el consejo directivo estaba empezando a oler sangre.

Entré en la planta ejecutiva con café en mano y gafas de sol gigantes, intentando fingir que mi vida emocional no era un incendio. Fracaso inmediato. Porque Bruno me vio. Y luego vio a Lukas detrás de mí. Y literalmente se santiguó.

—Madre de Dios. Seguís follando.

—¡Bruno! —gruñí.

—No hace falta confirmarlo, vuestra cara lo hace sola.

Candela apareció justo entonces. Me miró. Miró a Lukas. Miró mi cuello. Y cerró los ojos lentamente.

—No quiero saber nada. —Hizo una pausa—. Mentira. Quiero saberlo todo.

Lukas soltó una risa baja detrás de mí. Ese hombre iba a acabar conmigo. Porque encima parecía feliz, lo cual era todavía más peligroso.

La diversión desapareció rápido. Demasiado rápido. Porque en cuanto entramos en la sala de juntas, sentí el cambio de ambiente. Consejeros tensos. Abogados. Teléfonos sonando. Pantallas llenas de noticias financieras. Y mi padre... mi padre parecía diez años más mayor.

Eso me golpeó más fuerte de lo esperado. Héctor siempre había sido indestructible para mí. El hombre que solucionaba todo. El que nunca dudaba. El que siempre tenía control. Pero aquella mañana parecía agotado. Y nervioso. Demasiado nervioso.

—¿Qué ha pasado ahora? —pregunté.

Paula dejó una carpeta sobre la mesa.

—La prensa alemana ha publicado conexiones entre empresas portuarias antiguas y movimientos financieros vinculados a *Medina Global Tech*.

Mi pulso se frenó.

—¿Qué conexiones?

Nadie respondió inmediatamente. Miré a mi padre. Él evitó mirarme. Y ahí empezó el miedo real. Otra vez. Porque estaba escondiéndome algo. Lo sabía. Lo sentía. Y cada vez era más evidente.

—Papá.

Silencio.

—¿Qué está pasando?

Mi padre respiró lentamente antes de responder.

—No es el momento.

Ahí exploté.

—Llevo semanas escuchando eso.

Toda la sala se quedó inmóvil. Mi voz salió más rota de lo que pretendía.

—Todo el mundo sabe algo menos yo. Mamá. Schneider. Las filtraciones. Las amenazas. ¿Qué demonios está pasando?

Mi padre me miró. Y por primera vez vi culpa real en sus ojos. Eso me destrozó un poco. Porque significaba que sí. Que había estado mintiéndome.

Salí de la empresa dos horas después con la cabeza completamente destruida. Necesitaba respuestas. Necesitaba aire. Necesitaba dejar de sentir que mi vida entera estaba construida sobre secretos. Y solo pensé en una cosa: mis abuelos.

La fotografía seguía guardada en mi bolso. Esa vieja imagen donde aparecían mi madre, mi padre, Klaus Schneider y aquel hombre desconocido con expresión aterrorizada. Conduje hasta su casa prácticamente en automático. Cuando mi abuela abrió la puerta y me vio la cara, su sonrisa desapareció inmediatamente.

—Alma...

Entré sin responder. La casa olía a café y canela, como siempre. Pero esta vez no me calmó. Mi abuelo apareció desde el salón con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

Saqué la fotografía. Y el mundo se rompió. Literalmente. Porque mi abuela la vio... y soltó la taza que tenía en las manos. El café explotó contra el suelo. Mi abuelo palideció. Nunca había visto a mi abuelo ponerse blanco. Nunca.

—¿Dónde has encontrado eso? —preguntó con voz temblorosa.

—Quiero la verdad.

Mi abuela empezó a respirar demasiado rápido, demasiado fuerte.

—Mercedes... —dijo Antonio alarmado.

Ella dio un paso atrás. Luego otro, llevándose la mano al pecho.

—Abuela.

La taza rota seguía en el suelo, el café extendiéndose lentamente entre los azulejos. Y de pronto Mercedes se desplomó. Todo pasó demasiado rápido. Mi grito. Mi abuelo sujetándola antes de que golpeara el suelo. Mi corazón explotando dentro del pecho.

—¡Abuela!

Caos. Pánico absoluto. Mi abuelo estaba temblando. Yo también. Busqué el móvil con manos inútiles mientras mi abuela apenas reaccionaba.

—Llama a emergencias —dijo mi abuelo con voz rota.

No podía respirar. No podía pensar. La operadora hablaba demasiado lento. Yo hablaba demasiado rápido. Y mientras intentaba explicar la dirección, sentía que el mundo entero se estaba deshaciendo delante de mí.

El hospital olía a desinfectante y miedo. Siempre. O quizá solo cuando estabas aterrorizada. Mercedes estaba estable, eso fue lo primero que dijeron. Y aun así yo seguía temblando sentada en aquella silla horrible de urgencias. Antonio caminaba de un lado a otro. Deshecho. Completamente deshecho. Nunca lo había visto así. Jamás.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunté finalmente.

Mi voz salió rota, cansada, pequeña. Antonio se detuvo. Y envejeció veinte años delante de mí.

—Tu madre...

Sentí un vacío horrible en el pecho.

—¿Qué pasa con mi madre?

Silencio. Un silencio largo y terrible.

—Hay cosas que nunca debimos ocultarte.

Las lágrimas me llegaron antes de que pudiera impedirlo. Porque ya no podía más. No podía seguir viviendo entre medias verdades. No podía seguir sintiendo que todos protegían algo menos a mí.

—¡Pues decid algo de una vez! —grité.

Varias personas se giraron. Me dio igual.

—¡Estoy cansada! ¡Estoy cansada de que todo el mundo me mienta!

Y entonces me derrumbé. Simplemente... me rompí. Las manos me empezaron a temblar. La respiración dejó de funcionar bien. Y tuve una sensación horrible: la de volver a sentirme una niña perdida buscando a su madre.

—Alma.

La voz grave llegó detrás de mí. Y supe inmediatamente que era él. Lukas. Me giré. Y en cuanto lo vi... todo lo que estaba sosteniendo dentro se vino abajo. Caminó hacia mí rápidamente. Preocupado. Tenso. Y yo me lancé contra él sin pensar. Literalmente.

Me abrazó fuerte al instante. Sus brazos alrededor de mi cuerpo. Su mano en mi nuca. Su respiración junto a mi pelo. Y entonces lloré de verdad. No elegante. No silenciosamente. Lloré rota, agarrada a él como si fuera lo único sólido que quedaba.

—No entiendo nada... —dije entre lágrimas.

Lukas me abrazó más fuerte.

—Lo sé.

—Todo el mundo me miente.

Noté cómo tensaba la mandíbula. Luego apartó apenas mi cara para mirarme directamente, serio, honesto.

—Yo no voy a hacerlo.

Y algo cambió ahí. Profundamente. Porque por primera vez en semanas... le creí completamente.

Horas después, cuando mi abuela ya estaba estable y dormida, mi abuelo finalmente habló.

Nos sentamos en una sala pequeña del hospital, demasiado blanca, demasiado silenciosa. Yo seguía abrazada al café horrible de máquina. Lukas sentado a mi lado, tan cerca que su rodilla tocaba la mía, como si no quisiera dejarme sola ni un segundo.

Antonio parecía destruido. Miró la fotografía mucho rato antes de hablar.

—Tu madre no murió por casualidad.

El aire desapareció de la habitación.

—¿Qué? —Mi voz apenas salió.

Mi abuelo cerró los ojos un segundo.

—Claudia estaba investigando cosas antes de morir.

Lukas se tensó a mi lado.

—¿Qué cosas? —preguntó él.

Mi abuelo lo miró, como si dudara si debía seguir hablando delante de él. Finalmente lo hizo.

—Corrupción. Empresas internacionales. Movimiento ilegal de dinero en puertos europeos. Sobornos.

Mi cabeza empezó a girar.

—¿Qué tiene que ver eso con mi madre?

Antonio me miró directamente. Y vi miedo real.

—Ella descubrió algo muy grave.

—¿Qué?

—Gente poderosa involucrada.

Tragué saliva.

—¿Quién?

Otra pausa. Y entonces dijo el nombre.

—Klaus Schneider estaba relacionado indirectamente con todo ello.

Sentí a Lukas quedarse completamente inmóvil a mi lado. El mundo entero pareció congelarse. Lo miré lentamente. Él ya me estaba mirando a mí. Y lo peor fue ver el dolor en sus ojos. Porque él tampoco sabía todo aquello.

Mi abuelo continuó hablando. Fragmentos. Historias incompletas. Mi madre reuniéndose con periodistas. Documentos desaparecidos. Amenazas. Miedo. Mucho miedo. Y luego… El accidente. O lo que todos habían llamado accidente.

Me tapé la boca con la mano. Porque estaba empezando a entender algo horrible. Mi madre llevaba años aterrorizada antes de morir. Y nadie me lo había contado. Nadie.

Cuando pensamos que ya no podía haber nada peor… Antonio sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta. Una llave. Pequeña. Antigua. De metal oscuro. La dejó sobre la mesa lentamente.

—Tu madre dejó esto escondido antes de morir.

La miré sin entender. El corazón latiendo demasiado fuerte.

—¿Qué abre?

Mi abuelo negó despacio. Con los ojos llenos de algo parecido a culpa.

—Eso es exactamente lo que nunca descubrimos.

El silencio que siguió fue tan denso que casi dolía. Mis ojos estaban fijos en la pequeña pieza de metal oscuro sobre la mesa, que parecía pesar una tonelada. La llave de mi madre. Un secreto físico, real, que había sobrevivido a su muerte y al silencio de todos los demás.

Alargué la mano con los dedos temblorosos. Cuando el metal frío tocó mi piel, un escalofrío me recorrió la espalda. Era como tocar un pedazo del pasado.

—Ella la dejó en nuestra casa la última vez que la vimos —añadió mi abuelo, con la voz casi en un susurro—. Nos dijo que si alguna vez las cosas se complicaban demasiado, buscáramos lo que guardaba. Pero nunca nos dijo dónde. Y luego... pasó lo del coche.

El dolor en sus rostros era evidente, y el mío, al saber que mi madre guardó un secreto antes de morir, era inmenso. Porque si ese secreto tenía algo que ver con ese accidente, sería devastador para toda mi familia

Capítulo 26



Lukas

El AVE a Madrid salió a las seis y cuarto de la mañana, pero yo llevaba despierto desde las tres. No había conseguido pegar ojo. Otra vez.

La imagen de Alma derrumbándose en mis brazos en el hospital seguía clavada en mi cabeza como una maldita herida abierta; su voz rota, sus manos temblando y la forma en que se aferró a mí, como si el suelo estuviera hundiéndose debajo de sus pies. Lo peor era que, probablemente, estaba pasando exactamente eso.

Miré por la ventana del tren mientras el paisaje oscuro avanzaba borroso. El reflejo del cristal me devolvió una versión de mí mismo que apenas reconocía: tenso, furioso, cansado y demasiado expuesto para mi propio gusto.

Mi padre tenía respuestas, lo sabía. Si había algo que Klaus Schneider había perfeccionado durante toda su vida era la capacidad de ocultar la verdad detrás de una fachada impecable, pero esta vez no iba a permitirlo. Esto ya no era una cuestión de negocios, ni de política, ni de secretos diplomáticos. Ahora Alma estaba en medio, y eso lo cambiaba todo.

El club privado olía a madera cara, whisky antiguo y hombres poderosos acostumbrados a destruir vidas con una sola llamada telefónica. Era, de forma exacta, el tipo de lugar que mi padre adoraba.

Las paredes oscuras absorbían el sonido, los camareros caminaban como sombras y todo resultaba demasiado elegante, limpio e hipócrita. Klaus ya estaba sentado cuando llegué. Lucía un traje gris impecable, gemelos plateados y una postura perfecta, como si no llevara semanas Dynamic destrozando mi paciencia. Levantó la vista apenas entré; ni siquiera pareció sorprendido de verme allí, lo que me encendió la sangre de inmediato.

—Lukas.

Ni un abrazo, ni un gesto afectuoso. Nada nuevo. Tomé asiento frente a él, sosteniéndole la mirada.

—¿Qué relación tenías con la madre de Alma? —disparé directo, sin rodeos.

Los ojos de mi padre apenas cambiaron, pero ese mínimo destello fue suficiente para confirmarme que había dado en el blanco.

—Ninguna que deba preocuparte.

Apreté la mandíbula, conteniendo las ganas de golpearlo.

—Deja de tratarme como a un niño.

Klaus depositó la taza de café sobre el plato con una precisión irritante.

—Entonces deja de actuar por impulso por culpa de una mujer.

La furia me atravesó con tanta fuerza que tuve que aferrarme a la mesa para no levantarme.

—No la metas en esto —advertí, con una voz más peligrosa de lo que pretendía.

Mi padre me sostuvo la mirada, frío y calculador, antes de soltar la frase que terminó por romperlo todo.

—Ya está metida. Desde hace años.

El aire se volvió denso a nuestro alrededor y sentí que el corazón me latía más lento, más pesado.

—Explícate.

Klaus se recostó ligeramente en la silla, sopesando cuánto revelar. Lo odié por ese maldito control que ejercía sobre las cosas.

—La madre de Alma descubrió algo que jamás debería haber sabido. Había una red de corrupción empresarial operando entre puertos europeos hace más de veinte años. Empresas tecnológicas, transporte marítimo, contratos estatales y sobornos.

Mi estómago se tensó.

—¿Quiénes estaban implicados?

Él guardó silencio. Siempre recurría al silencio antes de soltar las peores respuestas.

—Empresarios importantes, políticos y directivos internacionales.

—¿Y tú?

Sus ojos se clavaron en mí de inmediato.

—Indirectamente.

Aquello no significaba inocencia, sino diplomacia, y yo me había criado con suficientes diplomáticos como para entender el código.

—¿Qué demonios significa «indirectamente»?

—Yo trabajaba mediando acuerdos internacionales en aquella época —explicó, respirando lentamente—. Escuché rumores y vi movimientos sospechosos. Claudia empezó a investigar por su cuenta.

El nombre de la madre de Alma en su boca sonó extraño, demasiado personal y cercano.

—¿La conocías bien?

Klaus dudó apenas un segundo, y esa vacilación fue peor que cualquier respuesta confirmada.

—Lo suficiente.

—¿Y nunca pensaste en contarme nada de esto? —la rabia regresó con más fuerza.

—No quería que te involucraras.

Solté una risa seca, sin rastro de humor.

—Excelente trabajo, padre. Porque ahora estoy enamorado de su hija y metido hasta el cuello en una conspiración internacional.

Mi padre se quedó inmóvil, completamente petrificado. En ese instante comprendí algo horrible: no se lo esperaba. No había calculado que Alma pudiera importarme de verdad.

—Eso complica mucho las cosas —admitió finalmente.

Me incliné hacia delante, acortando la distancia entre los dos.

—¿Murió por eso?

Klaus tardó demasiado en responder. El silencio se estiró tanto que sentí el pulso golpeándome en las sienes.

—No fue tan simple.

Ahí supe que nunca iba a perdonarlo del todo. Cuando alguien inocente moría, las personas limpias respondían rápido; las culpables medían las palabras.

—¿La mataron?

—No tengo pruebas.

—Pero lo sospechas.

—Sí —confesó tras otra pausa.

El club entero pareció volverse gélido. Me pasé una mano por la cara, intentando ordenar unos pensamientos que ya no tenían lógica alguna.

—¿Y ahora qué?

Mi padre me observó fijamente. Por primera vez en años, su rostro no reflejaba severidad ni arrogancia, sino un cansancio profundo.

—Ahora alguien cree que Alma puede encontrar lo que su madre dejó atrás.

Mi sangre se congeló.

—La llave.

Klaus levantó apenas una ceja. Había cometido un error; lo acababa de confirmar sin querer.

—Sabes algo sobre ella —acusé.

—Sé que Claudia escondió información antes de morir.

—¿Dónde?

—Nunca lo descubrimos.

—¿Quiénes? —mi paciencia estaba a punto de estallar—. ¡Joder, padre! —varias personas se giraron hacia nuestra mesa, pero me importó un demonio—. ¿Quiénes?

Klaus bajó la voz, severo.

—Héctor Medina y yo.

El mundo pareció inclinarse bajo mis pies. Aquello ya no era una teoría lejana, sino una historia compartida, un secreto enorme sobre el que todos llevaban décadas mintiendo.

Mientras yo seguía atrapado en Madrid, intentando decidir si mi padre era culpable, cómplice o simplemente un cobarde, Alma estaba convirtiendo los archivos de *Medina Global Tech* en una escena del crimen. Lo descubrí más tarde, cuando Candela me mandó una foto que casi me arranca la primera sonrisa de todo el día.

La imagen mostraba a Alma sentada en el suelo de un archivo antiguo, rodeada de cajas abiertas, papeles y envoltorios de comida. Candela aparecía al fondo, sosteniendo una carpeta polvorienta con una expresión de sufrimiento dramático. Debajo, había escrito un mensaje: «Tu novia quiere desenterrar cadáveres».

Me quedé mirando la palabra «novia» durante demasiado tiempo. Contesté antes de pensarlo.

Lukas: *Que no abra nada sola.*

Candela respondió unos segundos después.

Candela: *Uy. El alemán protector ha salido oficialmente del armario.*

Maldita mujer. Guardé el móvil en el bolsillo, pero no pude evitar imaginar a Alma allí metida, con sus tacones imposibles abandonados en alguna esquina, el pelo recogido de prisa y la nariz arrugada mientras protestaba por el polvo.

De pronto, sentí una necesidad física e inmediata de tenerla cerca, como si después de hablar con mi padre necesitara comprobar con mis propios ojos que ella seguía bien. Que seguía ahí.

Volví a Málaga destrozado por dentro. La conversación con mi padre se repetía en bucle en mi cabeza. «No fue tan simple». Odiaba esa frase porque escondía demasiada basura, y cada vez estaba más convencido de que Klaus sabía perfectamente quién había querido silenciar a Claudia Vega.

Conduje directo a casa de Alma, sin pararme a pensar. Solo necesitaba verla. La lluvia caía con suavidad cuando aparqué frente a la villa; parecía que nuestra historia requería tormentas constantes. Llamé al timbre y, tras unos segundos de espera, la puerta se abrió. Allí estaba ella, con un pijama corto gris, el pelo mal recogido, cara de cansancio y unos ojos verdes completamente agotados. Se me rompió algo en el pecho al verla tan triste. Abrió la boca para decir algo, pero no la dejé; la besé de inmediato. Necesitaba tocarla, comprobar que estaba viva y a salvo.

Sus manos subieron de forma automática a mi cuello mientras yo la empujaba suavemente hacia el interior, cerrando la puerta con el pie. El beso fue distinto a los anteriores; no era desesperación sexual, sino un vuelco emocional, como si ambos intentáramos sostenernos mutuamente sin saber muy bien cómo. Alma se separó apenas unos centímetros para tomar aire.

—Lukas…

La rodeé con los brazos, tal vez con demasiada fuerza, pero me dio igual. Escondí el rostro en su cuello, respirando su olor despacio, y ella comprendió al instante que algo iba mal porque empezó a acariciarme el cabello con suavidad para calmarme. Ese gesto terminó por desarmarme.

—Me estás asustando —susurró.

Cerré los ojos, sintiendo el peso de mis propios temores.

—A mí también me asusta esto.

Ella levantó la cabeza lentamente.

—¿El peligro?

La miré, dejando que la verdad saliera antes de que pudiera detenerla.

—Lo mucho que me importas.

Se hizo un silencio absoluto. Alma contuvo la respiración y abrió los ojos, sorprendida, porque sabía que yo nunca hablaba así. Y, sin embargo, allí estaba, completamente perdido por ella. Le acaricié la mejilla con el pulgar.

—No sé hacer esto bien.

—Yo tampoco —respondió, con una voz pequeñita y casi rota.

Dios, aquella mujer. La besé otra vez, ahora con más lentitud e intimidad. Ella se pegó a mi cuerpo buscando lo mismo que yo: calma, seguridad y algo real a lo que aferrarse. Por primera vez en muchísimo tiempo, sentí que ya no estaba solo.

Horas después, seguíamos en el salón con las luces bajas mientras la lluvia golpeaba los ventanales. Alma descansaba acurrucada contra mi pecho en el sofá y yo repasaba mentalmente todo lo que mi padre había dicho, y, sobre todo, lo que había callado. Ella levantó la vista.

—¿Qué ha pasado en Madrid?

No quería mentirle más, así que respiré hondo y le solté todo: Klaus, la corrupción, las sospechas, la investigación de su madre, el miedo y el silencio que lo envolvió todo. Al terminar, Alma se había quedado aún más pálida.

—Entonces mi madre realmente descubrió algo enorme.

—Sí.

—Y alguien quiso silenciarla.

No respondí; ambos conocíamos la respuesta implícita. Ella cerró los ojos un instante.

—Tengo miedo, Lukas.

Le apreté la mano con firmeza.

—No voy a dejar que te pase nada.

Me miró largamente, intentando calibrar el peso de mi promesa. Fue entonces cuando recordé el papel. Saqué de la chaqueta la nota doblada con la dirección que le había sacado indirectamente a Klaus antes de marcharme y se la entregué. Alma la desdobló despacio y frunció el ceño al leerla. Era una ubicación antigua de Málaga.

—¿Qué es esto?

La miré fijamente, sintiendo de nuevo esa opresión en el pecho.

—Creo que la llave abre algo allí.

Capítulo 27



Alma

La lluvia convirtió el puerto de Málaga en un escenario fantasmal, oscuro, mojado y hostil. Las luces lejanas de las grúas semejaban ojos gigantes que nos vigilaban desde la niebla mientras el coche de Lukas avanzaba despacio por una carretera industrial sembrada de charcos y naves abandonadas.

Yo llevaba quince minutos muda porque temía pronunciar en voz alta lo que ambos dábamos por sentado: que mi madre manejaba información tan grave que alguien decidió deshacerse de ella, y que toda mi vida se había edificado sobre un entramado de mentiras. Volví a mirar el papel con la dirección del viejo almacén portuario, una zona prácticamente abandonada. El lugar idóneo para esconder secretos incómodos y traumas familiares.

—No me gusta esto —murmuré.

Lukas tampoco parecía cómodo; conducía con la mandíbula apretada y las manos rígidas sobre el volante.

—A mí tampoco.

Eso no ayudó; nada lo hacía últimamente. El coche se detuvo frente a un edificio enorme de ladrillo oscuro que parecía muerto. Tenía las ventanas rotas, las puertas oxidadas y un silencio sepulcral que solo rompía el rumor lejano del mar y el golpeteo del agua contra el metal. Tragué saliva, intentando aligerar la tensión.

—Dime que esto no es el inicio de una película donde morimos en los primeros veinte minutos.

Lukas me miró de reojo.

—Tú sobrevivirías solo por hablar tan rápido que el asesino no tendría tiempo de reaccionar.

—Eso ha sido ofensivo.

—Pero exacto.

Odiaba que, incluso en mitad de aquel desastre, consiguiera hacerme sonreír.

Bajamos del coche y el aire nos recibió cargado de humedad, salitre y óxido. Lukas rodeó el capó de inmediato para colocarse a mi lado, protector, y mi cuerpo ya empezaba a asimilar esa cercanía como algo peligrosamente necesario. La puerta principal cedió con un empujón y entramos a la oscuridad. El frío y el eco de nuestros pasos sobre el cemento viejo nos envolvieron.

El almacén parecía abandonado desde hacía décadas, pero al iluminar el suelo notamos marcas recientes, cajas movidas y polvo removido. Lukas se tensó al instante.

—Alguien ha estado aquí.

El corazón me dio un vuelco desagradable.

—No me gusta cómo suena eso.

Él encendió la linterna del móvil, barriendo el fondo de la nave hasta dar con una pequeña oficina cerrada por una puerta metálica antigua. Se me atascó la respiración en la garganta. Incluso desde la distancia, experimenté una sensación extraña, como si aquel rincón hubiera estado esperando mi regreso. Nos aproximamos despacio mientras la llave me pesaba en el bolsillo como si cobrara vida propia. Lukas examinó la cerradura y me miró.

—¿Lista?

No lo estaba, pero asentí. Saqué la llave con las manos temblorosas y erré el primer intento de meterla en el ojo de la cerradura. Mierda.

Respiré hondo, probé por segunda vez y encajó a la perfección. El chasquido metálico al girar me atravesó el pecho. La puerta cedió con un gemido y el pasado estalló ante nosotros.

La oficina olía a papel viejo y a secretos confinados. Había archivadores metálicos, cajas amontonadas, fotografías y un ordenador antiquísimo cubierto por una lona gris. Todo permanecía congelado en el tiempo, como si alguien se hubiera huido a toda prisa para no regresar jamás. El pulso se me disparó cuando Lukas cerró la puerta a nuestras espaldas.

—Alma…

No lo escuché. Mis ojos se habían clavado en una pequeña caja de madera oscura con una etiqueta manuscrita: «Claudia Vega». Mi madre. Sentí que el aire no me llegaba a los pulmones y me acerqué despacio, con las piernas inestables, como si mi propio cuerpo comprendiera antes que mi cabeza que lo que había allí dentro iba a cambiarlo todo.

Me arrodillé y abrí la tapa con dedos torpes. Había cartas, cuadernos, fotos dobladas, documentos oficiales y varias cintas de casete. Me quedé paralizada. Mi madre dejaba de ser una ausencia abstracta; aquello era real, ella había tocado esos objetos y escrito esas palabras antes de esconderlos.

Lukas se agachó a mi lado en silencio, y se lo agradecí en el alma, porque si alguien me hubiera dicho que me tranquilizara en ese momento, habría estallado. Tomé uno de los cuadernos y su caligrafía me golpeó: elegante, inclinada, familiar de un modo extrañísimo porque apenas la recordaba, pero mi interior la reconoció al instante. Abrí una página al azar y leí: «Hay nombres que empiezan a repetirse demasiado». Se me heló la sangre. Pasé las hojas entre fechas, puertos, transferencias y empresas pantalla. Había nombres subrayados, y uno destacaba sobre el resto: Schneider.

Miré a Lukas de inmediato y él también lo leyó, pero antes de que cruzáramos una palabra, descubrí una grabadora antigua con una cinta introducida.

—¿Funciona? —mi voz sonó rota.3

Lukas la revisó; por suerte o por desgracia, el aparato aún conservaba algo de batería. El clic del reproductor resonó en el habitáculo seguido de un rastro de estática. Entonces, surgió una voz suave, temblorosa y femenina. Mi madre. Me quedé inmóvil, escuchándola por primera vez en toda mi vida.

—*Si alguien encuentra esto…* —me tapé la boca mientras las lágrimas afloraban sin control—, *significa que probablemente he cometido un error terrible.*

La respiración comenzó a fallarme y Lukas me sujetó por la cintura porque sintió que me venía abajo. La grabación continuó entre interferencias.

—*Hay personas peligrosas implicadas… empresarios… acuerdos internacionales… corrupción…* —tras otro tramo de ruido, llegó la frase que me destrozó—: *Si algo me ocurre… no fue un accidente.*

El mundo desapareció. La oficina, la lluvia, el aire... todo se borró salvo esa certeza brutal: mi madre tuvo miedo antes de morir.

Me doblé hacia delante, rota por un dolor animal y profundo, y Lukas me cobijó contra él con fuerza, con una mano en mi nuca y la otra firme en mi cintura.

—Shh… Alma…

No podía parar. Llevaba toda la vida extrañando a una persona que, ahora lo sabía, pasó sus últimos días aterrorizada, y nadie se había atrevido a decirme la verdad. Nadie.

No sabía cuánto tiempo transcurrió hasta que recuperé cierta lucidez, pero seguía aferrada al pecho de Lukas cuando reanudé la revisión de los legajos. Fue entonces cuando todo empeoró al tropezar con el nombre de mi padre una, dos y tres veces: «Héctor Medina». Informes, minutas de reuniones y anotaciones al margen escritas por mi madre.

—No —solté, mientras Lukas se tensaba a mi lado—. No, mi padre no pudo hacerle daño.

—No sabemos qué significa todavía, Alma.

—¡Tú no conoces a mi padre! —mi voz rebotó contra las paredes metálicas, descontrolada e histérica. Lukas intentó dar un paso hacia mí —. ¡No! —retrocedí, con la rabia y la confusión mezclándose en el llanto —. Todo el mundo está metido en esto. Tu padre, mi madre y ahora el mío. ¿Qué se supone que debo pensar?

Él estiró la mano para tocarme el brazo, pero la esquivé.

—Alma, por favor…

—No puedo respirar aquí dentro.

Y salí de la oficina prácticamente corriendo.

Conduje hasta la casa de mi padre como una loca, con el agua golpeando el parabrisas y las manos rígidas sobre el volante. Lukas me llamó cuatro veces, pero no atendí el teléfono; escuchar su voz me habría quebrado del todo y necesitaba llegar entera, o al menos lo suficientemente entera como para exigir cuentas.

La residencia de mi padre estaba iluminada. Entré sin llamar y Héctor apareció de inmediato en el salón.

—¿Alma? —se detuvo al ver mi rostro, perdiendo el color al instante —. ¿Qué ha pasado?

Saqué uno de los documentos arrugados del bolso y se lo lancé a los pies.

—Eso mismo quiero saber yo.

Mi padre bajó la vista hacia el papel y su silencio posterior lo confirmó todo. Sentí un crujido definitivo en mi interior.

—¿Qué me ocultaste?

—Alma…

—¡No! No intentes calmarme. ¡Estoy harta de que todo el mundo me mienta!

—Intentaba protegerte —admitió él, con la voz tan temblorosa como la mía.

Solté una carcajada rota y amarga.

—¡He vivido una mentira toda mi vida!

Mi padre se pasó una mano por el rostro, y de pronto parecía un anciano derrotado y cansado.

—No entiendes lo peligroso que era todo aquello.

—¡Pues explícamelo de una vez!

Solo el repiqueteo de la lluvia en los cristales llenó el vacío entre nuestras respiraciones agitadas. Mi padre cerró los ojos y, al abrirlos, se le vio devastado.

—Tu madre descubrió una red de corrupción enorme relacionada con contratos internacionales marítimos.

El ambiente se volvió mucho más frío.

—¿Y tú lo sabías?

—Sí.

—¿Estabas implicado?

—¡No! —lo dijo tan rápido que quise creerle, pero ya no sabía en qué aferrarme.

—Entonces, ¿qué hiciste?

Mi padre tragó saliva, con la mirada perdida.

—Intenté convencerla de que parara. Claudia no escuchaba a nadie cuando creía que algo era injusto; quería sacarlo todo a la luz, pensaba que podía arreglarlo ella sola —la descripción se parecía tanto a mí que me dolió la garganta—. Yo sabía que era peligroso, que había gente muy poderosa detrás.

—¿Y aun así la dejaste seguir?

El dolor que cruzó sus facciones fue real y descarnado.

—Jamás pensé que llegarían a matarla.

El silencio regresó, espeso y acusador. Las lágrimas volvieron a brotar, esta vez cargadas de decepción.

—¿Y qué hiciste después? —inquirí en un hilo de voz.

Mi padre me miró como si viera cómo me alejaba para siempre.

—Te protegí.

—No —negué con la cabeza, dando un paso atrás—. Me mentiste.

Mi padre intentó acercarse.

—Alma…

—No me toques ahora mismo.

Esa última frase pareció desmoronarlo del todo. Mi padre nunca había temido perder sus empresas, su dinero o su estatus, pero la perspectiva de perderme a mí lo aterrorizaba. Por primera vez en mi vida, no me importó su miedo, porque yo estaba rota de arriba abajo.

No recordaba del trayecto de vuelta. Solo recordaba el llanto y una tremenda sensación de desamparo.

Mi madre había muerto protegiendo un secreto, mi padre me había ocultado la verdad durante décadas, mis abuelos estaban al tanto y Lukas formaba parte de ese mismo entramado por culpa de su apellido. Ya no sabía dónde acababa la realidad y dónde empezaba la manipulación.

Cuando alcancé la villa, percibí algo extraño: la puerta principal estaba entornada. El corazón me dio un vuelco. No, no, no.

Empujé la madera despacio y el suelo volvió a desaparecer bajo mis pies. El salón estaba destrozado: los cojines por el suelo, los cajones volcados, cristales rotos y papeles esparcidos por todas partes. Habían entrado en mi casa, y sabía perfectamente qué era lo único que buscaban. Los documentos.

Capítulo 28



Lukas

La llamada de Alma me llegó mientras salía del aparcamiento subterráneo de *Medina Global Tech*. No saludó, ni siquiera respiró antes de soltar las cuatro palabras que detuvieron mi mundo por completo: «Han entrado en mi casa». El volante crujió bajo la presión de mis manos.

—¿Estás bien?

Se produjo un silencio espeso, demasiado prolongado. Al otro lado de la línea solo escuchaba su respiración entrecortada y temblorosa, hasta que finalmente pronunció mi nombre en un susurro: «Lukas…».

La forma en que lo dijo, asustada, pero intentando mantenerse entera, me destrozó el pecho. Comprendí de inmediato que aquello ya no era un simple juego corporativo; se habían acabado las filtraciones, los chantajes y las disputas de dinero. Alguien había cruzado una línea maldita.

—¿Dónde estás exactamente?

—En casa.

—No te muevas.

—No necesito…

—Alma —la interrumpí, con una voz tan severa que la hizo callar.

Metí el coche en dirección prohibida nada más salir del parking. Me importaron un demonio los semáforos, las normas de tráfico y las multas; todo desapareció de mi mente. Solo tenía una imagen fija grabada en la cabeza: Alma sola, indefensa, y un extraño invadiendo el lugar donde ella dormía cada noche. El trayecto hasta Málaga Este se convirtió en un borrón difuminado por la lluvia, la rabia y la adrenalina. No recuerdo un solo cruce, solo el momento de llegar y verla.

Estaba en mitad de un salón destrozado, descalza, envuelta en una sudadera gris enorme y con el pelo revuelto. Tenía los ojos verdes completamente abiertos por el pánico, y verla así me hizo perder la cabeza. Alma siempre parecía invencible, demasiado ruidosa, brillante y llena de vida, pero esa noche mostraba una vulnerabilidad que me encendió una furia fría y peligrosa en el pecho. Era la clase de rabia controlada que destruye cosas lentamente.

Cerré la puerta a mis espaldas y crucé la estancia en tres zancadas. Ella amagó con hablar, pero no la dejé; la atraje hacia mí en un abrazo firme, tal vez demasiado brusco, pero me dio igual. Al notar cómo temblaba su cuerpo contra el mío, mi autocontrol terminó de saltar por los aires.

—¿Te han hecho daño?

—No estaba aquí cuando pasó —negó con la cabeza, hundiendo el rostro en mi pecho.

Gracias a Dios. Cerré los ojos un segundo y aspiré el aroma de su cabello, comprobando físicamente que seguía entera, que estaba viva. Cuando intentó tomar un poco de distancia, la sujete con firmeza por la nuca para obligarla a mirarme.

—¿Estás segura de que no había nadie cuando llegaste?

—Sí.

—¿Has tocado algo?

—Solo intenté comprobar qué faltaba.

Eché un vistazo alrededor. El salón parecía una escena de guerra: cajones arrancados de cuajo, papeles esparcidos, cristales rotos, la estantería abierta y los cuadros movidos. No era un robo común; no se habían molestado en llevarse los televisores, las joyas o el dinero en efectivo. Aquello era una búsqueda metódica, desesperada y profesional que me revolvió el estómago. Significaba que alguien conocía nuestro hallazgo en el almacén. Nos estaban vigilando.

La solté despacio y comencé a inspeccionar la vivienda mientras mi cerebro regresaba de forma automática al modo analítico de evaluación de amenazas. El despacho de Alma estaba completamente patas arriba, los archivadores vacíos y el portátil tirado en el suelo. Me agaché para revisar las conexiones, los discos externos y los cables, pero no encontré nada. Buscaban información muy específica, datos y documentos físicos.

—¿Qué había aquí? —pregunté, señalando un cajón.

Alma apareció a mi espalda, aún más pálida y rota bajo la luz directa.

—Documentos antiguos de mi madre.

Un escalofrío desagradable me recorrió la espina dorsal.

—¿Y?

—Ya no están.

Mierda. Me pasé una mano por la mandíbula intentando procesarlo todo a contrarreloj. La llave, el almacén, la grabación, los nombres, Arturo Linares, Schneider… Las piezas encajaban demasiado deprisa y alguien intentaba borrar el rastro antes de que avanzáramos más. Me giré hacia ella.

—Desde este momento no vas a quedarte sola.

Alma alzó la barbilla de inmediato, orgullosa a pesar de su fragilidad.

—No necesito que me rescaten.

—Pues mala suerte, porque pienso quedarme igualmente —me acerqué hasta acortar cualquier distancia.

Sus ojos vacilaron solo un instante, revelando el miedo y esa dolorosa necesidad de apoyarse en alguien que tanto detestaba. Me dolió verla así. Ella desvió la mirada primero.

—Eres insoportable.

—Y tú una temeraria.

—No voy a esconderme.

—No te he pedido que lo hagas —la obligué a mirarme de nuevo—. Te he dicho que no pienso dejar que te pase nada.

El repiqueteo de la lluvia contra los ventanales llenó el salón destrozado, pero durante un segundo el entorno se desvaneció y solo existimos nosotros dos: ella respirando de forma agitada y yo conteniendo los impulsos violentos que me provocaba saber que habían violado su intimidad.

—Tengo miedo, Lukas —admitió por fin en un hilo de voz. Aquella confesión terminó por desarmarme, porque Alma jamás reconocía sus temores. Le aparté un mechón de pelo de la cara con suavidad.

—Lo sé.

Por primera vez desde que la conocía, no discutió.

Una hora más tarde, un equipo de seguridad privada ya patrullaba el perímetro de la villa. Cambié las cerraduras, instalé sistemas de vigilancia temporal y me puse en contacto con un especialista en ciberseguridad corporativa en Hamburgo. Si alguien pretendía acercarse de nuevo a Alma, se toparía con un muro infranqueable. Ella protestó exactamente doce veces mientras realizaba las gestiones.

—No necesito un ejército privado.

—Perfecto, porque técnicamente son solo cuatro hombres armados.

—¡Lukas!

—Alma.

Candela, que permanecía sentada en el sofá con una copa de vino que había rescatado intacta, levantó la mano para intervenir.

—Yo voto a favor del alemán psicópata protector.

Alma la fulminó con la mirada.

—No estás ayudando.

—Claro que sí, estoy viva gracias a mi cobardía natural —replicó Candela antes de dirigirse a mí—. Aunque debo admitir que esto empieza a parecerse demasiado a un documental de Netflix sobre millonarios asesinados.

No tenía maldita la gracia, y por la rigidez en la mandíbula de Alma, supe que ella tampoco le veía el humor a la situación.

A la mañana siguiente entré en la empresa antes de las siete en busca de respuestas inmediatas. La planta ejecutiva permanecía medio vacía, lo que significaba menos ojos y menos ruido. Me dirigí directo al despacho de Paula Ferrer, quien levantó la vista de su portátil y frunció el ceño al verme.

—Tienes cara de querer cometer delitos financieros.

Cerré la puerta a mis espaldas, asegurando la privacidad.

—Han entrado en casa de Alma.

La ironía se borró al instante del rostro de Paula, que se quedó petrificada.

—¿Qué?

Le expuse los hechos: el registro de la casa, los documentos robados y los nombres que habíamos descubierto en el almacén portuario. Al pronunciar el nombre de Arturo Linares, percibí un sutil cambio en su expresión. Lo detecté al vuelo.

—Sabes algo.

Paula cruzó los brazos, manteniendo una elegancia innata a pesar de la tensión.

—Llevo semanas revisando movimientos financieros internos. Hay transferencias trianguladas mediante empresas fantasma vinculadas directamente al consejo de administración.

Mi pulso se ralentizó, volviéndose frío y calculador.

—¿Arturo?

—No puedo demostrarlo todavía —asintió ella despacio.

—Necesito pruebas sólidas.

Paula me sostuvo la mirada durante unos segundos eternos antes de verbalizar lo que ambos dábamos por sentado:

—¿De corrupción o de intento de homicidio?

Un eco oscuro se asentó en mi interior. Por primera vez, aquella palabra dejaba de ser una exageración abstracta para convertirse en una amenaza real.

—Empiezo a pensar que de ambas cosas —respondí con voz gélida.

Arturo Linares llevaba veinte años en el consejo directivo de *Medina Global Tech*. A sus sesenta y dos años, poseía una sonrisa impecable, trajes de corte italiano, un historial de donaciones benéficas y un encanto magnético ante las cámaras; sin embargo, por dentro estaba completamente podrido. Cuanto más profundizaba en su historial, peor olía todo.

Paula me facilitó acceso discreto a los registros internos antiguos: contratos portuarios, transferencias internacionales y empresas pantalla que se volatilizaban meses después de recibir sumas millonarias. Los mismos nombres se repetían en un bucle cerrado, y Arturo figuraba demasiado cerca de todos ellos como para considerarlo una simple coincidencia.

Me encerré en el despacho a examinar los archivos durante horas, hasta que un apunte contable me heló la sangre. Era un pago efectuado hacía más de dos décadas a través de una firma intermediaria alemana que incluía una rúbrica parcial: *K. Schneider*.

Me quedé petrificado contemplando la pantalla. Mi padre aparecía de nuevo en la ecuación. La rabia regresó con fuerza porque seguía sin conocer el alcance real de su implicación y, lo que era peor, ya no sabía cómo proteger a Alma de esa verdad.

Mientras tanto, Alma y Candela continuaban examinando el contenido de la caja que rescatamos del almacén.

Las encontré horas después en la sala privada del archivo jurídico, rodeadas de papeles, tazas de café frío y con unas ojeras que delataban el cansancio acumulado. Candela se había recogido el pelo con un bolígrafo y parecía al borde del colapso, mientras que Alma volvía a estar descalza en el suelo, con una carpeta abierta sobre las piernas. Su expresión distante y gélida me puso en alerta de inmediato; el silencio en ella nunca vaticinaba nada bueno.

—¿Qué habéis encontrado?

Candela levantó una hoja de papel con dedos temblorosos.

—Pagos ilegales.

Mi estómago se contrajo. El mutismo de Alma hizo que la situación resultara aún más tensa. Me acerqué para tomar el documento y examinar el desglose de transferencias, sobornos, empresas de transporte y nombres de consejeros.

Arturo Linares figuraba en varias casillas, pero justo debajo aparecía *Schneider Holdings*. Sentí que la sangre se me congelaba en las venas y el ambiente se volvió insoportable. Candela nos observaba alternativamente, consciente de que manejábamos una bomba de relojería. Alma levantó por fin la vista y la desconfianza que brillaba en sus ojos me atravesó el pecho. No era total, pero sí suficiente para abrir una brecha entre los dos.

—¿Qué ocurre? —pregunté con cautela.

—Nada.

—Alma —insistí, sabiendo que mentía.

Cerró la carpeta despacio, mostrando una rigidez artificial y excesivamente controlada.

—¿Tu padre estaba implicado o no?

Ahí estaba la pregunta imposible que llevaba esquivando desde mi viaje a Madrid, y el hecho de no tener una respuesta clara constituía el verdadero problema. Guardé silencio un segundo de más, y vi el dolor reflejarse de inmediato en sus facciones. Un dolor sutil pero demoledor.

—Eso pensaba.

—No lo sé —admití finalmente, con la voz más quebrada de lo que pretendía—. Y odio no saberlo.

Ella desvió la mirada, lo que me causó una herida profunda. Me arrodillé a su altura despacio, buscando recuperar el contacto visual.

—Escúchame, Alma.

No hubo respuesta.

—Alma.

Por fin me miró, con los ojos empañados por el agotamiento emocional.

—Quiero confiar en ti.

Esas palabras me calaron hondo, porque no implicaban una pérdida de confianza, sino el pánico ciego que le producía la idea de entregarse a ella. Comprendía sus motivos a la perfección. Le tomé la mano con suavidad.

—Mi padre me ocultó muchas cosas, pero yo no voy a mentirte jamás.

—¿Aunque la verdad te destruya también a ti?

La interrogante quedó flotando en el aire de la sala, cruda, dolorosa y real, porque la respuesta era afirmativa: aquello nos iba a arrastrar a todos. Le apreté los dedos con suavidad.

—Aunque me destruya.

Candela se puso en pie con movimientos lentos, rompiendo la rigidez del momento.

—Voy a por café antes de que esta tensión provoque un incendio forestal.

Nadie replicó. La puerta se cerró a sus espaldas y volvimos a quedar a solas en mitad del caos, como siempre. Alma inspiró aire con dificultad.

—Tengo miedo de descubrir que todo está conectado.

—Lo está.

—No me ayudas, Lukas.

Le acaricié la mejilla y ella cerró los ojos un instante, apoyándose en la calidez de mi mano. Ese mínimo gesto me dio la vida, porque demostraba que seguía permitiendo mi cercanía a pesar de las dudas que la asaltaban.

Aquella noche la llevé a mi casa sin darle opción a réplica, y para mi sorpresa, no opuso resistencia. Su docilidad me preocupó aún más; Alma solo se resignaba al silencio cuando sus fuerzas estaban al límite.

Mientras la lluvia continuaba azotando Málaga, me instalé en el despacho a revisar los legajos una vez más. Ella se había acomodado en el sofá de la terraza acristalada, tapada con una manta y contemplando el mar oscuro, absorta en sus propios pensamientos. Me resultaba imposible concentrarme; levantaba la vista cada pocos minutos solo para asegurarme de que seguía allí. Era una actitud obsesiva y descontrolada, pero real.

De pronto, mi teléfono vibró sobre el escritorio con una llamada de número oculto. Respondí de inmediato, pero solo obtuve una línea muerta seguida de un chasquido. Segundos después, entró un mensaje con un archivo adjunto. Al abrirlo, el mundo se detuvo: era una fotografía de Alma entrando en su vivienda esa misma noche, tomada desde la distancia con un teleobjetivo. Nos habían estado vigilando. Justo debajo de la imagen, aparecía una advertencia: *«La próxima vez no fallaremos»*.

Sentí un estallido frío, oscuro y violento dentro de la cabeza. Alcé la vista despacio hacia la terraza. Alma continuaba ajena a todo, observando caer el agua sin saber que acababan de amenazar su vida de forma directa. En ese preciso instante comprendí algo alarmante sobre mí mismo: ya no existían límites para lo que sería capaz de hacer con tal de mantenerla a salvo.

Capítulo 29



Alma

El problema del miedo era que nunca venía solo; desembarcaba acompañado de imágenes mentales, posibilidades nefastas y conjeturas que se instalaban bajo la piel hasta corromperlo todo desde dentro. Desde el momento en que Lukas me mostró aquella fotografía con el mensaje *«La próxima vez no fallaremos»*, no había recuperado el ritmo normal de mi respiración.

El texto se repetía en mi cabeza como un eco demente y me asaltaba en mitad de la ducha, al intentar conciliar el sueño o mientras fingía prestar atención en reuniones donde nadie parecía notar que mi existencia se había transformado en un thriller financiero.

Aunque tal vez sí lo percibían, porque *Medina Global Tech* ardía por los cuatro costados a ojos del público y la situación empeoraba cada mañana. La prensa nos estaba despedazando mediante filtraciones y rumores que alimentaban la especulación. Los titulares sobre conexiones internacionales de corrupción y la investigación de movimientos irregulares en el consejo provocaron el desplome de las acciones.

Los inversores llamaban en masa y los periodistas se agolpaban a las puertas de la sede como buitres con conexión a internet. Lo peor era ver a mi padre desmoronarse poco a poco; Héctor Medina siempre había sido un pilar indestructible, el estratega que controlaba cualquier imprevisto, pero ya no quedaba rastro de ese hombre. Lo encontraba ausente, envejecido y sumido en una culpa asfixiante que se hacía evidente cada vez que surgía el nombre de mi madre o indagaba en los antiguos contratos.

Candela se instaló en mi casa de forma literal. Apareció una mañana arrastrando tres maletas, una caja de cápsulas de café y una botella de vino blanco de dimensiones considerables.

—He tomado una decisión.

La observé desde la isla de la cocina mientras lidiaba con el correo hostil de un fondo de inversión francés.

—Tengo miedo de preguntar.

—Voy a instalarme aquí temporalmente.

—Candela…

—Alguien debe vigilar que no cometas una locura emocional —sentenció, dejando el equipaje en mitad del salón como si fuera la dueña legítima—. Estás a dos crisis nerviosas de ocultar pruebas delictivas en la piscina infinita.

—Eso es un escenario bastante específico.

—Veo demasiados documentales sobre crímenes.

Lamentablemente, sus sospechas eran acertadas. Llevaba días manteniéndome en pie a base de café, ansiedad, rabia y una fijación obsesiva; la combinación idónea para acabar en un calabozo internacional. Ella regresó de la cocina dándole un mordisco a una tostada.

—Además, si salimos vivas de esta, vas a requerir terapia de choque y un descanso afectivo.

—Candela, por favor —le pedí cerrando los ojos.

—Yo solo propongo soluciones globales.

—Voy a tener que rescindir nuestro contrato amistoso.

—Es inviable; firmamos un acuerdo indefinido en el patio del colegio hace veinte años.

A pesar de la gravedad de la situación, logré sonreír. Fue un amago leve, pero suficiente para percatarme de una realidad incómoda: me estaba acostumbrando con demasiada presteza a depender de los demás. De Candela. De Lukas. Y esa pérdida de autosuficiencia me aterraba.

Lukas se había vuelto insoportablemente protector, sobrepasando sus propios estándares de control. Supervisaba personalmente los accesos a la finca, me telefoneaba cada dos horas y mantenía un retén de vigilancia en los alrededores. Lo verdaderamente preocupante no eran sus medidas, sino el hecho de que mi propio cuerpo se relajara de inmediato en cuanto él cruzaba la puerta.

Mi sistema nervioso parecía haber dictaminado que aquel alemán de complexión atlética constituía un refugio seguro. Una traición en toda regla a mis principios de independencia.

Esa misma tarde se presentó en mi despacho sin previo aviso, luciendo un traje oscuro y con la mandíbula rígida de quien ha pasado la última hora profiriendo amenazas en su idioma natal. Pese a todo, mi corazón dio un vuelco absurdo.

—Hola a ti también, psicópata del control —saludé sin apartar la vista de la pantalla.

Él entornó la puerta a sus espaldas.

—Has ignorado tres de mis llamadas.

—Estaba atendiendo mis obligaciones.

—Estabas inaccesible.

—Estoy en mi mesa de trabajo, Lukas.

Se aproximó con lentitud, mostrando esa calma tensa que siempre precedía a la tormenta.

—Alma.

—Lukas.

El despacho quedó sumido en un silencio cargado de magnetismo. Se apoyó contra el borde del escritorio, clavando sus ojos gris azulado en mí.

—No puedes ir sola por ahí bajo ninguna circunstancia.

La advertencia espoleó mi ira. El miedo solía transformarse en un mecanismo de defensa irascible en mi interior.

—No pienso vivir como si fuera una monja de clausura.

—No te he pedido eso.

—Es lo que estás dando a entender.

—Te recuerdo que hay una amenaza de muerte real sobre la mesa.

La crudeza de sus palabras congeló la estancia y me cortó la respiración. Verbalizar el peligro lo volvía demasiado real, despojándolo de cualquier pátina de irrealidad. Bajé la cabeza, maldiciendo la situación y el hecho de que tuviera toda la razón. Lukas exhaló un suspiro y dulcificó el tono.

—No pretendo coartar tu libertad, Alma —añadió, obligándome a mirarlo con la intensidad de sus ojos—. Intento no perderte.

El impacto de sus palabras me dio de lleno en el pecho. Desvía la mirada de inmediato para no claudicar ante mis propias emociones.

—Eso ha sido un golpe bajo y manipulador.

—Y tú rehúses mirarme a la cara.

—Porque resultas exasperantemente atractivo cuando te pones sentimental.

Una leve sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—Me tomaré eso como un elogio.

—No te acostumbres.

A pesar de mis reticencias, terminé por romper la distancia. Me puse en pie, me acerqué a él y apoyé la frente contra su pecho durante unos instantes, buscando el amparo de su respiración. Sus brazos me rodearon al segundo con una firmeza que me hizo olvidar el pánico por un momento. Su cuerpo parecía haber memorizado el lugar exacto donde yo encajaba.

Sin embargo, el terror regresaba invariablemente con la caída de la noche, el momento idóneo para que los peores presagios cobraran fuerza. Esa velada fue especialmente dura.

Lukas se había quedado retenido en la sede gestionando una urgencia con unos fondos de inversión de Hamburgo; Candela se había retirado a la habitación de invitados tras consumir media botella de vino frente a vídeos de teorías conspirativas en internet, y yo cometí la imprudencia de examinar en solitario uno de los discos duros que recuperamos de la nave industrial.

Conecté el dispositivo al portátil en la terraza acristalada mientras el agua azotaba los cristales. Odiaba las tormentas de verano.

Me temblaban las manos debido a una mezcla de ansiedad y presentimiento. La pantalla tardó unos instantes en desplegar el árbol de carpetas antiguas hasta que di con una titulada *«CLAUDIA — PERSONAL»*.

El corazón me dio un vuelco. Al abrirlo, aparecieron numerosos archivos de vídeo fechados hacía más de dos décadas. Tragué saliva y reproduje el primero.

La imagen se mostró inestable, con la textura típica de una grabación doméstica de la época, y entonces su rostro llenó la pantalla. El de mi madre.

Me quedé completamente inmóvil contemplándola; era un ser real, moviéndose y esbozando una sonrisa cansada mientras encuadraba la óptica. Las lágrimas afloraron al instante. El parecido físico era innegable: compartíamos la misma mirada, el movimiento idéntico de las manos al expresarse y esa tensión interna disimulada bajo una aparente serenidad. Su voz me caló hondo.

—*Si estás viendo esto…* —se me cortó la respiración mientras me cubría la boca con las manos—*, significa que algo ha salido mal.*

Permanecí clavada a la silla. En la pantalla, mi madre suspiró con expresión fatigada y asustada, pero con una determinación inquebrantable.

—*Estamos muy cerca de demostrarlo todo.*

Aquel plural me hizo fruncir el ceño, y de inmediato comenzaron a desfilar los nombres: el de mi padre, Klaus y un tercer individuo al que no logré identificar. Ella siguió hablando.

—Los contratos marítimos se han estado empleando durante años para desviar capitales ilícitos entre corporaciones europeas. Sobornos, fraude fiscal y blanqueo de fondos. Héctor sostiene que aún estamos a tiempo de frenarlo desde el aparato interno.

Mi padre. Dios santo, mi padre figuraba en el centro de la trama; tal vez no como un ejecutor directo, pero sí como un engranaje.

La secuencia cambió tras un parpadeo de estática y dio paso a la figura de un Klaus Schneider más joven, cuyos rasgos fríos denotaban una honda preocupación mientras discutía con alguien fuera de plano. La voz de mi madre se escuchó de nuevo.

—Klaus ha interceptado documentación relevante. Si logramos hacer públicos los nombres de los implicados antes de levantar sospechas… —la cinta sufrió un corte antes de reanudarse, mostrando un pánico evidente en su rostro—. *Alguien está filtrando nuestros movimientos desde dentro del grupo. Nos han traicionado.*

La estancia se volvió fría y mi respiración comenzó a acelerarse. La cámara osciló y entonces pronunció el nombre definitivo: Arturo. Sentí que la sangre se me congelaba en las venas. Mi madre cerró los ojos antes de sentenciar.

—Arturo Linares maneja mucha más información de la que admite. Si algo me ocurre, no confiéis en ningún miembro del consejo de administración. Especialmente en Arturo Linares.

El pánico me atenazó las entrañas; aquello ya no constituía una simple sospecha, sino una prueba explícita de cargo. Me dispuse a abrir el siguiente archivo de vídeo cuando, de golpe, el suministro eléctrico de la casa se interrumpió, sumiendo la estancia en una oscuridad absoluta. El ordenador se apagó de inmediato, la música cesó y el silencio se volvió sepulcral, anulando incluso el rumor de la tormenta.

Tardé un par de segundos en reaccionar, un tiempo precioso que resultó fatal, porque acto seguido percibí un sonido nítido: unos pasos lentos y pesados moviéndose en el interior de la vivienda, aproximándose hacia mi posición.

—¿Candela? —pregunté, poniéndome en pie de un salto y derribando la silla en el proceso.

Solo obtuve silencio por respuesta. Mierda. Traté de localizar el teléfono móvil sobre la mesa a ciegas, pero mis manos no encontraron nada.

Los pasos continuaron avanzando con una parsimonia aterradora. Retrocedí por puro instinto hasta que mi espalda chocó contra el ventanal helado de la terraza, con la negrura como única perspectiva.

Fue entonces cuando una voz masculina, grave, desconocida y dotada de una tranquilidad espeluznante, surgió de la penumbra del salón.

—Deberías haber dejado el pasado enterrado.

Capítulo 30



Lukas

El tráfico de la autovía del Mediterráneo era un infierno de luces rojas y asfalto brillante por la lluvia.

Había salido de la sede de *Medina Global Tech* con una opresión insoportable en el pecho, una de esas corazonadas que mi herencia alemana siempre intentaba racionalizar, pero que mi instinto no podía ignorar.

El teléfono móvil, encajado en el salpicadero, vibró de repente. Era una alerta del sistema de seguridad perimetral que había instalado en la villa de Alma: "Pérdida de señal de red y fallo de alimentación general".

—*Mierda, mierda, mierda* —murmuré, golpeando el volante con el puño.

Traté de llamar a Alma, pero saltó el buzón de voz. Intenté ponerme en contacto con Candela, con el mismo resultado. La red de la casa estaba completamente caída. Llamé de inmediato a la central del equipo de seguridad privada que custodiaba los exteriores. El operador tardó tres angustiosos tonos en responder.

—Aquí Schneider. ¿Qué demonios pasa en la finca? Tengo un aviso de apagón total.

—Señor Schneider, estamos intentando contactar con las unidades de patrulla en la zona, pero la tormenta ha debido de tumbar un repetidor local. No hay señal de radio ni de telefonía en ese sector de la costa. Enviamos un vehículo de apoyo ahora mismo.

—No esperen a ningún vehículo. Entren ya —ordené, con una frialdad que me congeló las cuerdas vocales—. Entren en la casa. Ahora.

Colgué, pisé el acelerador a fondo y metí el coche por el arcén, esquivando el embotellamiento mientras los neumáticos derrapaban sobre los charcos de agua acumulada.

El motor rugió en mitad de la noche. Estaba a quince minutos de distancia. Quince malditos minutos que, en el peor de los escenarios, podían suponer una vida entera.

La imagen de la fotografía que nos habían enviado el día anterior volvió a cruzarme la mente: la silueta de Alma atrapada en el centro de una diana. La furia y el miedo se mezclaron en mi garganta, transformándose en una adrenalina salvaje. Si alguien osaba tocarla, no habría un rincón seguro en todo el continente donde esconderse de mí.

Cuando el coche derrapó sobre la grava de la entrada de la finca, la estampa era desoladora. La villa permanecía sumida en una oscuridad total, recortada contra el mar embravecido como un coloso de hormigón muerto. No había luces de emergencia, ni guardias en la verja principal, ni rastro de vida. Salté del coche antes de que terminara de frenar por completo, con la lluvia calándome el traje en pocos segundos.

Saqué la linterna y avancé hacia el porche con el pulso acelerado. La puerta principal estaba entornada. No presentaba signos de haber sido forzada con palancas; la cerradura electrónica inteligente simplemente había quedado inoperativa al sabotearse el suministro central. Un trabajo limpio, silencioso y profesional.

Crucé el umbral conteniendo la respiración, con la linterna apagada para no revelar mi posición. El silencio en el interior del inmueble resultaba opresivo, quebrado únicamente por el repiqueteo incesante del agua contra los ventanales y el eco lejano de las olas.

—¿Alma? —susurré en la penumbra.

Un gemido sordo proveniente de la planta baja me puso en alerta. Me deslicé por el pasillo principal con los músculos en tensión, listos para golpear.

Al entrar en la cocina, el haz de luz de mi linterna iluminó una escena que me encendió la sangre: uno de los vigilantes de seguridad yacía en el suelo, inconsciente y con una brecha sangrante en la cabeza. Había sido neutralizado desde atrás de forma fulminante.

Un estrépito metálico resonó entonces en la parte superior, en la terraza acristalada. El sonido de un cristal rompiéndose y el eco de una voz. Subí las escaleras de dos en dos, a oscuras, guiado únicamente por el instinto y una rabia ciega que amenazaba con nublarme el juicio.

Al llegar al rellano del piso superior, los vi a través del marco de la puerta. Alma estaba acorralada contra el gran ventanal de la terraza, con la respiración entrecortada y los ojos fijos en una silueta alta y corpulenta que vestía ropa oscura y un pasamontañas. El intruso sostenía un arma con silenciador, apuntando directamente a su pecho con una calma escalofriante.

—Deberías haber dejado el pasado enterrado —pronunció el hombre, con una parsimonia aterradora.

El tiempo pareció ralentizarse. Vi el dedo del agresor comenzar a presionar el gatillo y, en ese instante, mi cerebro desconectó cualquier rastro de prudencia. Me arrojé hacia el interior de la estancia como un resorte, embistiendo al individuo por el costado antes de que pudiera efectuar el disparo.

El impacto nos hizo rodar a ambos por el suelo, destrozando una mesa auxiliar y esparciendo papeles y tazas por el suelo. El arma salió despedida hacia la oscuridad de la terraza.

El tipo era fuerte, un profesional entrenado que reaccionó de inmediato clavándome un codo en las costillas y propinándome un puñetazo en la mandíbula que me hizo saborear la sangre. Me tambaleé un segundo, pero la visión de Alma, a salvo a pocos metros de distancia, actuó como un analgésico definitivo.

Me abalancé de nuevo sobre él, atrapándole el cuello con el brazo y estampando su cuerpo contra el armazón de la estructura metálica del ventanal.

—¿Quién te envía? —le rugí al oído, apretando con más fuerza—. ¡¿Quién coño te envía?!

El intruso, lejos de entrar en pánico, logró zafarse utilizando mi propio peso a su favor. Me empujó con violencia, haciéndome caer sobre los restos de cristal roto. Escuché un grito ahogado de Alma llamándome por mi nombre. Intenté ponerme en pie de inmediato, pero el hombre evaluó la situación en una fracción de segundo: había perdido el factor sorpresa, el arma ya no estaba en su poder y el tiempo corría en su contra.

Se giró con rapidez, saltó por la barandilla de la terraza hacia el jardín inferior y desapareció en mitad de la cortina de agua de la tormenta.

Me asomé a la barandilla, jadeando, dispuesto a saltar detrás de él, pero una mano temblorosa me sujetó el brazo con una fuerza desmedida. Me giré y vi que era Alma. Estaba pálida, con los labios casi amoratados y los ojos empañados por el pánico, pero viva.

Olvidé al agresor, la tormenta y la investigación. La tomé por los hombros y la atraje hacia mí con una brusquedad desesperada, sepultándola en un abrazo que pretendía recomponer los pedazos rotos de esa noche. Sentí cómo escondía el rostro en mi cuello, sollozando sin control mientras sus manos se aferraban a mi chaqueta empapada como si fuera lo único real a lo que asirse en mitad del naufragio.

—Ya está. Estoy aquí —le susurré contra el pelo, sintiendo cómo el corazón me golpeaba con fuerza el pecho—. No va a volver a pasar. Te lo prometo.

Capítulo 31



Alma

Dicen que el cuerpo humano tarda horas en procesar una descarga masiva de adrenalina, y doy fe de que es cierto. La luz regresó a la casa cuarenta minutos después, escoltada por los destellos azules de tres patrullas de la Policía Nacional y la llegada del relevo de seguridad privada. El salón de la planta superior se había transformado en una oficina improvisada de la policía científica; buscaban huellas, restos biológicos y el arma con silenciador que Lukas había logrado desviar con su impacto.

Yo permanecía sentada en el sofá, envuelta en una manta térmica que una sanitaria me había colocado sobre los hombros, observando el trasiego de uniformes sin llegar a procesarlo del todo. Candela estaba a mi lado, inusualmente silenciosa, sosteniendo mi mano izquierda con una fuerza que empezaba a cortarme la circulación, pero no le pedí que me soltara. Tenía la vista fija en Lukas.

Él se encontraba junto al inspector jefe, cerca del ventanal. Se había quitado la corbata, tenía la camisa abierta en el cuello y lucía un corte sangrante en el pómulo izquierdo junto a una mancha oscura en la mandíbula que empezaba a tornarse morada. Su aspecto era imponente y peligroso, pero lo que me sobrecogía era su lenguaje corporal: no se había sentado ni un solo segundo, mantenía los brazos cruzados y sus ojos gris azulados no dejaban de escanear la estancia, regresando a mí cada tres o cuatro segundos. Era como un depredador confinado en un espacio demasiado estrecho, controlando cada variable para asegurarse de que el peligro no regresaba.

—Señorita Medina —el inspector jefe se aproximó a mí, interrumpiendo mis pensamientos—. Sus servicios de seguridad han confirmado que el sabotaje se realizó desde el transformador externo de la urbanización. Alguien conocía los planos de la red y los tiempos de respuesta. No ha sido un delincuente común.

Miré de reojo a Lukas, que se acercó y se colocó justo detrás de mi sofá, posando una mano firme sobre mi hombro. Ese simple contacto me ancló al suelo.

—Buscaban algo específico —añadió Lukas, con una voz ronca que delataba el esfuerzo físico de la pelea—. Sabían lo que la señorita Medina guardaba en el ordenador.

—¿Falta algo? —preguntó el agente.

Eché un vistazo a la mesa. El portátil seguía allí, cerrado y a salvo, gracias a que el apagón y la intervención de Lukas habían impedido que el intruso se lo llevara o borrara los archivos. El disco duro con la grabación de mi madre permanecía a buen recaudo en el bolsillo interior de la chaqueta de Lukas; él mismo lo había guardado antes de que entrara la policía.

—No —respondí con firmeza, sosteniendo la mirada del inspector—. No les dio tiempo a llevarse nada.

Una vez que la policía se retiró y la casa quedó sumida en un silencio tenso, roto únicamente por el zumbido de los generadores temporales de corriente, Candela se puso en pie con un suspiro de agotamiento.

—Voy a intentar dormir algo, si es que mi sistema nervioso me lo permite —dijo, mirándonos a ambos con una mezcla de preocupación y afecto—. Lukas, vigila que no se le ocurra ponerse a revisar balances contables a las cuatro de la mañana.

—Descuida. No la voy a dejar sola —respondió él sin apartar los ojos de mí.

Cuando Candela cerró la puerta del pasillo, la estancia pareció encogerse. Me quité la manta térmica de encima y me puse en pie, sintiendo el dolor del cansancio acumulado en cada articulación. Me acerqué a Lukas, que permanecía estático junto al ventanal, observando el jardín iluminado por los focos de seguridad. Al verme llegar, se giró hacia mí.

—Deberías descansar.

—Tú también —señalé el corte de su pómulo—. Estás sangrando de nuevo.

Él restó importancia al asunto con un leve ademán de la cabeza.

—Es solo un rasguño.

Sin pedirle permiso, di un paso más y acorté la distancia que nos separaba. Levanté la mano despacio y posé las yemas de los dedos sobre su mejilla, justo al lado de la herida. Lukas contuvo el aliento ante el contacto, cerrando los ojos un instante mientras su mandíbula se relajaba bajo mi tacto. Era la primera vez que lo veía bajar la guardia por completo.

—Me has salvado la vida, Lukas —susurré, sintiendo un nudo en la garganta—. Si no llegas a entrar por esa puerta…

—No pienses en eso —me interrumpió, abriendo los ojos para clavarlos en los míos con una intensidad arrolladora. Me tomó de las muñecas con firmeza, pero sin hacerme daño—. Te dije que no te pasaría nada mientras yo estuviera cerca. No era una forma de hablar, Alma. Lo decía en serio.

—Lo sé —admití, y por primera vez, no experimenté el impulso de discutir o de protegerme tras mi habitual muro de ironía—. Ya no sé en quién confiar en esta maldita empresa. Mi padre estaba metido en el ajo, Arturo nos quiere muertos… Todo lo que creía saber sobre mi familia se está desmoronando.

Lukas soltó mis muñecas para deslizar sus manos por mis brazos hasta rodearme la cintura, atrayéndome suavemente hacia su cuerpo. El calor que desprendía disipó el frío residual que la manta térmica no había logrado quitarme.

—Confía en mí —me pidió con voz baja, casi un ruego—. Aunque todo lo demás se hunda, Alma. Confía en mí.

Contemplé sus facciones, el corte en su rostro, la determinación inquebrantable de su mirada y la promesa implícita en cada uno de sus gestos. El miedo que me había atenazado durante días no desapareció, pero se transformó en algo distinto, en un motor que me impulsaba hacia él.

—Está bien —respondí en un hilo de voz.

No hicieron falta más palabras. Lukas se inclinó despacio y buscó mis labios en un beso que comenzó con una suavidad contenida, como si temiera romperme tras los acontecimientos de la noche, pero que enseguida se transformó en algo urgente, hambriento y cargado de una necesidad absoluta de confirmación mutua.

Mis manos subieron por su pecho hasta enredarse en su pelo empapado, atrayéndolo más hacia mí, borrando el espacio, el peligro y la conspiración que amenazaba con destruirnos. En ese instante, en mitad de la madrugada y con la casa rodeada de guardias, comprendí que ya no había vuelta atrás para ninguno de los dos. Estábamos juntos en esto, hasta las últimas consecuencias.

Capítulo 32



Lukas

La empresa estaba muriéndose lentamente delante de nuestros ojos y lo peor era que todo el mundo podía sentirlo. Se notaba en la tensa atmósfera de los pasillos, en las conversaciones que se cortaban abruptamente en cuanto alguien aparecía por las esquinas y en las pantallas plagadas de implacables cifras rojas. Los empleados miraban el móvil cada cinco minutos, con el rostro desencajado, para comprobar cómo seguían cayendo las acciones de *Medina Global Tech* en los mercados. Miedo. El edificio entero olía a un miedo denso y paralizante, y Arturo Linares estaba aprovechando a la perfección cada gramo de esa debilidad. Cabrón.

Me quedé observando desde la cristalera de la planta ejecutiva cómo varias cadenas de noticias económicas repetían el nombre de la compañía en titulares cada vez más agresivos: *«Posible fraude corporativo»*, *«Filtraciones financieras»*, *«Crisis interna en Medina Global Tech»*. Perfecto. Justo el empujón que necesitábamos para terminar de hundirnos.

Sentí movimiento a mi espalda. Alma. No me hacía falta girarme para saber que era ella; mi cuerpo ya reconocía de forma instintiva el sonido de sus tacones, el ritmo exacto de su respiración e incluso ese silencio pesado que dejaba a su alrededor cuando estaba completamente agotada.

Se colocó a mi lado sosteniendo una taza de café entre las manos. Llevaba el pelo recogido deprisa, unas ojeras suaves marcadas bajo los ojos y el traje azul oscuro ligeramente arrugado después de dieciséis horas seguidas de trabajo ininterrumpido. Y, aun así, joder, seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en mi vida.

—Las acciones han vuelto a caer —murmuró, con la vista clavada en el horizonte gris de Málaga.

—Lo sé.

El silencio regresó entre nosotros, pero la tensión había cambiado por completo durante los últimos días. Seguía existiendo deseo, muchísimo, pero ahora se le sumaba algo más profundo y peligroso: necesidad, una incipiente dependencia emocional que me aterrorizaba más que cualquier conspiración empresarial.

Alma se frotó los ojos con evidente cansancio.

—Si perdemos el acuerdo europeo, Arturo tendrá la excusa perfecta para intentar tomar el control del consejo.

—Y miles de personas perderán su trabajo —asentí lentamente.

Ella cerró los ojos un segundo. Eso era lo que más le importaba realmente; la empresa no representaba solo dinero para Alma Medina. Era su familia, su historia, una enorme responsabilidad heredada. Era su hogar. La observé en silencio durante unos instantes, experimentando de nuevo esa incómoda certeza de que ella era increíble, mucho más de lo que ella misma se permitía creer.

—¿Sabes qué odio de ti? —murmuré.

Alma abrió un ojo lentamente, ladeando la cabeza.

—Ilumíname.

La miré de arriba abajo de forma deliberada.

—Que incluso agotada sigues siendo preciosa.

Parpadeó, visiblemente sorprendida, y luego resopló con suavidad.

—Eso no ha sonado a insulto.

—Estoy perdiendo facultades.

Aquello consiguió arrancarle una pequeña sonrisa y, joder, ese leve gesto seguía teniendo el mismo efecto devastador sobre mí. Incluso en medio del desastre. Especialmente en mitad del desastre.

A las dos y media de la madrugada, toda la planta ejecutiva parecía un refugio improvisado para gente emocionalmente destruida. Bruno llevaba tres cafés encima y una crisis existencial de dimensiones épicas; Paula revisaba contratos con una intensidad que sugería que deseaba asesinarlos personalmente; Candela había ocupado un sofá entero, rodeada de snacks y documentos estrictamente confidenciales, mientras Gael permanecía tumbado en una silla proclamando a los cuatro vientos que merecía un reconocimiento legal por su «apoyo emocional premium». Nadie le prestó la más mínima atención.

Yo me encontraba revisando las transferencias sospechosas desde el despacho de Alma cuando ella apareció por la puerta arrastrando los pies de manera literal. Levanté la vista de inmediato, dejando los papeles sobre la mesa.

—Necesitas dormir.

—Necesito que alguien me golpee con una silla y me deje inconsciente durante tres días —replicó, deteniéndose a mi lado.

Aparté una carpeta y le hice un gesto elocuente para que se acercara. Obedeció sin discutir, lo cual ya resultaba alarmante dada su naturaleza combativa. Se dejó caer sobre mi regazo con un suspiro de puro agotamiento y apoyó la frente en mi hombro con total naturalidad, como si llevara haciendo eso toda la vida. Mis brazos la rodearon de forma automática. Dios, aquello se estaba convirtiendo en una costumbre peligrosamente necesaria.

—Te estás aprovechando de mi vulnerabilidad física —murmuró contra mi cuello.

—Correcto.

Le aparté lentamente varios mechones de pelo de la nuca y fue entonces cuando descubrí la brutal tensión acumulada en sus músculos. Horas frente al ordenador, estrés, ansiedad y miedo. Empecé a masajearle el cuello despacio, con movimientos circulares. Alma emitió un suave gemido de alivio que estuvo a punto de hacerme perder la poca estabilidad emocional que me quedaba.

—Madre de Dios… —susurró, relajando los hombros.

—Tienes todos los músculos completamente tensos.

—Porque mi vida parece escrita por un guionista alcohólico.

Sonreí levemente, permitiendo que mis dedos siguieran presionando con suavidad su piel. La sentí ceder poco a poco contra mí, confiando, descansando de verdad. Aquello me golpeó con fuerza, porque Alma Medina era una mujer que no buscaba descanso en nadie. Nunca. Y, sin embargo, allí estaba: encima de mí, con los ojos cerrados, permitiéndome cuidar de ella.

—Podría acostumbrarme peligrosamente a esto —murmuró, con la voz ya empañada por el sueño.

Yo también. Muchísimo más de lo que estaba dispuesto a admitir.

A las cuatro de la mañana, Bruno irrumpió en el despacho sosteniendo una bolsa gigante de bollos industriales y con cara de muerto viviente.

—Si sobrevivimos a esto, exijo un aumento en mi sueldo y terapia pagada.

Alma levantó apenas la cabeza desde mi hombro.

—Te apoyaremos emocionalmente desde la distancia, Bruno.

—Eso no sufraga los costes de un psiquiatra.

Candela asomó la cabeza justo detrás de él.

—Yo puedo ejercer de terapeuta si queréis.

Todos la miramos con absoluto horror al unísono.

—¿Qué? —protestó ella—. Escucho podcasts de crímenes reales a diario. Es prácticamente la misma base psicológica.

Gael levantó una mano de forma dramática desde el sofá contiguo.

—Yo ya no siento las piernas, que conste.

—Eso se debe a que llevas seis horas consecutivas sentado sobre una grapadora —sentenció Paula sin levantar la vista de sus informes.

Gael miró debajo de su muslo con parsimonia.

—Ah. Eso explica muchas cosas.

Por primera vez en todo el día me reí de verdad, y Alma me acompañó con una risilla, breve, pero completamente real. Todo aquello resultaba absurdo, una auténtica locura: una multinacional al borde del colapso, una conspiración internacional, corrupción, amenazas e intentos de agresión.

Y, a pesar de todo, allí estábamos, sobreviviendo a base de café malo, bollería industrial y sarcasmo. Quizá por eso funcionábamos tan bien juntos; porque ninguno de nosotros estaba completamente cuerdo.

Más tarde, cuando la planta quedó prácticamente vacía y el silencio comenzó a tragarse la estructura del edificio, Alma y yo seguimos trabajando a solas en su despacho. La lluvia golpeaba con suavidad los ventanales y las luces de Málaga brillaban a lo lejos en mitad de la noche. Ella se encontraba sentada descalza en el sofá, revisando documentos mientras llevaba una de mis chaquetas sobre los hombros. De nuevo, me invadió esa misma sensación de hogar. Peligrosa, sumamente peligrosa.

La observé unos segundos en silencio y supe que ya no podía seguir ocultándole ciertas cosas. No después de todo lo que habíamos pasado.

—Alma.

Levantó la vista inmediatamente. Sus ojos verdes reflejaban un cansancio infinito, pero también una confianza absoluta hacia mí. Joder, eso infundía un respeto casi reverencial. Me levanté y me senté frente a ella con lentitud.

—Voy a contarte todo lo que sé sobre mi padre.

Su expresión cambió apenas, volviéndose más tensa, más receptiva. Asintió despacio, instándome a continuar. Respiré hondo, ordenando las palabras en mi mente.

—Klaus ayudó a tu madre hace años.

Se hizo un silencio espeso en la estancia.

—¿Cómo? —inquirió en un hilo de voz.

—Claudia descubrió movimientos ilegales relacionados con contratos marítimos internacionales. Sobornos, empresas pantalla y dinero que desaparecía entre diversos puertos europeos.

Ella tragó saliva, asimilando la información.

—Mi padre trabajaba como intermediario diplomático en aquella época —continué—. Tenía contactos de alto nivel y acceso a información privilegiada. Ayudó a Claudia y a Héctor a reunir las pruebas necesarias.

Alma se quedó completamente inmóvil.

—Entonces sí estaban juntos en esto desde el principio.

—Sí.

Su mirada descendió de nuevo hacia los documentos que descansaban en la mesa, pensativa y visiblemente dolida.

—¿Y qué pasó?

Sentí la mandíbula tensarse de forma automática ante el recuerdo de los informes de Klaus.

—Alguien filtró la información.

El ambiente se volvió aún más pesado y oscuro.

—Y poco después tu madre murió.

Alma cerró los ojos lentamente y vi el dolor lacerante cruzarle el rostro una vez más. Ese sufrimiento profundo que emergía de forma inevitable cada vez que salía a relucir el nombre de Claudia. Me acerqué a ella despacio, acortando la distancia física entre los dos.

—No sé quién traicionó al grupo, Alma.

Ella levantó la vista, clavando sus ojos verdes en los míos.

—¿Crees que mi padre tuvo algo que ver?

Ahí estaba la pregunta imposible. La miré fijamente y tomé la firme decisión de mantener una honestidad brutal, por mucho que pudiera escocer.

—No lo sé.

Se instaló un silencio largo y doloroso en el despacho. Y entonces Alma hizo algo que terminó de destrozarme por completo: esbozó una leve sonrisa, triste y diminuta.

—Gracias por no mentirme.

Joder. Aquello fue infinitamente peor que cualquier discusión airada, porque demostraba que ya esperaba la mentira por parte de todo el mundo. Y, aun así, seguía haciendo el esfuerzo de confiar en mí. Me aproximé todavía más y le acaricié la mejilla con el pulso pausado.

—Nunca voy a mentirte para protegerme.

Sus ojos se humedecieron ligeramente, pero no apartó la mirada ni un milímetro.

—Eso da muchísimo miedo, Lukas.

—A mí también me lo da.

Aquella fue, con toda probabilidad, la conversación más íntima que habíamos mantenido jamás. Sin sexo de por medio, sin provocaciones dialécticas ni juegos de poder; únicamente la verdad desnuda. Y eso resultaba infinitamente más peligroso.

No recuerdo con exactitud quién besó a quién primero. Solo recuerdo mirarla durante un tiempo excesivo, sentirla demasiado cerca y, de pronto, experimentar la necesidad imperiosa de tocarla como si fuera una estricta cuestión de supervivencia. Alma se movió con lentitud hasta terminar sentada sobre mí en el sillón del despacho. Mis manos ascendieron de forma automática hacia su cintura mientras su respiración, cálida y ligeramente temblorosa, chocaba contra mi boca. Y entonces me besó.

Fue un beso pausado, carente de urgencia o de desesperación puramente sexual. Aquello era algo muy distinto, algo mucho peor, porque estaba impregnado de emoción, de miedo y de una necesidad real. Le correspondí con la misma lentitud, rodeándola con firmeza mientras ella me enlazaba el cuello con los brazos. La lluvia continuaba azotando los cristales, el edificio estaba desierto y, por primera vez en días, dejamos de pensar. Solo existíamos nosotros.

Sus dedos se deslizaron por mi nuca con delicadeza y yo acaricié su espalda por debajo de la camisa de seda; una piel cálida, suave y perfecta. Alma apoyó la frente contra la mía y susurró una frase que me atravesó por completo.

—Contigo puedo respirar.

Cerré los ojos un segundo, asimilando el golpe. Nadie debería albergar tanto poder sobre otra persona. Nadie. La abracé con más fuerza y ella se acurrucó contra mi pecho de inmediato, como si ya perteneciera a ese lugar. Y quizá el verdadero problema era precisamente ese: que yo empezaba a sentir exactamente lo mismo.

De repente, la puerta del despacho se abrió de golpe. Paula apareció en el umbral prácticamente sin aliento, pálida y con los rasgos rígidos por la tensión, destruyendo de inmediato cualquier atisbo de calma. Alma se apartó rápidamente de mí.

—¿Qué pasa?

Paula cerró la puerta a sus espaldas con un golpe seco. Su expresión era terrible.

—Tenemos un problema enorme.

Me puse de pie en el acto, recuperando mi postura profesional.

—Habla.

Paula tragó saliva antes de lanzar la bomba definitiva.

—Arturo acaba de convocar una votación extraordinaria para mañana por la mañana.

El aire de la estancia mudó de golpe, volviéndose frío, pesado y peligroso. Alma frunció el ceño, asimilando la gravedad del anuncio.

—¿Qué tipo de votación?

Paula nos miró fijamente a ambos.

—Quiere destituir a Héctor como presidente ejecutivo de *Medina Global Tech*.

Un silencio absoluto cayó sobre el despacho. Sentí a Alma quedarse completamente petrificada a mi lado. Su respiración se cortó y yo comprendí de inmediato las implicaciones del movimiento: Arturo Linares ya no estaba limitándose a reaccionar; estaba atacando abiertamente. Y si conseguía el control del consejo de administración, todo habría terminado: la empresa, la investigación y nosotros.

Miré a Alma y ella me devolvió la mirada; en sus ojos vi el miedo, la rabia y esa determinación feroz que siempre emergía cuando alguien pretendía amenazar a los suyos. Supe exactamente lo mismo que ella. La guerra acababa de empezar de verdad.

Capítulo 33



Alma

No dormí en toda la noche.

El amanecer llegó teñido de un tono grisáceo, pegajoso y silencioso, colándose por los enormes ventanales de mi apartamento como una amenaza velada más. Llevaba horas sentada directamente en el suelo del salón, rodeada de carpetas, tazas de café ya frías y el eco constante de una frase que se repetía en bucle dentro de mi cabeza: *votación extraordinaria*.

Arturo Linares iba a mover su ficha definitiva y esta vez no se trataba de una advertencia informal; era un golpe directo al corazón de *Medina Global Tech*. Si lograba destituir a mi padre, todo terminaría: la investigación, las pruebas y la verdad sobre la muerte de mi madre. Todo.

Me pasé una mano por el rostro, exhausta. Tenía los ojos secos de tanto forzarme a contener el llanto y el cuerpo entero me pasaba factura por la tensión acumulada. No lograba dilucidar en qué preciso instante mi vida se había transformado en esto: amenazas, ataques nocturnos, traiciones y hombres poderosos confabulando para destruirnos. Y, con todo, lo peor no era el miedo propiamente dicho; lo peor era la lacerante sensación de estar perdiendo el control por completo.

El timbre de la entrada resonó de golpe, haciéndome dar un respingo violento. El corazón se me disparó en el pecho antes de que lograra obligarme a respirar con normalidad. Al abrir la puerta, Candela apareció en el umbral sosteniendo una bandeja con varios cafés de tamaño gigante y una expresión puramente homicida en el rostro.

—Tienes cara de haber considerado seriamente la posibilidad de cometer un crimen financiero esta noche.

—Solo uno —respondí con la voz ronca.

—Bien. Eso demuestra que aún te mantienes funcional.

Entró en el apartamento sin esperar invitación alguna, fiel a su estilo. Vestía una sudadera de proporciones descomunales, unas gafas de sol absurdamente grandes y llevaba el pelo recogido de cualquier manera. La observé depositar los vasos sobre la mesa mientras rebuscaba con ahínco en el interior de su bolso.

—He tenido una idea —anunció con solemnidad.

La miré con infinito cansancio, apoyándome en el marco de la cocina.

—Si implica huir del país de forma clandestina, la respuesta es no.

—Es algo peor.

Entrecerré los ojos, con tono de advertencia.

—Candela…

De repente, extrajo un fajo de pegatinas de colores fluorescentes y las plantó sobre la mesa. Leí una de ellas en silencio: *«ARTURO ES EL PROBLEMA»*. Parpadeé un par de veces, sin dar crédito a lo que veía.

—No has hecho eso de verdad.

—Oh, claro que sí. Y tengo doscientas más guardadas en el coche.

No pude evitar que una mínima sonrisa, débil pero real, asomara a mis labios. Candela me apuntó con el dedo de inmediato, triunfante.

—¡Ahí está! Sabía perfectamente que seguías viva en el plano emocional.

Me dejé caer en el sofá, sepultando el rostro entre los cojines.

—No puedo con esto hoy, de verdad.

Su expresión lúdica se desvaneció poco a poco, dando paso a un semblante notablemente más suave y cargado de una sincera preocupación. Se sentó a mi lado, acortando las distancias.

—¿Qué necesitas, Alma?

La pregunta me desarmó por completo, calando más hondo de lo debido, principalmente porque no tenía la menor idea de cuál era la respuesta. Llevaba años limitándome a sobrevivir, blindándome para no permitirme necesitar nada de nadie. Y últimamente… últimamente Lukas estaba demoliendo cada una de mis defensas sin el menor esfuerzo. Apoyé los codos en las rodillas, entrelazando los dedos.

—Tengo miedo.

Candela guardó silencio durante unos instantes, asimilando mis palabras.

—Es normal.

—No quiero perder la empresa —continué—. Y no quiero perder a mi padre.

Ella exhaló un suspiro, con tono comprensivo.

—Alma…

Tragué saliva con dificultad y finalmente verbalicé la verdad que más me aterraba de todo este asunto.

—No quiero perder a Lukas.

Un mutismo absoluto se instaló entre las dos en el salón. Candela me observó fijamente durante varios segundos en silencio y, de pronto, una sutil sonrisa se dibujó en sus labios.

—Oh, cariño. Estás jodidamente enamorada de él.

Cerré los ojos, asumiendo la realidad de sus palabras. Sí. Ese era, con total certeza, el verdadero problema.

Conducir de vuelta hacia el chalet de Lukas me produjo una sensación extrañamente similar a la de regresar a mi propio hogar, un pensamiento que me asustó sobremanera. Yo jamás había dispuesto de un lugar seguro, ni siquiera durante mi infancia, ni antes de que mi madre falleciera. Pero con él, todo el ruido del exterior parecía volverse más silencioso, mucho más soportable.

Cuando alcancé la propiedad, el cielo de la tarde comenzaba a oscurecer de nuevo. La verja de entrada se encontraba abierta, de modo que accedí al interior de la vivienda sin molestarme en llamar. Encontré a Lukas en el despacho, despeinado, con las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos y la mandíbula firmemente apretada.

Estaba rodeado de pantallas encendidas, informes financieros y multitud de tazas de café vacías. Ofrecía una imagen de absoluto y peligroso agotamiento. Levanto la vista al percibir mis pasos y, durante unos segundos eternos, ninguno de los dos dijo nada. Solo nos miramos.

Dios, había demasiadas cosas contenidas en esa simple mirada: preocupación, rabia contenida, cansancio extremo y algo mucho más profundo; algo que ya ninguno de los dos pretendía seguir fingiendo que no existía. Cerró el portátil con un movimiento pausado.

—¿Has dormido algo?

—No.

—Yo tampoco.

—Perfecto —esbocé una mueca—. Estamos construyendo los cimientos de una relación sumamente saludable.

La comisura de su boca experimentó un leve amago de movimiento, aunque no llegó a consolidar la sonrisa. Me aproximé a su escritorio despacio.

—No podemos permitirnos perder esto, Lukas.

Su mirada permaneció firmemente clavada en la mía.

—No lo vamos a perder.

—¿Y si sucede? ¿Y si lo perdemos todo?

Se levantó de la silla con lentitud, imponiéndose con su estatura, situándose a escasa distancia de mí.

—Entonces nos encargaremos de recuperarlo.

El silencio subsiguiente no resultó incómodo en absoluto; fue íntimo, dolorosamente íntimo, porque existían demasiadas realidades entre nosotros que ya no encontraban cabida dentro de los límites de las palabras. Me crucé de brazos en un intento por contener el leve temblor que recorría mi cuerpo.

—Estoy verdaderamente cansada de tener que ser fuerte todo el tiempo.

Su expresión mudó por completo al escucharme, suavizándose de un modo que resultó infinitamente peor para mi maltrecho autocontrol. Lukas infundía respeto y temor cuando se mostraba colérico, pero cuando se volvía tierno era capaz de desmantelar cada uno de mis muros. Dio un paso más, eliminando cualquier espacio restante.

—No tienes ninguna necesidad de ser fuerte conmigo, Alma.

Dejé escapar una risa pequeña y rota.

—Eso es precisamente lo que me asusta.

Sus ojos descendieron lentamente hacia mis labios antes de regresar a mi mirada.

—Tú no eres un problema para mí —pronunció en voz baja—. Eres la única variable que no sé cómo resolver… y, aun así, no abrigo el menor deseo de dejar de intentar comprenderte.

Y fue en ese preciso instante cuando algo terminó de romperse de forma definitiva en mi interior. Nadie me había mirado jamás de esa manera: sin exigencias implícitas, sin expectativas corporativas, sin el deseo subyacente de moldearme o cambiarme. Únicamente viéndome a mí, a la verdadera Alma Medina.

No sabría determinar quién dio el primer paso hacia el otro. Tal vez fui yo, tal vez fue él; solo conservo la nitidez del momento exacto en que su mano entró en contacto con mi cintura y mi cuerpo entero cesó cualquier amago de resistencia. Lo besé con lentitud, desprovista de rabia, de desesperación o de la necesidad habitual de huir. Simplemente lo besé porque lo necesitaba. Lukas respondió con una intensidad contenida que me hizo estremecer por completo, mientras sus manos ascendían sin prisa por mi espalda, como si pretendiera memorizar cada relieve de mi piel, como si albergara el temor de romperme. Ese cuidado me afectó muchísimo más que cualquier ademán brusco.

Lo miré fijamente durante unos breves segundos y, acto seguido, guié mis manos hacia los botones de su camisa. Uno, dos, tres, desabrochándolos de forma pausada. Él no apartó la vista de mí ni un solo instante. La tensión ambiental resultaba insoportable, pero era un magnetismo distinto, mucho más vulnerable. Cuando terminé la tarea, mis dedos rozaron la piel desnuda de su pecho y noté cómo contenía el aliento de forma inmediata.

—Alma…

Escuchar mi propio nombre pronunciado por su voz grave casi me hizo perder el equilibrio. Volví a besarlo, esta vez con mayor consciencia y parsimonia, mientras sus manos se deslizaban por mis muslos para elevarme sutilmente contra él. Mi respiración se volvió errática y todo lo demás pareció desvanecerse de la estancia: la empresa, Arturo, el consejo de administración y el miedo al mañana. Solo existíamos nosotros. Sus labios recorrieron mi cuello con una lentitud deliberada que estuvo a punto de volverme loca; no existían las prisas ni la urgencia, únicamente una inmensa necesidad de sentirnos cerca de verdad. Apoyé la frente contra la suya, intentando recuperar el aire.

—Si seguimos adelante con esto… ya no habrá ninguna posibilidad de vuelta atrás.

Sus dedos acariciaron con suavidad mi mejilla.

—No tengo el menor interés en volver atrás.

Y eso fue todo lo que necesité escuchar. Esas palabras terminaron de derrumbar mis últimas barreras. Yo había pasado media vida huyendo, retrocediendo ante el menor peligro y levantando muros infranqueables ante los demás, pero con Lukas, por primera vez en mi existencia, experimentaba el deseo irrefrenable de quedarme. Sus manos recorrieron mi cuerpo con urgencia, con deseo y un cuidado que me hizo sentir peligrosamente expuesta, pero al mismo tiempo hermosa, comprendida y querida.

Y aquello daba muchísimo más miedo que el sexo en sí mismo. Me besaba como si pretendiera convencerme de una gran verdad sin hacer uso de la palabra; como si deseara enseñarme que podía confiar plenamente, que podía permitirme caer y que él estaría allí para sostenerme.

Cuando me trasladó hasta su dormitorio apenas era capaz de respirar con normalidad. La tensión entre nosotros era casi palpable, pero guardaba un matiz extrañamente dulce. Nos desnudamos despacio, sin apartar los ojos el uno del otro, sin ocultar nada de lo que éramos. Y cuando finalmente estuvimos juntos de verdad, experimenté una sensación muchísimo más aterradora que el mero deseo físico: sentí paz. Una paz inmensa y profunda, como si mi propio cuerpo hubiera reconocido el suyo mucho antes de que mi cabeza fuera capaz de procesarlo.

Aquello casi me hace entrar en pánico, porque comprender que me estaba enamorando de Lukas no era solo peligroso; era un proceso absolutamente irreversible.

Hubo un instante en que me quedé completamente inmóvil, tensando los músculos bajo las sábanas. Él lo percibió al vuelo, porque ese hombre siempre lo notaba todo. Apoyó la frente contra la mía, deteniéndose.

—Eh.

Cerré los ojos, incapaz de mirarlo.

—Tengo miedo, Lukas.

Su mano comenzó a dibujar caricias pausadas a lo largo de mi espalda.

—Lo sé.

—No sé cómo hacer esto.

—Yo tampoco sé cómo hacerlo.

Abrí los ojos y me topé con una sinceridad absoluta y descarnada en su mirada. No había nada calculado en sus facciones, nada perfecto; únicamente estaba él. En ese preciso instante tomé la determinación de dejar de huir de una vez por todas. Y me quedé.

Después, el entorno se volvió silencioso, cálido y lento. Permanecimos tumbados entre las sábanas desordenadas, con mi cabeza acomodada sobre su pecho y su brazo rodeando firmemente mi cintura. Podía escuchar el latido constante y acompasado de su corazón justo bajo mi mejilla, y el sonido me resultó extrañamente tranquilizador. Jamás había alcanzado a comprender cómo alguien podía llegar a sentirse plenamente asegurado al lado de otra persona, pero ahora empezaba a entenderlo.

Lukas jugaba de forma distraída con los mechones de mi pelo. Ninguno de los dos hablaba; no hacía falta en absoluto. Levanté un poco la cabeza para observarlo y descubrí en su rostro la expresión más vulnerable que le había visto jamás, como si aún albergara ciertas dificultades para creerse que yo continuaba allí, a su lado. La idea me produjo una dulce opresión en el pecho.

—¿Qué somos ahora? —susurré en mitad de la penumbra.

Sus labios se curvaron apenas en un amago de sonrisa, pero sus ojos denotaban cansancio y una profunda honestidad.

—No lo sé.

Dejé escapar una pequeña risa.

—Eso resulta muy poco tranquilizador para mi salud mental.

Me observó fijamente durante unos segundos antes de replicar.

—Es la primera afirmación completamente honesta que formulo en días, Alma.

Sonreí débilmente y, por increíble que pudiera parecer, su respuesta me transmitió mayor tranquilidad que cualquier promesa idílica o juramento de fidelidad. Lukas no pretendía venderme un final feliz de cuento de hadas; simplemente estaba eligiendo quedarse conmigo de verdad en mitad de la tormenta. Y quizá con eso era más que suficiente. Por ahora.

Me acurruqué de nuevo contra su cuerpo, sintiendo el leve roce de sus labios sobre mi cabello, y por primera vez en muchísimo tiempo me permití el lujo de descansar. Aunque solo fuera durante unas horas. Aunque nuestro mundo estuviera a punto de saltar por los aires con el próximo amanecer.

Capítulo 34



Lukas

Desperté antes que ella. Durante unos segundos que parecieron eternos, decidí no moverme; ni siquiera me atreví a respirar profundamente. Me quedé allí, tumbado en el silencio de la penumbra, observando a Alma dormir entre mis sábanas como si mi propio cuerpo todavía estuviera intentando asimilar que aquello que acababa de ocurrir era real.

La luz gris del amanecer se filtraba tímidamente por las cortinas del dormitorio, dibujando sombras suaves y delicadas sobre su piel. Tenía el pelo revuelto, cubriéndole parcialmente el rostro, y una mano descansando sobre mi pecho, justo encima del corazón, como si incluso en mitad del sueño necesitara asegurarse de que yo seguía allí.

La idea me destrozó lentamente por dentro, porque la verdad era que yo también necesitaba comprobarlo. No sabía en qué momento exacto había ocurrido, ni cuándo demonios había dejado de verla como un problema, una distracción o alguien sumamente peligroso para mi estricto autocontrol. Ahora la situación era muchísimo peor, infinitamente más irreversible. Ya no quería protegerla solo por un sentido de la responsabilidad, ni por culpa, ni por la vieja lealtad que le debía a Klaus. Quería protegerla porque la sola idea de perderla me partía en dos. Y aquello, me gustase o no, me convertía en un hombre peligrosamente vulnerable.

Deslicé lentamente los dedos por su brazo desnudo. Ella se removió apenas, todavía sumida en el sueño, y se acercó más a mí de manera inconsciente. Mi pecho se tensó ante el gesto. Paz. Eso era exactamente lo que sentía, y no estaba preparado para gestionar algo así. La paz siempre me había parecido una debilidad, un descuido inadmisible, un lujo estrictamente temporal antes de que aconteciera el inevitable desastre. Pero con Alma dormida entre mis brazos, por primera vez en años no experimentaba la imperiosa necesidad de controlarlo absolutamente todo. Y eso me desarmó por completo. La observé unos segundos más antes de formular un pensamiento que me dejó helado por dentro: *Estoy perdido. Completamente. Irremediablemente perdido por ella.*

Alma abrió los ojos lentamente, confundida al principio, hasta que me descubrió observándola. Esa expresión suya tan característica, esa mezcla de ironía y vulnerabilidad medio escondida, me golpeó directo en el pecho.

—Eso da un poco de miedo —murmuró con la voz empañada por el sueño.

—¿El qué?

—Que me mires así.

Intenté apartar la vista, pero ya era demasiado tarde. Ella lo había visto; la forma en que la miraba había cambiado de manera definitiva. Se incorporó un poco, apoyándose sobre un codo, haciendo que la sábana resbalara ligeramente por su piel. Tuve que contener un impulso absurdamente primitivo de volver a tirar de ella, acercarla a mí y encerrarla en esta habitación durante todo el día. Le aparté un mechón de pelo de la cara, obligándome a recuperar la cordura.

—Tenemos una guerra dentro de tres horas.

—Lo sé.

—Y Arturo ya ha empezado a comprar consejeros.

Ella exhaló un suspiro lento, pero no parecía asustada, al menos no como los días anteriores. Había algo distinto en Alma aquella mañana: algo mucho más sólido, más peligroso. Más líder. La noche anterior no solo había cambiado las cosas entre nosotros; también había transformado algo muy profundo dentro de ella. Me observó en silencio durante unos instantes.

—¿Te arrepientes? —preguntó de golpe.

La cuestión me pilló completamente desprevenido. Fruncí ligeramente el ceño.

—¿De qué?

—De esto —respondió, señalándonos a ambos, a la cama y a la evidente cercanía.

Solté una risa seca sin el menor rastro de humor.

—Alma, estoy intentando recordar cómo funcionaba mi vida antes de que aparecieras y, sinceramente, creo que ya no me acuerdo.

Aquello consiguió arrancarle una sonrisa pequeña pero real. Y, joder, en ese mismo instante supe que sería capaz de hacer cualquier cosa por volver a verla sonreír así.

Unas horas más tarde, la empresa parecía una auténtica zona de guerra. Las pantallas parpadeaban con urgencia, los teléfonos no dejaban de sonar y los consejeros entraban y salían de los despachos con expresiones rígidas y andares tensos. Los rumores ya estaban explotando en las redes sociales y la prensa económica despedazaba públicamente el nombre de *Medina Global Tech*. Todo el mundo estaba agotado, todo el mundo estaba asustado, y Arturo Linares parecía estar disfrutándolo con creces.

Se masticaba en el ambiente: en cada conversación que se cortaba de golpe al verme pasar, en cada mirada nerviosa y en cada accionista que intentaba dilucidar desesperadamente de qué lado ponerse antes de que el barco terminara de hundirse por completo. Candela irrumpió por la recepción sosteniendo dos cafés gigantescos y desprendiendo una energía criminal.

—Buenos días, futuros amantes trágicos del capitalismo.

Alma cerró los ojos lentamente, frotándose las sienes.

—Candela…

—¿Qué? Es puramente descriptivo.

Bruno apareció justo detrás de ella, cargando tres pesadas carpetas y arrastrando los pies.

—He dormido exactamente cuarenta minutos y creo que estoy empezando a ver sombras moverse por los pasillos.

—Eso no son sombras —replicó Candela con total parsimonia—. Son abogados corporativos.

—Ah. Entonces sí que estamos oficialmente muertos.

A pesar del caos circundante, Alma soltó una pequeña carcajada. Y yo, incapaz de evitarlo, me descubrí observándola otra vez. Demasiado. Candela se percató del gesto y me señaló de inmediato con el dedo.

—Vale, esto ya está pasando de castaño a oscuro. Es incómodamente romántico.

—No empieces —gruñó Alma, aunque un leve rubor amenazó con traicionarla.

—No, no, de verdad. Tenéis cara de haber tomado decisiones emocionales sumamente peligrosas.

Bruno levantó una mano, pidiendo clemencia.

—Yo no quiero saber ningún detalle. Los de Recursos Humanos ya me odian bastante como para añadir esto a mi expediente.

Alma me lanzó una mirada rápida de soslayo y, durante un breve segundo, el resto del mundo y el ruido de la oficina desaparecieron por completo. Otra vez. Maldita mujer.

La reunión previa a la votación resultó ser considerablemente peor de lo que habíamos vaticinado. Los accionistas estaban completamente divididos; algunos evitaban mirar directamente a Héctor a los ojos, mientras otros susurraban entre ellos en las esquinas, creyendo erróneamente que nadie los escuchaba. Y Arturo… Arturo lucía una tranquilidad insultante.

Eso era, sin duda, lo que más me preocupaba. Un hombre de su calaña no sonreía de esa manera a menos que tuviera un as bajo la manga bien preparado.

Me mantuve firmemente junto a Alma durante todo el encuentro. No porque ella requiriera mi protección física en ese instante, sino porque yo sentía la necesidad imperiosa de estar allí. Permaneció de pie frente a la mesa principal, revisando documentos de un lado a otro, dictando instrucciones precisas y desmontando argumentos legales con una agudeza brutal.

Fue entonces cuando lo vi con total claridad: no era solo la hija de Héctor Medina, ni una heredera impulsiva con demasiado carácter y propensión al desastre emocional. Era una líder. Una de verdad. La forma en que todos terminaban guardando silencio para escucharla, incluso cuando minutos antes pretendían enfrentarse a ella; la manera en que no retrocedía ni un solo centímetro y seguía levantándose a pesar de llevar semanas soportando una presión inhumana… Joder, era extraordinaria.

Se aproximó a mí en cuanto terminó de colgar una llamada especialmente agresiva.

—Tres accionistas más están dudando —murmuró, conteniendo la tensión.

—Podemos recuperarlos.

—Arturo les está prometiendo inmunidad financiera absoluta si mi padre cae.

Apreté la mandíbula, sintiendo cómo la rabia bullía en mi interior.

—No voy a dejar que te destruyan, Alma.

Ella me sostuvo la mirada con una fijeza apabullante y respondió en un susurro.

—No voy a dejar que te destruyan a ti tampoco.

Negué ligeramente con la cabeza, intentando mantener la distancia profesional que ya no existía.

—No es lo mismo.

Sus ojos se oscurecieron apenas, clavándose en los míos.

—Para mí sí lo es.

Se instaló entre nosotros un silencio espeso y peligroso. Intenso. Porque a esas alturas ya no albergábamos ninguna duda; ya no restaba ni un solo milímetro de distancia de seguridad entre los dos. Estábamos completamente implicados a nivel emocional, personal e irremediable.

Intercepté a Arturo a solas en uno de los pasillos privados que conectaban con la sala del consejo. Iba impecable, elegante, vistiendo su traje a medida como si no estuviera demoliendo una multinacional entera desde sus cimientos. Se detuvo en seco al percatarse de mi presencia y esbozó una leve sonrisa, fría y sumamente calculada.

—Señor Schneider.

—Esto no es un juego, Linares —solté, plantándole cara.

Arturo se tomó su tiempo para acomodar con parsimonia los gemelos de su camisa.

—Para usted quizá no, señor Schneider. Para mí es simple estrategia.

Sentí un impulso brutal, casi físico, de estamparle el puño en la cara allí mismo.

—Está arruinando la vida de miles de personas.

—Solo estoy corrigiendo ciertos errores del pasado.

Lo observé fijamente, tratando de descifrar lo que escondían sus palabras.

—¿Qué demonios significa eso?

Su expresión apenas mutó, pero sus ojos se volvieron considerablemente más oscuros, desprovistos de cualquier rastro de humanidad.

—Significa que algunas personas olvidaron muy pronto cuál era el lugar que les correspondía.

Un escalofrío helado me recorrió la espina dorsal.

—¿Está hablando de la madre de Alma?

La sonrisa regresó lentamente a sus labios, cargada de una crueldad que me revolvió el estómago. Y entonces pronunció la frase que me dejó completamente petrificado.

—La madre de la señorita Medina murió porque alguien dentro del sistema dictaminó que hablaba demasiado.

El mundo pareció detenerse por completo durante un segundo. No había sido un accidente. No había sido una consecuencia colateral de la corrupción descontrolada. Había sido algo deliberado, minuciosamente planificado. Una ejecución encubierta. Sentí la sangre hervir bajo mi piel y di un paso agresivo hacia él, acortando el espacio.

—¿Quién dio la orden?

Arturo me sostuvo la mirada sin pestañear, imperturbable.

—Tenga mucho cuidado, Lukas.

Era la primera vez que empleaba mi nombre de pila, y el tono velado de amenaza me gustó todavía menos.

—Hay verdades que tienen la particularidad de destruir a cualquiera que intente tocarlas —añadió en un susurro.

Se dio la vuelta y se marchó por el pasillo antes de que pudiera retenerlo. Me quedé completamente inmóvil en mitad del corredor, con el corazón golpeándome con demasiada violencia contra las costillas.

Porque ahora el tablero había cambiado por completo: ya no se trataba de corrupción empresarial, de dinero o del control absoluto de *Medina Global Tech*. Ahora poseía una certeza muchísimo peor. Alguien había decidido asesinar a la madre de Alma, y existían muchas probabilidades de que volvieran a repetir el movimiento si ella continuaba aproximándose a la verdad.

Entré en su despacho intentando por todos los medios dominar la rabia ciega que me consumía. Alma se encontraba junto a la ventana, revisando unos informes mientras la luz de la tarde caía sobre su rostro fatigado. Parecía al límite de sus fuerzas, pero seguía en pie. Siempre lograba mantenerse en pie. Levantó la vista al escuchar la puerta y captó la gravedad de la situación de inmediato: mi expresión, mi postura rígida, la tensión que desprendía. Algo dentro de ella cambió al instante. Dejó los papeles sobre la mesa con lentitud.

—¿Qué ha pasado?

No respondí de inmediato, simplemente porque no encontraba las palabras adecuadas para decírselo. Sabía que, una vez que pronunciara esa frase en voz alta, ya no habría posibilidad alguna de vuelta atrás. Alma dio un paso firme hacia mí y su voz emergió apenas como un hilo de voz tenso.

—Dímelo, Lukas.

Tragué saliva, demorándome un segundo que se me antojó eterno. Vi cómo el miedo comenzaba a asomar en el fondo de sus ojos verdes. Finalmente, hablé.

—Ya sabemos quién ordenó silenciar a tu madre.

Y el silencio que se desplomó sobre el despacho a continuación fue tan desgarrador que pareció capaz de quebrar el mundo entero en mil pedazos.

Capítulo 35



Alma

No reaccioné de inmediato. Creo que, en un acto de pura supervivencia, mi mente tomó la determinación de blindarme durante unos segundos antes de permitir que el peso absoluto de la verdad terminara de destruirme por completo. Me quedé completamente petrificada en mitad del despacho, contemplando a Lukas como si de repente hubiera comenzado a hablar en un idioma extranjero que yo era incapaz de descifrar. Como si sus palabras hubieran carecido de cualquier sentido imaginable. Pero lo tenían; vaya si lo tenían. Y era precisamente por eso por lo que dolían con una intensidad tan lacerante.

Lukas permanecía frente a mí con los rasgos rígidos, los hombros tensos y esa expresión tan contenida que adoptaba cada vez que intentaba por todos los medios evitar hacerme daño, sin lograrlo. Aunque ya era demasiado tarde para eso; el daño estaba hecho y era definitivo.

—¿Quién? —pregunté al fin, y mi propia voz me resultó extraña, lejana y completamente vacía.

Él tardó solo un instante en responder, pero ese breve espacio de tiempo me bastó para asimilar que mi vida acababa de romperse en dos mitades irreconciliables: el antes y el después de esta conversación.

—Arturo Linares no solo participó en la red —sentenció con voz grave—. Fue él quien ordenó silenciarla.

Silencio. No un silencio ordinario, sino uno de esos vacíos densos que se te instalan en el esternón y te aplastan el pecho. El aire abandonó mis pulmones a una lentitud agónica mientras sentía cómo algo dentro de mí comenzaba a quebrarse con una precisión quirúrgica y aterradora. Noté que las piernas me flaqueaban, la garganta se me cerraba por completo y la piel se me tornaba gélida.

Y entonces, como una compuerta que se rompe, llegaron los recuerdos.

Fragmentos, pedazos sueltos de una existencia que hasta ese preciso instante habían sido solo imágenes desprovistas de contexto: mi madre riendo en mitad de la cocina, sus manos apartándome con delicadeza el pelo de la cara cuando era apenas una niña, el aroma exacto de su perfume y, de inmediato, las grabaciones de los discos duros, su voz impregnada de nerviosismo repitiendo una y otra vez: *«No fue un accidente»*.

Cerré los ojos un segundo. Solo uno. Pero fue más que suficiente para que todas las piezas del puzle encajaran de la peor forma imaginable. No había fallecido por azar, ni por un golpe de mala suerte en la carretera. La habían asesinado.

Una oleada de náuseas me revolvió el estómago. Abrí los ojos de golpe y me aparté de Lukas de forma instintiva, dando varios pasos hacia atrás sin apenas darme cuenta. Necesitaba moverme, necesitaba que el aire entrara en mis pulmones; necesitaba, por encima de todo, evitar derrumbarme delante de él.

—Mi padre lo sabía… —susurré en un hilo de voz.

Lukas no respondió de inmediato, y ese mutismo fue infinitamente peor, porque su silencio actuaba como la confirmación más rotunda.

—Sabía lo suficiente —admitió finalmente—. No todo.

Dejé escapar una risa seca, rota, completamente desprovista de humor.

—Eso no lo hace mejor en absoluto.

Empecé a deambular por el despacho sin un rumbo fijo, moviéndome demasiado rápido, con los nervios a flor de piel. Cada paso que daba resonaba como una pequeña explosión dentro de mi cabeza. Toda mi existencia se reducía a una gran mentira minuciosamente edificada: mi apellido, la empresa, las medias verdades, las ausencias prolongadas, las malditas evasivas. Todo. Me giré bruscamente hacia él, con los puños apretados.

—Toda mi vida… toda mi maldita vida he estado rodeada exclusivamente de mentiras.

—Alma…

—¡No! —lo interrumpí de golpe. Mi voz tembló, pero esta vez no era por miedo; era por una rabia pura y abrasadora—. No te atrevas a decirme que lo entiendes.

Lukas dio un paso firme hacia mí, intentando acortar la distancia, pero retrocedí instintivamente. Pude ver el impacto de mi rechazo reflejado en su rostro; no fue un golpe físico, sino algo mucho peor, un impacto emocional que pareció atravesarle el pecho. Pero en ese preciso instante yo era incapaz de tolerar el contacto de nadie. Sabía que, si alguien me tocaba, me rompería en mil pedazos de verdad.

Durante varios minutos no volvimos a articular palabra. El despacho permaneció sumido en un silencio denso y plomizo mientras yo intentaba desesperadamente ordenar el caos absoluto que rabiaba en mi interior.

Sin embargo, algo comenzó a mutar muy despacio en mí; lo sentí expandirse por mis venas. Primero fue el dolor lacerante, mutando después en una rabia ciega, para finalmente estabilizarse en una frialdad absoluta. Una calma sumamente peligrosa, similar a la que precede al estallido de la tormenta. Detuve mis pasos, me giré por completo hacia Lukas y percibí el instante exacto en que él comprendió que algo acababa de endurecerse de forma irreversible en mi interior.

—Vamos a destruirlo —sentencié.

Mi propia voz me sorprendió. Sonó firme, precisa, desprovista de cualquier calidez; casi helada. Lukas me observó con una intensidad desbordante.

—Alma, esto es extremadamente peligroso.

—Mi madre murió por esto, Lukas —contesté, sosteniéndole la mirada—. Considerar el peligro ya no es una opción para mí.

Silencio de nuevo. Divisé la preocupación nítida en sus ojos, el temor por lo que pudiera pasarme, pero también algo más: admiración. Y aquello, extrañamente, me enfureció un poco. No quería que me admirara; lo único que deseaba en ese instante era ser capaz de volver atrás.

Regresar a la época en la que mi mayor complicación consistía en discutir con él en mitad de una junta o fingir que no me afectaba lo más mínimo la forma en que me miraba. Pero la realidad era que ya no existía vuelta atrás. Ya no era esa persona. Quizá, reflexioné con amargura, nunca lo había sido realmente.

Agarré mi bolso del sofá con movimientos secos y decididos.

—¿A dónde vas? —preguntó Lukas, tensando la mandíbula.

—A hablar con mi padre.

—No deberías ir sola.

—Necesito hacerlo.

—Alma…

—Necesito mirarlo fijamente a la cara y escuchar la verdad completa de su boca —dije, zanjando la discusión.

Él comprendió de inmediato que no iba a lograr hacerme cambiar de postura, por lo que se limitó a asentir lentamente. No obstante, antes de que pudiera cruzar el umbral, me sujetó con suavidad por la muñeca; no ejerció fuerza, lo hizo con un cuidado extremo. Esperé que pronunciara alguna frase tranquilizadora, algo bonito que atenuara el dolor, pero Lukas nunca había sido ese tipo de hombre. Por eso mismo, lo que dijo a continuación me caló mucho más hondo.

—No permitas que esto te termine convirtiendo en alguien a quien odies.

Lo miré fijamente a los ojos y, por primera vez en toda la jornada, no supe qué responder, principalmente porque yo misma ya no estaba segura de en quién me iba a convertir.

El despacho de mi padre conservaba exactamente el mismo aroma de siempre: madera oscura, café recién hecho y una abrumadora sensación de control. Toda mi infancia y mi adolescencia se encontraban resumidas entre las cuatro paredes de esa estancia, y de repente, me produjo un asco profundo.

Mi padre levantó la vista del escritorio en cuanto entré; no mostró la menor sorpresa, lo que terminó de confirmarme que llevaba demasiado tiempo aguardando este inevitable momento. Cerré la puerta a mis espaldas con lentitud deliberada.

—Dime la verdad completa.

Mi padre apoyó los codos sobre la superficie de madera, luciendo un aspecto cansado, considerablemente más viejo de lo que recordaba.

—Ya te la conté, Alma.

Negué con la cabeza, esbozando una mueca de desprecio.

—No. Lo que me diste fueron simples versiones convenientemente adaptadas.

Silencio. El segundero del reloj de pared resonaba con una fuerza desmedida en la quietud de la habitación: *tic, tac, tic, tac*. Y entonces aconteció algo que jamás, en todos los años que llevaba conociéndolo, había presenciado en él: Héctor Medina perdió el control. Fue un matiz sutil, apenas un leve titubeo en su postura, pero más que suficiente. Se pasó una mano por el rostro con parsimonia y bajó la mirada durante unos instantes antes de volver a sostener la mía.

—La red era considerablemente más grande de lo que alcanzas a imaginar, hija.

El corazón me propinó un vuelco violento dentro del pecho.

—¿Quiénes estaban implicados?

—Empresarios de alto nivel. Políticos. Inversores internacionales con capitales inmensos. Gente con un poder desmesurado, Alma.

—¿Y mi madre?

El dolor cruzó fugazmente su rostro y vi un sufrimiento real, brutal y descarnado.

—Tu madre tenía la firme determinación de exponerlos públicamente.

—¿Y tú qué hiciste?

Héctor cerró los ojos un segundo, asimilando el peso del recuerdo.

—Intenté detenerla por todos los medios.

—Porque tenías miedo —escupí con amargura.

—Porque sabía perfectamente de lo que eran capaces si se sentían amenazados.

Me aproximé lentamente hacia el escritorio, apoyando las manos en el borde.

—¿Lo sabías? —pregunté, y ante su silencio, comprendí la magnitud del asunto sin necesidad de que articulara palabra—. Sabías perfectamente que su vida corría peligro de muerte.

—¡Intenté protegerla! —exclamó, y la rabia contenida explotó finalmente en mi interior.

—¡No la protegiste! ¡No nos protegiste a nadie! —mi voz resonó con fuerza, rompiendo la falsa calma del despacho. Mi padre se puso en pie con calma.

—Hice todo lo que estuvo en mi mano, Alma.

—No —protesté con frialdad—. Hiciste única y exclusivamente lo que te convenía a ti.

Pude ver cómo el reproche le calaba hondo, hiriéndolo visiblemente, pero ya era demasiado tarde para que yo sintiera la menor compasión. Las lágrimas me escocían detrás de los párpados, pero me negué en redondo a permitir que brotaran.

—Espera que, si te mantenías al margen y no sabías nada, estarías a salvo —confesó finalmente con la voz quebrada.

Lo miré fijamente y fui plenamente consciente de que jamás me había sentido tan jodidamente lejos de él.

—No me protegiste —susurré—. Lo que hiciste fue robarme la vida. Me convertiste en una persona incapaz de saber en quién confiar.

Mi padre abrió la boca, tal vez con la intención de justificarse una vez más o de implorar mi perdón, pero nunca llegué a saberlo. Me di la vuelta y abandoné el despacho dando un portazo, consciente de que estaba dejando atrás muchísimo más que una simple habitación.

Encontré a Candela sentada sobre el capó de mi coche en mitad del aparcamiento subterráneo. Sostenía dos vasos de café en las manos y lucía una expresión que sugería que deseaba fervientemente prenderle fuego al mundo entero. En cuanto me divisó, se bajó del vehículo sin prisa; no hizo ninguna de sus bromas habituales ni esbozó la menor sonrisa, y ese comportamiento inusual me alarmó más que cualquier otra cosa.

—Hola —dijo con suavidad.

No fui capaz de responder. Me limité a apoyarme contra el lateral del coche, concentrando todas mis fuerzas en intentar respirar sin terminar de romperme. Candela me observó durante unos instantes antes de coger una botella de agua y tendérmela.

—Bebe un poco.

Obedecí de forma automática, casi robótica. Ella esperó pacientemente, sin presionarme, sin atosigarme con preguntas antes de tiempo. Fue en ese preciso instante cuando recordé con total nitidez por qué era mi mejor amiga: porque poseía la rara virtud de saber exactamente cuándo era necesario guardar silencio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

Levanté la vista hacia ella con lentitud. Experimentaba una tremenda sensación de vacío en el cuerpo, como si me hubieran arrancado fragmentos enteros del alma durante las últimas horas. Sin embargo, bajo el manto de fatiga, solo restaba una cosa: una determinación inquebrantable.

—Acabar con esto.

Candela asintió despacio, sin mostrar un ápice de sorpresa.

—Vale.

—¿Vale? —repetí, parpadeando.

—Sí, vale. Si hay que acabar con él, acabaremos con él.

La miré fijamente, frunciendo el ceño.

—Candela, esto podría volverse sumamente peligroso.

Ella puso los ojos en blanco con exasperación afectadísima.

—Alma, por favor. Una vez me teñí el pelo con unos productos clandestinos de dudosa legalidad en mitad de un callejón en Lisboa. Llevo viviendo al límite desde hace diez años.

Una breve risa, casi involuntaria, escapó de mi garganta. Dolió, pero sirvió para aliviar notablemente la asfixiante presión que me atenazaba el pecho. Candela esbozó una leve sonrisa de satisfacción.

—Ahí está. Sabía perfectamente que seguías viva.

Y, por primera vez en todo el día, sentí unas ganas reales y profundas de llorar.

La noche había caído por completo sobre la costa cuando Lukas me encontró en la terraza. El mar se extendía ante nosotros oscuro, inmenso y violento. Exactamente igual que yo. No percibí el sonido de sus pasos; solo fui consciente de su llegada cuando noté su presencia al sentarse a mi lado en absoluto silencio. No articuló palabra, ni intentó arreglar la situación con falsas promesas, y le agradecí ese estoicismo más de lo que habría sido capaz de expresar.

Durante varios minutos, nos limitamos a contemplar cómo las olas rompían con furia contra las rocas. El viento de la noche me agitaba el cabello y las luces de la ciudad centelleaban a lo lejos, mientras el mundo continuaba con su curso imperturbable, ajeno por completo a que el mío acababa de desmoronarse.

—No tienes por qué hacer esto sola —dijo finalmente con su voz grave.

Tragué saliva con dificultad, manteniendo la vista en el horizonte.

—Sí que tengo, Lukas.

—No. Te aseguro que no tienes por qué.

Su tono era pausado, firme, provisto de una calidez que me resultó reconfortante. Y eso fue, precisamente, lo que terminó por quebrar mis últimas defensas. No hubo un llanto súbito ni un arrebato dramático; simplemente sentí cómo el grueso muro que había edificado dentro de mí comenzaba a desmoronarse piedra a piedra. Apoyé los codos sobre las rodillas y bajé la cabeza, completamente exhausta.

—Si entro de lleno en este juego… sé que no voy a ser capaz de volver a ser la persona que era antes.

Lukas me observó en el mutismo de la terraza antes de replicar:

—Es que tú ya no eres esa persona, Alma.

La tremenda sinceridad que albergaba aquella frase me dolió en el alma, porque sabía, con absoluta certeza, que tenía toda la razón del mundo. Percibí entonces cómo su mano buscaba la mía de forma pausada; no había rastro de deseo carnal en el gesto, ni la tensión sexual de otras veces. Solo era pura conexión. Y, precisamente por carecer de artificios, estuvo a punto de destruirme. Entrelacé mis dedos con los suyos mientras el viento nos envolvía por completo.

—Tengo miedo —admití en un susurro, siendo la primera vez que lo verbalizaba con tanta crudeza.

Lukas ejerció una suave presión en mi mano, infundiéndome aliento.

—Yo también lo tengo.

Lo miré de hito en hito, visiblemente sorprendida por su confesión. Él esbozó una leve mueca, cansado y profundamente humano.

—La gran diferencia entre los dos es que tú posees la capacidad de seguir avanzando en línea recta incluso estando completamente aterrorizada.

El pecho se me contrajo con una fuerza dolorosa, porque nadie me había calado nunca de esa forma. Nadie me había visto de verdad. Me aproximé a él despacio hasta reclinar la cabeza sobre su hombro; Lukas me rodeó con el brazo, pegándome a su cuerpo con una delicadeza que casi resultaba insoportable de sostener. Nos mantuvimos en esa posición durante un largo período de tiempo, sin necesidad de hablar, sin ocultar nuestras flaquezas tras ninguna máscara. Hasta que finalmente levanté la vista para mirarlo.

—Vamos a exponerlo públicamente en mitad de la votación extraordinaria.

Lukas frunció ligeramente el ceño, sopesando la estrategia.

—Para hacer algo así vamos a requerir pruebas fehacientes y definitivas.

Asentí con la cabeza de manera pausada.

—Y solo existe un método viable para conseguirlas.

Él captó mis intenciones al vuelo, entornando los ojos.

—El sistema informático central del consejo de administración.

—Sí.

Se instaló un silencio sepulcral entre los dos. Ambos éramos plenamente conscientes de lo que implicaba dar ese paso: un riesgo absoluto y sin red de seguridad. Si cometíamos el más mínimo error o fallábamos en el intento, lo perderíamos todo de golpe: la empresa, las evidencias incriminatorias y nuestro futuro. Y, con toda probabilidad, algo muchísimo peor.

Me giré por completo hacia él mientras el viento de la costa me azotaba el rostro, sosteniéndole la mirada con firmeza. Ya no restaba el menor resquicio para las dudas, ni para el temor paralizante. Solo quedaba espacio para la guerra.

—Entonces —dije—, entremos de una vez por todas en la guarida del monstruo.

Capítulo 36



Lukas

No conseguí dormir ni una hora completa en toda la noche.

El reloj de la cocina marcó las dos y diecisiete de la madrugada cuando terminé de revisar, por tercera vez, los accesos internos del edificio central de *Medina Global Tech*. Y, aun así, seguía sintiendo que algo no encajaba.

La pantalla iluminaba parcialmente el salón de mi chalet mientras repasaba planos de seguridad, registros de cámaras y protocolos internos del consejo, como si mi cerebro hubiera dejado de funcionar como el de una persona normal para convertirse únicamente en un mecanismo de supervivencia.

Accesos biométricos. Puntos ciegos. Servidores espejo. Rutas de evacuación. Turnos de seguridad.

Todo. Lo revisé tantas veces que terminé memorizando incluso el nombre de los vigilantes nocturnos.

Pero el problema no era técnico. El problema era Alma. Porque ya no podía pensar en aquello como una operación corporativa. Ahora era personal. Demasiado personal. Y eso era peligroso.

Apoyé los antebrazos sobre la mesa y me pasé una mano por el rostro lentamente. Estaba agotado. Pero cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Alma en la terraza horas antes. La forma en que había dicho: «Entonces entremos en la guarida del monstruo». No había miedo en su voz. Eso era precisamente lo que me aterrorizaba.

El sonido del timbre me sacó de mis pensamientos. Miré el reloj, fruncí el ceño y me levanté. Nadie aparecía en mi casa a esa hora a menos que hubiera ocurrido algo grave. O a menos que fuera Alma.

Abrí la puerta. Y, efectivamente, era ella. Pero también Candela.

Candela sostenía un portátil bajo el brazo, dos cafés gigantes y la expresión de alguien que estaba a punto de cometer múltiples delitos financieros con entusiasmo.

—He traído cafeína y malas ideas —anunció nada más entrar.

La miré unos segundos.

—Eso no suena legal.

Ella sonrió ampliamente.

—No lo es.

Alma soltó una exhalación cansada que sonó peligrosamente parecida a una risa. Y yo cometí el error de mirarla demasiado tiempo. Porque, incluso agotada, seguía consiguiendo alterarme el pulso. Llevaba una sudadera negra enorme y el pelo recogido de cualquier manera, con ojeras visibles y una expresión tensa. Y, aun así… joder. Parecía hogar.

Ese pensamiento me golpeó tan fuerte que aparté la mirada de inmediato. Mala idea. Muy mala idea. Porque empezaba a asociar a Alma con cosas permanentes. Y eso podía destruirme mucho más rápido que Arturo Linares.

Extendimos toda la documentación sobre la mesa del salón durante casi una hora. Candela hackeó sistemas secundarios mientras mascullaba insultos contra la tecnología moderna y contra los hombres ricos mayores de cincuenta años. Alma revisaba transferencias y conexiones financieras. Yo coordinaba los accesos físicos.

Funcionábamos bien juntos. Demasiado bien. Como si lleváramos años haciendo aquello. Como si hubiéramos nacido preparados para destruir corporaciones corruptas en mitad de la madrugada.

Candela señaló una pantalla.

—Vale, aquí está el problema principal.

Me acerqué. Ella amplió el plano interno del edificio del consejo.

—El sistema central está conectado directamente al servidor de votaciones y al archivo financiero privado del consejo ejecutivo.

Alma cruzó los brazos.

—¿Podemos entrar?

Candela soltó una carcajada seca.

—Claro. Igual que puedo convertirme en astronauta. La pregunta es cuánto caos vamos a provocar haciéndolo.

Señalé el lateral del plano.

—La entrada de mantenimiento.

Candela me miró.

—Bloqueada con doble autenticación.

—No durante la votación.

Alma levantó la vista.

—Porque el sistema se reinicia durante las validaciones internas.

Asentí.

—Noventa segundos exactos.

Candela silbó.

—Sois oficialmente la pareja más sexy y preocupante que conozco.

Alma ni la escuchó. Seguía mirando la pantalla con intensidad absoluta. La tensión endurecía cada línea de su cuerpo. Y entonces entendí algo que me golpeó de lleno: ya no la veía como mi jefa. Ni como una mujer complicada con la que compartía demasiada química. La veía como alguien que podía perder. Alguien a quien podían destruir. Y la sola idea me provocaba una violencia interna difícil de controlar.

Alma notó mi mirada y giró ligeramente la cabeza hacia mí.

—¿Qué?

Negué despacio.

—Nada.

Mentira. Todo.

Pasadas las tres de la mañana, Candela desapareció momentáneamente en el salón para hacer una llamada sobre servidores espejo y licencias falsas. Eso nos dejó solos en la cocina.

El silencio entre Alma y yo ya no era incómodo; nunca lo era últimamente. Ella se apoyó contra la encimera mientras bebía café despacio. Parecía agotada, pero seguía siendo la persona más fuerte de la habitación. Y quizá eso era precisamente lo que más me destrozaba. Porque, incluso rota, seguía avanzando.

Me apoyé frente a ella.

—Si esto sale mal…

Alma levantó la vista de inmediato.

—No va a salir mal.

Negué lentamente.

—No tienes forma de garantizarlo.

Ella sostuvo mi mirada unos segundos. Demasiados.

—Tengo una forma mejor.

—¿Cuál?

Sus labios se curvaron ligeramente, cansados.

—No imaginar que pueda salir mal.

La observé en silencio y entendí que esa era exactamente la razón por la que resultaba imposible apartarme de ella. Porque, mientras el resto del mundo se hundía en dudas, Alma seguía avanzando. Aunque estuviera aterrorizada. Aunque estuviera rota por dentro. Aunque ya no supiera en quién confiar.

Me acerqué lentamente. Ella no se movió.

—¿Te arrepientes? —pregunté.

Vi una pequeña sombra de sorpresa cruzar su expresión.

—¿De qué?

—De todo esto.

Su mirada descendió apenas hacia mi boca antes de volver a mis ojos.

—De ti… nunca.

Mi respiración se volvió más lenta, más pesada.

—Eso debería asustarme.

Esta vez sonrió de verdad. Pequeño, íntimo, solo para mí.

—A mí ya no me asusta nada contigo.

Y, joder, eso casi terminó conmigo.

Le sujeté la mandíbula suavemente antes de besarla. No fue desesperado ni salvaje. Fue peor: seguro, profundo, como si ambos hubiéramos dejado de cuestionarnos si pertenecíamos ahí. Mis labios se movieron despacio sobre los suyos mientras notaba cómo sus manos se cerraban con lentitud sobre mi camiseta. No había ansiedad, no había huida; solo nosotros.

Ella respiró contra mi boca y apoyó la frente sobre la mía unos segundos. Por un instante, olvidé por completo el consejo, a Arturo, la votación y el peligro. Todo. Hasta que una voz sonó desde el salón.

—Perdón, tortolitos —gritó Candela—, pero tenemos un sistema que hackear.

Alma soltó una risa contra mi cuello. Y yo entendí algo devastador: no recordaba la última vez que había necesitado tanto escuchar a alguien reír.

Las siguientes horas pasaron rápido. Planificamos rutas exactas, horarios, copias de seguridad y puntos de extracción. Candela consiguió acceso parcial al sistema financiero mientras insultaba a Arturo en tres idiomas distintos. Alma recopiló cada prueba que teníamos contra él. Y yo me encargué de lo único que realmente importaba para mí: mantenerla viva.

A las cinco y doce de la madrugada, ella empezó a quedarse dormida sobre el sofá. Intentaba disimularlo, pero fracasaba de manera miserable.

Me acerqué.

—Duerme un poco.

Abrió un ojo.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Tenemos demasiado…

—Alma.

Mi tono bastó para detenerla. Ella suspiró lentamente.

—Odio cuando haces eso.

—¿El qué?

—Hablarme como si fueras más razonable que yo.

—Porque lo soy.

Ella arqueó una ceja.

—Eso es discutible.

Pero, aun así, se dejó convencer. Se tumbó en el sofá con una manta sobre las piernas mientras Candela seguía tecleando como una hacker salida de una película ilegalmente cara.

Yo permanecí sentado frente a los monitores, observando cámaras, mapas y riesgos. Pero, cada pocos segundos, miraba hacia Alma. Dormida, vulnerable, demasiado preciosa para todo aquello. Y entonces apareció el miedo real. No el corporativo, no el financiero; el otro, el insoportable: el de perder a alguien que ya se había convertido en imprescindible.

Bajé la mirada de inmediato, porque no quería admitirlo ni siquiera delante de mí mismo. Pero ya era tarde. Completamente tarde. Estaba enamorado de ella y no había estrategia posible contra eso.

El amanecer empezaba a teñir ligeramente las ventanas cuando mi móvil vibró sobre la mesa. Número desconocido. Fruncí el ceño y abrí el mensaje.

Sentí cómo algo frío descendía lentamente por mi espalda.

Número desconocido: *Entrar al consejo es entrar en la trampa.*

Me quedé inmóvil. Candela seguía trabajando sin darse cuenta de nada y Alma dormía en el sofá, pero mi cerebro ya estaba funcionando demasiado rápido. Ese mensaje lo cambiaba todo. Porque Arturo no enviaba advertencias; Arturo manipulaba, amenazaba, destruía. Pero esto… esto era distinto.

Leí nuevamente la frase. *La trampa.* No decía «la trampa de Arturo», ni «su trampa». Solo: *la trampa.*

Levanté lentamente la vista hacia las pantallas llenas de datos. Y, por primera vez desde que todo había empezado, entendí algo mucho peor que cualquier conspiración empresarial: Arturo Linares no era el único jugador. Había alguien más. Alguien oculto, observando desde las sombras todo este tiempo.

Y lo peor de todo era que, probablemente, ya nos estaba viendo acercarnos.

Capítulo 37



Alma

No recordaba haber tenido frío hasta que crucé las puertas del edificio del consejo.

El aire dentro era distinto. No era solo la climatización, el mármol pulido ni las luces demasiado blancas; era algo más limpio y más sucio a la vez. Como si el lugar no quisiera parecer peligroso, pero lo fuera en cada superficie.

Lukas iba a mi lado. Candela caminaba delante, abrazando su portátil como si fuera un animal doméstico peligroso. Y Gael… apareció como aparecen las malas decisiones: sin avisar y con una sonrisa.

—Me debéis una vida —susurró al cruzarse con nosotros en el acceso lateral.

Candela ni lo miró.

—Te debemos dos demandas.

—Trato hecho.

No había tiempo para más. El edificio del consejo no estaba diseñado para ser asaltado; estaba hecho para que nadie pensara que podía serlo. Seguridad discreta, accesos inteligentes y vigilancia invisible. Eso era lo peor. Lo invisible siempre era lo que más mataba.

Lukas me tocó ligeramente la espalda al pasar el primer control. No era un gesto romántico, sino un aviso silencioso: "Estoy aquí. No te pierdas". Yo asentí sin mirarle, porque si lo hacía demasiado, podía cambiar de opinión.

El plan era sencillo en teoría. Demasiado sencillo. Candela y Gael entrarían en el sistema interno durante la votación; Lukas mantendría a la seguridad distraída con una falsa alerta en el perímetro oeste, y yo accedería a la sala de servidores principal. Descargaríamos todo: contratos, transferencias, registros y grabaciones internas. Todo lo que pudiera demostrar que Arturo Linares no solo había manipulado la empresa, sino el sistema entero a su alrededor.

Y luego saldríamos. O no. No había un "o no" escrito en el plan, pero estaba implícito. Eso era lo que nadie decía en voz alta.

Caminamos por el pasillo principal como si formáramos parte del edificio. Yo llevaba una acreditación falsa colgada del cuello. La miré una vez. Parecía real. Todo parecía real cuando estabas a punto de destruirlo.

La sala de servidores estaba en el nivel menos dos. Demasiado profundo para ser casual, demasiado protegido para ser limpio.

Bajamos en silencio. Cada planta que descendíamos hacía que el sonido del mundo superior se apagara un poco más. Candela iba murmurando números, Gael revisaba accesos y Lukas permanecía callado. Yo tampoco hablaba, porque había momentos en los que hablar significaba admitir que estabas nerviosa, y yo no quería admitir nada.

Cuando llegamos al acceso técnico, Candela conectó el portátil. El primer bloqueo cayó en menos de treinta segundos. El segundo, en doce.

Gael silbó bajo.

—Esta mujer es ilegal.

—Gracias —dijo Candela sin levantar la vista—. No me des ideas.

El tercer firewall tardó más. Mucho más. Lukas se posicionó a mi lado.

—Algo no encaja —dijo.

Yo también lo sabía, pero no quería expresarlo con palabras. Decirlo lo hacía real.

—Todo está funcionando —respondí.

—Alma.

Solo mi nombre. Sin presión, pero con todo el peso encima. Le miré.

—Lo sé.

Y mentí.

El acceso cayó. La puerta de la sala de servidores se abrió con un suspiro metálico. Dentro hacía frío. No el frío del aire, sino el de los sistemas que no debían ser tocados. Miles de luces parpadeaban como si el edificio respirara.

Candela entró primero.

—Vale… esto es peor de lo que parecía.

—Siempre lo es —murmuró Gael.

Lukas se quedó en la entrada mientras yo daba un paso, luego otro, y entraba. El objetivo era el núcleo: el servidor central del consejo. Si aquello caía, caía todo.

Candela ya estaba conectada.

—Tengo acceso parcial. Estoy dentro del sistema de votación.

—Descarga los registros —ordené.

Me sorprendió oírme decirlo así, no como una petición, sino como una orden directa. Gael me miró un segundo y no dijo nada, pero lo entendió.

Lukas se acercó a mí.

—Esto es demasiado fácil.

Y en ese momento lo sentí también. Ese tipo de silencio que no es ausencia de ruido, sino ausencia de resistencia.

—No digas eso —respondí.

—Alma, sal de ahí.

Lo miré.

—Todavía no.

—Ahora.

Su voz cambió, volviéndose más baja y urgente. Y eso fue lo que me hizo dudar un segundo. Solo uno. Demasiado tarde.

Las luces parpadearon. Candela dejó de teclear.

—No…

Gael levantó la cabeza.

—Nos han visto.

Las puertas se cerraron una tras otra. Metal contra metal. Sellado. Cerrado. Definitivo. Lukas golpeó la puerta desde fuera.

—¡Alma!

Yo no me moví. El sistema seguía vivo y, ahora, estaba cambiando.

—Nos han bloqueado —dijo Candela.

—No es un bloqueo —susurré.

Lo entendí demasiado tarde. No nos estaban impidiendo entrar; nos habían dejado entrar.

Las pantallas cambiaron una por una, como si alguien tomara el control manual del edificio entero. Candela intentó cortar el acceso de vuelta.

—Me están expulsando del sistema…

Gael ya estaba buscando una salida física.

—Esto es una trampa.

Lukas golpeó otra vez la estructura metálica.

—¡Alma, sal ahora!

Pero ya no había una salida simple. El sistema había empezado a borrar los archivos, las pruebas y todo lo que habíamos venido a buscar. En tiempo real.

Sentí algo extraño en el pecho. No miedo, exactamente. Algo peor: claridad.

—No quieren que nos vayamos —dije.

Candela me miró.

—¿Qué?

—Quieren que lo veamos.

La pantalla principal se encendió sin comando, sin acceso y sin permiso. Una transmisión interna ocupó todo el sistema y, entonces, apareció una voz:

—Gracias por hacer el trabajo sucio de encontrar las pruebas por mí.

Me quedé helada. No fue una metáfora ni una frase hecha; fue una sentencia. Candela se giró hacia mí.

—Alma… esto no es normal.

Gael se acercó a la consola.

—Alguien ha tomado el control total del sistema central.

Lukas seguía golpeando desesperadamente desde el otro lado.

—¡Alma!

Pero yo no podía responder porque lo estaba viendo. La cámara mostró un rostro. No el de Arturo Linares, ni el de nadie que esperáramos. Era otro: más tranquilo, más viejo, más conocido.

Mi respiración se cortó. Lo había visto antes: en fotografías antiguas, en los archivos de mi madre, en reuniones que nadie quería recordar.

La voz continuó:

—Habéis llegado tarde. Pero habéis sido útiles.

Candela retrocedió un paso.

—Esto es imposible…

Gael bajó lentamente las manos del teclado.

—No… no lo es.

Yo no podía apartar la vista mientras mi mente encajaba las piezas demasiado rápido, de una manera cruel. Lukas dejó de golpear. Silencio. Un silencio distinto, mucho más peligroso.

Y entonces la pantalla mostró el nombre. El verdadero nombre. El rostro detrás de todo. El que había estado moviendo los hilos desde el principio; el que no debía existir en este nivel del tablero.

Y lo reconocí. Porque mi madre lo había mirado a los ojos en las fotos, en los vídeos, en los últimos días antes de morir.

Sentí que el suelo desaparecía. No literalmente; peor aún: desaparecía todo lo que creía saber.

La voz habló por última vez:

—Gracias por traerme exactamente donde quería estar.

Lukas gritó desde fuera:

—¡Alma!

Pero no respondí. Porque en ese momento entendí algo que lo cambiaba todo por completo. No habíamos estado persiguiendo a Arturo Linares.

Arturo Linares nos había estado protegiendo de otra cosa. Y esa cosa… acababa de pillarnos por sorpresa.

Capítulo 38



Lukas

El sistema se bloqueó como si alguien hubiera apagado el edificio entero desde dentro. No fue una caída técnica; fue una decisión.

Golpeé la puerta del acceso técnico una vez. Nada. Otra. El metal respondió con el mismo silencio que una tumba.

—¡Alma! —grité.

No hubo respuesta inmediata. Solo el zumbido lejano de servidores vivos… y algo peor: orden dentro del caos. Me acerqué al intercomunicador.

—Alma, escúchame.

Su voz llegó entrecortada a través del altavoz:

—Estoy aquí.

Cerré los ojos y solté el aire al escuchar su voz.

—No toques nada más.

Silencio. Demasiado largo.

—Ya es tarde.

Ese “ya es tarde” no fue un lamento de desesperación. Fue pura comprensión, y eso fue lo que me heló la sangre. Porque Alma no sonaba atrapada; sonaba como si acabara de entender que estaba en el centro mismo del problema.

La pantalla principal del sistema seguía activa y el rostro continuaba allí. El hombre que no debería existir en ese nivel del tablero. Candela gritaba desde el pasillo lateral, intentando forzar una consola auxiliar, mientras Gael corría entre los paneles como si estuviera negociando con el propio edificio. Yo no podía moverme, porque lo estaba viendo y, finalmente, lo estaba entendiendo.

La voz volvió, tranquila. Demasiado tranquila.

—La madre de Alma entendió demasiado tarde que esto no era una red de corrupción… sino una reestructuración del poder.

Apreté la mandíbula.

—¿Quién eres? —escupí hacia la cámara.

La respuesta vino sin pausa.

—Alguien que sí supo terminar lo que empezó la madre de la señorita Medina.

Al otro lado del cristal, Alma respiró de forma distinta. Un cambio mínimo, pero suficiente para saber que lo reconocía. El silencio que siguió no fue vacío; fue una caída libre.

La pantalla mostró el nombre: Elías Montenegro.

Exasesor externo. Invisible en todos los organigramas oficiales, pero presente en fotos antiguas donde nadie miraba dos veces. El tipo que siempre estaba detrás de las decisiones importantes sin aparecer en ninguna de ellas. El tipo que, en cualquier sistema sano, no debería tener ese nivel de acceso. Y, aun así, lo tenía.

Candela dejó de teclear y Gael se detuvo. Incluso el edificio parecía haber cambiado de ritmo.

—No es un hackeo —murmuró Candela—. Es un protocolo interno.

—Nos han dejado entrar —añadió Gael.

—Nos han esperado —corregí yo.

Y eso era mucho peor. Porque una trampa así no es producto de la improvisación; es pura paciencia. Elías volvió a hablar.

—El sistema siempre necesitó a alguien que no creyera que estaba participando.

Miré fijamente a la pantalla.

—¿Qué has hecho con las pruebas?

—Las he reorganizado.

La palabra reorganizado me sonó a amenaza limpia. De pronto, las puertas de emergencia del nivel inferior se abrieron con un pitido agudo.

—¡He encontrado una grieta! —anunció Candela.

—¡No lo hagas! —grité.

Pero ya era tarde. Las alarmas empezaron a sonar, aunque no todas; solo las necesarias. Gael se reía mientras corría hacia un panel auxiliar.

—¡Esto es ilegal incluso para mí!

—¡Concéntrate, arquitecto dramático! —le espetó Candela.

Ella simuló un incendio en el sistema auxiliar y los sensores comenzaron a disparar alertas falsas. El edificio entró en un pánico automático: seguridad moviéndose, protocolos activándose y nosotros avanzando a contracorriente dentro del caos. El sistema estaba diseñado para obedecer al miedo, y Gael lo estaba fabricando a gran escala.

La puerta se desbloqueó por unos segundos. Entré, corrí y la vi. Alma estaba de pie frente a la pantalla central. No estaba herida ni rota, pero estaba distinta. Fría. Demasiado fría.

—Nos usaron a todos —dijo sin apartar la vista.

—Lo sé.

Negó lentamente con la cabeza.

—No. No lo sabes todo.

Se hizo a un lado y me mostró un archivo abierto. Lo vi antes de empezar a leerlo: era el expediente de la madre de Alma. No solo había estado investigando la corrupción; al principio, había colaborado estrechamente con Elías Montenegro.

Respiré hondo.

—¿Esto es real?

—Lo fue —sentenció Alma—, hasta que dejó de serlo.

El archivo mostraba el punto de inflexión. Su madre había terminado por entender que Elías no era un aliado dentro del sistema: él *era* el sistema. Y cuando intentó destruirlo desde dentro, ya era demasiado tarde.

Alma tembló, pero no cayó. Me acerqué a ella.

—Mi madre confió en la persona equivocada —susurró.

—No tienes que cargar con eso tú sola.

—Ya lo estoy haciendo.

La abracé fuerte, sin ninguna intención más allá de mantenerla anclada en el presente. Porque en ese preciso momento, el presente era lo único que no nos habían robado todavía.

El sistema cambió otra vez. Elías activó el protocolo de cierre global: todo el consejo y todos los servidores quedaron bloqueados de forma definitiva. Y entonces, apareció un último mensaje en texto blanco sobre fondo negro.

«Mañana, la verdad será presentada… pero no por vosotros.»

Silencio absoluto. Lo entendí al instante.

—Quiere adelantarse a la votación.

Alma me miró, con los ojos entornados.

—Quiere el control total del relato.

Asentí.

—Y lo va a hacer mañana por la mañana.

El tiempo dejó de ser un aliado y se convirtió en una cuenta atrás implacable. Gael apareció corriendo por el pasillo, con el rostro desencajado.

—Tenemos un problema nuevo.

Candela, sin levantar la vista del portátil, preguntó:

—¿Más grande que un villano secreto?

Gael tragó saliva antes de soltarlo:

—Ha comprado la mayoría de las acciones de emergencia del grupo.

Nos quedamos mudos. El tipo no quería solo destruirnos o reescribir la historia; quería quedarse con la empresa. Con todo. Y en ese instante lo comprendí: Elías Montenegro no estaba jugando a ganar, estaba jugando a reemplazarlo todo.

Alma me miró y yo sostuve su mirada. Por primera vez desde que empezó esta locura, no quedaba ningún escenario donde simplemente saliéramos ilesos. Solo quedaba una opción: entrar allí al día siguiente y destruir su relato antes de que él lo terminara.

Y esta vez, no habría el más mínimo margen para el error.

Capítulo 39



Alma

El día de la votación extraordinaria, el aire en la sala del consejo no se respiraba; se negociaba.

Había prensa fuera. Demasiada. Como si el edificio fuera un animal herido al que todos quisieran fotografiar antes de que dejara de moverse. Dentro, el silencio era aún peor. No era respeto; era pura espera.

Arturo estaba sentado entre los miembros del consejo, rígido e impecable, con esa expresión típica de la gente que aún cree que el control es una simple postura corporal. Pero ya no lo era. Lo noté en cuanto crucé la puerta junto a Lukas. El control ya no pertenecía a nadie en esa sala.

Lukas caminaba a mi lado sin tocarme, pero lo suficientemente cerca como para recordarme que no estaba sola. Lo extraño era que yo no temblaba. Debería haber estado rota por dentro, pero no; estaba extrañamente enfocada.

Las miradas de los presentes se clavaron en nosotros. Ya no había curiosidad en ellas, como en los viejos tiempos; ahora todo era puro cálculo.

De pronto, las pantallas del consejo parpadearon una, dos veces, y el entorno cambió por completo. La imagen de Elías Montenegro se proyectó en cada monitor de la sala, de manera simultánea. Como si el edificio entero hubiera decidido traicionarse a sí mismo.

Su voz llenó el espacio con una nitidez abrumadora, sin necesidad de micrófonos.

—Señores del consejo… hoy no van a votar. —Hizo una pausa breve, perfecta—. Hoy van a escuchar.

Un murmullo tenso recorrió la sala. Arturo se incorporó de inmediato, perdiendo las formas.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

Nadie respondió, sencillamente porque nadie tenía el control del sistema de seguridad. Lukas me miró solo un segundo y descifré su pensamiento al instante: Ya está ocurriendo.

Elías comenzó a desplegar documentos en las pantallas. Uno tras otro, perfectamente ordenados, limpiados y editados. Estaban narrados como si la verdad fuera una simple cuestión de estilo.

—La señora Vega —declaró la voz de Elías— participó activamente en la creación de estructuras de financiación paralela. —Un silencio plomizo cayó sobre los asistentes—. Su marido intentó encubrirlo.

Miré de reojo a Héctor. No se movió, pero pude ver cómo se rompía por dentro en una fracción de segundo.

—Y su hija —continuó Elías— se encuentra emocionalmente comprometida con el caso, lo que la incapacita por completo para tomar cualquier decisión ejecutiva.

Algunos miembros del consejo se miraron entre sí, no por convicción, sino por puro miedo. Entonces entendí su estrategia: no estaba mintiendo del todo, sino que estaba reorganizando fragmentos de la verdad hasta hacerlos parecer una historia completamente distinta.

Me levanté. Sin pensarlo, sin pedir permiso y sin una estrategia preconcebida. Solo yo.

Caminé con paso firme hacia el micrófono central. Lukas no hizo el menor ademán de detenerme, y ese voto de confianza fue lo que más me sostuvo.

—He pasado toda mi vida intentando ser perfecta —dije, y mi propia voz me sorprendió al no temblar—. Hoy no voy a ser perfecta. Hoy voy a ser honesta.

El impacto fue inmediato; el silencio se volvió denso, real, humano.

Lukas avanzó entonces. No para interrumpirme ni para buscar protagonismo, sino para activar su parte del plan. En ese instante, las pantallas laterales cambiaron de golpe. Las versiones editadas de Elías empezaron a fragmentarse y abrieron paso a los archivos originales.

Aparecieron grabaciones sin editar, transferencias bancarias reales y documentos financieros recuperados del núcleo. Pruebas que no admitían discusión.

Desde el nodo técnico, la voz de Candela resonó en nuestros pinganillos celebrando algo ininteligible, a lo que Gael respondió con una risa nerviosa:

—¡Ahora sí que estamos jugando en primera liga!

El sistema del consejo empezó a cambiar de manos de forma lenta pero irreversible. Elías intentó recuperar el control de la transmisión y falló. Arturo se puso en pie, desesperado:

—¡Esto es una burda manipulación…!

Pero nadie le prestó atención, porque por primera vez había demasiada verdad expuesta a la vez. El consejo ya no debatía; simplemente procesaba la realidad.

Mi padre cerró los ojos, no en un gesto de derrota, sino de absoluta rendición.

La pantalla principal volvió a centrar la imagen de Elías. Nos miraba fijamente, como si pudiera vernos a través del monitor.

—Tu madre eligió mal —dijo, dirigiéndose a mí.

No me moví un milímetro.

—No —respondí con firmeza—. Mi madre eligió luchar.

—Y perdió —sentenció él.

Sentí una punzada en el pecho, pero no fue dolor ni rabia; fue pura determinación.

—No —concluí—. Nosotros vamos a terminar lo que ella empezó.

El sistema ya no le pertenecía. El consejo comenzó a votar, libre de presiones y guiado únicamente por las evidencias en pantalla. Elías Montenegro quedó expuesto públicamente y Arturo fue destituido en el acto, incapaz de articular una sola defensa coherente. Héctor no dijo una palabra; simplemente se levantó y abandonó la sala de forma voluntaria. Sin discursos, sin despedidas. Solo cruzó la puerta.

Salí del edificio sin saber exactamente cómo mis piernas me habían llevado hasta el exterior. El aire de la calle me golpeó como si perteneciera a otro mundo. En Málaga estaba lloviendo; una lluvia suave, constante, como si la propia ciudad también estuviera soltando una carga demasiado pesada.

Lukas salió justo detrás de mí. No dijo nada al principio, y yo tampoco busqué romper el silencio. La calle estaba casi vacía, dominada únicamente por el sonido del agua al caer.

—Ya está terminado —dijo Lukas finalmente.

Negué lentamente con la cabeza.

—No… ahora es cuando empieza.

Me miró, con los ojos cargados de un cansancio real, pero sintiéndose vivo.

—¿El qué?

Tragué aire y, por primera vez en días, no sentí una guerra rugiendo en mi interior. Solo una profunda paz.

—Nuestra vida sin miedo.

Lukas no respondió con palabras. Se limitó a acortar la distancia entre los dos y me besó.

Esta vez no había prisas, ni alarmas, ni interrupciones de última hora. No había sistemas informáticos, pantallas parpadeantes ni mentiras reorganizadas. Solo estábamos él y yo, rodeados por el silencio posterior a la tormenta.

Y por primera vez desde que empezó toda esta historia, no sentí que estuviéramos limitándonos a sobrevivir. Sentí, de verdad, que estábamos empezando a vivir.

Capítulo 40



Alma

Lukas abrió la puerta de su casa con ese gesto suyo, el de siempre, como si el mundo entero debiera detenerse a contemplar la elegancia con que giraba una simple manilla. Yo llevaba en la mano una botella de vino que había rescatado de la bodega de mi padre y una sonrisa que no me cabía en la cara desde que me había recogido en el coche hacía dos horas.

Dos meses. Habían pasado dos meses desde que el consejo votó. Desde que Elías Montenegro quedó expuesto como el fraude que era. Desde que Arturo fue destituido entre susurros de vergüenza y papeles arrugados. Desde que mi padre salió de aquella sala sin mirar atrás, dejando la empresa en mis manos antes de desaparecer durante semanas para recomponerse en algún lugar de la costa donde nadie le conociera.

Dos meses de aprender a respirar sin el peso de los secretos. De limpiar lo que otros habían ensuciado. De descubrir que podía dirigir *Medina Global Tech* sin estar petrificada por el miedo a no estar a la altura.

Y dos meses de Lukas. De nosotros. De esta locura que habíamos construido entre reuniones, viajes a Singapur, noches en su casa, madrugadas en la mía y ese juego constante que nunca terminaba.

—Huele bien —dije, entrando en el recibidor.

Lukas me quitó la chaqueta con una reverencia exagerada.

—He cocinado yo, así que espera lo peor.

—¿Tú? ¿Cocinar? —Me reí, dejando el vino sobre la consola—. Pensaba que tu relación con la cocina se limitaba a pedir sushi por aplicación.

—He evolucionado —dijo, acercándose por detrás para besarme el cuello—. Además, Gael me ha estado dando lecciones.

—Gael cocina como si estuviera interpretando una ópera. Todo es dramático y excesivo.

—Exacto. Por eso he hecho algo sencillo. Pasta. Con algo.

—¿Con algo?

—Con lo que he encontrado en la nevera.

Me volví entre sus brazos, enfrentándole. Llevaba una camisa negra con las mangas remangadas, dejando ver ese tatuaje discreto en el antebrazo que me volvía loca, y unos vaqueros oscuros que le sentaban demasiado bien. Su pelo rubio oscuro estaba revuelto, como si se hubiera pasado la mano por él varias veces antes de recogerme.

—Me estás asustando, Schneider —dije, apoyando las manos en su pecho—. ¿Seguro que no hay humo? ¿Ni alarmas activadas?

—Solo hay una alarma activada —murmuró, besándome la punta de la nariz—. La que se dispara cada vez que entras en una habitación.

—Qué cursi eres cuando te empeñas.

—Y tú eres insoportable cuando te ríes de mí.

—Entonces estamos en paz.

Caminamos hacia el salón. La casa de Lukas seguía siendo ese espacio minimalista y frío que había conocido, pero ahora había pequeños detalles que la humanizaban. Una manta color burdeos sobre el sofá que yo había dejado una noche y nunca había recogido. Un libro de poemas de Benedetti en la mesa de centro. Una foto enmarcada de nosotros dos en Dubái, cogidos de la mano frente al Burj Al Arab, sonriendo como dos idiotas felices.

La mesa del comedor estaba puesta con esmero, pero no con rigidez. Había velas encendidas, sí, pero también una caja de pizza medio abierta sobre la encimera que me hizo arquear una ceja.

—¿Esa es tu cena casera?

—La pasta se quemó —confesó—. Tuve que improvisar.

—Claro, ahora improvisar significa llamar a Telepizza.

—Significa salvar la situación con dignidad.

Me senté en la silla que él me apartó, cruzando las piernas con ese gesto que sabía que le distraía. Llevaba un vestido negro corto que Candela me había empujado a comprar diciendo que era «criminalmente provocativo», y unos tacones de aguja que hacían que mis piernas parecieran interminables.

Lukas me sirvió el vino; sus ojos azul grisáceo recorrieron mis tobillos, mis rodillas y el desnudo de mis muslos.

—Deja de mirarme así o no cenamos —dije, aceptando la copa.

—¿Cómo quieres que te mire? —Se saturó frente a mí, abriendo la caja de pizza con fingida indiferencia—. ¿Como si fueras una compañera de trabajo?

—Como si fuera una desconocida.

—Imposible. Te conozco demasiado bien. Sé que cuando estás nerviosa te muerdes el labio inferior. Que hablas demasiado rápido cuando estás excitada. Que haces ese ruidito en la garganta cuando…

—Lukas.

—¿Sí, jefa?

Esa palabra. Jefa. La decía ahora con un tono diferente, cargado de intimidad, de juego, de recuerdos de todas las veces que me había llamado así en la oscuridad de su dormitorio mientras yo perdía la cabeza entre sus sábanas.

—Cómete la pizza —ordené, intentando sonar severa.

—A sus órdenes.

Cenamos entre risas. Lukas me contó historias de su padre. Yo le hablé de Candela y su nueva obsesión con un policía que había conocido en un podcast de crímenes reales, y de cómo Gael había diseñado una casa en Marbella tan ostentosa que el propietario había llorado de la emoción.

—Hablando de emociones —dije, limpiándome la boca con la servilleta—. Mi abuela me ha llamado hoy.

Lukas dejó la copa en la mesa.

—¿Mercedes?

—Quiere que vayamos a comer el domingo. Dice que mi abuelo quiere enseñarte su colección de brújulas antiguas.

—Me tiene miedo tu abuelo.

—Te tiene respeto, es diferente. Cree que eres demasiado alemán para su nieta, pero al menos eres alto.

Lukas se rio, ese sonido grave y ronco que siempre me provocaba un vuelco en el vientre.

—Y mi madre —añadió él, volviendo a llenar mi copa— quiere saber cuándo vas a volver a cenar a casa. Dice que la última vez que hablasteis de literatura española del siglo XX la dejaste fascinada.

—Tu madre es un encanto. Tu padre, en cambio, me mira como si fuera a robarte un riñón mientras duermes.

—Te mira como si temiera que vayas a romperme el corazón.

—Eso ya es imposible —dije, mirándole fijamente—. Lo tienes demasiado bien guardado.

El silencio cayó entre nosotros, denso y cálido. Lukas me observaba con esa intensidad suya, la que me ponía de rodillas, aunque llevara puesta la ropa más cara de mi armario.

—Ven aquí —dijo, extendiendo la mano.

—Estoy a dos metros.

—Ven. Aquí.

Me levanté, sintiendo el efecto del vino en mis piernas y en mi cabeza, despertando esa valentía que siempre me embargaba cuando estaba cerca de él. Caminé hasta donde estaba sentado y me dejó posicionarme entre sus piernas abiertas, mirándome desde abajo con esa postura que combinaba sumisión y dominación a la vez.

—No hemos terminado de cenar —protesté débilmente.

—La pizza está fría.

—Hay postre.

—El postre puede esperar.

Sus manos subieron por mis muslos, levantando el vestido poco a poco; sus dedos se sentían calientes contra mi piel. Yo me apoyé en sus hombros, sintiendo cómo mi respiración se aceleraba.

—Siempre haces esto —dije, arqueándome cuando sus manos llegaron a mis caderas.

—¿El qué?

—Me distraes. Me provocas.

—Yo no provoco, jefa. Soy un hombre serio y disciplinado.

—Mentiroso.

Se levantó de golpe, haciendo que la silla se tambaleara, y me tomó en brazos. Grité sorprendida, agarrándome a su cuello.

—¡Lukas!

—Tú has dicho que te provoco —gruñó, caminando hacia el salón—. Voy a demostrarte quién es el provocador aquí.

Me dejó caer sobre el sofá con una suavidad que contrastaba con la fuerza de su agarre. Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba sobre mí, su cuerpo enorme aprisionándome contra los cojines y sus labios en mi cuello, mordiendo, succionando, dejando marcas que mañana me obligarían a llevar el pelo suelto o una bufanda.

—Lukas…

—¿Sí?

—La luz…

—Quiero verte.

Para cuando lo dijo, ya estaba deslizándome el vestido por encima de la cabeza, dejándome en la ropa interior negra de encaje que había elegido específicamente para esta noche. Sus ojos se oscurecieron, recorriendo cada centímetro de piel expuesta.

—Dios mío —murmuró, bajando la cabeza para besar el valle entre mis pechos—. Eres perfecta.

—Deja de hablar y…

No pude terminar la frase porque su boca cubrió la mía en un beso que me robó el aire, el sentido y la capacidad de pensar. Era un beso de conquista, de reclamo, impulsado por esa necesidad animal que habíamos contenido durante toda la cena. Su lengua entró con determinación, explorando, saboreando el vino y algo más profundo que solo existía entre nosotros.

Sus manos recorrieron mi cuerpo con la familiaridad de quien ya conoce cada secreto, cada punto débil y cada gemido que puede arrancar. Desabrochó mi sujetador con una destreza que me hizo sonreír contra sus labios.

—¿Qué? —preguntó, apartándose un poco para mirarme.

—Te has vuelto muy hábil con eso.

—Práctica —dijo, y luego tomó uno de mis pezones en su boca, haciendo que mi espalda se arqueara violentamente.

—¡Joder, Lukas!

Gruñó contra mi piel, mientras su mano libre bajaba por mi vientre, enganchándose en la cintura de mis bragas para tirar de ellas. Me moví ayudándole, desesperada por sentirle, por tenerle dentro, por alcanzar esa plenitud que solo él podía darme.

Estábamos frenéticos, devorándonos; dos meses de tensión acumulada explotando en ese sofá que había sido testigo de tantas conversaciones y que ahora presenciaba nuestra entrega más primitiva. Lukas se desabrochó los vaqueros con una mano, liberándose, y yo emití un gemido al verle, siempre impresionada por su tamaño, por su magnetismo y por la evidencia tangible de su deseo por mí.

—Ahora —exigí, agarrándole por los hombros—. Ahora, Lukas.

No esperó más. Me penetró de una embestida profunda y salvaje que me hizo ahogar un grito, llenándome por completo y borrando cualquier pensamiento coherente de mi mente. Nos quedamos un segundo inmóviles, mirándonos a los ojos, conectados en esa intimidad absoluta que solo el sexo real puede crear.

—Te sientes tan bien —gruñó, empezando a moverse—. Tan jodidamente bien.

Y entonces se desató el ritmo. No fue suave. No fue lento. Fue furia, fue necesidad; dos meses de espera condensados en cada embestida. El sofá crujía bajo nosotros, mis uñas se clavaban en su espalda y sus labios devoraban los míos, tragándose mis gemidos.

—Más fuerte —jadeé, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura—. Lukas, más fuerte.

Él obedeció, cambiando el ángulo para golpear ese punto exacto dentro de mí que me volvía loca, una y otra vez, implacable, determinado, posesivo. Era sexo puro y carnal, sin adornos ni romanticismo edulcorado; solo dos cuerpos sudorosos buscando el placer, la liberación y la posesión mutua.

—Joder, Alma —gruñó contra mi oído—. Eres mía. Dime que eres mía.

—Soy tuya —gemí, sintiendo el orgasmo acercarse como una tormenta—. Solo tuya. Siempre tuya.

Me atrapó las manos y las inmovilizó sobre mi cabeza, dominándome por completo, penetrándome con una fuerza que me hacía ver estrellas. Su cuerpo se tensó, sus músculos se contrajeron y sentí que él estaba al borde, conteniéndose al límite para que yo llegara primero.

—Hazlo —susurré, mordiéndole el labio—. Córrete conmigo.

Eso fue suficiente. El orgasmo me golpeó con la fuerza de un tsunami, arrastrándome, desgarrándome, haciéndome gritar su nombre una y otra vez mientras mi cuerpo se convulsionaba alrededor del suyo. Lukas siguió embistiendo, salvaje, descontrolado, hasta que encontró su propia liberación con un gruñido profundo y animal, vaciándose dentro de mí y colapsando sobre mi cuerpo tembloroso.

Nos quedamos así, jadeando, sudorosos, enredados en una maraña de extremidades y ropa abandonada. El salón olía a sexo, a nosotros, a esa química inconfundible que nos definía desde el primer día.

Capítulo 41



Alma

Pasaron minutos. O siglos. El tiempo se había vuelto irrelevante.

Finalmente me moví, haciéndole gemir cuando nos separamos. Pero en lugar de dejarle levantarse, me incorporé y me senté a horcajadas sobre él, tomando el control. Estábamos completamente desnudos; mi cuerpo brillaba con el sudor del esfuerzo y el de él aún temblaba ligeramente.

Lukas me miró desde abajo, con esos ojos que habían pasado del hielo al fuego, con esa boca que sabía a mí y a vino, con esa expresión de hombre satisfecho, pero nunca del todo saciado.

—Jefa —dijo, con voz ronca y perezosa—, ni siquiera hemos llegado al postre por tu culpa y tu costumbre de provocarme siempre.

Me reí, echando la cabeza hacia atrás, sintiendo su mano subir por mi espalda para acariciar mi nuca.

—Me encanta provocarte —dije, mirándole de nuevo—. Y lo sabes.

Sonrió de medio lado, esa sonrisa torcida que me derretía por dentro, y me besó. Fue un beso suave, casi dulce, completamente diferente de la voracidad de hacía unos minutos.

—Quería hacer esto bien —dijo, apartándose un poco—. Cenar, hablar, ser romántico… Pero contigo no se puede, jefa.

Fruncí el ceño, fingiendo indignación.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que soy una salvaje?

—Quiero decir —explicó, besándome la punta de la nariz— que contigo todo es fuego. Que no sé hacer las cosas despacio. Que cuando estás cerca, pierdo la cabeza.

—Eso suena a excusa.

—Es una constatación.

Me miró entonces con una intensidad diferente, algo que no le había visto antes; una mezcla de nerviosismo y determinación que me hizo detenerme. Lukas, que nunca dudaba, que siempre tenía un plan y controlaba cada situación, parecía… vulnerable.

—¿Qué pasa? —pregunté, acariciando su rostro.

No respondió. En cambio, me besó una vez más, brevemente, y luego me indicó que me sentara en el sofá mientras él se levantaba. Estábamos ambos desnudos, sin pudor, sumergidos en esa intimidad que habíamos construido sobre la confianza y el deseo compartido.

Vi cómo caminaba hacia el mueble del salón, ese aparador negro de diseño minimalista donde guardaba sus licores y, aparentemente, otros secretos. Abrió un cajón inferior, uno en el que yo nunca había reparado, y sacó algo. Un pequeño objeto que brilló sutilmente a la luz de las velas que aún ardían sobre la mesa del comedor.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. Un latido diferente, profundo, que resonaba en mis oídos.

Lukas se volvió hacia mí. Estaba desnudo, glorioso, hermoso, y en sus manos sostenía una cajita de terciopelo azul oscuro. El tipo de cajita que solo podía contener una cosa.

Me llevé las manos a la boca, sintiendo cómo los ojos se me humedecían y la respiración se me cortaba.

No, no podía ser. No podía estar pasando esto ahora, así, desnudos en su salón, oliendo a sexo y con la pizza enfriándose en la cocina. Pero estaba pasando.

Lukas caminó hacia mí. Cada paso parecía durar una eternidad. Cuando llegó a mi altura, no se sentó a mi lado en el sofá. Se arrodilló. Se arrodilló en el suelo de madera, completamente desnudo frente a mí, abriendo esa cajita para revelar lo que había dentro.

Un anillo. Una banda de oro blanco con una esmeralda que brillaba con una luz limpia que me recordó al verde de mis propios ojos, rodeado de pequeños brillantes que parecían estrellas capturadas en el metal.

—Alma —dijo, y su voz tembló ligeramente; esa misma voz que había manejado millones en negociaciones y que había comandado salas de juntas enteras—. Hace dos meses, en medio del caos, me dijiste que estábamos empezando. Una vida sin miedo.

Asentí, incapaz de articular palabra, con las manos todavía presionadas contra mi boca.

—No quiero que esto termine nunca —continuó, mirándome fijamente, sin apartar sus ojos azul grisáceos de los míos—. No quiero despertarme un solo día sin saber que eres mía, que soy tuyo, que esto que tenemos es para siempre. Eres el caos más hermoso que ha entrado en mi vida ordenada. Eres la única persona capaz de hacerme perder el control, y de hacer que desee perderlo. Eres mi jefa, mi provocadora, mi mejor amiga, mi amante… mi todo.

Hizo una pausa, tragando saliva, y vi que sus ojos también brillaban.

—Alma Medina Vega —dijo, y ahora su voz era firme, segura, la de un hombre que sabe exactamente lo que quiere—, ¿quieres casarte conmigo?

El tiempo se detuvo.

Sentí cada latido de mi corazón, cada respiración, cada emoción que había experimentado desde que le conocí: el rechazo inicial, la atracción inevitable, la guerra de egos, la rendición, el amor y esta paz profunda que ahora sentía a su lado. Todo convergió en este momento, en esta pregunta, en este hombre arrodillado ante mí ofreciéndome su vida entera.

Bajé las manos y respiré hondo.

—Sí —dije, y la palabra salió como un suspiro, como una promesa —. Sí, Lukas. Quiero casarme contigo.

Su rostro se iluminó. No con esa sonrisa controlada que usaba en las reuniones, ni con esa media sonrisa torcida que me volvía loca. Se iluminó con una alegría pura, desinhibida, idéntica a la de un niño que acaba de recibir el regalo que más deseaba.

Sacó el anillo de la cajita y tomó mi mano izquierda. Sus dedos temblaban ligeramente mientras deslizaba la pieza por mi dedo anular. Quedó perfecto, como si hubiera sido esculpido para mí, como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar.

—Te queda bien —dijo, con voz ronca.

—Es perfecto —susurré, mirándolo, viendo cómo la luz de las velas danzaba en la esmeralda.

Lukas se inclinó y besó mi mano, besó el anillo y besó cada uno de mis dedos.

—Te amo —dijo, simplemente.

—Yo también te amo —respondí, tirando de él hacia mí.

Nuestros labios se encontraron en un beso que fue diferente a todos los anteriores. Era un beso de promesas, de futuro, de un «para siempre». Pero también era un beso de deseo renovado, porque cuando sus manos volvieron a recorrer mi cuerpo, sentí que el fuego se encendía otra vez.

Gemí en su boca, arqueándome contra él, sintiendo cómo su cuerpo respondía al mío con esa inmediatez que siempre nos había caracterizado.

—Jefa, no me provoques —murmuró Lukas entre besos, sonriendo contra mis labios.

Me aparté lo suficiente para mirarle a los ojos, para ver en ellos todo lo que sentía por mí y todo lo que yo sentía por él. Y entonces sonreí, descarada, provocadora; su futura esposa, su eterna jefa.

—Calla —dije, tirando de él para que volviera a tumbarse en el sofá, para que yo pudiera montarle de nuevo, para reiniciar este baile infinito —. Y fóllame, marido mío.

Lukas se rio, ese sonido grave y feliz que llenó el salón, y me atrapó entre sus brazos, invirtiendo nuestras posiciones para quedar él sobre mí, dominante, posesivo, mío.

—A sus órdenes, jefa —dijo.

Y mientras el sofá volvía a crujir bajo nosotros, mientras nuestras sombras se fundían en las paredes iluminadas por las velas y el anillo brillaba en mi mano agarrada a su espalda, pensé en lo lejos que habíamos llegado.

Pensé en la niña que fui, asustada de no estar a la altura, escondida tras una coraza de perfección y sarcasmo. Pensé en el hombre que él fue, frío y distante, convencido de que el control era la única forma válida de vivir. Pensé en todos los obstáculos que superamos: las traiciones, los secretos, el miedo.

Y pensé en el ahora. En este preciso momento. Desnuda en el sofá de mi prometido, oliendo a sexo y a promesas, con un anillo en el dedo y su cuerpo dentro del mío, sabiendo que mañana despertaríamos juntos, y el día después también, y todos los días de nuestra vida.

Lukas me miró en ese instante, en medio de nuestro segundo asalto, y vi en sus ojos que él también lo sentía. Que este no era un final, sino el comienzo verdadero. Que estábamos escribiendo nuestra historia; no la que otros esperaban de nosotros, sino la nuestra, con sus errores y sus pasiones, con su fuego y su ternura.

—Te amo —dije de nuevo, porque nunca serían suficientes las veces.

—Y yo a ti —respondió, besándome con una ternura que contrastaba con la fuerza de sus embestidas—. Siempre.

Siempre. Esa palabra resonó en mi mente mientras el placer volvía a construirse, mientras nos perdíamos el uno en el otro y el anillo en mi dedo brillaba como una promesa cumplida.

Empezamos odiándonos, pensé mientras el orgasmo volvía a aproximarse, mientras Lukas gruñía mi nombre como una plegaria. Empezamos como enemigos, como rivales, como dos fuerzas opuestas destinadas a colisionar. Y ahora éramos esto. Un siempre. Un sí. Un nosotros.

El hombre que me robó el control y me devolvió la libertad. El hombre que me llamaba jefa y se arrodillaba ante mí, no en sumisión, sino en amor puro. El hombre que había elegido ser mi caos, mi orden, mi todo.

Mientras el placer estallaba entre nosotros por segunda vez esa noche, mientras Lukas me estrechaba contra su pecho y yo sentía su corazón latir al unísono con el mío, supe que esta era nuestra única y verdadera verdad.

No la de los negocios, ni la de las empresas, ni la de los secretos familiares.

Esta. La de dos cuerpos. Dos almas. Un amor que había sobrevivido a todo para florecer en su propio tiempo, a su propia manera, salvaje y hermoso como nosotros mismos.

Epílogo



Lukas

Seis años después…

Durante mucho tiempo pensé que la vida era una sucesión de incendios. Que todo lo importante ardía antes o después: personas, empresas, confianzas, familias. Incluso uno mismo.

Pero me equivoqué. La vida no era el incendio; era lo que quedaba cuando el humo finalmente se marchaba.

Medina Global Tech ya no era el lugar que casi nos destruyó. Había cambiado tanto en seis años que a veces costaba reconocerlo, no porque hubiera perdido su esencia, sino porque por fin la había encontrado. Alma la había reconstruido como se reconstruyen las cosas que de verdad importan: sin prisa, sin miedo y sin permitir que nadie volviera a tocar lo esencial. Era la CEO, y no había discusión posible en esa palabra.

Yo era el director internacional global. Y aunque el título sonara imponente, lo único que significaba en la realidad era que viajaba mucho y volvía siempre al mismo lugar. A ella.

Candela seguía siendo Candela. Dirigía el área de comunicación corporativa y mantenía intacta esa capacidad suya de convertir cualquier crisis en una especie de caos organizado que, de algún modo inexplicable, funcionaba. Gael, como no podía ser de otra manera, había fundado su propio estudio internacional de innovación digital. Seguía siendo brillante, seguía siendo insoportable y seguía apareciendo en las cenas familiares con ideas que nadie le había pedido pero que siempre acababan funcionando.

Candela se había casado con un ingeniero de datos que intentaba, sin éxito, reducir su nivel de intensidad vital. Se llamaba Víctor y tenían dos hijos: Liam, de seis años, y Nora, de cuatro. Liam era la tranquilidad en persona; Nora, en cambio, era Candela en miniatura. Eso explicaba muchas cosas.

Gael también se había casado, de forma inesperada para todos, incluso para él. Su mujer se llamaba Irene, una arquitecta de sistemas que parecía ser la única persona sobre la Tierra capaz de apagar su tormenta mental sin romper nada en el proceso. Tenían dos hijos: Leo, de cinco años, y Hugo, de tres. Leo era demasiado inteligente para su edad; Hugo era puro caos. Gael decía que era una cuestión de genética; Irene aseguraba que era un castigo divino.

Mis padres seguían vivos. Y eso, con todo lo que habíamos dejado atrás, seguía siendo una de las cosas más difíciles de creer. Habían envejecido con dignidad, como si la tormenta que casi nos destruyó les hubiera obligado a tomarse la vida con más calma después. Mi padre había cambiado; no de personalidad, sino de peso específico, como si hubiera aprendido a vivir sin la necesidad de esconderse detrás de viejos secretos.

El padre de Alma, Héctor Medina, había sido otra historia. No una perfecta, ni limpia, pero sí real. Después de todo lo ocurrido, dejó la dirección ejecutiva de forma completamente voluntaria. No fue expulsado ni tampoco salvado; fue algo más extraño: fue aceptado. Vivía ahora a caballo entre Málaga y una finca familiar donde cultivaba algo parecido a la paz. Venía a menudo a ver a los niños y, contra todo pronóstico, había aprendido a reírse sin que su risa sonara como una línea de defensa.

Y luego estaban los abuelos de Alma, los padres de su madre. Los únicos que habían sabido desde el principio que algo no encajaba en esa familia, aunque nadie los hubiera escuchado entonces. Ahora eran el centro silencioso de todas las reuniones. Los niños los adoraban y ellos, simplemente, parecían felices de haber sobrevivido lo suficiente para verlo.

Vivíamos en Málaga, en una casa junto al mar. No era una casa de postal, sino una casa vivida, con ventanas inmensas, el suelo salpicado de arena que nadie admitía haber traído y una terraza acristalada que daba directamente al Mediterráneo. Allí aprendí algo que no se enseña en ninguna escuela de negocios: que la paz no es la ausencia de ruido, sino la capacidad de lograr que el ruido ya no tenga el poder de destruirte.

Alma estaba embarazada de cinco meses. Un niño; lo sabíamos desde hacía poco. Ella repetía que no le importaba el sexo, pero yo sí lo había pensado más de la cuenta. No por preferencia, sino por miedo. Porque hay cosas que uno aprende a querer demasiado como para no tenerles un miedo atroz.

A veces todavía la llamaba jefa. No por cuestiones de trabajo, sino por una especie de costumbre, porque durante demasiado tiempo había sido la única persona capaz de marcar el ritmo de todo lo que me importaba.

Nuestra hija apareció corriendo por la terraza. Iba descalza, con el pelo revuelto por el viento marino y una Tablet entre las manos como si fuera un objeto sagrado.

—¡Mamá! —protestó de golpe—. ¡Papá dice que no puedo hackear la Tablet!

Alma, desde la cocina, soltó un suspiro. Un suspiro largo, conocido, resignado y profundamente feliz.

Yo aparecí justo detrás de la pequeña.

—Es por seguridad —le recordé.

La niña me miró como si acabara de pronunciar la frase más absurda del universo.

—Eres un aburrido.

Alma se echó a reír. Y ese sonido, después de todo lo que habíamos dejado atrás, seguía siendo lo único en el mundo capaz de desarmarme por completo.

Me acerqué a ella y la abracé por detrás, encajando su espalda contra mi pecho. Su mano buscó la mía de inmediato, de forma automática, como si el cuerpo recordara el camino antes que la mente. Durante unos segundos me quedé en silencio y pensé. De verdad me detuve a pensar en todo: en lo que fuimos, en lo que perdimos y en lo que logró sobrevivir.

Comprendí entonces que el amor no era una salvación, ni una recompensa, ni una conclusión feliz para cerrar un libro. Era una decisión repetida cada día. Incluso cuando todo alrededor se rompía, incluso cuando lo fácil era salir corriendo, incluso cuando la verdad dolía mucho más que la mentira.

Amar a Alma no me había convertido en una versión idílica de mí mismo; me había hecho más consciente. Y eso, en muchos momentos, había sido casi insoportable. Pero también me había otorgado algo que ni siquiera sabía que existía: un rincón dentro de mí donde el miedo ya no daba las órdenes. El miedo estaba ahí, sí, pero ya no ganaba.

La miré de reojo y entendí que todo lo vivido no había sido una historia de poder, ni de conspiraciones, ni de corporaciones multimillonarias. Había sido, simplemente, una historia sobre elegir quedarse.

—¿Te acuerdas de cuando todo era un desastre? —le pregunté al oído.

Alma sonrió sin apartar la vista del horizonte.

—Lo sigue siendo… Solo que ahora es nuestro desastre.

Le planté un beso en la sien. Y durante unos segundos no existió el pasado, ni existió el futuro; solo ese instante suspendido.

El mar rugía de fondo, los niños gritaban por algo que ya no tenía la menor importancia y la vida seguía ocurriendo ahí fuera sin pedirle permiso a nadie. Alma se giró ligeramente hacia mí y me miró como solo sabía mirarme desde que sobrevivimos a la tormenta: sin miedo, sin distancia y sin defensas.

—Jefa… no me provoques —susurré.

Ella esbozó esa sonrisa pequeña, la que siempre anticipaba que las reglas del juego estaban a punto de cambiar.

—Demasiado tarde.

Y entonces entendí que no existía tal cosa como un epílogo. Porque lo que habíamos construido no era el final de una historia; era la prueba de que algunas historias, si se atravesaban con suficiente coraje hasta el fondo… no terminaban nunca.

Se vivían.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
X: @ChicasTribu